

“

*Henry David Thoreau*

---

# ESCRITOS SOBRE LA VIDA CIVILIZADA

 **IN ITINERE**  
Editorial Digital





Henry David Thoreau

**ESCRITOS  
SOBRE LA VIDA CIVILIZADA**

Edición de Antonio Lastra

Traducción de Antonio Fernández Díez y José María Jiménez Caballero

*In Itinere*, 2012

© 2012 In Itinere

© La editorial

In Itinere

Seminario de Historia Constitucional «Martínez Marina»

Campus de «El Cristo», s/n. 33006 Oviedo (Asturias-España)

<http://www.initinere.com>

[historiaconstitucional@gmail.com](mailto:historiaconstitucional@gmail.com)

Ediciones de la Universidad de Oviedo

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo

Campus de Humanidades. Edificio de Servicios. 33011 Oviedo (Asturias)

Tel. 985 10 95 03 Fax 985 10 95 07

<http://www.uniovi.es/publicaciones>

[servipub@uniovi.es](mailto:servipub@uniovi.es)

ISBN: 978-84-8317-922-2

D. L. AS 2123-2012

Imprime: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo

Todos los derechos reservados. De conformidad con lo dispuesto en la legislación vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

Estudio preliminar.....	7
<i>Ahora soy de nuevo un residente en la vida civilizada</i>	
Nota a esta edición .....	21
Bibliografía.....	27
El servicio.....	31
El paraíso (para ser) recobrado.....	47
<i>Heraldo de libertad</i> .....	79
Wendell Phillips ante el Liceo de Concord.....	91
Thomas Carlyle y sus obras.....	95
Desobediencia civil.....	143
Esclavitud en Massachusetts.....	171
Defensa del capitán John Brown .....	189
Martirio de John Brown .....	217
Los últimos días de John Brown.....	223
Vida sin principio .....	231



## ESTUDIO PRELIMINAR

*Ahora soy de nuevo un residente en la vida civilizada*

ANTONIO LASTRA

*Universidad de Valencia*

*Instituto Franklin de Investigación en Estudios Norteamericanos*

*(Universidad de Alcalá)*

*He delight in echoes*

EMERSON

En el ‘Prefacio del editor’ a la tercera versión de *El libro de Adler*, Søren Kierkegaard escribió:

Ninguna generación perdura sin religión. Cuando la primera fila, la milicia de asaltantes que quieren acabar con el cristianismo (enemigos que no son en modo alguno los más peligrosos), ya ha pasado, llega la segunda fila de los misioneros de la confusión, aquellos que quieren urdir una nueva religión o incluso ser apóstoles. Esos son, con mucho, los más peligrosos, simplemente porque la religión ha influido en ellos y los ha confundido, pero por eso mismo están también en relación con lo más profundo de los seres humanos, mientras que

los primeros solo estaban obsesionados con la religión. La calamidad de nuestra época en política, igual que en religión y en todas las cosas, es la desobediencia, no estar dispuestos a obedecer. [...] La desobediencia es el secreto en la confusión religiosa de nuestra época. Esa misma desobediencia subyace como el *πρώτον ψεύδος*, aunque más oculto e inconsciente, en la base de lo que es el principal mal de la especulación moderna, que se haya producido una confusión de esferas: la profundidad se ha tomado por autoridad, lo intelectual por lo ético, ser un genio por ser un apóstol.<sup>1</sup>

Kierkegaard no publicaría en vida *El libro de Adler*. El ‘Prefacio del editor’ a la tercera versión, en el que, a diferencia del resto de la obra, Kierkegaard no ocultaría su condición de autor —en una reflexión sobre la autoridad y sobre la revelación como garantía de la autoridad— data de 1848 y no es ajeno al clima de revoluciones en Europa, que Kierkegaard entendería esencialmente como «una confusión de esferas»: si la desobediencia era el secreto de la confusión religiosa, la confusión religiosa misma era una señal de la incapacidad de la época para separar debidamente las esferas del pensamiento y de la acción, de la naturaleza y la civilización, de la revelación y de la autoridad. «Desobediencia», en cualquier caso, era el secreto que Kierkegaard se proponía revelar, de modo que la revelación del secreto garantizara la autoridad de *El libro de Adler*, un libro escrito por

---

<sup>1</sup> SØREN KIERKEGAARD, ‘Editor’s Preface’, en *The Book on Adler*, ed. de H. V. Hong y E. H. Hong, *Kierkegaard’s Writings*, vol. XXIV, Princeton UP, 2009<sup>2</sup>, p. 5. Véase STANLEY CAVELL, ‘Kierkegaard’s *On Authority and Revelation*’, en *Must We Mean What We Say. A Book of Essays* (1969), Cambridge UP, 1994, pp. 163-179. El artículo de Cavell es una amplia reseña de la primera traducción de *Bogen om Adler* al inglés. («Un libro de ensayos» —el subtítulo del libro de Cavell— es la descripción que Kierkegaard le dio a su propio libro.) Sigo a Cavell en su idea de vincular a Kierkegaard y Thoreau como autores representativos de la juventud de la filosofía. Véase también STANLEY CAVELL, *Los sentidos de Walden* (1972), ed. de A. Lastra, Pre-Textos, Valencia, 2011.

Petrus Minor y «editado por S. Kierkegaard», que trataba del *Magister* Adolph P. Adler, el pastor protestante de Copenhague que aseguraba haber sido objeto de una revelación divina y que, involuntaria y gratuitamente, prestaba al autor del libro (o a su editor) la «vida y la tensión irónica» necesarias para la presentación de los conceptos de revelación y autoridad, así como su «trasfondo satírico». El ‘Prefacio del editor’ tenía la autoridad suficiente para dirigirse al lector y pedirle toda su atención en la medida en que el propio ‘Prefacio’ era una lectura atenta –tanto de *El libro de Adler* como de los libros de Adler– y daba por su puesta la experiencia de haber «leído bien». La desaparición de lo que Kierkegaard llamaba la «especie *literatura*» no se debía menos a no haber leído bien que a la falsedad de la escritura. La relación entre la revelación y la autoridad era paralela a la relación entre leer y escribir. Kierkegaard asumiría, contra los misioneros de la confusión que querían urdir una nueva religión, una posición dogmática cuya finalidad principal era la de contribuir a la claridad teológica, aunque, paradójicamente, acabara contribuyendo, como una consecuencia inesperada, a la claridad política. La redacción de las distintas versiones de *El libro de Adler* se sucedía mientras Dinamarca pasaba de una monarquía absoluta a una monarquía parlamentaria: en 1849, la primera constitución danesa sancionaría los derechos de libre expresión y de libertad religiosa, inexplicables desde el punto de vista de Kierkegaard. En muchos aspectos, la comunicación indirecta de Kierkegaard sería una enmienda a la escritura constitucional. Como en el caso de Sócrates, cuya ironía le había proporcionado los primeros atisbos del *aut-aut*, la manera de obedecer de Kierkegaard sería una manera de resistir.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> SØREN KIERKEGAARD, *De los papeles de alguien que todavía vive. Sobre el concepto de ironía*, ed. de R. Larrañeta et ál., *Escritos Søren Kierkegaard*, vol. I, Trotta, Madrid, 2000, pp. 138-152. Sobre la reacción de Kierkegaard al liberalismo y al nacionalismo danés, véase TERRY EAGLETON, ‘Ironías absolutas: Søren Kierkegaard’, en *La estética como ideología*, ed.

La preferencia por Sócrates es clave para entender las consecuencias políticas de la escritura de Kierkegaard sobre la autoridad y la revelación. En su estudio de la ironía socrática, Kierkegaard se referiría al primer libro de la *República* de Platón, en el que las consideraciones sobre la justicia no lograban superar, en apariencia, el momento de la aporía y la sombra de la vejez se cernía fatídicamente sobre el diálogo: la conversación inicial entre Sócrates y el anciano Céfalo no lograba, en efecto, despejar la confusión religiosa y política de una situación dramáticamente caracterizada por la posibilidad de la decadencia y la ruina de la vida civilizada a la que tenía que enfrentarse el proyecto de fundar la ciudad en el Logos, de construir una ciudad de palabras. Dinamarca no era distinta a Atenas y Kierkegaard no sería el primero ni el último en transformar la apología de Sócrates en apologética cristiana. (Henry David Thoreau hará lo mismo en Massachusetts con el «martirio» del capitán Brown y su equiparación de la horca y la cruz.) El sacrificio de Céfalo advertía a la generación siguiente —la generación de la guerra civil y la restauración democrática que acusaría a Sócrates de impiedad y corrupción de la juventud— que no podría perdurar sin religión. Pero, en su exposición, Kierkegaard no tendría en cuenta el desarrollo del diálogo platónico: lo que, para Platón, tenía valor de proemio a la legislación y servía de abstracción específica para la educación filosófica, para Kierkegaard sería el gesto inequívoco de la psicología irónica ante la convencionalidad de cualquier *politeia*. La juventud de la filosofía no había tenido tiempo de manifestarse en el primer libro de la *República*, al contrario de lo que ocurría con el punto de vista ancestral que el sofista Trasímaco —como *El Corsario* en el

---

de R. del Castillo y G. Cano, Trotta, Madrid, 2006, pp. 259-263. Véase también, para comprender la reluctancia de Kierkegaard a «salir de la caverna», HANS BLUMENBERG, 'Kierkegaard: la zorrera sin fin de la reflexión', en *Salidas de caverna*, ed. de J. L. Arántegui, Antonio Machado Libros, Madrid, 2004, pp. 488-492.

caso de Kierkegaard o Daniel Webster en el de Thoreau— presenta.

Filósofos eternamente jóvenes, en la medida en que la muerte no les dejaría entregarse a las retractaciones finales de la escritura y de la lectura, Kierkegaard y Thoreau representan, por su parte, en la historia de la filosofía, una misma figura cuyo aire de familia es tan acusado como las diferencias que los separan y que podríamos describir de la siguiente manera: sabedores de que el tiempo desdibuja los rasgos y el discípulo acaba pareciéndose al maestro —la investigación al resultado de la investigación—, ambos trataron de mantenerse jóvenes como lectores (Kierkegaard como «editor», Thoreau como «estudiante») y dejar que fuera su escritura la que envejeciera o adquiriera la sabiduría que a ellos se les escapaba. Por comparación, la escritura de Hegel o Emerson, sus educadores, gana en frescura y versatilidad, como ocurre, casi en el mismo plano, con la de Schopenhauer gracias a la de Nietzsche y con la de Platón comparada con la de cualquier otro. Los ejemplos no son del todo arbitrarios.

Pero las diferencias son significativas y tienen que ver, precisamente, con la lectura y las fuentes, con la constitución de un mundo de lectores y la constitución de la vida civilizada, con las instituciones del viejo y del nuevo mundo, con el *Ancien Régime* y la democracia en América. Es cierto que la escritura de Thoreau, como su rostro, fue entristeciéndose con los años y que Cavell tiene, probablemente, razón al advertir en el uso reiterado de la palabra «mañana» (*morning*) en su obra un tono de duelo (*mourning*) que iría haciéndose cada vez más audible. Los últimos libros de Thoreau —las grandes descripciones de los bosques de Maine y el cabo Cod—, que tratan tanto de los orígenes como de la extinción, del descubrimiento de América tanto como del naufragio ante sus costas, del carácter inhóspito de la naturaleza tanto como de los mitos que iban retirándose a los

bosques conforme avanzaba la civilización, son, de hecho, una expresión de rechazo o de corroboración de la ausencia de un trasfondo adecuado para nuestras vidas y podrían resumirse en la imagen final del narrador que, en el límite entre la tierra y el océano, en las «orillas» sobre las que Thoreau se detendría a menudo, vuelve la espalda a América y se pregunta por lo que significa su relato. La preocupación por la desaparición gradual de los nativos del continente —de la «sabiduría india»—, como fenómeno superficial de una destrucción mucho más profunda de las reservas de la existencia humana, llegaría a sobreponerse, incluso, a la abolición de la esclavitud de los negros por la que Thoreau había luchado hasta el final de su vida: «indio» y «alce» serían sus últimas palabras en el lecho de muerte. No era la vida civilizada, sino el fracaso o la catástrofe o la desesperación de la vida civilizada, lo que suponía una amenaza efectiva para la vida salvaje. El estado de naturaleza no era, para Thoreau, la hipótesis de partida ni mucho menos la meta. Es significativo que «pensamiento salvaje» (*wild thinking*), una frase que aparece alguna vez en su diario, no pasara nunca a su escritura pública o publicada en vida.<sup>3</sup>

En contraste con la comunicación indirecta de Kierkegaard, con su dialéctica cualitativa entre el silencio y la repetición, Thoreau decidió mantener lo que llamaría una «comunicación central» con sus lectores. *Walden* es, sin duda, el ejemplo por antonomasia de ese tipo de comunicación y su

---

<sup>3</sup> Véase la entrada de 16 de noviembre de 1850 en el *Journal*, que pasaría casi sin alteraciones al ensayo 'Walking' (Caminar), en el que Thoreau incluyó, muy poco antes de su muerte, las distintas redacciones de una conferencia que, con el título 'The Wild' (Lo salvaje), pronunciaría entre 1851 y 1862. La expresión «pensamiento salvaje» se transformaría en «mitología» y adquiriría el tono profético que recorre lo mejor de la escritura de Thoreau: «Tal vez, cuando, en el curso de las épocas, la libertad americana se haya convertido en una ficción del pasado —como, en cierto modo, lo es en el presente—, la mitología americana inspire a los poetas del mundo» ('Walking', en *Collected Essays and Poems*, ed. E. Hall Whitehall, The Library of America, Nueva York, 2001, p. 245). Cada región refleja su propia mitología.

perfección como libro tiende a agotar el interés por el resto de las manifestaciones de la escritura de Thoreau: como *Moby-Dick* y *Hojas de hierba*, como la propia laguna de Walden, *Walden* no parece tener afluentes ni aliviaderos conocidos, de manera que las diferencias de caudal que podamos observar —su crecimiento o su detrimento en la estimación de la posteridad, las distintas intensidades de lectura, las oscuridades involuntarias, la comprensión de sus proposiciones o la sensación de aburrimiento, la melancolía o el éxtasis, su autoridad y revelación— no parecen tener una explicación extrínseca. Se trata, en efecto, de una obra lograda. «Alegremente —confiesa Thoreau— diría todo lo que sé». Sin embargo, *Walden*, como Walden, tiene fondo, y las razones por las cuales Thoreau había decidido vivir en los bosques y enfrentarse solo a los hechos esenciales de la vida no serían mejores, cuando el experimento hubiera acabado, que las razones por las cuales Thoreau decidió dejar de vivir en ellos con el deseo de no «ir hacia abajo». El último capítulo de *Walden* que Thoreau escribió en Walden, y el más breve o anecdótico, fue ‘La ciudad’; el primer capítulo de *Walden* que Thoreau escribió a su vuelta a la ciudad, y el más denso de todos, fue ‘Las lagunas’, y el episodio que separaría una y otra época —el arresto de Thoreau y su noche en prisión— resulta tan retrospectivo como prospectivo, por emplear el lenguaje trascendentalista, y tiene que ver con la desobediencia, una palabra que Thoreau no emplearía nunca en *Walden* y que, sin embargo, era la garantía de la comunicación central que Thoreau establecería con sus lectores, como lo era también de «la obediencia —propia de quien Thoreau considera un hombre sano— a las leyes de su ser, que nunca serán opuestas a las de un gobierno justo, si por azar encuentra uno». Desobediencia, en efecto, significa obediencia. La desobediencia es una desautorización en la medida en que supone la revelación de leyes superiores. Desobediencia

civil significa obediencia a leyes superiores. La desobediencia es el resultado de haber vuelto a la vida civilizada.<sup>4</sup>

El primer párrafo de *Walden*, que también es el último en el tiempo de la escritura, resulta decisivo:

Cuando escribí las páginas siguientes, o más bien la mayoría de ellas, vivía solo, en los bosques, a una milla de cualquier vecino, en una casa que había construido yo mismo, a orillas de la laguna de Walden, en Concord, Massachusetts, y me ganaba la vida solo con el trabajo de mis manos. Viví allí dos años y dos meses. Ahora soy de nuevo un residente en la vida civilizada.

Thoreau vivió en Walden entre el 4 de julio de 1845 (cuando, «por accidente», fijó su morada en los bosques) y el 6 de septiembre de 1847. A diferencia de la fecha de partida, que Thoreau registraría una sola vez en el libro –aunque en varias ocasiones anotara el hecho de haberse marchado de los bosques y el tiempo transcurrido desde entonces–, la fecha de inicio se repite dos veces en *Walden*. La segunda mención sigue inmediatamente a la otra frase que Thoreau repite literalmente y que le había servido de lema: «No pretendo escribir una oda al abatimiento, sino jactarme con tanto brío como el gallo encarado a su palo por la mañana, aunque solo sea para despertar a mis vecinos». El 4 de julio señala la efeméride de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, por lo que tiene un valor reiterativo y comunitario evidente, que contrasta con

---

<sup>4</sup> Thoreau empieza el capítulo de ‘La ciudad’ en *Walden* estableciendo los términos de comparación de una purificación: «Después de cavar o tal vez leer y escribir por la mañana, solía bañarme de nuevo en la laguna, atravesaba alguna de sus caletas y quitaba de mi persona el polvo del trabajo o alisaba la última arruga del estudio, de modo que a mediodía estaba libre por completo». Cada uno de esos términos prepara a su vez la visita a la ciudad, «para oír los chismes», y la referencia a su encarcelamiento por negarse a «reconocer la autoridad del Estado». Véase *Walden*, ed. de J. Alcoriza y A. Lastra, Cátedra, Madrid, 2010<sup>6</sup>.

la excepcionalidad —«solo» (*only*)— del «trabajo de mis manos» y de la intención de «despertar a mis vecinos»; que la fecha sea accidental resulta extraño, por otra parte, en el capítulo sobre 'Economía', el primero y más largo del libro, dedicado a lo necesario para vivir. La «economía de la vida», advierte Thoreau, es «sinónimo de filosofía». La escritura de Thoreau es una apelación a la comunidad, una jactancia erótica, como recuerda la comparación con el gallo: jactarse con tanto brío (o vigor sexual) como el gallo (*to brag as lustily as chanticleer*) remite tanto al cuento de Chaucer como a la atracción propia de la filosofía. Despertar a los vecinos quiere decir fecundarlos o educarlos: por el contrario, el Estado, dirá Thoreau en 'Desobediencia civil', «no educa». *Walden* podría leerse como el diario de un seductor, y el destino del seductor es siempre la soledad. Sin embargo, de acuerdo con la peculiar necesidad logográfica del libro, el capítulo sobre la 'Soledad' (el quinto) sigue al capítulo dedicado a los 'Sonidos', que ponen a prueba la lectura ('Leer' es el tercero), y precede al dedicado a las 'Visitas' (el sexto). La mayoría de las páginas de *Walden*, de hecho, no refleja la soledad: están los primeros habitantes —Cato Ingraham, Zilpha, Brister Freeman, la familia Stratten, Breed, «el extraño de Nueva Inglaterra», Nutting y Le Grosse, Wyman el alfarero, el coronel Quoil— y las visitas de invierno, los vecinos animales y los animales de invierno, el «empantanado» John Field y el leñador canadiense, el poeta que interrumpe al eremita en su meditación y con quien revisa la mitología y los hombres salvajes que «instintivamente siguen otras costumbres y confían en otras autoridades distintas a las de sus conciudadanos y que, con sus idas y venidas, cosen las ciudades en aquellas partes que, de otra manera, se desgarrarían», el viejo colono y propietario original de Walden y la anciana dama que vive en «mi vecindad». Haberse ganado la vida en Walden con el trabajo de sus manos (con la escritura de *Walden*) autoriza a Thoreau a volver a ser de nuevo un residente en la

vida civilizada. Como agrimensor –la primera cualidad que luego destacaría en el capitán Brown–, Thoreau delimitaría escrupulosamente la extensión de la vida civilizada.

«A una milla de cualquier vecino» no es, por tanto, una expresión de soledad, sino una medida simbólica de distancia que señala lo que Thoreau debe recorrer para volver a ser de nuevo un residente en la vida civilizada. En sus primeros escritos, Thoreau hablaría del sol –la estrella matutina con cuya imagen termina *Walden*– como «habitante suburbano fuera de los muros de la ciudad». La frase aparece en el inédito ‘El servicio’ (1840, recogido en esta edición) y pasaría a *A Week on the Concord and Merrimack Rivers* (Una semana en los ríos Concord y Merrimack), el primer libro de Thoreau, que se publicaría en 1849. Thoreau no solo escribiría *Walden* o la mayoría de sus páginas durante su estancia en Walden, ni tampoco empezaría allí a escribir. En 1843 había publicado ya su comentario ‘Paraíso (para ser) recuperado’, por el que podía anticiparse que *Walden* no sería una utopía, y en los años siguientes se presentaría en público ante sus conciudadanos como un destacado defensor de la abolición de la esclavitud, y hasta el final mantuvo la tensión entre el discurso hablado y el escrito o la diferencia entre la «lengua materna» y la «lengua paterna».

Pero fue en Walden donde, a propósito de Thomas Carlyle y sus obras, Thoreau encontraría el lenguaje que necesitaba para escribir *Walden*. Carlyle era el corresponsal de Emerson y, en muchos aspectos, lo que Thoreau dice sobre Carlyle tiene la intención de comprender al autor de los *Ensayos*, de encontrar en el escritor a un lector, de hacer del maestro un amigo, de llegar al instante postergado continuamente –como en Kierkegaard– de la conversación entre iguales. En ningún caso bastaba con leer lo que Carlyle o Emerson habían escrito: había que escribir esos libros, «emancipar el lenguaje». Anticipándose, incluso, a la naturaleza de los acontecimientos políticos que la lucha contra

la esclavitud adquiriría hasta el estallido de la Guerra de Secesión, Thoreau descubriría en el Cromwell de Carlyle el precedente del capitán Brown, el genio convertido en apóstol y verdadero misionero de la confusión en la que tanto Thoreau como Emerson incurrirían circunstancialmente. (Los textos de Thoreau sobre Brown forman, en cierto modo, su particular *Libro de Adler*.) ‘Thomas Carlyle y sus obras’ comprende las primeras reflexiones genuinas de Thoreau sobre la filosofía y el cristianismo, sobre la exageración y la provocación, sobre la lectura como expresión de un pensamiento libre, sobre la escritura (*writing*) como Escritura (*Scripture*).

El lenguaje corriente y el sentido común de la humanidad –escribirá Thoreau en Walden, preparando la escritura de *Walden*– no suelen encontrarse en el individuo. Sin embargo, la libertad de pensamiento y expresión solo es libertad para pensar el pensamiento universal y hablar la lengua universal de los hombres, en lugar de estar esclavizados por un modo particular. De ese discurso universal apenas hay algo. Es equitativo y seguro; brota de la hondura en el hombre, más allá de la educación y el prejuicio. (Véase *infra* ‘Thomas Carlyle y sus obras’.)

«Walden se ha publicado», anotaría escuetamente Thoreau en su diario el 9 de agosto de 1854. Ese mismo año pronunciaría su conferencia sobre la ‘Esclavitud en Massachusetts’, que concluía con una ambigua evocación de Walden, y la conferencia que, con los títulos ‘Ganarse la vida’, ‘La relación entre el trabajo del hombre y su vida superior’, ‘¿Qué provecho obtendrá?’, ‘Vida malgastada’ o ‘Ley superior’ (que ya era, en plural, el título de un capítulo de *Walden*) supondría una especie de comentario a *Walden* y que Thoreau reelaboraría casi hasta el final de su vida, cuando le diera el título, con el que se publica-

ría póstumamente, de ‘Vida sin principio’. Thoreau advertiría en ese texto prácticamente testamentario que «una parte de nosotros no está representada».

Representar esa parte del hombre es el corazón de la escritura constitucional de Thoreau, de lo que ahora llamamos «desobediencia civil».<sup>5</sup> Emerson observaría, a la muerte de su discípulo, que Thoreau no parecía ser consciente de ninguna técnica textual. Esa impresión de lectura se borra cuando advertimos que la escritura de Thoreau, como la de Kierkegaard, tiene todo el carácter de una enmienda a la escritura constitucional de su época, con la diferencia de que Thoreau es mucho más platónico que socrático y está dispuesto a llegar hasta el final de la estructura política de la comunidad, de mantener el diálogo, de reconocer, incluso, la sensatez de quienes no conocen otras fuentes más puras de la verdad y se mantienen «junto a la Biblia y la Constitución», como un eco de la noble mentira. A los heterónimos kierkegaardianos, Thoreau opone la primera persona; a la ironía socrática, una completa revisión de la mitología; a la seducción, una salida de la caverna y el regreso a la vida civilizada. Kierkegaard se enfrentaría literalmente a la constitución danesa; Thoreau señalaría en dirección al espíritu lo que no estaba escrito en la americana –algo esencial, cuya omisión suponía una pérdida– para reconocer una ley superior. El final de ‘Desobediencia civil’ es probablemente el pasaje más platónico de la moderna escritura constitucional:

¿Es la democracia, según la conocemos, la última mejora posible en el gobierno? ¿No es posible dar un paso más hacia el reconocimiento y la organización de los derechos del hom-

---

<sup>5</sup> Véase *Desobediencia civil. Historia y antología de un concepto*, ed. de A. Lastra, Tecnos, Madrid, 2012, donde el texto de Thoreau ocupa una posición central en referencia a textos de Lessing, Emerson o Tolstói. El texto de Thoreau es paralelo a la formulación de las enmiendas XIII, XIV y XV a la Constitución americana.

bre? No habrá nunca un Estado realmente libre e ilustrado hasta que el Estado reconozca al individuo como un poder más elevado e independiente, del que derivan todo su poder y autoridad, y lo trate en consecuencia. Me complazco imaginando un Estado que se atreva a ser justo con todos los hombres y trate al individuo con respeto como vecino, que no crea incompatible con su tranquilidad que unos cuantos vivan lejos de él, sin mezclarse con él, ni abrazarlos, que cumpla todos los deberes de vecinos y prójimos. Un Estado que diera ese fruto, y dejara que cayera tan pronto como madurara, despejaría el camino para un Estado aún más perfecto y glorioso, que también imagino, aunque no lo haya visto en ninguna parte.

No se trata, en estas líneas, como en Kierkegaard, de socavar el mundo burgués, denunciando que su individualismo le impide constituir una comunidad auténtica y revelar su autoridad. «Vecino» es, para Thoreau, el término preciso, mucho más sencillo, para entender el sentido de la humanidad. Mucho antes de que un lector desesperado de Kierkegaard lo expresara hablando de «la vecindad del ser», Thoreau ya se había acercado a la esencia de las cosas.



## NOTA A ESTA EDICIÓN

*Escritos sobre la vida civilizada* recoge once textos de Henry David Thoreau que abarcan desde 1840 hasta su muerte en 1862. En general, suele dividirse la lectura de Thoreau en dos grandes categorías implícitas en *Walden*: la de los escritos sobre la naturaleza o «lo salvaje», que han hecho de su obra el documento de partida de la ecología, y los escritos que, alrededor del ensayo ‘Desobediencia civil’, han recibido desde el principio el nombre de «reformistas». La edición que sirve de referencia a esta última categoría de escritos es la que se publicó en Boston en 1866, cuatro años después de la muerte de Thoreau, con el título *A Yankee in Canada, with Anti-Slavery and Reform Papers*, en la que aparecería por primera vez la expresión «Desobediencia civil». Esa edición recogía, junto al relato de la excursión de Thoreau, diez textos, aunque uno de ellos, ‘Prayers’, era una confusión editorial y, en realidad, comprendía pasajes ya publicados de Emerson. Los demás eran, por orden de aparición, ‘Slavery in Massachusetts’ (Esclavitud en Massachusetts), ‘Civil Disobedience’ (Desobediencia civil), ‘A Plea for Captain John Brown’ (Defensa del capitán John Brown), ‘Paradise (To Be) Regained’ (Paraíso (para ser) recuperado), ‘Herald of Freedom’ (*Heraldo de libertad*), ‘Thomas Carlyle and His Works’ (Thomas Carlyle y sus obras), ‘Life Without Principle’ (Vida sin principio), ‘Wen-

dell Phillips Before the Concord Lyceum' (Wendell Phillips ante el Liceo de Concord) y 'The Last Days of John Brown' (Los últimos días de John Brown). La correspondencia de Thoreau con los editores durante los últimos meses de su vida revela la intencionalidad de pasajes significativos. En 1894, con la exclusión de 'Prayers' y la inclusión de 'The Service' y 'After the Death of John Brown' (Tras la muerte de John Brown), los textos se publicarían, en el orden cronológico de su composición, en el volumen décimo de *The Writings of Henry David Thoreau* (la edición Riverside) con el título general de 'Miscellanies' (Misceláneas), que comprendían también sus traducciones de Esquilo y de Píndaro y sus poemas. En general, la edición Riverside favorecía la lectura ecologista de Thoreau, en consonancia con la disposición que le dio Harrison G. O. Blake, a quien Sophie, la hermana de Thoreau, confiaría su *Journal*. En la segunda edición de sus obras, en 1906 (la edición Walden), los ensayos se publicarían en el volumen cuarto, de nuevo con el título de 'Miscellanies', tras el ensayo sobre *Cape Cod* (El cabo Cod). En 1974, Thomas F. Glick recuperaría el título de *Reform Papers* de la edición de 1866 en la edición crítica de *The Writings of Henry David Thoreau* dirigida por Elizabeth E. Whiterell en Princeton. El texto sobre 'Thomas Carlyle and His Works' quedaría excluido de la serie y se publicaría dos años después en el volumen *Early Essays and Miscellanies*. Glick incluiría a cambio un nuevo texto, 'Reform and Reformists', que, en lo esencial, era una composición de pasajes de obras de Thoreau, fundamentalmente de *Walden* y de *A Week on the Concord and Merrimack Rivers*. En 2004, con motivo del 150 aniversario de la publicación de *Walden*, el volumen de *Reform Papers* volvería a editarse con el título, mucho más acertado, de *The Higher Law. Thoreau on Civil Disobedience and Reform*, al cuidado de Wendell Glick y con una introducción del historiador Howard Zinn. En la Bibliografía recogemos todas las referencias.

Agruparlos y traducirlos ahora con el nombre de *Escritos sobre la vida civilizada*, de acuerdo con la última frase del primer párrafo de *Walden*, obliga a pensar de nuevo en los límites que separan las supuestas categorías de lectura de Thoreau: la peculiar *horistiké* thoreauviana es mucho más precisa de lo que se imagina. Como pauta de interpretación, «vida civilizada» es tanto la hipótesis de partida como la meta de la escritura de Thoreau. El final de ‘Esclavitud en Massachusetts’ es una prueba evidente de esta afirmación.

Esa escritura tiene sus fases y esta edición sigue la evolución del autor, desde el emersonismo juvenil de ‘El servicio’ hasta la madurez inimitable e irrepetible de ‘Vida sin principio’, el mejor comentario a *Walden* que se haya escrito. Por muchas razones, es el texto que debe cerrar la edición: como ‘El servicio’, Thoreau no llegaría a verlo publicado en vida, pero el lector podrá apreciar hasta qué punto el «periodo de muda» en *Walden* entre uno y otro había sido efectivo. ‘Thomas Carlyle y sus obras’, un texto en el que la crítica no se ha detenido lo suficiente –y que ha sido inexplicablemente separado del resto de los escritos «reformistas» en la edición crítica de Princeton–, es una especie de revelación sobre la autoridad que Thoreau llegaría a tener sobre su propia escritura. El corazón de la edición lo ocupa naturalmente el texto sobre la ‘Desobediencia civil’. Antes y después figuran los escritos antiesclavistas y en defensa del capitán Brown, en los que la «exageración» –uno de los recursos favoritos de Thoreau– encontraría, como suele decirse, su horma. Son, en cualquier caso, una prueba para el lector.

Las referencias editoriales de cada uno de los textos son las siguientes:

Thoreau escribió ‘The Service’ (El servicio) en 1840 con el propósito de que se publicara en *The Dial*, el órgano de expresión de los trascendentalistas americanos, pero Margaret Fu-

ller, su directora, lo rechazó y no se publicaría en vida de Thoreau. Se publicó por primera vez en 1894, con el título 'The Service: Qualities of the Recruit' (El servicio: cualidades del reclutamiento), en el volumen décimo de *The Writings of Henry David Thoreau: Cape Cod and Miscellanies* (Riverside Press, Cambridge).

'Paradise (To Be) Regained' (El paraíso (para ser) recuperado) se publicó en noviembre de 1843 en *The United States Magazine, and Democratic Review* y en 1866 en *A Yankee in Canada, With Anti-Slavery and Reform Papers*.

*Herald of Freedom (Heraldo de libertad)* se publicó en abril de 1844 en *The Dial*; con algunas adiciones, volvería a publicarse en 1846 en el propio *Herald of Freedom* y, con las últimas revisiones de Thoreau, en 1866 en *A Yankee in Canada, With Anti-Slavery and Reform Papers*.

'Wendell Phillips Before the Concord Lyceum' (Wendell Phillips ante el Liceo de Concord) se publicó sin título en 1845 en *The Liberator* como carta de un lector. Con el título que ahora tiene apareció en 1866 en *A Yankee in Canada, With Anti-Slavery and Reform Papers*.

'Thomas Carlyle and His Works' (Thomas Carlyle y sus obras) sirvió de base a Thoreau para una conferencia en el Liceo de Concord en febrero de 1846 (durante una de sus visitas a la ciudad mientras estaba en Walden) y se publicó en *Graham's American Monthly Magazine* en dos entregas en marzo y abril de 1847, antes de que Thoreau abandonara los bosques. En 1866 se publicó en *A Yankee in Canada, With Anti-Slavery and Reform Papers*.

La historia editorial del ensayo que ahora conocemos como 'Desobediencia civil' se remonta a dos conferencias que Thoreau impartió en el Liceo de Concord en 1848, poco después de volver de Walden con el objeto de explicar a sus vecinos el episodio de sus «prisiones». En 1849, Thoreau publicaría un

texto en *Aesthetic Papers* con el título de ‘Resistance to Civil Government’ que, con algunas variantes menores, volvería a publicarse en 1866 en *A Yankee in Canada, With Anti-Slavery and Reform Papers*. La más significativa de esas variantes es el título, que pasaría a ser ‘Civil Disobedience’. La expresión «desobediencia civil» no aparece en el diario ni en la correspondencia de Thoreau, pero es poco probable que no la introdujera o sugiriera él mismo durante los últimos meses de vida, cuando trabajó intensamente en la revisión de sus obras junto a su hermana Sophie. La edición crítica de los *Reform Papers* de Glick reproduce el texto de 1849 con el primer título. Nuestra traducción sigue el texto publicado en 1866, de acuerdo con el criterio seguido por Elizabeth Hall Witherell en su edición de los *Collected Essays and Poems* de Thoreau en The Library of America en 2001.

Thoreau pronunció una conferencia con el título de ‘Slavery in Massachusetts’ (Esclavitud en Massachusetts) en Framingham, Massachusetts, el 4 de julio de 1854, poco antes de la publicación de *Walden*. El texto aparecería en *The Liberator* el 21 de julio y, en versiones más reducidas, en *The New York Daily Tribune* y *The National Anti-Slavery Standard*. La edición en *A Yankee in Canada, With Anti-Slavery and Reform Papers* reproduce la publicada en *The Liberator*.

Los tres textos sobre el capitán John Brown, ‘A Plea for Captain John Brown’ (Defensa del capitán John Brown), ‘Martyrdom of John Brown’ (Martirio de John Brown) y ‘The Last Days of John Brown’ (Los últimos días de John Brown) se escribieron al hilo de los acontecimientos de Harper’s Ferry y Thoreau los utilizaría como base para sus intervenciones públicas. Los dos primeros (el segundo con el título ‘Mr. Thoreau’s Remarks’ [Notas del señor Thoreau]) se publicarían en el volumen *Echoes of Harper’s Ferry* (Boston, 1860), editado por James Redpath. El texto de ‘The Last Days of John Brown’ proviene del diario de Thoreau. Se publicó sin título en *The Liberator* el

27 de julio de 1860 y con el título que ahora tiene en *A Yankee in Canada, With Anti-Slavery and Reform Papers*.

El 26 de diciembre de 1854, Thoreau pronunció una conferencia en New Bedford, Massachusetts, con el título 'Getting a Living' (Ganarse la vida), que repetiría en los años siguientes con otros títulos: 'The Connection Between Man's Employment and His Higher Life' (La relación entre el trabajo del hombre y su vida superior), 'What Shall It Profit?' (¿Qué provecho obtendrá?) y 'Life Misspent' (Vida malgastada). En febrero de 1862 propuso a Ticknor y Fields que la publicaran en *The Atlantic Monthly* con el título de 'The Higher Law' (La ley superior), que los editores presumiblemente rechazaron. ('Higher Laws' era el título del capítulo 11 de *Walden*.) El 4 de marzo de 1862, dos meses antes de morir, Thoreau les contestaría: «En cuanto a otro título para el artículo *La ley superior*, no puedo pensar en nada mejor que *Life without Principle* (Vida sin principio)». En la misma carta les pedía a sus editores que, en la segunda edición de *Walden* que estaban preparando, omitieran el subtítulo 'Or Life in the Woods' (O la vida en los bosques). El texto se publicó en *The Atlantic Monthly* en octubre de 1863 y en 1866 en *A Yankee in Canada, With Anti-Slavery and Reform Papers*.

Quiero agradecer a los profesores Joaquín Varela e Ignacio Fernández Sarasola la invitación para preparar esta edición y la paciencia que han demostrado. Que los escritos de Thoreau se publiquen en un proyecto editorial de historia constitucional señala, de por sí, una pauta de lectura. Thoreau empieza a tener su propio mundo de lectores en español y esa pauta es más oportuna que nunca.

Esta edición se enmarca en el proyecto de investigación FFI 2011-24473, 'Hacia una historia conceptual comprehensiva: giros filosóficos y culturales', del Ministerio de Economía y Competitividad.

## BIBLIOGRAFÍA

- JAMES REDPATH, *Echoes of Harper's Ferry*, Thayer and Eldridge, Boston, 1860.
- HENRY DAVID THOREAU, *A Yankee in Canada, With Anti-Slavery and Reform Papers*, Ticknor & Fields, Boston, 1866 (2.<sup>a</sup> ed., James R. Osgood & Co., 1876).
- The Writings of Henry David Thoreau, with bibliographical introductions and full indexes*, Riverside Press, Cambridge, 1894, 10 vols. (El volumen 11 incluiría la correspondencia.)
- The Writings of Henry David Thoreau: the Digital Collection* (Walden Edition, Houghton Mifflin & Co., Boston, 1906, 20 vols.)  
[http://www.walden.org/Library/The\\_Writings\\_of\\_Henry\\_David\\_Thoreau:\\_The\\_Digital\\_Collection](http://www.walden.org/Library/The_Writings_of_Henry_David_Thoreau:_The_Digital_Collection)
- The Correspondence of Henry David Thoreau*, ed. W. Harding y C. Bode, New York University Press, Nueva York, 1958.
- The Variorum Civil Disobedience*, ed. de W. Harding, Twayne Publishers, Nueva York, 1967.
- The Writings of Henry D. Thoreau*, ed. Elizabeth Hall Witherell, Princeton University Press, Princeton, 1971 *et seq.*, 14 vols. (W).  
— *Walden*, en W, ed. J. Lyndon Shanley, 1971, 2004<sup>2</sup>.  
— *Reform Papers*, en W, ed. T. F. Glick, 1974.  
— *The Higher Law: Thoreau on Civil Disobedience and Reform*, en W, ed. W. Glick, 2004.

- HENRY DAVID THOREAU, *A Week on the Concord and Merrimack Rivers, Walden, The Maine Woods, Cape Cod*, ed. Robert F. Sayre, The Library of America, Nueva York, 1985.
- *Walden and Resistance to Civil Government. Authoritative Texts, Journal, Reviews and Essays in Criticism*, A Norton Critical Edition, ed. W. Rossi, Norton, Nueva York, 1992<sup>2</sup>.
- *Collected Essays and Poems*, ed. E. Hall Whiterell, The Library of America, Nueva York, 2001.
- *Walden*, ed. J. S. Cramer, Yale UP, New Haven y Londres, 2004.
- STANLEY CAVELL, *Los sentidos de Walden* (1972), ed. A. Lastra, Pre-Textos, Valencia, 2011.
- ‘Thoreau Thinks of Ponds, Heidegger of Rivers’, en *Philosophy the Day After Tomorrow*, Harvard UP, 2005.
- HENRY DAVID THOREAU, *Desobediencia civil y otros escritos*, ed. de M. E. Díaz, Tecnos, Madrid, 1994.
- *Sobre el deber de la desobediencia civil*, ed. de A. Casado da Rocha, Iralka, Bilbao, 2002<sup>2</sup>.
- *Walden*, ed. J. Alcoriza y A. Lastra, Cátedra, Madrid, 2010<sup>6</sup>.
- *Escribir (una antología)*, ed. J. Alcoriza, A. Casado da Rocha y A. Lastra, Pre-Textos, Valencia, 2007.
- ANTONIO CASADO DA ROCHA, *La desobediencia civil a partir de Thoreau*, Tercera Prensa, San Sebastián, 2002.
- ROBERT GROSS, *Henry David Thoreau y la desobediencia civil*, trad. de S. Pasternak, UNAM, México, 2005.
- ANTONIO LASTRA, *Emerson como educador*, Verbum, Madrid, 2007.
- *Constitución y arte de escribir*, Aduana Vieja, Valencia, 2009.
- Desobediencia civil: historia y antología de un concepto*, ed. A. Lastra, Tecnos, Madrid, 2012.

**ESCRITOS  
SOBRE LA VIDA CIVILIZADA**



## EL SERVICIO

### *Cualidades del reclutamiento*

*Spes sibi quisque*

VIRGILIO<sup>6</sup>

A cada uno su esperanza

El hombre valiente es el hijo mayor de la creación que ha heredado alegremente, mientras que el cobarde, el menor, espera pacientemente a que muera. El valiente se aleja de la gravedad de la tierra como una estrella y, cediendo incesantemente a los impulsos del alma, se eleva firmemente hasta convertirse en una estrella fija. Su valentía no reside tanto en la acción resuelta como en el saludable y seguro descanso; su estado victorioso es una estancia doméstica y una alianza definitiva en todas direcciones. Su vida apunta así al cielo como un hermoso árbol iluminado por el sol contra el horizonte occidental, que al amanecer será plantado en alguna colina oriental para resplandecer con los primeros rayos del alba. El valiente no afronta nada ni conoce su valentía. Es el sexto campeón contra Tebas a quien el poeta, una vez que los gloriosos emblemas de los demás

---

<sup>6</sup> VIRGILIO, *Eneida*, XI. Thoreau añadió la traducción.

fueron grabados, describe «llevando un escudo completamente esférico de sólido bronce».

Pero no había emblema en su escudo,  
Pues ser justo y no parecerlo es su deseo.<sup>7</sup>

No ofrece un extremo brillante para protegerse del daño, pues atraería con la mayor frecuencia al rayo, sino que es el éter omnipresente que el rayo no desintegra, sino purifica. El carácter profano de su compañía es como un destello a través del rostro de su cielo, que ilumina y revela sus profundidades serenas. La tierra no puede chocar contra los cielos, pero su turbio vapor y fétido humo forman una mancha brillante y oscura en el éter, y el sol, como sabio artífice, la atravesará y la coloreará, convirtiéndola en una joya en el seno del cielo.

Su grandeza es inconmensurable. No es como la grandeza que contemplamos cuando erigimos una estupenda obra de arte y enviamos por materiales cerca y lejos de nosotros, tratando de establecer fundamentos más profundos y levantar estructuras más altas. De ahí solo resulta una monumentalidad sin grandeza a la que le faltan sus verdaderas y sencillas proporciones, que son independientes del tamaño. El valiente no fue engendrado por una generación insensata que alcanzaría el cielo apilando ladrillos, sino por otra mucho más sabia que construiría hacia dentro y no hacia fuera, encontrando un camino más corto en la observancia de un arte superior. El artesano medirá las pirámides con su metro, pero si le diéramos las dimensiones del Partenón en pies y pulgadas, los cálculos no lo abarcarían como una cuerda, sino que colgarían de su cornisa como si fuera un tejido elástico.

Su ojo es el foco en el que los rayos convergen desde todos lados y al que la circunferencia entera, al estar dentro y cen-

---

<sup>7</sup> ESQUILO, *Siete contra Tebas*. Thoreau tradujo la tragedia al inglés.

trado, se le revela. Del mismo modo, examinamos la concavidad del cielo de un vistazo, pero solo percibimos una cara del guijarro a nuestros pies. Su valor prevalece sobre su discreción. «La discreción es el alma del sabio», dijo el poeta. Su prudencia podría realizar mayores progresos que la mayor temeridad del cobarde, pues, mientras observa estrictamente el virtuoso término medio, parece ir de un extremo a otro impunemente. Es como el sol que, para el pobre hombre de mundo, aparece ahora en el cenit, luego en el horizonte, reflejando apenas de nuevo el disco lunar, y al cual atribuimos la descripción de un gran círculo que cruza los coluros del equinoccio y el solsticio, sin menoscabo de su firmeza o mediocridad. El virtuoso término medio es, en ética como en física, el centro del sistema en torno al cual gira todo y, aunque sea el extremo más alejado para un planeta lento y distante, algún día, cuando el año planetario se haya completado, ocupará un lugar central. Quienes se alarman de que la virtud se vea hasta ahora desplazada de su centro, por ser demasiado buena, no la han adoptado por entero, sino que solo han descrito un insignificante arco de unos segundos a su alrededor, a partir de su pequeña y mal definida curvatura, sin lograr calcular el centro. Pero su término medio no es mejor que la mezquindad, ni su medio mejor que la mediocridad.

El cobarde anhela la resolución que el valiente no necesita. No reconoce ninguna fe, sino un credo, pensando que esa insignificancia, a la que permanece anclado, le presta un buen servicio, pues su ancla de la esperanza no se ha echado. «El tejado de la casa lucha con la lluvia; quien se mantiene a cubierto no lo sabe.» En su religión, la ligadura que debería unir el músculo con el tendón es como el hilo que los cómplices de Cilón llevaban en sus manos cuando salieron del templo de Minerva hacia el extranjero, dejando el otro extremo atado a la estatua de la diosa. Pero, como les sucedió a ellos, a menudo el hilo se rompe al ser estirado y el cobarde se queda sin refugio.

La divinidad del hombre es el verdadero fuego vestal del templo, al que no se permite salir, pero arde constantemente en el más oscuro altar provinciano, con una llama tan pura como en el templo de Numa en Roma. En el individuo más mezquino están todos los materiales de la humanidad, aunque mal distribuidos. Precisamente afirmamos que una persona débil es llana porque, como las cosas llanas, no se mantiene en la dirección de su fuerza, es decir, sobre su borde, sino que proporciona una superficie adecuada sobre la que ponernos. Se desliza por el camino de la vida. La mayoría de cosas se hace fuerte en una sola dirección: un bastón longitudinalmente, un madero en la dirección de su borde, una rodilla transversalmente a su apoyo, pero el hombre valiente es una esfera perfecta que nunca caerá sobre su lado llano y es igualmente fuerte en todas direcciones. El cobarde es, a lo sumo, miserablemente esferoidal, demasiado educado o estirado por un lado, pusilánime por otro, y podría ser comparado con una esfera hueca cuya disposición material es mejor cuando se busca el mayor volumen.

No llegaremos a ser esféricos descansando sobre un lado toda la eternidad, sino que solo sometiéndonos implícitamente a la ley de la gravedad en nosotros encontraremos nuestro eje coincidente con el eje celestial y, tras girar incesantemente de un círculo a otro, adoptaremos una esfericidad perfecta. Como la tierra, la humanidad gira fundamentalmente de oeste a este, y ambas están así allanadas en los polos. ¿Acaso no proporciona la filosofía una pista del movimiento rotatorio que empieza a producirse también en los polos, y que habrá de adquirir una velocidad creciente en mil años, contribuyendo a restaurar el equilibrio? Al cabo, cuando las estrellas en las nebulosas y la Vía Láctea hayan iluminado con su suave resplandor durante una estación, ejerciendo toda su influencia como la estrella polar, las exigencias de la ciencia se habrán cumplido en cierto modo.

Lo grande y majestuoso tiene algo de la ondulación de la esfera. Es el secreto de la majestuosidad en el paso oscilante del elefante, y de toda gracia en la acción y en el arte. La línea de la belleza es una curva. Cuando el esfuerzo de varios hombres hace rodar pomposamente una gran esfera por las calles, me parece descubrir que cada uno se esfuerza por imitar y guardar su paso, si es posible, para aumentar su diámetro. Sin embargo, se mueve hacia delante y conquista a la multitud con su majestuosidad. ¡Qué vergüenza, pues, que nuestras vidas, que podrían ser con razón la fuente del movimiento planetario, y sancionar el orden de las esferas, estén repletas de brusquedad y angulosidad, como para no rodar ni moverse majestuosamente!

Los romanos «hicieron de la fortuna el apelativo de la fortaleza», pues la fortaleza es la alquimia que lo transforma todo en buena fortuna. El hombre fuerte, a quien los latinos llamaban *fortis*, no es más que el afortunado al que favorece la *fors* o *vir summae fortis*. Si nosotros lo fuéramos, cada barco podría «cargar con el César y la fortuna del César»,<sup>8</sup> porque habría un escudo impenetrable dentro de nosotros. Sin embargo, no fue un artista, sino un artesano el primero en fabricar los escudos de bronce. En busca de una coraza de prueba, *mea virtute me involvo*, me envuelvo en mi virtud:

Derribadme y me sentaré  
Sobre mis ruinas, sonriendo aún.<sup>9</sup>

Si dejáramos que un rayo de luz penetrara por el postigo, se propagaría infinitamente hasta iluminar el mundo, mientras que la sombra que no era tan grande al principio se desvanecía-

---

<sup>8</sup> Thoreau parafrasea a lo largo del texto las *Moralia* y las *Vidas paralelas* de Plutarco, uno de los autores que Emerson le había recomendado que leyera.

<sup>9</sup> ROBERT HERRICK, 'To Fortune', 1-2.

ría rápidamente hasta desaparecer. La sombra de la luna, al pasar lo más cerca posible del sol, se pierde en el espacio sin poder eclipsar la tierra. El sistema solar brilla siempre con luz ininterrumpida, pues, igual que el sol es mayor que cualquier otro planeta, ninguna sombra puede viajar lejos en el espacio. Deberíamos deleitarnos con la luz del sistema solar, saliendo de las sombras. La sombra del hombre no es tan grande como su cuerpo cuando los rayos forman un ángulo recto con la superficie que los refleja. Que nuestras vidas transcurran bajo el ecuador, con el sol en el meridiano.

No hay enfermedad que no se disipe como la oscuridad cuando una luz más fuerte penetra en ella. Venzamos al mal con el bien. No llevemos a cabo la estrecha economía de aquellos cuya valentía no vale más que la luz de una vela de cuarto de penique, ante la cual la mayoría de objetos proyecta una sombra más grande que ellos mismos.

La naturaleza rehúsa simpatizar con nuestro pesar, para el que no se ha provisto sino mediante una gran serie de artimañas: ha biselado el borde de los párpados, de manera que las lágrimas no se desborden sobre las mejillas. Plutarco pretendía explicar la preferencia por las señales observadas en la mano izquierda, argumentando que los hombres habían considerado «lo terrenal y mortal directamente en contraposición a lo celestial y divino, y conjeturado que la mano derecha de los dioses nos provee de lo que tenemos en la mano izquierda». Si no somos ciegos, veremos que la mano derecha lo abarca todo, tanto lo afortunado como lo desafortunado, y que el alma directiva es solo diestra y distribuye con una de sus palmas nuestros destinos.

¿Quién sugirió por primera vez que la necesidad fuera tan severa e hizo el destino tan fatídico? El más fuerte es siempre el menos violento. La necesidad es mi cojín oriental sobre el que descanso. Mi ojo se complace en su perspectiva como en la bruma estival. Solo pido que me dejen a solas con ella. Es el seno del tiempo y el regazo de la eternidad. Ser necesario es estar necesitado, y la necesidad es

otro nombre para la inflexibilidad del bien. ¿Cómo debo recibir a mi ceñudo amigo y caminar codo con codo a su lado? Seamos de gran necesidad para él como él lo es para nosotros. Le amo, es flexible y se adapta a mí como el aire a mi cuerpo. Salto y bailo a su alrededor y juego con su barba hasta que me sonrío. Te saludo, mi hermano mayor, que lo haces todo más noble con tu toque. Los días son sagrados cuando nada se interpone entre nosotros. Si ha de ser así, entonces es bueno. Las estrellas son tus intérpretes para mí.

Sobre Grecia se cierne la necesidad divina como un cielo siempre despejado, cuya luz dora la Acrópolis y miles de templos y arboledas.

*¿Qué música deberíamos tener?*

Cada nota más melodiosa que oigo  
Me lleva a reprocharme  
Que solo yo regale el oído  
A quien la música hace.

El valiente reconoce que es el único patrón de la música por su lengua materna, un lenguaje más melifluo y articulado que las palabras, en comparación con las cuales el discurso resulta nuevo y transitorio. Es su voz. Su lenguaje debería poseer el mismo movimiento majestuoso y la cadencia que la filosofía atribuye a los cuerpos celestes. El flujo regular de su pensamiento constituye el tiempo en música. El universo se desmorona y guarda su paso, que antes era individual y discordante. De ahí provienen la poesía y el canto. Cuando la valentía se fue asustada a la guerra, se llevó la música consigo. El alma se deleita aún con el eco de su propia voz. Especialmente el soldado insiste en el acuerdo y la armonía, y lucha por conseguirlos. De hecho, la amistad que se aprecia en la guerra es lo que la hace caballerosa y heroica. Lo que proporcionó a Europa una época de cruzadas no fue sino el sentimiento oculto de una noble amistad

para el alma más pura nunca vista. La guerra es la obligación de la paz. Cuando el soldado se marcha a saquear una ciudad, le preceden trompetas y tambores que identifican su causa con el universo acorde. El eco devuelve entonces todas las cosas a su propio espíritu, y así ocupa antes el territorio enemigo. El valiente no está más aislado, sino que está infinitamente relacionado y resulta familiar. Ser llamado a filas reúne para él todas las fuerzas de la naturaleza.

En el mundo hay tanta música como virtud. En un mundo de paz y amor, la música sería el lenguaje universal y los hombres se saludarían en el campo con acentos como los que Beethoven emite a raros intervalos desde lejos. Todas las cosas obedecen a la música como obedecen a la virtud. La música es el heraldo de la virtud. Es la voz de Dios. En ella residen las fuerzas centrípetas y centrífugas. El universo solo necesitaría oír una melodía divina para que cada estrella descendiera a su lugar apropiado y adoptara su verdadera esfericidad. De ahí cierta sobreabundancia sobre las cosas mediocres, por la que remonta sublimemente las cabezas de los sabios y mitiga el estrépito de la filosofía. Somos tan sabios mientras la escuchamos que no necesitamos reconocerla. Cualquier sonido, y sobre todo el silencio, hacen sonar el pífano y los tambores para nosotros. El menor crujido despierta nuestros sentidos y emite una luz trémula, como la aurora boreal, sobre las cosas. Como el pulido que da expresión a la veta en el mármol, y al grano en la madera, así la música destaca la cualidad heroica que acecha en cualquier lugar. La música es el sedante y el tónico del alma. He leído que «Platón no cree que los dioses concedieran la música, la ciencia de la melodía y la armonía, a los hombres para su mero deleite o regalarles el oído, sino que las regiones discordantes de la circulación, y el hermoso tejido del alma, y el hálito que anda vagando por el cuerpo, muchas veces prorrumpiendo en extravagancias y excesos, por falta de aire y entonación, serán

dulcemente recordados e ingeniosamente devueltos a su primer consentimiento y acuerdo».

El súbito estallido del cuerno nos sobresalta como si hubiéramos provocado precipitadamente a una bestia salvaje. Admiramos la osadía del valiente porque se atreve a despertar ecos que no puede detener. El sonido de la corneta en el silencio de la noche se eleva hasta las estrellas más lejanas y les confiere un nuevo orden y armonía, hallando de inmediato su caja de resonancia en el cielo. Sus notas se propagan sobre el horizonte como un rayo abrasador que acelera el pulso de la creación. El cielo exclama: «Ahora esta será mi tierra».

Para el alma sensible el universo posee su propio ritmo y medida fijos, que son su medida también y constituyen la regularidad y la salud de su pulso. Cuando el cuerpo marcha al ritmo del alma, surge el verdadero coraje y la fuerza invencible.

El cobarde reduce la emocionante música de las esferas a un gemido universal, el melodioso canto a un canturreo nasal. Cree reconciliar todas las influencias hostiles obligando a sus vecinos a llegar a una concordia parcial consigo mismo, pero su música no suena mejor que el cascabeleo afín a cualquier sacudida, por lo general recurrente. Emite una suave ráfaga de débil melodía, porque la naturaleza no puede sentir más simpatía por su alma de la que ella siente por su alegre melodía. De ahí que no oiga ninguna nota acorde en el universo y sea cobarde o, deliberadamente, un paria y un desertor. Pero el valiente, sin tambores ni trompetas, fomenta la concordia en todas partes con la universalidad y entonación de su alma.

Que no sea abandonado a la pena constante de no tener oído para las armonías más volubles y sutiles de la creación, si se da cuenta de la medida inferior de la virtud y la verdad. Si su pulso no late al unísono de los giros y las ocurrencias del músico, entonces marchará de acuerdo con las pulsaciones de la época.

La vida del hombre debería ser una marcha majestuosa al paso de una música inaudita, a la que pudiera dar un ritmo más fuerte que solo su fino oído percibiría cuando a sus amigos les pareciera irregular y sin armonía. No se habría de detener sino, a lo sumo, marchando sobre su posición, o durante una pausa más modulada que cualquier otro sonido, cuando ya no escuchara esa profunda melodía sino en absoluto consentimiento con la vida y el ser. Nunca habrá de dar un paso en falso, ni siquiera en las circunstancias más difíciles, porque entonces la música no dejaría de aumentar en el correspondiente volumen y distinción y dirigir el movimiento que la acompaña.

*No cuántos sino dónde están los enemigos*

Lo noble, lo valeroso,  
Hagámoslo a la elevada manera romana.  
SHAKESPEARE<sup>10</sup>

Cuando mis ojos se posan en las asombrosas masas de nubes y, arrojados a esa irregular grandeza, atraviesan la cúpula de mi cielo, advierto que su grandeza queda abandonada a la mediocridad de mis ocupaciones. El sol, a través de la mañana y el mediodía, lanza en vano un desafío al hombre y, tras ocultarse en su nublada fortaleza por el oeste, lo desafía a una grandeza semejante en su carrera, mientras contempla con humildad las cúpulas, los minaretes y las almenas doradas de la ciudad eterna y está contento de ser un habitante suburbano fuera de sus muros. Buscamos en vano la grandeza romana en la tierra, a fin de coger su guante arrojado desde el cielo. Idomeneo no se habría opuesto a experimentar la frescura de la última mañana surgida ante nosotros, como si fuera una mala ocasión para demostrar su valor, ni de aquella noche en que la flota griega fondearía en la bahía de Áulide. ¡Ojalá estuviéramos en la víspera de

---

<sup>10</sup> WILLIAM SHAKESPEARE, *Antonio y Cleopatra*, IV, xv, 87.

una guerra de más de diez años y la décima parte de sus hazañas, retiradas aquileas e interferencias divinas, abasteciera una biblioteca de *Iliadas*! Haríamos mejor en tener algo del espíritu irritable del caballero errante y, en el caso de que estuviéramos tan ciegos para pensar que el mundo no es lo suficientemente rico hoy en día para proporcionarnos un verdadero enemigo que combatir, en talar y mutilar, con nuestras fieles espadas y mazas de doble empuñadura, un fantasma irreal del cerebro. En las pálidas y escalofriantes nieblas de la mañana que se acumulan temprano y se retiran lentamente a sus guaridas a la luz del día, observo cómo la falsedad se escabulle del fuego puro de la verdad, que con verdadero gusto ajusticiaría sus filas traseras con el primer tizón que tuviera a mano. También nosotros somos criaturas endebles que el sol ahuyenta y sufrimos cuando nuestro ardor se enfría a medida que el suyo aumenta; nuestra efímera caballería toca a retirada con los tufos y vapores de la noche, y volvemos a encontrarnos con la humanidad de rostro sereno que predica la paz y la no resistencia como la paja que corre delante del torbellino. Que el óxido de nuestras espadas o nuestra incapacidad para desenvainarlas no proclamen nuestra paz, sino que haya trabajado tanto con sus manos que las mantenga brillantes y afiladas. Los mismos perros que aúllan a la luna desde los corrales muestran más heroísmo en esas noches de lo que ladran dócilmente en todas las exhortaciones civiles y sermones de guerra de la época. En ese día y esa noche, que habrían de perdurar indeleblemente en el corazón de los hombres, debemos aprender de las páginas del almanaque. Nadie se sorprende de los hábitos buhoneros de la raza, que no distingue cuándo acaba su día y comienza la noche, porque como la noche es la estación de descanso, sería difícil decir cuándo acaba su trabajo y comienza su descanso. No por eso

Regresa el día,  
 Ni los gratos crepúsculos de la mañana y la tarde,  
 Ni la flor de la primavera, ni la rosa del verano,

Ni los rebaños, ni la faz divina del hombre,  
Sino, en su lugar, nubes y tinieblas alrededor.<sup>11</sup>

Así es como transcurre el tiempo al margen de la época y conocemos unas cuantas tardes y mañanas solo por la tradición. En cuanto la noche se lamenta y vierte sus lágrimas sobre el principio del día, el hombre no se apresura a recibir su abrazo, cumpliendo la promesa hecha descaradamente en la juventud de los tiempos. El hombre es una circunstancia en sí mismo y su heroísmo, en lugar de hacer que el universo siga girando alrededor del testigo mudo de su humanidad, y que las estrellas olviden su música de las esferas y canten una melodía elegiaca, debería abandonar sus filas y pasar a la humanidad.

No basta con llevar una vida sencilla. Debemos vivir en el abismo, retirados a nuestro merecido descanso como soldados en la víspera de una batalla, mientras esperamos con entusiasmo la estrepitosa salida de la mañana. «No os pongáis en los asientos populares ni a la altura ordinaria de las virtudes, sino esforzaos por hacer de ellos algo heroico. No traigáis solo ofrendas de paz a Dios, sino también holocaustos».<sup>12</sup> Para el soldado valiente, la ociosidad de la paz resulta más dura que las fatigas de la guerra. Como nuestros cuerpos, que buscan el encuentro físico y languidecen en el clima templado y uniforme de los trópicos, nuestras almas prosperan más con el malestar y el descontento. El alma es un amo más estricto que ningún rey Federico, porque la verdadera valentía somete nuestros cuerpos a un uso más cruel del que un granadero podría resistir. También somos moradores en los límites del campamento. Cuando el sol penetra en la niebla de la mañana, me parece oír el estruendo de la batalla con más fuerza que sus carros tronando en las llanu-

---

<sup>11</sup> JOHN MILTON, *El paraíso perdido*, III, 41-46.

<sup>12</sup> SIR THOMAS BROWNE, *Letter to a Friend* (publicada póstumamente en 1690).

ras de Troya. Los enrarecidos campos de humo se extienden como una niebla sobre los bosques, formando extensos prados en los que se libra una gran batalla.

Antes de cada vanguardia  
Los caballeros aéreos avanzan lanza en ristre,  
Hasta confundirse las espesas legiones.<sup>13</sup>

Nos conviene hacer de la vida un firme progreso para no ser vencidos por las oportunidades. Los acontecimientos deberían filtrar la primera gota caída a la corriente desde el cielo hasta brotar en manantiales de mayor pureza y extraer un sabor más divino de los obstáculos que atraviesa. ¿Habrá de consumirse el hombre antes que el sol, y no el nuevo amanecer, y con dignidad natal descender por las colinas del este hacia el bullicioso valle de la vida, avanzando con un semblante majestuoso y sereno a través del mediodía, hasta alcanzar un ocaso más hermoso y prometedor? En los colores carmesíes del oeste discernimos los primeros matices del amanecer. Se elevan puros y brillantes para mi hermano occidental como hicieron para mí, pero solo el atardecer exhibe al final del día la belleza que me ha pasado inadvertida durante la mañana y el mediodía. ¿No es esto lo que llamamos la gran atmósfera del atardecer, la acción acumulada del día, que absorbe los rayos de la belleza y muestra mayor riqueza que la desnuda promesa del amanecer? Mirémosla para que, por medio de un serio trabajo realizado bajo el calor del mediodía, preparemos una refrescante brisa occidental contra el atardecer.

No habría necesidad de temer que el tiempo transcurriera despacio si nuestro trabajo estuviera hecho, ya que nuestra tarea no es una parte del trabajo cotidiano como para que el hombre debiera estar pensando en su siguiente paso como un medio de vida, sino que, habiéndose esforzado desde el principio, su tarea

---

<sup>13</sup> JOHN MILTON, *El paraíso perdido*, II, 535-537.

terminará cuando no quede nada más en el cielo o en la tierra por lo que esforzarse. El esfuerzo es la prerrogativa de la virtud. No dejemos que la muerte sea la única tarea de la vida, si pudiera ser considerada una tarea que todas las cosas no hacen sino aliviar, el momento en que recobramos la vida y nos ponemos a trabajar. No dejaremos que nuestras manos pierdan parte de su movilidad esperando una humilde recompensa, mientras sepamos que nuestro esfuerzo no se verá frustrado ni despojado de nuestras ganancias, a menos que no tengamos.

Nos importa más ser alguien aquí y ahora que dejar algo tras nosotros, porque, si lo consideramos bien, el hombre de acción no ha elogiado sino ciertos mármoles y lienzos que son una representación de la verdadera obra. El hecho más colosal y efectivo podría ser un despropósito en la tierra, pero figurar en el cielo con las nuevas constelaciones y estrellas. Cuando, en raras ocasiones, nuestro ser trata con el consentimiento que llamamos anhelo, no podemos esperar que nuestra obra perdure para siempre en la galería de algún artista en la tierra. El hecho más valiente, omitido en gran medida de la historia, y que anhela la caducidad del acto ya realizado y la incertidumbre del acto por realizar, es la vida de un gran hombre. Para realizar una proeza necesitamos ser osados algún tiempo, como si nos moviera el flujo y reflujo de cierto coraje y el alma fuera completamente dominada por su propia acción, sumida en la indiferencia y la cobardía, mientras que la proeza de una vida valiente consiste en su completud momentánea.

El golpe del cincel debe penetrar en nuestra carne y huesos, pero el hombre de acción es un mero idólatra y aprendiz de arte que sufre cuando el cincel raya con torpeza el mármol, porque el verdadero arte no es solo un consuelo sublime ni un trabajo sagrado que los dioses dieron a los enfermizos mortales, sino también una obra maestra que, como imaginareis, tras invertir setenta años en el lienzo —una vida humana—, y provisto de las facultades de un hombre para las herramientas, podría

producir incluso un habitante de las mesetas de Asia central, y en la que esperaríais descubrir algo más que la frescura de la *Aurora* de Guido, o la suave luz de los paisajes de Tiziano, y no una pura imitación, ni un rival de la naturaleza, sino el original restaurado del que ella es el reflejo. Debido a una obra maestra como esa, las galerías de Grecia e Italia no son más que una mezcla de colores y preparativos para la excavación del mármol.

De tal manera es, entonces, nuestra cruzada que, mientras se incline principalmente a la sincera y buena voluntad y la actividad de la guerra, antes que a la falta de sinceridad y la pereza de la paz, dará ejemplo tanto de calma como de energía; tan desinteresada en la victoria como descuidada con la derrota, no para prolongar nuestro periodo de servicio, ni para rebajarlo con un indulto, sino para aplicarnos seriamente a la campaña que nos espera. No hagamos una guerra grosera y descortés, sino que una cortesía superior asista a su coraje superior, aunque sin rechazar sus deberes más exigentes ni la disciplina más severa, de manera que nuestro campo se convierta en una palestra, donde las energías durmientes y afectos de los hombres traben la lucha, no para su disgusto, sino para su ejercicio y desarrollo mutuo.

¿Qué sería de Godfrey y Gonzalo a menos que respiráramos vida en ellos y representáramos sus proezas como un preludio de las nuestras?<sup>14</sup> El pasado es el lienzo sobre el que nuestra idea está pintada, la perspectiva borrosa de nuestro campo futuro. Soñamos con lo que hemos de hacer. Me parece escuchar el sonido del clarín y el estruendo del escudo y la coraza desde la silenciosa aldea del alma. Hace tiempo que el pistoletazo de salida ha sonado y aún no estamos en nuestros puestos. Apresurémonos como la mañana y demorémonos como la tarde.

---

<sup>14</sup> Godfrey (Godofredo) de Bouillon (1060-1100), uno de los primeros cruzados y protagonista de *Jerusalén liberada* (1581) de Torcuato Tasso. Gonzalo de Córdoba es el protagonista, a su vez, de *Gonsalve de Cardoue* (1791) de Jean Pierre Claris de Florian.



## EL PARAÍSO (PARA SER) RECUPERADO

J. A. ETZLER, *The Paradise within the Reach of all Men, without Labor, by Powers of Nature and Machinery. An Address to all intelligent Men. In two Parts*, Primera parte, Segunda edición en inglés, 55 pp., Londres, 1842.

Sabemos que el señor Etzler es oriundo de Alemania, que originalmente publicó su libro en Pensilvania hace diez o doce años y que, ahora, sus lectores al otro lado del océano exigen una segunda edición, a partir del original americano, debido, suponemos, a la reciente difusión de las doctrinas de Fourier. Es una de las señales de la época. Hemos de confesar que, después de leer este libro, nos levantamos con mejores ideas y un concepto más grandioso de nuestros deberes en este mundo. Ha ampliado nuestra perspectiva. Vale la pena prestarle atención, aunque solo sea por las grandes cuestiones que trata. Consideremos lo que el señor Etzler propone:

¡Compatriotas! Os prometo que os mostraré los medios para crear un paraíso en diez años, en el que cada uno tendrá todo lo deseable para la vida humana en abundancia, sin trabajo ni paga; en el que el rostro de la naturaleza adquirirá las formas más bellas y el hombre vivirá en magníficos palacios, con todo el refinamiento del lujo, y en los jardines más deli-

ciosos; en el que lograré, sin trabajo, en un año, más de lo que ha podido hacer en miles de años hasta ahora: nivelaré montañas, excavaré valles, hará lagos, drenará lagos y pantanos, y atravesará la tierra con hermosos canales y caminos por todas partes, a fin de transportar pesadas cargas de miles de toneladas y viajar miles de millas en veinticuatro horas; cubrirá el océano con islas flotantes que se muevan en la dirección deseada, con gran poder y rapidez, y de una estabilidad perfecta, con todas las comodidades y lujos, mientras carga con jardines y palacios y miles de familias, y provistas de riachuelos de agua dulce; explorará el interior del globo y viajará de un polo a otro en quince días; se proveerá de los medios aún desconocidos para aumentar su conocimiento del mundo, así como su inteligencia; llevará una vida de continua felicidad y placeres aún desconocidos y se librará de casi todos los males que afligen a la humanidad, salvo la muerte, y situará incluso a la muerte más allá del tiempo ordinario de la vida humana, y al cabo hará que resulte menos dolorosa. Entonces la humanidad vivirá y disfrutará un nuevo mundo muy superior al actual y se elevará mucho más alto en la escala del ser.

Parecería, por esta y otras sugerencias, que hay un trascendentalismo tanto en mecánica como en ética. Mientras el campo de un reformista se extiende más allá de los límites del espacio, el otro lleva su proyecto para la elevación de la raza a su límite. Mientras uno friega el cielo, el otro barre la tierra. Uno declara que se reformará a sí mismo y luego la naturaleza y las circunstancias actuarán en justicia. No seamos un obstáculo para nosotros mismos, pues esa es la mayor desavenencia. No tiene mucha importancia que una nube obstaculice la visión del astrónomo, comparada con su propia ceguera. El otro reformará la naturaleza y las circunstancias y luego el hombre actuará en justicia. No habléis con ligereza, dice, de reformar el mundo:

yo reformaré el globo. ¿Qué importa si aparto ese hedor de mi carne o el hedor pestilente de la parte carnosa del globo? Con todo, ¿no es el último camino el más generoso? Por ahora el globo se mueve con una constitución fragmentada en su órbita. ¿Acaso no padece de asma, calentura, fiebre, hidropesía, flatulencia, pleuresía y gérmenes? ¿No lo han contrarrestado sus leyes sanas ni lo ha redimido aún su energía vital? No hay duda de que los poderes de la naturaleza, adecuadamente dirigidos por el hombre, lo convertirían en un lugar saludable y un paraíso, del mismo modo que, si el hombre obedeciera las leyes de su propia constitución, recuperaría la salud y la felicidad. Nuestras panaceas no habrán de curar sino a unos cuantos enfermos; nuestros hospitales generales son privados y exclusivos. Deberíamos erigir otra Higía a la que adorar. ¿No recomiendan los curanderos dosis pequeñas para los niños, grandes para los adultos y aún más grandes para los bueyes y los caballos? Recordemos que hemos de prescribir una receta para el globo.

¡Esa hermosa residencia se cae ante nosotros y no hacemos casi nada por mejorarla, ni la limpiamos ni la cercamos, ni hacemos una zanja alrededor de ella! Estamos dispuestos a morir por una «tierra mejor» sin hacer ningún esfuerzo, como nuestros granjeros hicieron trasladándose a la tierra de Ohio, pero el hecho de cultivar y redimir esta tierra de Nueva Inglaterra del mundo, ¿no sería más heroico y fiel? Las jóvenes energías del globo han de seguir la dirección de su cauce. Las gacetas nos informan de los ingenuos caprichos del viento, los huracanes y los naufragios que el marinero y el plantador aceptan como una providencia específica y universal, mientras afectan nuestras conciencias y nos recuerdan nuestros pecados. Otro diluvio despojaría de gracia a la humanidad. Hemos de confesar que nunca hemos tenido demasiado respeto por la raza antediluviana. Un empresario que se le parezca no entrará en el negocio de la vida sin mirar primero sus cuentas. Aún quedan muchas cosas por re-

solver. ¿Quién conoce la dirección en la que mañana soplará el viento? No sucumbamos a la naturaleza. Pondremos en orden las nubes y contendremos la tempestad; embotellaremos las exhalaciones pestilentes, buscaremos los terremotos y los desenterraremos, y daremos rienda suelta a los gases tóxicos; destriparemos el volcán, extraeremos su veneno y sacaremos su semilla. Lavaremos el agua, calentaremos el fuego, enfriaremos el hielo y apuntalaremos la tierra. Enseñaremos a los pájaros a volar, a los peces a nadar y a los rumiantes a rumiar. Es hora de que examinemos estas cosas.

Conviene al moralista que se pregunte qué podría hacer el hombre para mejorar y embellecer el sistema, para que las estrellas brillaran más, el sol estuviera más animado y alegre y la luna más plácida y contenta. ¿No elevaría el hombre el color de las flores y la melodía de los pájaros cumpliendo su deber con las razas inferiores? ¿Acaso debería ser un dios para ellas? ¿Qué parte de magnanimidad les tocaría a la ballena y el castor? ¿No deberíamos intercambiar los lugares con ellos durante un día, por miedo a que su conducta nos avergonzara? ¿Podríamos tratar sin magnanimidad al tiburón y el tigre, sin descender a su nivel para conocerlos, provistos de arpones de dientes de tiburón y escudos de piel de tigre? Difamamos a la hiena aunque el hombre sea el animal más fiero y cruel. ¡Oh hombre de poca fe, incluso los cometas errantes y los meteoros te lo agradecerían y te responderían con amabilidad a su manera!

Nuestro trato con la naturaleza es demasiado mezquino y grosero. ¿Podríamos realizar una labor menos grosera? ¿Qué otra cosa sugieren los grandes inventos del magnetismo, el daguerrotipo y la electricidad? ¿Podríamos hacer algo más que talar los bosques, como tomar parte en su economía interior, en la circulación de la savia? En la actualidad trabajamos de manera superficial y violenta. No nos imaginamos todo lo que podríamos hacer para mejorar nuestra relación con la naturaleza ani-

mada, ni la amabilidad y la exquisita cortesía que podríamos tener.

Conocemos ciertas ocupaciones que, aunque no sean completamente poéticas y originales, muestran al menos una relación más noble y pura con la naturaleza. El mantenimiento de las abejas resulta un leve tropiezo. Es como querer orientar los rayos del sol. Cada nación, desde la antigüedad, ha manipulado así a la naturaleza. ¿Existen en realidad Himeto e Hibla y muchos otros lugares célebres por sus abejas? No hay nada grosero en la idea de esos pequeños enjambres. Su zumbido es como el débil mugido del ganado en la pradera. Un simpático reseñador nos recordó hace poco que, en algunos lugares, las abejas se dirigen al pasto en que abundan las flores. «Columela nos explica –afirma– que los habitantes de Arabia enviaban sus colmenas al Ática para beneficiarse de los últimos dientes de león».<sup>15</sup> Las colmenas, apiladas en inmensas pirámides, son transportadas cada año por el Nilo en botes, flotando lentamente río abajo durante la noche y descansando durante el día, igual que las flores que brotan en las orillas, y establecen la riqueza del lugar, así como el carácter lucrativo de la demora, mediante el hundimiento del bote en el agua. El mismo reseñador nos habla de un hombre en Alemania cuyas abejas producían más miel que las de sus vecinos, sin contar con ninguna ventaja aparente, hasta que confesó que había girado sus colmenas un grado más hacia el este y, entonces, sus abejas, con una ventaja de dos horas desde el comienzo de la mañana, conseguían el primer sorbo de miel. La verdad es que la traición y el egoísmo están detrás de esos hechos, pero a la imaginación poética le sugieren lo que debería hacerse.

Contamos con muchos ejemplos de tropiezos más notables, aunque no sin su disculpa. El pasado verano, en la ladera

---

<sup>15</sup> Columela escribió un tratado de agricultura en el siglo I. Himeto e Hibla eran lugares de la Antigüedad famosos por su miel.

de una montaña, vimos que un perro empleado en hacer mantequilla para una familia de granjeros se movía sobre una rueda horizontal, y aunque tenía los ojos inflamados, una tos alarmante y un aspecto modesto, se ganaba su sustento. Desde luego, para lograr los mayores éxitos siempre se sacrifica la primera fila. En los últimos años han mejorado mucho los viajes sin sentido a caballo, in extenso, para beneficio del hombre, aprovechando dos fuerzas: la gravedad del caballo, que es la centrípeta, y su inclinación centrífuga a seguir adelante. Solo necesitamos esos dos factores para nuestro cálculo. ¿No se economiza mejor así toda la economía del animal? ¿No están los seres finitos más agradecidos con los movimientos relativos que absolutos? ¿Qué es este gran globo sino una rueda, una enorme rueda de molino, de manera que los pasos del caballo que corre libremente por la pradera son a menudo frustrados por el movimiento de la tierra sobre su eje? Sin embargo, en esta tierra él es el agente central y la fuerza motriz y, en cuanto a la diversidad del paisaje, al estar provisto de una ventana delantera, ¿no habrían de producir la actividad variable y la energía fluctuante de este animal el efecto del paisaje más variado sobre un camino de campo? Deberíamos confesar que hoy el caballo trabaja exclusivamente para el hombre, mientras que el hombre rara vez trabaja para el caballo, y el animal se degenera en la sociedad humana.

El mundo se dará cuenta de que contemplamos una época en la que la voluntad del hombre será la ley del mundo físico, y las abstracciones como el tiempo y el espacio, la altura y la profundidad, el peso y la solidez, ya no representarán un impedimento para él, sino que acabará siendo, efectivamente, el señor de la creación. «Bueno —explica el lector infiel— la vida es breve, pero el arte es extenso. ¿Dónde está el poder que ha de realizar todos esos cambios?» Se trata del mismo objeto que muestra el volumen del señor Etzler. Por ahora nos recuerda que hay nu-

merosas e inconmensurables energías en la naturaleza, sin emplear en gran medida, o para fines magnánimos y universales, que bastarían para esos propósitos. Nos habla de su existencia como el agrimensurador que da cuenta de la existencia de la fuerza hidráulica del río, mientras a la hora de utilizarlas nos remite a una secuela de su libro llamada *Sistema mecánico*. Algunas de esas energías más comunes y familiares son el viento, la marea, las olas y los rayos del sol.

En primer lugar, tenemos la energía del viento, que ejerce una fuerza constante sobre el globo. Da la impresión de que, a partir de la observación de un barco de vela y las tablas científicas, la fuerza media del viento es igual que la de un caballo por cada cien pies cuadrados. «Sabemos», declara nuestro autor,

que los barcos de primera clase llevan velas de doscientos pies de altura; podemos, por tanto, igualmente, sobre la tierra, oponer al viento superficies de la misma altura. Imaginemos una línea de esas superficies de una milla o unos 5.000 pies de largo, lo que da 1.000.000 de pies cuadrados. Dejemos que esas superficies corten la dirección del viento en ángulos rectos, mediante algún dispositivo, y reciban, en consecuencia, su fuerza en todo momento. Si su fuerza media es igual que la de un caballo por cada cien pies cuadrados, su fuerza total será igual que un millón dividido entre 100, o la fuerza de 10.000 caballos. Al conceder que la fuerza de un caballo es igual que la de diez hombres, la fuerza de 10.000 caballos será igual que la de 100.000 hombres. Pero como los hombres no son capaces de trabajar ininterrumpidamente, sino que necesitan la mitad del tiempo para dormir y descansar, esa misma fuerza será igual que la de 200.000 hombres. [...] No estamos limitados a una altura de 200 pies; si fuera necesario, podríamos elevar el uso de esta fuerza a la altura de la nubes, mediante cometas.

Sin embargo, encontraríamos una cerca por cada milla cuadrada de la superficie del globo, porque, como el viento golpea habitualmente la tierra en un ángulo de más de dos grados, lo que resulta evidente al observar su efecto en alta mar, habría de dar lugar a una aproximación mayor. Como la superficie del globo tiene unos 200000000 de millas cuadradas, la fuerza del viento sobre esas superficies igualaría la fuerza de 40000000000000 hombres y «realizaría 80000 veces el mismo trabajo que todos los hombres en la tierra podrían realizar con sus nervios».

Si se objetara que esa cuenta incluye la superficie del océano y las regiones inhabitables de la tierra, donde semejante energía no puede ser utilizada para nuestros propósitos, el señor Etzler respondería rápidamente: «Sin embargo, recordaréis –afirma– que había prometido mostrar los medios para hacer un océano tan inhabitable como la tierra seca más fértil, sin excluir las regiones polares».

El lector debe advertir que nuestro autor usa la cerca como una fórmula de conveniencia para hablar de la energía del viento, y no la considera necesariamente un método de su aplicación. Nosotros no damos demasiado valor a esa afirmación de la fuerza relativa del viento y el caballo, porque no se menciona ningún terreno común en el que puedan compararse. Sin duda, cada una es incomparablemente excelente a su manera y cada comparación general que se haga contribuye a un propósito práctico como los que hemos visto: cuando se da preferencia a una, no se le hace justicia a la otra. En la mayoría de las ocasiones, las tablas científicas son verdaderas en un sentido tabular. Suponemos que, en las mismas circunstancias, un vagón cargado con una vela ligera de diez pies cuadrados no habrá llegado muy lejos a final del año, igual que si un caballo ordinario de carreras o tiro hubiera tirado de él. ¿Cuántas estructuras inclinadas sobre la superficie de nuestro globo, de las mismas dimensiones, no llegarían a deteriorarse en el caso de que los arrees

del caballo estuvieran enganchados a ellas, incluso a su lado de barlovento? Evidentemente, ese no es el principio de la comparación. Pero la fuerza regular y constante del caballo podría considerarse equivalente a su peso y, sin embargo, preferiríamos que los céfiros y los vendavales cayeran con todo su peso sobre nuestras cercas, antes de que Dobbin, con las patas reforzadas, se apoyara ominosamente contra ellas toda la estación.

Disponemos de una energía incalculable y, sin embargo, el uso que hacemos de ella es insignificante, y solo sirve para hacer girar unos cuantos molinos, poner a navegar unos cuantos barcos a través del océano y unos cuantos fines triviales más. ¡Qué pobre cumplido le prodigamos a nuestro infatigable y enérgico sirviente!

Si alguna vez preguntáis por qué no se utiliza esa energía, si lo que se dice es verdad, yo preguntaría a mi vez: ¿por qué el uso de la energía del vapor es tan reciente? Millones de hombres han hervido agua cada día durante miles de años y posiblemente han observado con frecuencia que el agua hirviendo, en ollas o pucheros bien cerrados, levantaba la tapa o hacía estallar el recipiente con gran violencia. Cualquier cocinera o lavandera conocían la energía del vapor, igual que la energía del viento, aunque las observaciones y las reflexiones profundas no se daban ni en una ni en otra.

Los hombres, una vez han descubierto la fuerza del agua descendiente, que al fin y al cabo es relativamente débil, ¿habrían de intentar ansiosamente mejorar esos *privilegios*? Descubrid un desnivel de unos pocos pies en algún arroyo cercano a una poblada ciudad, una ocasión insignificante para que actúe la gravedad, y la economía del vecindario cambiará de inmediato. De hecho, especulan sobre y con esa energía como si fuera un privilegio único. Entre tanto, ese arroyo aéreo desciende

desde alturas mucho más elevadas con un flujo más constante, que no mengua con la sequía, y se ofrece a establecer un molino dondequiera que el viento sople, como si se tratara de un Niágara en el aire, sin ningún lado en Canadá. Pero lo difícil es llevar esa sugerencia a la práctica.

También está la fuerza de la marea y las olas, con su flujo y reflujo constante, su caída y recaída, aunque no sean en cierto modo útiles para el hombre. Se limitan a cambiar el curso de unos cuantos molinos y prestar otros cuantos servicios insignificantes y contingentes. Todos nosotros vemos el efecto de la marea, la imperceptible manera en que sube lentamente en nuestros puertos y ríos y levanta las flotas más pesadas con la misma facilidad que los barcos más ligeros. Todo lo que flota ha de sucumbir a la marea. Pero el hombre, torpe para captar la constante señal de auxilio de la naturaleza, se sirve escasa e irregularmente de esa energía, escorando los barcos y sacándolos a flote cuando han encallado.

El siguiente punto es el cálculo del señor Etzler al respecto. Para hacernos una idea de la energía que proporciona la marea, imaginemos una superficie de 100 millas cuadradas, o 10000 millas cuadradas, donde la marea suba y baje con un promedio de 10 pies. ¿Cuántos hombres harían falta para vaciar una dársena de un área de 10000 millas cuadradas y 10 pies de profundidad, llena de agua de mar, en 6 horas y  $\frac{1}{4}$ , y llenarla de nuevo en el mismo tiempo? Dado que un solo hombre es capaz de reunir 8 pies cúbicos de agua de mar por minuto, y 3000 en 6 horas y  $\frac{1}{4}$ , harían falta 1200000000 hombres, o como solo podrían trabajar la mitad del tiempo, 2400000000 para reunir 3000000000000 de pies cúbicos, o toda la cantidad necesaria en ese tiempo.

Se trata de una energía que podría usarse de diferentes maneras. La marea podría levantar en primera instancia un cuerpo grande, compuesto de los materiales flotantes más pesados, y

estando atado al extremo de una balanza que se alargara desde la tierra o desde un soporte fijo asegurado al fondo, cuando la marea descendiera, ejercer todo su peso sobre el extremo de la balanza. Asimismo, cuando la marea ascendiera, se lograría que ejerciera una fuerza casi idéntica en la dirección opuesta, de manera que podría ser usado siempre que se obtuviera un *point d'appui*.

Sin embargo, mientras el uso de la marea dependa de los puntos fijos en la tierra, será natural comenzar con ellos al borde de las orillas en las aguas someras, y sobre las arenas, que podrían extenderse poco a poco en el mar. Las orillas del continente, las islas y las arenas, que por lo general están rodeadas de aguas someras, no exceden las 50 o 100 brazas de profundidad, por 20, 50 o 100 millas hacia arriba. Las costas de Norteamérica, con sus extensos bancos de arena, las islas y las rocas, podrían proporcionar fácilmente, para este propósito, una tierra de unas 3.000 millas de longitud, y de un promedio de 100 millas de ancho, o 300.000 millas cuadradas, que, con una fuerza de 240.000 hombres por milla cuadrada, como se dijo, junto a 10 pies de marea, sería equivalente a 72.000 millones de hombres, o una fuerza de 24.000.000 de hombres por cada milla de costa.

Las balsas, de cualquier medida, aseguradas al fondo del mar, a lo largo de la orilla, y extendidas por el mar, serían cubiertas de tierra fértil, mientras cargan con plantas y árboles, sean como fueren, y hermosos jardines, como los que permite la tierra firme, y edificios y máquinas, que podrían operar, no solo en el mar, donde están, sino que también, por medio de conexiones mecánicas, extenderán sus operaciones muchas millas por el continente (*Sistema mecánico* de Etzler, p. 24). Entonces esa energía podría cultivar la tierra artificial en muchas millas sobre la superficie del mar, cerca de las orillas, y, durante varias

millas, la tierra seca, a lo largo de la orilla, de una manera superior; podría construir ciudades a lo largo de la orilla que contaran con magníficos palacios, cada uno rodeado de los jardines y los paisajes más hermosos; podría nivelar las montañas y las irregularidades o erigir promontorios para disfrutar de una amplia perspectiva en el campo y sobre el mar; podría cubrir las orillas estériles de tierra fértil y embellecer las mismas de varias maneras; podría limpiar el mar de bajíos y facilitar la proximidad a la tierra, no solo de las embarcaciones, sino de las grandes islas flotantes que pueden provenir de, e ir hacia, regiones distantes del mundo, islas que contaran con toda la comodidad y la seguridad que permitiera la tierra firme para sus habitantes.

Entonces sería posible hacer que la energía obtenida de la gravedad de la luna y el océano, hasta ahora objetos de curiosidad ociosa para el hombre estudioso, sirviera fundamentalmente para crear las viviendas más hermosas de la costa, donde los hombres puedan disfrutar al mismo tiempo de todas las ventajas del mar y la tierra seca; las costas podrían ser los paradisíacos contornos ininterrumpidos entre la tierra y el mar, en todas partes repletas de una población más densa. A lo largo de ellas, las orillas y el mar no serían más que la ruda naturaleza presente ahora en estos, pero en todas partes de fácil acceso y fascinantes, ni siquiera molestados por el rugido de las olas, formadas como para satisfacer los propósitos de sus habitantes; el mar quedaría libre de todo obstáculo y despejaría el paso en todo lugar, y su producción de pescado sería reunida en grandes y apropiados recipientes, a fin de regalarlos a los habitantes de las orillas y del mar.

La tierra luce realmente un aspecto laborioso en primavera y durante la marea muerta, y esos barcos en forma de isla —esas *terrae infirmae*—, que actualizan las fábulas de la antigüedad, estimulan nuestra imaginación. Solíamos creer que el mejor lugar

para una residencia humana era a la orilla de la tierra, que allí la lección constante e impresión del mar calarían profundamente en la vida y en el carácter del hombre de tierra y daría un tinte marítimo a su imaginación. La palabra *marinero* es noble: el que está familiarizado con el mar. Su significado debería estar más presente en cada uno de nosotros. Es un país digno al que pertenecer. Cuidemos de que no lo despoje de gracia. Tal vez deberíamos ser marineros y terrícolas por igual, y es que incluso nuestras Montañas Verdes necesitan que ese verdemar se mezcle con ellas.

El resultado de la fuerza de las olas es menos satisfactorio. Mientras solo se tenga en cuenta la fuerza media del viento y la altura media de la marea, se usará la altura de las olas, porque están hechas para elevarse diez pies sobre el nivel del mar; añadiendo diez más de depresión obtendremos veinte pies o la altura de una ola. De hecho, la fuerza de las olas, producida por el viento que sopla oblicuamente y en perjuicio del agua, está hecha para llegar a ser no solo tres mil veces mayor que la de la marea, sino cien veces mayor que la del viento y encontrar su objeto en un ángulo recto. Asimismo, esa fuerza se mide por el área del recipiente, y no por su extensión, aunque da la impresión de que se olvida que el movimiento de las olas es principalmente ondulatorio y ejerce su fuerza dentro de los límites de una vibración. De otra manera, los propios continentes, con sus extensas costas, habrían quedado en seguida a la deriva.

En último lugar, está la energía obtenida del sol mediante el principio por el que Arquímedes inventó sus espejos ustorios, una multiplicidad de espejos que reflejan los rayos del sol sobre un mismo lugar, hasta conseguir el grado necesario de calor. El principal uso de esa energía consiste en la ebullición del agua y la producción de vapor.

Cómo crear riachuelos de agua dulce y saludable, sobre las islas flotantes, en mitad del océano, es algo que no ha de

resolverse ahora. El agua de mar transformada en vapor destilará el agua dulce, dejando la sal en el fondo. Las máquinas de vapor sobre las islas flotantes, para su propulsión y otros propósitos mecánicos, servirán así, al mismo tiempo, para la destilería de agua dulce que, recogida en dársenas, podría transportarse a través de canales por la isla, mientras, donde se necesitara, podría refrigerarse por medios artificiales y transformarse en agua fría, superando en salubridad la mejor agua de manantial, pues la naturaleza no destila agua tan pura y sin mezcla alguna de sustancias menos saludables.

Hasta aquí hemos hablado de unas pocas energías más evidentes, usadas de una manera insignificante, aunque hay muchas otras en la naturaleza, no descritas ni descubiertas. Sin embargo, esas servirán por ahora. Sería como hacer del sol y la luna nuestros satélites por igual, porque como la luna es la causa de las mareas, y el sol, la causa del viento, que a su vez es la causa de las olas, todo el trabajo de este planeta habría de ser desempeñado por estas lejanas influencias.

Como esas energías son muy irregulares y están sujetas a interrupciones, el siguiente objetivo es mostrar cómo podrían convertirse en energías que trabajaran de manera continua y uniforme para siempre, hasta que la maquinaria aguante o, en otras palabras, en movimientos continuos [...]. Hasta ahora la fuerza del viento se aplica directamente a la maquinaria en uso y nosotros tenemos que esperar a que el viento sople, hasta que la operación se detenga en cuanto el viento deje de soplar. Pero la manera, que explicaré de aquí en adelante, de aplicar esa fuerza es hacer que trabaje para acumular o almacenar la energía, para después sacarla de este depósito, en algún momento, en cuanto sea requerida para la operación final con las máquinas. La energía almacenada habría de reaccionar cuando se necesitara, y podría

hacerlo mucho tiempo después de que la fuerza original del viento hubiera cesado. Aunque el viento cesara en intervalos de muchos meses, podríamos obtener por medio de la misma energía un movimiento continuo y uniforme.

La pesa del reloj al que acaban de dar cuerda nos proporciona una imagen de la reacción. La caída de la pesa es la reacción por haber dado cuerda al reloj. No es necesario esperar a que se quede sin cuerda antes de que le demos cuerda a la pesa, sino que se le puede dar cuerda en cualquier momento, en parte o totalmente, y, si siempre se hace antes de que la pesa llegue al fondo, el reloj se quedará en marcha permanentemente. En uno similar, aunque no de la misma manera, podríamos causar una reacción a mayor escala. Podríamos, por ejemplo, elevar el agua, mediante la aplicación directa del viento o el vapor, hasta un estanque sobre algún promontorio, por el que, a través de una desembocadura, caería sobre una rueda u otro dispositivo para poner la maquinaria en funcionamiento. Entonces almacenaríamos el agua en algún estanque elevado, y sacaríamos de ese depósito, en cualquier momento, a través de la desembocadura, tanta agua como quisiéramos emplear, por medios que harían reaccionar la energía original durante muchos días después de que hubiera cesado [...]. Esos embalses de elevación normal y tamaño modesto no serán contruidos artificialmente, sino que se descubrirá que fueron creados por la naturaleza con la mayor frecuencia, sin necesidad de gran ayuda para terminar de hacerlos. No necesitan la regularidad de la forma. Cualquier valle con tierras inferiores en sus alrededores valdría para ese propósito. Las grietas pequeñas podrían ser cubiertas. Esos lugares serían idóneos para el comienzo de empresas de esa clase.

Cuanto mayor sea la altura, menor cantidad de agua se requiere, naturalmente. Pero imaginemos un campo llano y seco:

la colina, el valle y la «elevada laguna» serían contruidos por medio de la fuerza bruta, o si los manantiales estuvieran extraordinariamente bajos, entonces podrían utilizarse el barro y las piedras, y la desventaja que surgiera de la fricción quedaría contrarrestada por la mayor gravedad de los manantiales. En consecuencia, no debería excavarse una sola vara de tierra seca que pudiera desperdiciarse en esas lagunas, sino que sus superficies «podrían cubrirse con balsas adornadas de tierra fértil y toda clase de plantas que crecieran tanto allí como en cualquier otro lugar».

Al final, mediante el uso de gruesas capas que retengan el calor y de otros dispositivos, «la energía del vapor causada por el sol podría reaccionar a nuestra voluntad y convertirse en una energía continua, sin importar con qué frecuencia o duración se interrumpieran los rayos del sol» (*Sistema mecánico* de Etzler). Hay suficiente energía aquí, creemos, como para llegar a alguna parte. Hemos hablado de las energías inferiores. ¡Oh mecánicos, ingenieros, obreros y especuladores de toda clase, no os quejéis nunca más de la falta de energía; es la forma más grosera de infidelidad». La cuestión no es cómo hacerlo, sino qué hacer. No nos sirvamos mezquinamente de lo que nos ha sido ofrecido con generosidad.

Considerad las revoluciones que habrían de hacerse en la agricultura. En primer lugar, en un campo nuevo, la máquina ha de avanzar quitando árboles y piedras hasta la profundidad necesaria y, tras apilarlos en los montones necesarios, entonces la misma máquina, «con una pequeña alteración», ha de alisar perfectamente el terreno hasta no dejar colinas ni valles, construyendo los canales, las acequias y los caminos necesarios, sobre la marcha. Así, la misma máquina, «con otras pequeñas alteraciones», filtrará la tierra minuciosamente, suministrará un suelo fértil, si fuera necesario, de otros lugares, y plantará la semilla; al final, la misma máquina, «con un pequeño complemento», se-

gará y recogerá la cosecha, trillará y molerá el grano, o lo prensará para hacer aceite o lo preparará para su uso final. Con ocasión de la descripción de esas máquinas se nos remite al «*Sistema mecánico* de Etzler, de la página 11 a la 27». Deberíamos estar agradecidos de conocer ese *Sistema mecánico*, aunque no hayamos sido capaces de averiguar si está publicado o si hasta el momento solo se encuentra en los planes del autor. Hemos depositado una gran fe en él. Pero ahora no podemos detenernos en busca de las aplicaciones.

Cualquier desierto, incluso el más horrible y estéril, podría convertirse en el jardín más fértil y hermoso. Los pantanos más lúgubres podrían ser despojados de su espontánea vegetación, cubiertos y alisados, y atravesados por canales, acequias y acueductos para ser completamente drenados. El suelo, si fuera necesario, podría mejorarse al cubrirlo y mezclarlo con el suelo fértil cogido de lugares lejanos, y ser moldeado hasta convertirse en tierra fina, alisado, filtrado de todas las raíces, semillas y piedras, sembrado y plantado, según el más hermoso orden y simetría, con árboles frutales y plantas de todo tipo capaces de soportar el clima.

Han de adoptarse nuevas facilidades para el transporte y la locomoción:

Los vehículos grandes y cómodos que transportan miles de toneladas y pasan por caminos llanos especialmente adaptados, a razón de cuarenta millas por hora, o mil millas por día, podrían transportar por tierra hombres y cosas, casas pequeñas, y cualquier cosa que sirviera para comodidad y seguridad. Las islas flotantes, construidas con troncos, o de madera preparada de un modo similar, como ha de hacerse con la piedra, y de árboles vivos que pudieran ser alzados para entrelazar unos a otros, y reforzar

todo, podrían estar cubiertas de jardines y palacios, e impulsadas por potentes motores, con el fin de correr a la misma velocidad a través de océanos y mares. Entonces el hombre podría instalarse, con la rapidez del vuelo de un pájaro, en paraísos terrenales, pasando de un clima a otro, y contemplar el mundo en toda su variedad, intercambiando, con diferentes naciones, el excedente de las producciones. El viaje de un polo a otro se haría en quince días, la visita a un país ultramarino en una semana o dos, o un viaje alrededor del mundo en uno o dos meses por tierra y mar. ¿Por qué habríamos de pasar un melancólico invierno todos los años, mientras quedara suficiente espacio en el globo donde la naturaleza es bendecida con un eterno verano y una gran cantidad de vegetación variada y exuberante? Más de la mitad de la superficie del globo carece de invierno. Los hombres contarían con el invierno en su poder para eliminar y evitar las malas influencias del clima, y disfrutar eternamente de la temperatura que se adecua a su constitución y mejores sentimientos.

¿Quién sabe si, acumulando energía hasta el final de este siglo, usando la mínima cantidad y reservando las ráfagas, los rayos, los flujos y los reflujos, y todas esas minucias, acumularíamos tal reserva de energía como para desviar la tierra de su trayectoria hacia una nueva órbita, un verano, y alterar así el cambio tedioso de las estaciones? Tal vez las próximas generaciones no acepten la disolución del globo, sino que, valiéndose de futuros inventos en locomoción aérea y navegación espacial, la raza entera emigre desde la tierra hasta un planeta vacío y más occidental que se mantenga sano, sobrenatural, no compuesto de barro ni piedras, cuyo estrato primario hubiera sido esparcido y donde las malas hierbas no fueran sembradas. Hicieron falta un poco de habilidad, la aplicación básica de las leyes naturales, una canoa, un remo y una vela de esterilla para poblar las islas del Pacífico, y hará falta un poco más para poblar las radiantes

islas del espacio. ¿No observamos en el firmamento las luces captadas en la orilla por la noche, como Colón? No nos desesperemos ni nos amotinemos.

Las viviendas también serían muy diferentes de lo que se conoce si se disfrutara del beneficio total de nuestros medios. Tendrían una estructura para la que aún no hay nombre. No serían palacios ni templos ni ciudades, sino una combinación de todos ellos superior a cualquier cosa que se conozca. La tierra sería cocida en ladrillos, incluso en piedra vitrificada por el calor. Podríamos cocer grandes masas de cualquier tamaño y forma en piedra y materia vitrificada de mayor durabilidad, incluso de miles de años, sin tierra arcillosa ni terrenos de piedra en polvo, por medio del uso de los espejos ustorios. Es algo que hay que hacer al aire libre, sin otra preparación que juntar las sustancias, molerlas y mezclarlas con agua y cemento, moldearlas o fundirlas, y ponerlas sobre el centro de los espejos ustorios del tamaño apropiado. El carácter de la arquitectura sería muy diferente de lo que ha sido hasta ahora y las grandes masas sólidas se cocerían o fundirían en una pieza, preparadas para ser formadas como se quiera. El edificio podría, por tanto, consistir en columnas de doscientos pies de altura, de un grosor proporcional y de una pieza entera de materia vitrificada; se moldearían enormes piezas para unirlas y engancharlas firmemente unas a otras, mediante las juntas y los pliegues apropiados, y no para que cedieran en absoluto sin romperse.

Los fundidores, sea como fueran, han de ser calentados por los espejos ustorios, y no será necesario hacer ningún trabajo, excepto la creación de los primeros moldes y la supervisión para unir el metal y separar las piezas acabadas.

¡Ah! En el actual estado de la ciencia debemos separar las piezas acabadas, sin creer que el hombre sea una víctima de las cir-

cunstances. El compatriota que ha visitado la ciudad y encontrado las calles atestadas de ladrillos y maderos ha informado de que aún no estaba terminada, y quien considerara las infinitas reparaciones y reformas de nuestras casas podría preguntarse cuando se harán. Pero ¿por qué no podrían construirse de una vez por todas las viviendas de los hombres en esta tierra con un material duradero, alguna mampostería romana o etrusca que las soportara, de manera que el tiempo pudiera adornarlas y embellecerlas? ¿Por qué no habríamos de acabar el mundo exterior en la posteridad, y darles un tiempo de ocio para prestar atención al interior? Seguramente, las necesidades básicas y la economía podrían ser cubiertas en unos cuantos años. Sería posible construir y cocer y almacenarlo todo, durante el tiempo parcial del mundo, contra la eternidad vacía, y el globo quedaría provisto y amueblado, igual que nuestros barcos públicos, para emprender su viaje por el espacio, como por un Océano Pacífico, mientras «detenemos el timón y dormimos de cara al viento»,<sup>16</sup> como quienes navegan desde Lima hasta Manila.

Sin embargo, al retroceder unos años en su imaginación, creen que la vida en esos palacios de cristal no habría de resistir la analogía con la vida en nuestras humildes casas de campo. Sucede todo lo contrario. Envueltas, en definitiva, en un «material flexible» más duradero que el traje de cuero de George Fox, compuestas de «fibras vegetales», «aglutinadas» con «sustancias cohesivas», y convertidas en láminas, igual que el papel, de cualquier forma o tamaño, el hombre apartará de sí mismo la preocupación corrosiva y cualquier cantidad de males.

Cada una de las veinticinco salas dentro de la superficie habrá de ser de doscientos pies cuadrados de altura; los cuarenta corredores de cien pies de longitud y veinte de anchura;

---

<sup>16</sup> SIR THOMAS BROWNE, *Christian Morals* (publicado póstumamente en 1716).

las ochenta galerías de 1000 a 1250 pies de longitud; unas 7000 habitaciones privadas, todas rodeadas y cruzadas por las columnatas más grandes y espléndidas; suelos, techos y columnas con su variedad de bellos y fantásticos espacios, todos brillando y reflejando al infinito los objetos y las personas, con un espléndido lustre de todos los bellos colores, y fantásticas figuras y pinturas. Las galerías, dentro y fuera de las salas, han de estar provistas de miles de vehículos cómodos y elegantes, de los que la gente pueda subir o bajar, como pájaros, con total seguridad y sin esfuerzo. Cualquiera podría procurarse los artículos ordinarios de necesidad cotidiana mediante un pequeño giro de manivela, sin dejar su apartamento; podría, en cualquier momento, bañarse en agua fría o caliente, o en vapor, o en algún líquido preparado artificialmente para fortalecer la salud. Podría, en cualquier momento, poner la temperatura que mejor le siente en su apartamento. Podría crear, en cualquier momento, un agradable perfume de varias clases. Podría, en cualquier momento, mejorar el aire que respira, el principal medio de transmisión de la energía vital. Así, por medio del uso correcto del conocimiento físico de nuestra época, el hombre podría mantenerse en un estado de serenidad permanente y, si no surgiera una enfermedad incurable o una deficiencia en su organismo, en un estado continuo de fuerte salud, prolongar su vida más allá de cualquier paralelo que permita esta época.

Una o dos personas bastan para dirigir la cocina. Lo único que tienen que hacer es supervisar la cocina y vigilar el tiempo para que la comida se haga, y después llevarla, con la mesa y los vasos, al comedor, o a sus respectivos apartamentos privados, mediante un ligero movimiento de mano en alguna manivela. Cualquier deseo extraordinario de cualquier persona sería satisfecho al ir al lugar donde se tiene de todo, y lo que requiriera una preparación especial en cocinarse u hornearse podría hacerlo la persona que lo deseara.

Ese es uno de esos casos en que el genio individual está dispuesto a consentir, como en realidad siempre acaba haciendo, con lo universal. Sus últimas frases contienen una verdad triste y solemne que nos recuerda la escritura de todas las naciones. La expresión de la verdad adquiere la forma profunda de la ética. Trata de insinuar el mejor lugar de todos en el espacio, y de alguno de sus secuaces, en comparación con los cuales la demás ayuda resulta insignificante. Esperamos volver a tener noticias tuyas, pues incluso el palacio de cristal estaría incompleto sin sus inestimables servicios. En lo que respecta a los alrededores del lugar:

Se proporcionarán las vistas más arrebatadoras que puedan imaginarse, lejos de los apartamentos privados, desde las galerías, desde el tejado, desde sus torreones y cúpulas, con los jardines, hasta donde alcance la vista, llenos de frutas y flores, arreglados en el orden más bello, con paseos, columnatas, acueductos, canales, lagunas, praderas, anfiteatros, terrazas, fuentes, obras escultóricas, pabellones, góndolas y lugares para el entretenimiento público, para el deleite de la vista y la imaginación, el gusto y el olfato [...]. Los paseos y caminos serán pavimentados con grandes planchas vitrificadas y compactas, a fin de estar siempre limpios de la suciedad en cualquier clima o estación.

Los canales hechos de sustancias vitrificadas, y el agua totalmente transparente, filtrada o destilada si fuera necesario, proporcionarían las escenas más bellas, mientras se observa claramente una gran variedad de peces jugando al fondo, y los canales proporcionarían al mismo tiempo los medios para pasar suavemente entre distintos escenarios del arte y la naturaleza, en bellas góndolas, mientras sus superficies y bordes estarían cubiertos de tierra fina y pájaros acuáticos. Los paseos estarían cubiertos de pórticos adornados con magníficas columnas, es-

tatuas y obras escultóricas, todo hecho de sustancias vitrificadas, y durarían para siempre, mientras la belleza de la naturaleza aumenta la magnificencia y el encanto.

La noche no reporta menos placer a la imaginación y los sentimientos: una infinita variedad de grandiosos objetos y escenarios bellos y fantásticos, irradiando un brillo cristalino, mediante la iluminación de la luz de gas; figuras humanas, envueltas en la pompa más bella que la imaginación fuera capaz de sugerir, o el ojo desear, resaltando incluso con el brillo de telas y diamantes, como las piedras de varios colores, elegantemente formadas y repartidas por todo el cuerpo; todas reflejadas mil veces en enormes espejos y reflectores de diferentes formas; escenas teatrales de cierta grandeza y magnificencia, y arrebatadoras ilusiones, desconocidas aún, de las que cualquiera podría ser un espectador o actor; el discurso y las canciones resonando con el sonido aumentado, más fuerte y armonioso que mediante la naturaleza, por medio de bóvedas móviles de cualquier forma en cualquier momento; y la armonía de la música más dulce e impresionante, producida por cierta canción e instrumentos en parte no conocidos aún, estremecería los nervios y oscilaría con otras diversiones y placeres.

Por la noche el tejado, y el interior y el exterior de la superficie, son iluminados por la luz de gas que, en laberintos de columnas y bóvedas variopintas con aspecto de cristal, es reflejada con un brillo que produce en todas las cosas el lustre de las piedras preciosas, hasta donde alcanza la vista. Estas son las futuras viviendas de los hombres [...]. Esa es la vida reservada a la verdadera inteligencia, pero al margen de la ignorancia, el prejuicio y el apego estúpido a la costumbre [...]. Esa es la vida doméstica que ha de disfrutar cada individuo que participa de ella. El amor y el afecto podrían ser estimulados y disfrutados allí sin ninguno de los obstáculos que se oponen a ellos, los reducen y los destruyen en la situación actual del hombre [...].

Entonces sería tan ridículo discutir y luchar por los medios de vida como por el agua para beber de los poderosos ríos, o por el permiso para respirar el aire de la atmósfera, o por las maderas de nuestros extensos bosques.

Así es el Paraíso para ser recuperado e invertir ese antiguo y estricto decreto. El hombre ya no tendrá que ganarse la vida con el sudor de su frente. Todo trabajo se reducirá a «un pequeño giro de manivela» y a «separar el artículo acabado». Sin embargo, hay una manivela, ¡ah!, demasiado dura para ser girada. ¿No debería haber una manivela encima de otra, una manivela infinitamente pequeña? Estamos dispuestos a investigarlo. ¡Ay! No, no. Hay cierta energía divina en cada hombre que apenas ha sido empleada hasta ahora y que podría ser llamada la manivela del interior, una manivela al cabo, el primer motor de toda maquinaria, imprescindible para cualquier trabajo. ¡Ojalá pudiéramos poner nuestras manos sobre su mango! En realidad no es posible escapar del trabajo. Podría posponerse indefinidamente, pero no infinitamente. Ningún trabajo verdaderamente importante podría llevarse a cabo con mayor facilidad por medio de la cooperación y la maquinaria. No podría encontrarse la menor parte del trabajo, que amenace ahora al hombre, sin ser desempeñada. Tampoco se puede cazar en el vecindario como hacen los chacales y las hienas. No funcionará. Podríamos empezar serrando los palos pequeños, o podríamos serrar primero los palos grandes, aunque tarde o temprano tendríamos que serrar los dos.

Ese uso inmenso de fuerzas no debe engañarnos. Creemos que la mayoría de las cosas tiene que lograrse por medio del uso que llamamos industria. No solo preferimos estar agradecidos por considerar al modesto particular, sino también la fuerza constante y acumulada que permanece detrás de cada azada. Eso es lo que hace brillar los valles y florecer los desiertos. A veces,

hemos de confesar, somos tan degenerados que reflexionamos con placer sobre los días en que el hombre vivía subyugado como el ganado y tiraba de un palo retorcido para arar el campo. Al fin y al cabo, los grandes intereses y los métodos fueron los mismos.

Una seria objeción al proyecto del señor Etzler es que requeriría tiempo, mano de obra y dinero, tres cosas demasiado superficiales e inconvenientes con las que un hombre honesto y bien dispuesto tiene que tratar. «El mundo entero –nos dice– podría ser transformado en un paraíso en menos de diez años, comenzando el primer año con una asociación con el propósito de construir y usar la maquinaria.» Somos conscientes de una asombrosa incongruencia cuando se menciona el tiempo y el dinero en esa relación. Los diez años se convertirían en una espera tediosa si cada hombre permaneciera en su puesto y cumpliera su deber, aunque se nos harían cortos si nos tomáramos un tiempo en esto. Pero ese error no es en absoluto algo característico del proyecto del señor Etzler. Hay demasiada prisa y bullicio, y muy poca paciencia e intimidad, en nuestros métodos, como si así hubiéramos conseguido algo en el pasado. El verdadero reformista no necesita tiempo, ni dinero, ni cooperación, ni consejo. ¿Qué es el tiempo sino la materia de la que está hecha la demora? Además, depende del tiempo que nuestra virtud no viva del interés de nuestro dinero. No espera nuestros ingresos, sino nuestros gastos; en cuanto empezamos a contar el coste, el coste cuenta. En lo referente al consejo, la información que flota en la atmósfera de la sociedad resulta tan evanescente e inútil para él como las telarañas para las mazas de Hércules. No hay absolutamente ningún sentido común; se trata de un sin-sentido común. Si tuviéramos que arriesgar un centavo o una gota de nuestra sangre, ¿quién nos aconsejaría? En lo que a nosotros respecta, somos demasiado jóvenes para la experiencia. ¿Quién es lo bastante viejo? Somos más viejos por fe que

por experiencia. En la inflexibilidad del brazo que realiza la acción se aprecia una experiencia que vale todas las máximas del mundo.

Ahora se verá claramente que la ejecución de las propuestas no es adecuada para los individuos. Si resulta adecuado para el gobierno en este momento, antes de que el asunto se haga popular, es una cuestión que hay que decidir; lo único que ha de hacerse es avanzar, tras una reflexión madura, con tal de confesar en voz alta nuestras convicciones, y constituir sociedades. El hombre solo es poderoso en unión con muchos. Nada grande, para la mejora de su propia condición, o la de sus compatriotas, podría realizarse mediante la dedicación individual.

¡Ay, ese es el lamentable pecado de la época, esa falta de fe en la prevalencia del hombre! Nada puede hacerse sino a través del hombre. Quien necesita ayuda lo necesita todo. En realidad, esa es la condición de nuestra debilidad, pero nunca será el medio de nuestra recuperación. Primero debemos tener éxito en solitario, de manera que disfrutemos juntos nuestro éxito. Confiamos en que los movimientos sociales de los que somos testigos señalen una aspiración que no se cumpla gratuitamente. En cuanto a reformar el mundo, tenemos poca fe en las corporaciones, aunque no fuera así cuando se creó el mundo.

Nuestro autor es lo suficientemente sabio para afirmar que los materiales en bruto utilizados para el logro de sus propósitos son «el hierro, el cobre, la madera y, sobre todo, la tierra y la unión de los hombres cuya vista y entendimiento no sean silenciados por las ideas preconcebidas». Sí, esto último podría ser lo que necesitemos principalmente, una compañía de «material sobrante».

«Las pequeñas contribuciones de veinte dólares bastarían —en total, de «200000 a 300000»— para crear una residencia

para una comunidad de 3000 a 4000 individuos», contando con un capital de 200 millones de dólares al cabo de cinco años, y así el paraíso sería recuperado al final del décimo año. Pero ¡ay! los diez años ya han pasado y aún no hay rastro del Edén, debido a la falta de fondos necesarios para empezar la empresa con esperanza. Sin embargo, parece una inversión segura. Podría contratarse a los individuos a bajo coste, la propiedad ser hipotecada por medidas de seguridad y, si fuera necesario, abandonar la empresa en cualquier etapa, sin pérdidas y con las pertenencias.

El señor Etzler considera ese «discurso una piedra de toque a fin de comprobar si nuestra nación es en cierto modo susceptible de esas grandes verdades, para elevar la criatura humana a un estadio superior de existencia, de acuerdo con el conocimiento y el espíritu de los hombres más cultivados de esta época». Ha preparado una constitución, breve y concisa, que consiste en veintiún artículos, de manera que si surgiera cualquier asociación, podría entrar en acción sin demora, y el editor nos informa de que «los comunicados sobre el contenido de este libro deben ser dirigidos a C. F. Stollmeyer, en el número 6 de Upper Charles Street, en Northampton Squire, Londres».

Pero encontramos dos dificultades esenciales en el camino. En primer lugar, la aplicación exitosa de la energía por medio de la maquinaria (aún no hemos visto el *Sistema mecánico*) y, en segundo lugar, lo que resulta mucho más difícil, la aplicación del hombre al trabajo por medio de la fe. Eso es, nos tememos, lo que al menos prolongaría los diez años a diez mil años. Haría falta una fuerza «80000 veces mayor que la que todos los hombres en la tierra podrían ejercer con sus nervios» para persuadirles de que utilizaran la fuerza con que ya contaban. Sobre esa fuerza moral debería aplicarse una fuerza aún mayor que esa fuerza física. La fe, en efecto, es la reforma que se necesita; ella misma es una reforma. No hay duda de que somos tan torpes para ima-

ginar el paraíso como el cielo, un mundo completamente natural como un mundo completamente espiritual. Observamos cómo las épocas pasadas han sido desperdiciadas y erradas. «¿Podría nuestra generación estar libre de la irracionalidad y el error? ¿Hemos alcanzado tal vez la cumbre de la sabiduría humana y ya no necesitamos buscar una mejora física o mental?» Sin duda, nunca hemos sido tan visionarios como para estar preparados para lo que pudiera traer la siguiente hora.

Μέλλει τό θειον δ' εστι τοιουτον φυσει.

Lo divino está a punto de ser, y esa es su naturaleza.<sup>17</sup> En nuestros momentos más sabios ocultamos una sustancia que, como la cal del marisco, se incrusta profundamente en nosotros y nos beneficia si, como él, vaciamos nuestras conchas de vez en cuando, aunque sean perlas de un color hermoso. Consideremos las desventajas con las que la ciencia ha trabajado hasta ahora antes de pronunciarnos confiadamente acerca de su progreso.

No ha habido nunca sistema en las producciones de mano de obra humana, pero se pondrán de moda como una oportunidad para el hombre. Solo unos pocos profesionales del saber se ocupan de enseñar filosofía natural, química y otras ramas de las ciencias de la naturaleza, hasta un punto muy limitado, para propósitos muy limitados, con medios muy limitados. La ciencia de la mecánica se encuentra en un estado de infancia. Es verdad que se hacen unas mejoras sobre otras, instigadas por las patentes del gobierno, pero accidentalmente o al azar. No hay un sistema general de esta ciencia, tal como es, matemática, que desarrolle sus principios en su totalidad y

---

<sup>17</sup> EURÍPIDES, *Orestíada*. Thoreau traduce el verso.

los principios generales del uso al que conducen. No hay una idea de la comparación entre lo que es explorado y lo que todavía ha de ser explorado en esta ciencia. Los antiguos griegos situaron las matemáticas a la cabeza de su educación. Pero nosotros estamos contentos de haber llenado nuestra memoria con ideas, sin preocuparnos mucho por debatir sobre ellas.

El señor Etzler no es uno de los hombres ilustrados y prácticos, pioneros del presente, que se mueven con el paso deliberadamente lento de la ciencia, conservando el mundo; que realizan los sueños del último siglo, aunque carezcan de sueños propios. Trabaja con el material en bruto, pero sólido de los inventos. Es más práctico de lo que suele ser el osado intrigante, el decidido soñador. Sin embargo, su éxito reside en la teoría, no en la práctica, y alimenta nuestra fe en lugar de satisfacer nuestro entendimiento. Su libro anhela el orden, la serenidad, la dignidad, lo anhela todo, pero comunica lo que solo el hombre es capaz de comunicar al hombre de mucha importancia, su propia fe. Es verdad que sus sueños no son emocionantes ni suficientemente brillantes, y renuncia a soñar como el que sueña justo antes de que salga el amanecer. Sus castillos en el aire se desploman porque no están contruidos lo bastante altos, y es que deberían estar asegurados al techo del cielo. Al cabo, las teorías y las especulaciones de los hombres nos importan más que su endeble realización. Con cierta indiferencia y languidez desperdiciamos el tiempo con lo actual y con lo que llamamos práctico. Los maravillosos inventos de los tiempos modernos nos asombran muy poco. Constituyen un insulto para la naturaleza. Cada máquina o aplicación en particular parecen un delicado ultraje contra las leyes universales. ¿Cuántos buenos inventos hay que no revuelvan la tierra? Creemos que tienen éxito los que atienden nuestras necesidades sensibles y animales, los que hornean o cuecen, lavan o calientan y otras cosas parecidas. Pero

¿no son insignificantes al ser patentados por la fantasía y la imaginación y alcanzar un éxito admirable en nuestros sueños, que confieren un tono tranquilo a nuestros velados pensamientos? La naturaleza se sirve de los medios que la ciencia deriva de una escala mayor que el hombre, que ella misma ha de poner a su servicio. Cuando la luz del sol se posa en su camino, el poeta disfruta de todos los beneficios y los placeres que las artes producen parcial y lentamente de siglo en siglo. Los vientos que soplan sobre su mejilla le llevan por el aire la suma del beneficio y la felicidad que proporcionan sus retrasados inventos.

El principal defecto de este libro es que aspira a establecer el máximo grado de burda comodidad y placer. Dibuja un cielo mahometano, pero se detiene bruscamente cuando creemos que se acerca a uno cristiano, y confiamos en no haber hecho una distinción sin diferencia. No hay duda de que si reformáramos esa vida exterior sincera y completamente, no veríamos omitido nuestro deber con la vida interior. Nuestra naturaleza se emplearía a fondo en ello y lo que hiciéramos de aquí en adelante sería tan inútil como preguntarle a un pájaro por lo que hará cuando su nido esté construido y su camada criada. Primero debe producirse una reforma moral; entonces la necesidad de todo lo demás será substituida y navegaremos y araremos con su fuerza. Hay un camino más rápido que el *Sistema mecánico* para cubrir los pantanos, ahogar el rugido de las olas, domesticar las hienas, crear un buen entorno, diversificar la tierra y refrescarla con «riachuelos de agua dulce», mediante el poder de la rectitud y la buena conducta. Creo que deseamos tener un jardín solo para pasar el rato. Probablemente un hombre bueno no necesita ir al trabajo para nivelar una colina por el bien de la perspectiva, ni cultivar frutas y flores o construir islas flotantes por el bien del paraíso. Disfruta más de la perspectiva sin estar detrás de una colina. En el camino del ángel siempre está el paraíso, pero en el camino de Satanás arderán la marga y las cenizas. ¿Qué diría

Vishnu Sarma? «Quien tiene un espíritu tranquilo posee todas las riquezas. Quien tiene un pie encerrado en el zapato, ¿no sentirá lo mismo que si la superficie de la tierra estuviera cubierta de cuero?»<sup>18</sup>

Quien esté familiarizado con los poderes celestes no adorará a las deidades inferiores del viento, las olas, la marea y la luz del sol. Sin embargo, no menospreciamos la relevancia de los cálculos que hemos descrito. Son verdades en física porque son verdaderos en ética. Nadie se atreve a calcular el poder moral. Imaginad que comparamos lo moral con lo físico y afirmamos que unos cuantos caballos de vapor equivalen a la fuerza del amor que golpea cada pie cuadrado del alma del hombre. No hay duda de que somos conscientes de esta fuerza y las cifras no deberían aumentar nuestro respeto por ella, porque la luz del sol equivale a un rayo de su calor. La luz del sol es la sombra del amor. «Las almas que aman y temen a Dios –dice Raleigh– reciben la influencia de la luz divina, por la que Platón llama sombra a la claridad del sol y las estrellas. *Lumen est umbra Dei, Deus est lumen luminis*. La luz es la sombra del brillo de Dios, que es la luz de las luces» y, añadiríamos, el calor de los calores.<sup>19</sup> El amor es el viento, la marea, las olas y la luz del sol. Su poder es incalculable y tiene muchos caballos de potencia. No cesa ni falta. Podría mover el globo sin tener un punto de apoyo, calentar sin fuego, dar de comer sin alimento, vestir sin ropa, refugiarse sin techo y construir un paraíso en el interior que prescindiera de un paraíso en el exterior. Aunque los hombres sabios de todas las épocas han trabajado para hacer público ese poder, y cada corazón humano está hecho, tarde o temprano, en mayor o menor medida, para percibirlo, se ha usado muy poco para fines so-

---

<sup>18</sup> Thoreau había comentado en los círculos trascendentalistas la traducción de Charles Wilkins de *The Amicable Instructions of Veeshno Sarma* (1787).

<sup>19</sup> SIR WALTER RALEIGH, *The History of the World* (1628), I, XI.

ciales. La verdad es que constituye la fuerza motriz de toda maquinaria social exitosa, pero, como en física, hemos hecho que los elementos nos causen un poco de fatiga, que el vapor ocupe el lugar de unos cuantos caballos, el viento de unos cuantos remos y el agua de unas cuantas manivelas y molinos de mano; como las fuerzas mecánicas no se han empleado aún amplia y generosamente para que el mundo físico responda a lo ideal, el poder del amor ha sido utilizado de un modo escaso y mediocre hasta ahora. Tiene la patente de algunas máquinas como el asilo, el hospital y la sociedad bíblica, mientras que su infinito viento sigue soplando y derribando esas mismas estructuras, también, de vez en cuando. Aun menos acumulamos su energía y nos preparamos para obrar con mayor fuerza en un futuro. ¿No deberíamos contribuir, entonces, con nuestra participación a esa empresa?

## *HERALDO DE LIBERTAD*

Durante años nos hemos encontrado ocasionalmente con ejemplares de este periódico vehemente, editado, como no haría falta recordar a los abolicionistas, por Nathaniel P. Rogers, que una vez ejerció de abogado en Plymouth, remontando el Merrimack, pero que ahora, en sus años maduros, desciende de las colinas para ser el *Heraldo de libertad* de esas regiones. Nos hemos repuesto en gran medida con el barato cordial de sus editoriales, que fluye como sus propios torrentes de montaña, limpios y brillantes o espumosos y arenosos, sazonados siempre con la esencia del abeto y el pino noruego, pero nunca oscuros ni fangosos, ni amenazantes como el asfixiado murmullo de los ríos de la llanura. El efecto de una de sus efusiones nos recuerda lo que el hidrópata dice de la electricidad en el agua fresca de manantial, en comparación con la que pasa la noche estancada para favorecer los nervios débiles. No conocemos ningún otro caso notable de carácter público que muestre una indignación tan pura, jovial y sincera ante cualquier mal. La Iglesia misma debería amarlo si tuviera corazón, aunque se diga que trata rudamente con su santidad. Sin embargo, su sano apego a lo correcto sanciona el más severo reproche que hayamos leído.

No tenemos espacio ni ganas de criticar este periódico, ni su causa, pero hablaremos de ello con el libre y desinteresado

espíritu de su autor. Nos parece que el señor Rogers ocupa una posición honrada y privilegiada en estos días, y en este país, al hacer de la prensa un órgano vivo y palpitante que llega al corazón de los hombres, y no solo «fino papel y buena letra», con su timonel laico sentado a popa, esperando recibir noticias con carácter magnánimo –como si fuera el vehículo de las primeras noticias, pero *la última inteligencia*– y registrar los últimos resultados seguros, los matrimonios y las defunciones. El editor actual está completamente despierto y no se yergue sobre el espolón de su barco como un explorador científico del gobierno, sino como un cazador de focas yanqui que convierte los continentes inexplorados en sus puertos, en los que reparar su barco para emprender cruceros más intrépidos. Es un arsenal de noticias y frescura en sí mismo, posee el don de la palabra y la habilidad de la escritura, y si ocurre algo importante en el Estado de Granito, probablemente oiremos hablar de ello en la buena estación. Ningún otro periódico conocido guarda tan bien el paso con la pujante ola de infatigable opinión pública y sentimentalismo de Nueva Inglaterra, afirmando con tanta fe e ingenuidad la absoluta libertad de todas las cosas. Por otra parte, observamos más poesía implícita en su prosa que en los versos de muchos aceptados rimadores, y la nota melodiosa de la trompeta de algún cazador nos advierte que, en ocasiones, a diferencia de la mayoría de reformistas, sus pies siguen donde deben estar, sobre el suelo, y mira la arena turbia de la política con una perspectiva más serena y natural para su vida. Para él la esclavitud no siempre constituye un asunto sombrío, sino que la envuelve con los colores de su genio y fantasía, tratando de acabar con el mal por otros medios que no sean la pena y la amargura de la queja. Habrá de librar esa batalla con tanta alegría como pueda. Pero en cuanto a su composición, vemos un genuino estilo yanqui carente de ficción, una suposición real y cálculo para cierto propósito, que ocasionalmente nos recuerda, como cual-

quier escritura franca, valiente y original, al gran maestro de estos días, Thomas Carlyle. Tiene vida más allá de la gramática y un significado que no necesita ser analizado para ser comprendido. Pero, como aquellos torrentes de montaña, muestra una excesiva pendiente para su cauce, y el rocío y las evaporaciones del arco iris ascienden a la carrera al cielo, mientras su agua cae a la llanura. En ocasiones, tendríamos más tiempo y deliberación si desviáramos su marea hacia su nacimiento, los ensanches más frecuentes de la corriente, los tranquilos estanques sin fondo de la montaña, tal vez los mares interiores, y al cabo las profundidades del propio océano.

No podemos hacer nada mejor que enriquecer nuestras páginas con unos cuantos extractos de los artículos que tenemos a mano. ¿Quién podría evitar simpatizar con su justa impaciencia, invitado a consumir su paz o esforzarse por convencer el entendimiento de la gente con argumentos bien elaborados?

¿Bandy *felicita* y *discute* con el sonámbulo sobre una «mesa de roca», mientras las aguas del Lago Superior braman en la gran herradura y ensordecen la guerra de los elementos! ¿No os gustaría hacer que guardara silencio usando el trueno como una bocina, en el caso de que pudierais dirigirlo hacia él llevando sus sentidos a un extremo pasmoso? Jonás *luchó* contra la ciudad de Nínive: «Cuarenta días más –exclamó el profeta vagabundo– y Nínive será derrocada». Ese fue su saludo. ¿Le despreciaron la «propiedad» y la «posición», incitando a la muchedumbre en su contra? ¿Le *desconcertó* el clero llamándole extravagante, descarriado, divisor de Iglesias y perturbador de parroquias? ¿Qué habría sido de esa ciudad si lo hubiera hecho? ¿Aprobaron sus *principios*, pero les disgustaron sus *medidas* y su *espíritu*!

La esclavitud debe ser repudiada, denunciada y ridiculizada, y la defensa de la esclavitud con ella, o antes que ella. La

esclavitud comienza con la defensa de la esclavitud. La oveja sigue al carnero que la conduce. ¡Que caiga, entonces, con ese sistema sangriento, saquémosla de la tierra, del mundo, y arrojémosla al Mar Rojo! Los hombres *no volverán a* ser esclavizados nunca más en este país. Las mujeres y los niños *no volverán a* ser azotados nunca más aquí. Si tratáis de impedirnoslo, lo peor os tocará a vosotros... Pero todo eso es fanatismo. *Esperad y veréis.*

Entonces eleva el «grito de guerra» contra la esclavitud en New Hampshire, cuando está a punto de celebrarse una importante convención, y envía su invitación:

Para los espíritus sinceros, totalmente comprometidos, a su paso por el Rubicón... Desde la rica y «vieja Cheshire», desde Rockingham, con su horizonte ubicado en dirección al mar salado.... Desde donde el sol se pone tras Kearsage, incluso hasta donde sale gloriosamente sobre la ciudad de *Moses Morris de Pittsfield*; y desde Amoskeag hasta las Montañas Harapientas, en Coos-Upper Coss, el hogar de las colinas eternas, despidieron a vuestros osados abogados de los derechos humanos, dondequiera que yazcan ahora, esparcidos por el lago solitario, o la rivera india, o «Grant», o «Localización»; desde los arroyos de trucha embrujada del Amoriscogging, y donde el aventurero arroyuelo marcha por su montaña hacia el río San Lorenzo.

Hombres disipados y aislados, dondequiera que la luz de la filantropía y la libertad brillen sobre vuestros solitarios espíritus, descended hasta nosotros como vuestros ríos y nubes, y hasta nuestra propia Grafton, atrapada entre vuestras queridas colinas y vuestros valles flanqueados de montañas, si es que vuestro *hogar* queda a lo largo del rápido Ammonoosuck, el helado Pemigewassett, o el meandro del Connecticut.

Somos lentos, hermanos, ignominiosamente lentos, en una causa como la nuestra. Nuestros pies deberían ser patas «traseras». «La libertad yace cubierta de sangre.» El ala color de plomo de la esclavitud oscurece la tierra con su maléfica sombra. ¡Juntémonos y preguntemos a la mano del Señor qué ha de hacerse!

De nuevo, con ocasión de la Convención de Nueva Inglaterra, en el Tabernáculo del Segundo Advenimiento de Boston, quiere intentar lanzar una ráfaga más, por decirlo así, «sobre el cuerno de la Montaña Blanca de Fabián»:

Alto, entonces, gente del Estado de Bay –hombres, mujeres y niños; niños, mujeres y hombres, disipados amigos de *quienes no tienen amigos*, dondequiera que habitéis, si es que tenéis habitación, así como amigos que no *siempre* tengan–, a lo largo de la frontera que baten las olas de Old Essex y donde desembarcaron los Padres Peregrinos, mucho más allá de la vista del mar nublado, entre las colinas interiores, donde el sol sale y se pone sobre la tierra seca, en ese valle del Connecticut, demasiado hermoso para el contento humano y demasiado fértil para el trabajo virtuoso, donde los peores ríos de la tierra se vuelven más profundos en su camino al mar, con el mismo orgullo que la vieja Massachusetts. ¿Hay algún amigo del negro sin amigos que cace en un valle como ese? En nombre de Dios, me temo que no hay ninguno, ni unos pocos, ya que la misma escena muestra la apatía y el desprecio hacia el genio de la humanidad. No obstante, quedáis invitados. Venid, si es que alguno de vosotros está por allí.

¡La pequeña y elegante Rhode Island! Abolicionistas *trascendentes* de la pequeña comunidad. No necesitamos llamaros. Se os *llama* durante todo el año y, en lugar de dormir en vuestras tiendas, permanecéis guarnecidos y con las trompetas en vuestras manos, ¡cada uno de vosotros!

¡Y allí Connecticut!, el hogar de los Burleigh, los Monroe, los Hudson y la tierra natal del viejo George Benson. ¿Estáis listos? «¡Todo listo!».

He aquí Maine, al este, mirando desde mi puesto de montaña, como un pantano. Dónde está vuestro Sam. ¿Y Fessenden, que resultó a prueba de tormentas contra la Nueva Organización en 1838? ¿No adquirió suficiente renombre como jurista y orador para encontrarlo en la Convención de Nueva Inglaterra de 1843? Dios no lo quiera. Todos y cada uno de vosotros venid desde el este a Boston el día 30 de mayo, y dejad blancas las velas de vuestros barcos de cabotaje en su travesía. ¡Ay!, ya escaseáis lo bastante para el hombre del barco pesquero. ¡Alzaos poderosos en vuestra escasez!

Y la verdosa Vermont, convertida en la anfitriona de vuestros antiesclavistas, espesa como vuestros arcos de montaña, dominando vuestra propia política, no a través del equilibrio de poderes, sino de la firme mayoría. ¿Dónde estáis ahora? ¿Iréis a la reunión *adventista* del 30 de mayo? ¿Ha vuelto el movimiento antiesclavista a probar vuestra torpe mano? ¿Cómo estás, humanidad? ¿Habéis oído la voz de la libertad últimamente? Responderemos la próxima semana.

La pobre y helada New Hampshire, cubierta por el invierno o, preferiría decir, asesinada por el invierno, estará allí, descalza, y con sus piernas al descubierto, dejando sus huellas como sus viejos voluntarios con los pies cubiertos de sangre en Trenton. Estará allí si trabaja para pagar su pasaje. Supongo que estarán sus trovadores, pues las aves se mueven con independencia del carro o la lenta diligencia.

Que vengan pese a que Macaulay diga que sitiaron Roma y no dejaron suficientes ancianos y mujeres para *empezar* las cosechas. Oh, qué pocos seríamos si cada una de nuestras almas hubiera estado allí. Qué pocos y, sin embargo, forman el tribunal de apelación a la libertad en la tierra. Deberíamos pelear

por conseguir reclutas para completar el ejército de Gedeón o el *pelotón* en los estrechos espartanos. Los enemigos son como los saltamontes para la *multitud*, en cuanto al *poder moral*. La hierba espesa se siega más fácilmente, tal como Dios afirmó de los millones de energúmenos de la caída de Roma. No pueden soportar que sea demasiado espesa, ni demasiado alta para la guadaña antiesclavista. Solo están allí para la siega.

Al observar lo sucedido en otra convención, se felicita entonces a sí mismo por la libertad de expresión que el antiesclavista concede a todos, incluso a los Folsom y Lamsom:

Privados de la oportunidad de hablar en otros lugares, pues no están locos a la moda, todos acuden en masa a las reuniones antiesclavistas como a una especie de asilo. Así es como esta pobre y vieja empresa produce el carácter peculiar de los tiempos. La gloria del movimiento antiesclavista es que proporciona a los pobres el derecho a la libertad de expresión. Esperemos que sea capaz de conservarlo siempre. Que la policía sirva al ayuntamiento, la prisión y las *Iglesias*. Que el recepcionista del salón del movimiento antiesclavista sea aquella mujer alta de rostro celestial que porta la bandera del Estandarte Nacional, y declara: ‘Sin *encubrimiento*’, así como ‘Sin compromiso’. Que entre todo aquel que tenga la suficiente cordura para apreciar la belleza de la amabilidad fraternal, y que cuente sus fantasías, y las soporte con magnanimidad, observando la cruel defensa de la esclavitud que se yergue sobre nosotros. Entonces tendríamos reuniones más cuerdas y sensatas que todas las demás reuniones juntas en la tierra.

Recientemente, hablando del uso que parte del clero hizo de la defensa de Webster en el caso Girard, como una oportuna ayuda para la Iglesia, prosigue:

Webster es un gran hombre y el clero gobierna bajo su ala. Haría mejor en emplearle como consejero contra los que abandonan la Iglesia. No confiaría la defensa del caso Girard ni aunque le rogaran. No arriesgaría su fama por él, como si se tratara de un argumento religioso. Fue a consultarle a William Basset, de Lynn, sobre los principios de los que abandonan la Iglesia para valorar sus fuerzas, y le hizo un testamento y lo examinó igual que examina la Constitución y, después de un año de estudio, apenas tuvo éxito en el argumento como tendría desde el conflicto con Hayne en Carolina. Tras examinar el caso, le aconsejó al clero no ir a juicio, y decidirse, si es que no podían «omitir el asunto» en referencia a «los diáconos ortodoxos». <sup>20</sup>

Citaremos de la misma hoja su indignante y conmovedora sátira sobre el funeral de los oficiales públicos asesinados en la explosión a bordo del *Princeton*, junto al esclavo del presidente; un accidente que nos recuerda lo estrechamente ligada que está la esclavitud al gobierno de esta nación. ¡El presidente gobierna una nación de hombres *libres* y el hombre que está *junto a él es un esclavo!*

Vimos el informe —dice— del entierro de esos políticos masacrados. Los coches fúnebres pasaban por delante de Ushur, Gilmer, Kennon, Maxcy y Gardner, pero el esclavo que murió con ellos en la cubierta del *Princeton* no estaba allí. Un arma de fuego le llevó imparcialmente con sus iguales, pero la

---

<sup>20</sup> Daniel Webster pasó de ser el representante por antonomasia del norte —en sus debates con el senador de Carolina Robert Y. Hayne— a ejemplo de político corrupto por su apoyo a la Ley de Esclavos Fugitivos, *il gran rifiuto*, como anotaría Emerson en su diario. Webster había defendido a los herederos de Stephen Girard, que se negaban a aceptar las cláusulas del testamento que estipulaban la fundación de un orfanato sin contar con la Iglesia. Los «Comeouters» eran un grupo de abolicionistas partidarios de abandonar la Iglesia por su tibieza respecto a la esclavitud.

nación *desconsolada* no le permitió formar parte del funeral... ¡Abajo con su funeral y con la pequeña procesión que marchó en su cortejo! ¿Por qué no examinaron el cuerpo del *otro hombre* caído en cubierta? ¿Por qué ni la nación ni su prensa lo investigaron? Vimos el informe de la escena en una bárbara imprenta llamada Boston Atlas, donde se hacían los sordos respecto al cuerpo ausente, como si no hubiera caído ningún hombre. ¿Por qué, exijo en nombre de la naturaleza humana, fue el sexto hombre del partido quien tuvo que ser derribado por ese fuerte disparo y quedar insepulto en la tierra, ya que no existe ningún informe hasta ahora de que se haya permitido que su cuerpo reciba los ritos de la sepultura?... Ni siquiera le enterraron como esclavo. No le asignaron ningún negro lugar en esa solemne procesión, de manera que pudiera seguir esperando a su esclavista en la tierra de los espíritus. Ellos se fueron allí sin esclavos ni sirvientes... ¡Pobre negro! Lo esclavizaron y lo embrutecieron toda su vida y ahora que está muerto, ellos, sin razón aparente, lo dejan descomponerse y consumirse en la tierra. Que el mundo civilizado tome nota de este acontecimiento.

Las expresiones oportunas, sencillas y no premeditadas de un sentimiento público, una propaganda de genuina indignación y humanidad como esa, que abundan en todas partes en este periódico, son los dones más generosos que un hombre pueda hacer. Pero desde que Rogers muriera en nuestro viaje no hay nadie en Nueva Inglaterra que exprese la indignación o el desprecio que es posible seguir sintiendo ante toda hipocresía o inhumanidad.

Cuando, en cierta ocasión, alguien le preguntó: «¿Por qué te dedicas a lo que te dedicas, agitando a la comunidad con el asunto de la abolición? Jesucristo no predicó el abolicionismo», respondió: «Señor, tengo dos respuestas para su alusión a Jesu-

cristo: en primer lugar, me niego a aceptar su proposición de que no predicó el abolicionismo. Su particular precepto: Tratad a los demás como queréis que os traten a vosotros, reducido a la *práctica*, aboliría la esclavitud sobre la tierra en veinticuatro horas. Esa es mi primera respuesta. En segundo lugar, dando por supuesto, y admitiendo aquello que me niego a aceptar, que su proposición de que Jesucristo no predicó la abolición de la esclavitud sea verdadera, entonces diría que *no cumplió con su deber*.

Su sabiduría no provenía de la cabeza, sino del corazón. Posiblemente, si tuviera todos los defectos, no serían más que las habituales virtudes de los radicales. Amaba su tierra natal, sus colinas y arroyos, como un Burns o Scott. Cuando viajó a la convención antiesclavista, contempló el país con los ojos de un poeta, y algunas de sus cartas en respuesta a su sustituto editorial contienen imágenes tan auténticas y agradables de la vida y el escenario de Nueva Inglaterra como las que se encuentran en cualquier otra parte.

¿Quién había tenido noticias de Swamscot antes? «Swamscot son todos los pescadores. Su negocio está en las profundidades. Su ciudad está limitada por el borde del océano, donde sus pequeñas, pero valientes flotas están detenidas y salen al amanecer por el poderoso mar azul, en el que podríais contemplarlos cavilando en el ancla, atentos y dedicados a su *profundo* comercio, como moscas sobre el lomo de un caballo respingón, y por cuyos respingos se preocupan tan poco como los pescadores de Swamscot al hacer caso de los inquietantes vaivenes del mar bajo sus barcos. Todo sabe a pescado. Las redes cuelgan de cada cerca. Sus adujas, para curar el pescado, están atadas casi a cada casa. Todos tienen un barco, y casi puede verse un par de botas de agua ante cada puerta. El aire emite un aroma demasiado fuerte a la vocación por los peces ordinarios. Sus pequeñas y hermosas playas se inclinan desde las casas hacia la bahía,

donde los barcos pesqueros están volcados, durante la marea baja, con sus anclas inservibles enganchadas profundamente a la arena. Un barco varado es una triste perspectiva, sobre todo si supera la señal de la marea alta que la siguiente marea no alcanzará, sacándolo a flote de nuevo. Sin embargo, los barcos de Swamscot parecen alegres, como si estuvieran seguros del siguiente flujo del mar. Dicen que es la gente más libre de la región, debido tal vez a su vida osada y aventurera. Los sacerdotes no han podido *arrastrarles a la profundidad*, como hacen con la gente de la orilla».

Su estilo y su humor, aunque a menudo exagerados y afectados, eran más nativos de Nueva Inglaterra que los de cualquiera de sus hijos, y aunque sus piezas estuvieran incompletas, su mérito literario no se ha tenido en cuenta.



## WENDELL PHILLIPS ANTE EL LICEO DE CONCORD

Concord, Massachusetts, 12 de marzo de 1845

Señor editor:

Se trata del tercer invierno en el que nuestro ánimo se ha renovado y nuestra fe en el destino de esta comunidad se ha fortalecido gracias a la presencia y la elocuencia de Wendell Phillips, y queremos extenderle nuestros agradecimientos y nuestra simpatía. La admisión de este caballero en el Liceo ha generado una enérgica oposición en una considerable parte de nuestros conciudadanos, los cuales, al menos sus descendientes, sabemos que han de conservar fielmente el verdadero orden, cuando sea el orden del día, y, en todo caso, la gente ha votado a favor de *oírle*, asistiendo y trayendo a sus amigos al salón de conferencias, y guardando silencio para *poder* escucharlo. Hemos visto que algunos hombres y mujeres que habían *salido* hace tiempo *entran* una vez más por los libres y hospitalarios portales del Liceo, y muchos de nuestros vecinos han confesado que habían tenido una «oportunidad sonada» esta vez.

El propósito del orador fue mostrar lo que el Estado, y sobre todo la Iglesia, tienen que ver, y ¡ay! han tenido que ver, con Texas y la esclavitud, y en qué medida, por otra parte, el in-

dividuo tiene algo que ver con la Iglesia y el Estado. Eran buenos asuntos, en modo alguno inoportunos, y sus palabras se dirigían al «público apropiado y *no* a unos pocos».

Debemos darle al señor Phillips el crédito de ser un hombre limpio, erguido y lo que una vez se llamó coherente. Al menos no es responsable de la esclavitud ni de la Independencia americana; ni de la hipocresía y la superstición de la Iglesia o de la timidez y el egoísmo del Estado; ni de la indiferencia y la servil ignorancia de nadie. Se mantiene diferente, firme y efectivo, solo, y un hombre honrado es mucho más que un huésped, de manera que sentimos que comete una injusticia consigo mismo cuando nos recuerda «la sociedad americana a la que representa». Es extraño el placer que sentimos al escuchar a un orador lúcido y ortodoxo que, obviamente, cuenta con pocas grietas y fallas en su naturaleza moral, y que, disponiendo a su antojo de las palabras en un grado sorprendente, tiene mucho más que palabras, si le fallaran, en su incuestionable seriedad e integridad, y además de la admiración por su retórica, se asegura el verdadero respeto de su público. Nos cuenta inconscientemente su biografía y lo vemos en seguida deliberando sobre esos asuntos con gravedad, sabiduría y valentía, sin el consejo o el consentimiento de nadie, mientras ocupa un lugar al principio del que la fluctuante marea de la opinión pública no puede desplazarle.

Nadie podría malinterpretar la genuina modestia y la verdad con la que afirmó, hablando de los firmantes de la Constitución: «Soy más sabio que ellos», y que ha mejorado con él la experiencia de estos sesenta años de funcionamiento, o la inflexible consistencia y franqueza de la oración que terminaba, no como las proclamaciones de Acción de Gracias, con un «Dios salve a la Comunidad de Massachusetts», sino con que Dios la rompa en pedazos, hasta que no quede un fragmento sobre el que nadie pueda mantenerse y no se atreva a decir su nombre al

referirse al caso de Frederick \*\*\*. Por desgracia no sabemos cómo llamarle, a menos que Escocia nos preste los despojos de uno de sus Douglass, en la historia o la ficción, durante una temporada, hasta que seamos lo suficientemente hospitalarios y valientes para oír su nombre: un esclavo fugitivo en un sentido más amplio que nosotros, que ha demostrado ser el dueño de un intelecto *preciso* y se ha granjeado una reputación sin color en esas regiones, y que, confiamos, estará por encima de la degradación tanto de las simpatías de la libertad como de las antipatías de la esclavitud. Cuando, dijo el señor Phillips, comunicó al público de New Bedford, el otro día, su propósito de escribir su biografía y revelar su nombre, y el nombre de su amo y el lugar del que escapó, un murmullo recorrió el salón, el ansioso susurro de los hijos de los Peregrinos: «Más le vale que no», y su eco retumbó bajo la sombra del monumento de Concord: «Más le vale que no».<sup>21</sup>

Expresaríamos con gusto nuestra apreciación de la libertad y la firme sabiduría, tan raras en el reformista, con las que declaró que no había nacido para abolir la esclavitud, sino para hacer lo correcto. Hemos oído a muy pocos buenos oradores políticos que nos proporcionen el placer del gran poder y la agudeza intelectual, de la firmeza del soldado, y de una oratoria elegante y natural. Pero el público podría descubrir en este hombre una especie de principio moral e integridad más estables que la firmeza de esos oradores, más exigentes que su intelecto y más elegantes que su retórica, que no trabajaban para un fin pasajero o trivial. Resulta extraño, pero alentador, escuchar a un orador que está contento con cualquier otra alianza que no sea la del partido popular, ni siquiera la de la escuela simpatizante de mártires, que algunas veces se permite ser su propio público si la

---

<sup>21</sup> Thoreau alude a Frederick Douglass, autor de la *Vida de un esclavo americano contada por él mismo* (1845).

masa se ausenta, y escucharse a sí mismo sin reproche, de manera que nos sintiéramos en peligro de desacreditar a toda la humanidad al afirmar que en este lugar hay alguien que es al mismo tiempo un orador elocuente y un hombre justo.

Tal vez, en conjunto, el hecho más interesante provocado por sus discursos sea la disposición de la gente en general, de cualquier secta o partido, a abrigar, con buena voluntad y hospitalidad, las opiniones más revolucionarias y heréticas, cuando se expresan sincera y adecuadamente y, en cierto modo, con alegría. Esa clara y sencilla declaración de intenciones sirvió como electuario a fin de despertar y esclarecer el intelecto de todos los partidos, y proporcionó a cada uno de ellos un argumento adicional a favor del derecho que sostenía.

Consideramos al señor Phillips uno de los campeones más ilustres y eficaces de la verdadera Iglesia y el Estado ahora en campaña, y le diríamos a él, y a quienes son como él: «Que Dios os ayude». Si conocéis a algún campeón en las filas de sus oponentes que tenga el valor y la cortesía incluso de la caballería pagana, si no de la gracia cristiana y el refinamiento de este caballero, nos haríais un favor mandándole a esos campos en seguida, donde las listas están ahora abiertas y sería hospitalariamente acogido. Hasta ahora el caballero de la cruz roja nos ha mostrado el elegante emblema de su escudo y su admirable dominio de su montura, haciendo cabriolas y corveteando en las listas vacías, pero nosotros esperamos ver al que, en el actual choque de lanzas, acabará derribado sobre la llanura.

## THOMAS CARLYLE Y SUS OBRAS

Thomas Carlyle es escocés, nacido en Ecclefechan, Annandale, hace unos cincuenta años, de acuerdo con cierta autoridad. «Sus padres fueron *buenos granjeros*, y su padre un anciano de la Iglesia de la Secesión, un hombre de fuerte sentimiento natal, cuyas palabras eran repetidas en el momento de *fixar cualquier asunto en el muro*». También hemos oído hablar de su «excelente madre», aún viva, y de «sus delicados y antiguos acentos presbiterianos, en armonía con sus tonos trascendentales». Parece haber asistido a la escuela en Annan, a la orilla del Solway Firth, y allí, como él mismo escribe, «haber oído hablar de famosos profesores, de elevadas cuestiones clásicas y matemáticas, una maravillosa tierra de conocimiento», y de Edward Irving, entonces un joven «fresco de Edimburgo, con premios universitarios [...], que viene a visitar a nuestros maestros, que fueron también los suyos». Desde este lugar, afirman, podríais otear el país de Wordsworth. Probablemente aquí consiguió familiarizarse primero con la naturaleza, con los bosques, como los que hay allí, los ríos y los arroyos, algunos de cuyos nombres conocemos, y los últimos deslices de la oleada del Atlántico. Asimismo, obtuvo parte de su educación más o menos liberal fuera de la Universidad de Edimburgo, donde, de acuerdo con la misma autoridad, tuvo que «mantenerse por sí mismo», en parte

por medio de la «enseñanza privada y las traducciones para los libreros», y más tarde, lo que nos alegra oír, «enseñó en una academia en Dysart, al mismo tiempo que Irving enseñaba en Kirkaldy». Se trata de la acostumbrada travesía de una vida literaria. Fue destinado para la Iglesia, pero no por los poderes que gobiernan la vida humana; hizo su *debut* literario en *Fraser's Magazine*, hace tiempo, y dio conferencias en todas partes en inglés y francés, con más o menos beneficio, como al menos podemos imaginar quienes no estamos especialmente informados, y al cabo encontró algunas palabras que hablaban a su condición en la lengua alemana, y se dedicó seriamente a desentrañar ese misterio, con el éxito que muchos lectores conocen.

Después de casarse, residió por momentos en Comely Bank, Edimburgo, y durante uno o dos años en Craigenputtock, una salvaje y solitaria granja en la zona superior de Dumfriesshire, el último lugar, entre las yermas colinas de brezo, donde fue visitado por nuestro compatriota Emerson. Aún mantiene correspondencia con Emerson. Fue casi un íntimo amigo de Irving y continuó siendo su amigo hasta la muerte de este último. En lo que respecta al «alma humana más libre, fraternal y valiente» de ese hombre, y la relación de Carlyle con él, a quienes les concierna harían bien en consultar la noticia de su muerte en el *Fraser's Magazine* de 1835, reimpresa en las *Miscellanies*. También mantuvo correspondencia con Goethe. Hace poco hemos oído que el poeta Sterling fue su único conocido íntimo en Inglaterra.

Ha pasado el último cuarto de su vida en Londres, escribiendo libros, y tiene fama, como los lectores saben, de haber hecho que Inglaterra trabara conocimiento con Alemania en los últimos años, y muchas otras cosas que resultan novedosas y notables en literatura. Es, sobre todo, el referente literario de esas regiones. Podemos imaginarlo viviendo completamente retirado y con sencillez, acompañado por su pequeña familia, en un tran-

quilo lugar de Londres llamado Chelsea, un tanto alejado del ajetreo del comercio, en «Cheyne Row», aunque no demasiado lejos del hospital de Chelsea. «Una vez pasado el hospital, y una iglesia cubierta de hiedra, con sus generaciones enterradas a su alrededor –escribe un viajero–, llegaréis a una vieja calle que avanza en ángulos rectos con el Támesis y, a unos cuantos pasos del río, encontraréis el nombre de Carlyle en la puerta». «Una sirvienta escocesa os acompaña a la segunda planta frente a su habitación, que resulta ser el espacioso taller del hacedor del mundo.» Aquí se sientan juntos durante un rato, con muchos libros y papeles a su alrededor, con muchos libros nuevos, se nos dice, en los estantes superiores, completos, con los respetos del autor en ellos y, en los últimos meses, con muchos manuscritos en una antigua caligrafía inglesa, y numerosos panfletos, de las bibliotecas públicas, relacionados con la época de Cromwell; ahora, tal vez, mirando el ladrillo y el pavimento de la calle, para variar, y ahora un terreno jalonado de hierba al fondo, o, tal vez, da un paso más hacia el Museo Británico y lo convierte en su estudio por un tiempo –esa es la primera parte del día, lo común con los hombres de letras–, y luego, por la tarde, suponemos, sale a dar un breve paseo de una milla o así por los suburbios de las afueras de la ciudad. Creemos que esa era su forma de pasear, aunque un viaje tan breve no podría llevarle a lugares demasiado rústicos o silvestres. Entretanto, la gente llama desde varios lugares para *verlo*, y muy pocos son dignos de ser *vistos* por él –«los distinguidos viajeros de América», no unos pocos–, a los que da gratuitamente su soliloquio aún no escrito, hermoso y brillante, a cambio de lo que quiera que ellos puedan ofrecer, pronunciando un inglés, según declaran, con «marcado acento escocés», y hablando muchísimo, para su asombro y el nuestro, tal como él escribe, una especie de carlyleanismo, «mientras lleva» su discurso «a su punto culminante, de vez en cuando, con largas, profundas y compulsivas carcajadas».

A veces va a Escocia para visitar sus colinas natales llenas de brezo, mostrando aún cierto interés por sus tierras, y los nombres como Craigenputtock y Ecclefechan, que hemos citado ya, representan entonces lugares habitables para él, o cabalga por la costa de Inglaterra durante sus vacaciones, sobre su caballo *yankee*, adquirido con la venta de sus libros aquí, según nos han dicho.

Al cabo, cómo se gana la vida, en qué medida se gana el pan de cada día con el jornal o con el trabajo a destajo con su pluma, qué ha heredado y qué ha robado, son preguntas cuyas insignificantes respuestas, que no deben omitirse de su biografía, nosotros ¡ay!, somos incapaces de responder aquí. Probablemente vale la pena decir que no es un reformista en nuestro sentido del término; come, bebe y duerme, piensa y cree, profesa y practica, no de acuerdo con el criterio de Nueva Inglaterra, ni con el antiguo inglés en absoluto. No obstante, dicen que es una especie de león en algunas partes de allí, «un centro amistoso para los hombres de las opiniones más opuestas», y es «escuchado como un oráculo», «mientras fuma su pipa eterna».

Su figura es más bien alta, macilenta, con un rostro atento, cabello y tez oscura, y el aire de un estudiante, unos rasgos no bien definidos en su cuerpo, y demasiado grande al sentarse en su asilo de pobres, él, nacido en un país de frontera, tal vez descendiente de bandidos. Hemos visto varios cuadros de él aquí: uno, un retrato de cuerpo entero, con el sombrero y de los pies a la cabeza, que aunque no nos dijera mucho, decía el menor número de mentiras; el otro, recordemos, del que se ha afirmado con acierto que «aparecía demasiado peinado», y alguno más en el que distinguimos los rasgos del hombre de nuestra consideración, aunque los únicos que vale la pena recordar son aquellos en los que se había dibujado a sí mismo de manera inconsciente.

Cuando recordamos cómo han llegado esos volúmenes hasta nosotros, con su coraje y su provocación a lo largo de los

meses, y la conmoción que produjeron en muchos corazones reservados, nos asombramos de que el país no lo hubiera acogido con su saludo, de costa a costa, desde el Atlántico al Pacífico, y los Boone y los Crockett del oeste se apresuran para aclamarlo, cuya extensa humanidad también les abarca. De todos los paquetes que nos trajeron, ¿ha habido algún cargamento máspreciado que ese? ¿Qué otra cosa han sido las noticias inglesas durante la estación larga? En los últimos años, ¿qué otra cosa ha sido Inglaterra para nosotros, que leemos libros, quiero decir? A menos que la recordemos como el escenario en el que la época de Wordsworth tuvo lugar y unas cuantas jóvenes musas trataron de alzar el vuelo, y de vez en cuando como la residencia de Landor, solo Carlyle, desde la muerte de Coleridge, ha mantenido la promesa de Inglaterra. Es la mejor disculpa del ajeteo y el pecado del comercio que nos ha puesto al corriente de sus pensamientos. El comercio no nos preocuparía mucho si no fuera por un resultado así: Nueva Inglaterra está en deuda con Carlyle y tardará en reconocerlo. Sus últimos ensayos nos sorprendieron en una época en la que lo que Coleridge decía era lo único que nos había impresionado notablemente hasta el momento, aunque encontrarían un terreno desocupado por él, antes de que, sin embargo, algunos dichos populares fueran pronunciados entre nosotros. Asimismo, su ventaja sobre los demás profesores era que permanecía cerca de sus alumnos, y sin duda alguna ha provisto de un razonable coraje y simpatía a tantos pensadores independientes y solitarios.

Es sorprendente, aunque en conjunto posiblemente no haya que lamentarlo, que el mundo reciba cruelmente un nuevo libro. El distinguido viajero que llega a nuestras orillas probablemente dará más cenas y discursos de bienvenida de los que pueda, pero los mejores libros, cuando son leídos, se encuentran con la indiferencia y la sospecha o, lo que resulta peor, la crítica gratuita y ligera. Es evidente que los reseñadores, tanto

aquí como en el extranjero, no saben cómo librarse de este hombre. Se le aproximan con demasiada facilidad, como si fuera uno de los hombres de letras de la ciudad que agradece la administración del señor Alguien. Sin embargo, Carlyle ya forma parte de la literatura y su éxito no depende del favor de los reseñadores, de la honradez de los vendedores ni del placer de los lectores. Tiene más que ofrecer a su generación que esperar de ella. Se trata de un trabajador fuerte y consumado en su oficio, como lo era Samuel Johnson, que, como él, convierte a la clase literaria en una clase respetable. Aunque todos los que estuvieran bajo su enseñanza no hubieran aprendido a ser escritores competentes, habrían sido al mismo tiempo pensadores competentes y valiosos. El ojo crítico y maduro, sobre todo, está incapacitado para apreciar la obra de este autor. Para él su valor es intangible y evanescente, y ellos parecen abundar en obstinados manierismos, germanismos y desvaríos caprichosos de todo tipo, con comentarios a veces inexplicablemente certeros y razonables. En virtud de esto último, reconocen que Carlyle tiene lo que se llama genio. Apenas conocemos a un anciano que no esté desesperadamente unido a esos volúmenes. El lenguaje, afirman, es una locura y un obstáculo para ellos, pero para muchos chicos inteligentes están escritos en el inglés más sencillo, y dejan un gusto tan preclaro como su pan y leche. Los padres se admiran de que los niños se adapten a su dieta rápidamente y la digieran con gran facilidad. Agitan sus cabezas con desconfianza ante su mero deleite, y observan que «el señor Carlyle es un hombre muy instruido», pues, como no están anticuados, poseen también una gramática y un diccionario, a decir verdad, y se devanaban los sesos con la mejor fe a fin de abrirse un poco de camino en la jungla, y no pueden sino confesar, tan frecuentemente como dan con una pista, que resultó tan intrincado como seguir a Blackstone, si es que lo leen con honradez. Pero solo con leer, aunque sea con las mejores intenciones, no

basta; debéis escribir esas obras vosotros mismos. Solo el que tenga la fortuna de leerlas a tiempo, en la más aguda y receptiva época de la vida, podrá dar suficiente cuenta de ellas.

Muchos han probado esto con cierta sospecha, como si se tratara de una fuente Aretusa que hubiera fluido bajo el mar de Alemania, como si los materiales de sus obras hubieran sido enterrados en algún desván del país, con el peligro de ser apropiados como papel desechable. Sobre qué océano alemán o desde qué bosque herzínico ha sido importado, pieza por pieza, a Inglaterra, o si ya ha llegado entero, es algo de lo que no estamos informados. Ese artículo no está facturado en Hamburgo ni en Londres. Puede que haya pasado de contrabando. No obstante, sospechamos que no es posible importar así esta clase de bienes. No importa lo hábil que resulte el estibador, el ser de todas las cosas se hace firme a la mar, espera al domingo y, con viento en popa, leva entonces el ancla, sube la escota mayor —e inmediatamente todo lo que posee un valor trascendente y eterno resiste el viento en popa, quedando a la fuerza por detrás de ese domingo—, y no viaja los domingos, mientras que las galletas y la carne de cerdo avanzan, y los marineros exclaman ¡tirad! Se separará si se abre la juntura. No es muy seguro arriesgarse a salir así, a no ser que vosotros mismos viajéis como sobrecargos. Donde el hombre va, él está allí; pero la más insignificante virtud es inmovible, es un bien raíz, nada personal, y quien la conserve deberá consentir en ser comprado y vendido con ella.

Sin embargo, no es necesario mortificarse por esta acusación de una extracción alemana, mientras que por lo común se reconozca, en esta época, que Carlyle es inglés y habitante de Londres. Se sirve del inglés como su lengua materna, aunque con acento escocés, o nunca tantos acentos, y pensamientos también, que son el fruto legítimo de la tierra natal, fueron pronunciados con la misma lengua. Su estilo es eminentemente coloquial y no nos extraña encontrarlo en un libro. No es literario

ni clásico, no posee la música de la poesía ni la pompa de la filosofía, sino el ritmo y las cadencias de la conversación en una repetición interminable. Retumba con tonos empáticos, naturales, vivos y conmovedores, murmurante, estrepitoso y explosivo, como las granadas y los perdigones, y con una ejecución parecida, hasta el punto de alcanzar cierto mérito en composición por haber dado una respuesta escrita a la palabra hablada, y una palabra hablada al pensamiento nuevo y pertinente del hombre, así como a los pensamientos a medias, las dudas desconcertantes y las expectativas.

No es un místico, no más que Newton o Arkwright o Davy, y no tolera a ninguno de ellos. Nunca ha escrito media línea o una línea oscura. Su intención es tan clara como la luz del día, y quien se dé prisa podrá leerla en sus páginas; de hecho, solo quien se de prisa *será capaz de* leerla y mantenerse al tanto. Muestra la claridad de una imagen para su mente, y nos explica lo que ve impreso, en grandes caracteres ingleses, sobre el rostro de las cosas. Pronuncia sustanciales pensamientos ingleses en los dialectos ingleses más sencillos, pues hay que confesar que habla más de uno. Los condados de Inglaterra, y los condados de Europa, se encuentran bajo la contribución de su genio, porque ser inglés no quiere decir ser exclusivo e intolerante, y adapta el yo de uno al temor de sus vecinos más cercanos. Sin embargo, ningún escritor es más esencialmente sajón. En su traducción de algunos fragmentos de poesía sajona vemos el mismo ritmo que aparece con frecuencia en su poema sobre la revolución francesa. Si supierais de dónde provienen muchos de esos detestables carlylismos y germanismos, leeríais la mejor prosa de Milton, leeríais los discursos de Cromwell que Carlyle sacó a la luz, o iríais a escuchar una vez más vuestra lengua materna. Eso es lo que respecta a su extracción alemana.

De hecho, en cuanto a su fluidez y habilidad en el uso de la lengua inglesa, es un maestro incomparable. Su gracia y poder

de expresión superan incluso su mérito como historiador y crítico. Su experiencia no le ha abandonado nunca, sino que le ha provisto de una reserva de palabras aladas y con patas, de la que únicamente una vida londinense podría dar cuenta. Hasta ahora no habíamos captado la riqueza del lenguaje. La naturaleza es escudriñada, y todos los recursos y los límites de la humanidad son probados, a fin de proporcionar el símbolo adecuado a su pensamiento. No acude al diccionario, al libro de palabras, sino a la fábrica misma de las palabras, y ha construido una obra interminable para los lexicógrafos. Sí, tiene el mismo inglés de su lengua materna que tenéis vosotros, pero en Carlyle no se trata de una facultad muda, un murmurio o rezongueo, que oculta sus pensamientos, sino de un arma afilada, inagotable e irresistible, que domina de una manera que ni vosotros ni yo podemos dominar, y sería bueno que aquel que tuviera que publicar la noticia de un caballo perdido, o el decreto de una reunión municipal, o un sermón, o la redacción de una carta, estudiara a este universal escritor de cartas, puesto que sabe más que cualquier diccionario o gramática.

El estilo merece nuestra atención como uno de los rasgos más importantes para distinguir a nuestro autor a esa distancia. Esta vez su estilo se parece demasiado al contenido. Puede cargar con todo y no se agota ni tambalea. Sus libros son sólidos y eficientes, como todo lo que Inglaterra hace, y también son elegantes y legibles. Hablan de un gran trabajo hecho, bien hecho, y de la basura barrida, como los brillantes cuchillos que relucen en las ventanas de las tiendas, mientras que el coque y las cenizas, los tornos, las limaduras, el polvo y las perforaciones se encuentran muy lejos en Birmingham, sin precedentes. Es un magistral empleado, escriba, reportero y escritor. Es capaz de limitarse a describir la mayoría de las cosas, los gestos, los guiños, las inclinaciones de cabeza, las miradas significativas, el *patois*, el acento irlandés, las pantomimas, y mucho de eso estaba

en silencio hasta que lo ha representado por escrito. Los compatriotas que sorprendieron al fiscal de la ciudad al pedirle ayuda para constatar por escrito, entre otras cosas, su vocación hacia los caballos, no le habían sorprendido. Habría encontrado la palabra correcta y clásica para ello, que su linaje emplearía para él. Considerad la incesante marea de discursos cuyo flujo siempre tiene lugar en numerosas bodegas, divanes y *salones*; la del francés, dice Carlyle, «tiene su reflujo solo cuando se aproximan las breves horas de la noche», ¡y menuda gota en el cubo es la palabra impresa! El sentimiento, el pensamiento, el lenguaje, la escritura, y podríamos añadir la poesía y la inspiración para completar así el círculo, cómo disminuyen al cabo poco a poco, pasando por un colador tras otro a vuestra historia y los clásicos, desde el rugido del océano y el murmullo del bosque hasta el chillido de un ratón, y al final solo resultan gramaticalmente analizados, deletreados y puntuados. Las pocas personas que pueden hablar como un libro solo son por lo común presentadas. Pero este escritor presenta una nueva *Lieferung*.<sup>22</sup>

Nos preguntamos cuánto se ha expresado a la vieja usanza, cuánto depende aquí del énfasis, el tono, la pronunciación, el estilo y el espíritu de la lectura. Ningún escritor recurre tanto a la ayuda de la inteligibilidad que el arte del impresor le proporciona. Os preguntáis cómo han hecho otros para escribir tantas páginas sin usar palabras enfáticas o itálicas, tan expresivas, naturales e imprescindibles, como si nadie hubiera utilizado antes los pronombres demostrativos de manera demostrativa. En las oraciones de otro, el pensamiento, aunque pueda ser inmortal, está, por decirlo así, embalsamado, y no nos *sorprende*, pero aquí se encuentra vivo desde hace poco, y su cuerpo, al no haber pasado por la ordalía de la muerte, se retuerce en sus extremidades, y las partículas más pequeñas y los pronombres están vivos

---

<sup>22</sup> «Entrega» en alemán.

con él. No es un simple diccionario, lo es, vuestro o mío, pero lo es. Las palabras no cumplen las exigencias de la gramática, sino de un significado tiránico, inexorable; no como los soldados permanentes votados por el parlamento, sino como los fuertes compatriotas a los que obligan a trabajar. «Majestad, esto no es una rebelión, es una revolución».

Nunca le hemos oído hablar, pues debemos decir que Carlyle era un raro conversador. Rompió el hielo, y las corrientes manaron libremente como un torrente primaveral. No ha determinado la corriente de su pensamiento, tímidamente aventurero, hasta su origen, sino que fue arrastrado con ella, y corre a través de su cerebro como un torrente fértil y arrollador. Mantiene una conversación con vosotros. Su público es una tumultuosa masa de treinta mil personas reunidas en la Universidad de París, antes de que se inventara la imprenta. Por lo demás, la filosofía no habla, sino que escribe o, cuando se presenta personalmente ante un público, da conferencias o lee, y, por tanto, será leída mañana o dentro de mil años. Pero, naturalmente, el que habla debe ser atendido de inmediato, y no seguirá hablando sin público, y los vientos ya no llevarán el sonido de su voz. Pensad en Carlyle leyendo su *Revolución Francesa* a un público cualquiera. Diríamos que nunca fue escrita, sino hablada y, a continuación, publicada e impresa, y quienes no han formado parte del rumor de su voz no podrán saber nada de ella. Desde luego, están los que os leen algo que ha sido escrito en una *lengua* muerta, aunque pudiera tratarse de una *letra* viva, escrita en caracteres siriacos, romanos o rúnicos. Quienes tengan que hablar en inglés podrán escribir en sánscrito; tendrán que hablar en una lengua moderna para escribir, tal vez, en una antigua y universal. No viven en los días en que los doctos usaban un lenguaje docto. No hay una escritura en latín con Carlyle, pero como Chaucer, con todo respeto a Homero, Virgilio y los señores normandos, recitó su poesía en la acogedora lengua sa-

jona, y Locke tiene al menos el mérito de haber hecho filosofía en inglés. Así que Carlyle ha hecho una filosofía distinta mucho más allá en inglés, y abierto de par en par las puertas de la literatura y la crítica al populacho.

¡Qué estilo tan diverso y abigarrado! Es como el rostro de un país, como un paisaje de Nueva Inglaterra, con sus granjas y pueblos, y las zonas de cultivo, y las regiones de los bosques y los páramos de arándanos alrededor, con los vientos perfumados por el sábalo y las violetas. En lo que respecta a su lectura, resulta lo suficientemente nueva para el lector que ha ido en diligencia y la vieja línea de vagón postal. Es como viajar a veces a pie, y otras en un tándem con calesa; a veces en un coche completo, por la carretera, reparada o no, en la que seguiréis hasta la ciudad; en pasos a nivel, a través de los departamentos franceses, por lo caminos de Simplon hacia los Alpes, y de vez en cuando se detiene en busca de una posta, con los yugos en el potro indomable de un Pegaso que le sirve de guía, marchando por un camino de carretas, y a campo traviesa, por caminos de rollizos y puentes de rejilla; o donde no hay puentes, ni siquiera un trozo de cuerda a la izquierda, y el lector tiene que ponerse su peto para nadar. Esta vez habéis dado con un experto conductor que ha conducido diez mil millas y nunca fue conocido por disgustarse, y podría conducir seis millas sin perder el control sobre el borde de un precipicio, y tocarles las castañuelas a los que van delante en todas partes.

Con maravilloso arte incrusta sus emociones y experiencias en la pintura para crear su imagen, de modo que todas sus fuerzas puedan salir al encuentro. Aparentemente redactados sin ningún diseño o responsabilidad, poniendo por escrito sus soliloquios de vez en cuando y sacando provecho de sus humores, cuando al cabo llega la hora de hablar, escribe en un inglés sencillo, sin comillas, que él, Thomas Carlyle, está preparado para defender ante el mundo, e inventa lo demás, a menudo com-

pletamente defendible, solo que más modesto, o sincero, o insinuante, sobre *Sauerteig* o algún otro caballero alemán empleado mucho tiempo en la materia. Tras dar vueltas en su cabeza con diferentes formas, conoce ahora su materia cara a cara, y lucha con ella a una distancia prudente, tratando de bajarla, o arrojándola sobre su cabeza, y si no fuera así, o ya sea así o no, intenta dar un punto de sutura atrás, y la aprieta por un lado, y la baja de nuevo, y le arranca la cabellera, y tira de ella y la descuartiza, y la cuelga encadenada, dejándola a los vientos y los perros. Con sus cejas fruncidas, decidido, y con una voluntad firme e irresistible, avanza abriéndose paso violentamente entre una multitud de opiniones pobres, incompletas y *diletantes*, maneras honradas y no honradas de pensar, con sus elevados criterios, sentimentalismos y conjeturas, y los aplasta en el polvo. Observad cómo prevalece, ni siquiera oís los gemidos de los heridos y los moribundos. Desde luego, no vale la pena mirar la historia a través de los ojos de nadie que no sean los suyos, y su forma de ver las cosas está siendo rápidamente adoptada por su generación.

No está en él decidir cómo debería ser su estilo. Entonces podría decidir también cómo deberían ser sus pensamientos, y nosotros no le habríamos puesto siempre a escribir, como en el capítulo sobre Burns, la *Vida de Schiller* y en otras partes. Puede que al envejecer y escribir más haya adquirido una expresión más sincera; se ha vuelto, en ciertos aspectos, más hombre, más libre, esforzándose por estar a la altura de su origen. Creemos que posee el estilo en prosa más significativo que conocemos.

¿A quién le importa cuál sea el estilo del hombre si resulta ininteligible, tan ininteligible como su pensamiento? Literalmente, el estilo no es más que el *estilete*, la pluma con la que escribe, y no vale la pena raspar, pulir y abrillantar, a menos que así escribiera mejor sus pensamientos. Es algo que hay que utilizar, no mirar. Para nosotros la cuestión no es si Pope tuvo un estilo de-

purado y escribió con una pluma de pavo real, sino si pronunció pensamientos útiles. Traducid un libro una docena de veces de una lengua a otra y ¿qué será de su estilo? La mayoría de los libros se agotará y desaparecerá en esa ordalía. La pluma que escribió se destruye en seguida, pero el poema sobrevive. Con todo, creemos que Carlyle tiene más lectores, y hoy en día se le conoce mejor por su original estilo, y que la posteridad tendrá razones para agradecerle que emancipara al lenguaje, en cierta medida, de los grillettes que una clase literaria conservadora, absurda y pedante le había puesto, y diera un ejemplo de genuina libertad y naturalidad. Nuestros pensamientos no son nuevos, pero el estilo de su expresión es una novedad inagotable que alegra y renueva a los hombres. Si tuviéramos que responder a la cuestión de si la mayoría de los hombres, por lo que sabemos de ellos, habla como los autores oficiales y escribe como los reseñadores, o como ese hombre escribe, deberíamos decir que Carlyle apenas ha comenzado a escribir su lenguaje, y que este último no es más que, en su mayor parte, la efigie de un lenguaje, no el mejor método para ocultar los pensamientos de uno, sino con frecuencia un método para actuar sin pensamientos en absoluto.

En su gráfica descripción del estilo de Richter, Carlyle muestra su propia cercanía, y no hay duda de que el primero bebió de esa fuente y fue inspirado por ella para una libertad y originalidad idénticas. «El lenguaje –tal como él dice de Richter– está cargado de indescritibles metáforas y alusiones a todas las cosas, humanas y divinas, que fluyen hacia delante, no como un río, sino como una inundación, dando vueltas en complejos remolinos, rozándose y gorgoteando, ahora así, ahora asá», pero en Carlyle «la propia corriente» nunca «desaparece de la vista entre este alboroto sin límites». De nuevo: «Su lenguaje mismo es un Titán, profundo, fuerte, tumultuoso, que brilla con numerosos matices, fundido con muchos elementos, y envuelto en intrincados laberintos».

En resumen, si se quiere que el hombre sea elocuente, que hable mucho y se dirija fundamentalmente a su época, esa no es una mala manera de hacerlo. Pero si se quiere que colonice las regiones inexploradas del pensamiento y hable con los silenciosos siglos por venir, entonces nos gustaría realmente que cultivara más el estilo de Goethe, y menos el de Richter; ni siquiera el de Goethe posee la clase de expresión más apreciada por la humanidad, sino que sirve como modelo de lo mejor, de lo que podría ser cultivado con éxito.

Pero por el estilo, la escritura hermosa y las épocas augustas, los suyos no son sino un estilo pobre, una escritura vulgar y una época degenerada, que nos permiten recordar esas cosas. Carlyle tiene algo que comunicar. En un sentido ordinario, las de Carlyle no son obras de arte en su origen y finalidad y, sin embargo, ningún escritor inglés vivo da cuenta de un talento literario semejante. Esas obras de arte son como el arado, el molino de maíz y la máquina de vapor, no como las imágenes y las estatuas. Otras hablan con énfasis a los eruditos, pero no hay ninguna que hable con tal gravedad y eficacia a quienes pueden leerlas. Otras dan su consejo; él da también su simpatía. No es un pobre elogio afirmar que no se sube a las nubes, ni tiene caprichos, ni orgullo, ni agradables vulgaridades, ni el rígido y empobrecido aislamiento o el brillo indiferente del niño mimado del genio. No necesita economizar su virtud, sino que destaca por una mayor humanidad y sinceridad.

Es especialmente serio y poco común. En todas partes nos impresionan la ruda, inagotable y generosa sinceridad de este hombre. Estamos seguros de que no ha sacrificado un ápice de su honrado pensamiento en el arte o los caprichos, sino a fin de pronunciarse de la manera más directa y eficaz, es decir, en el esfuerzo. Son méritos que se llevan bien. Cuando el tiempo se consuma más en la sustancia de esos libros, esa veta aparecerá. En los últimos años no hemos

recibido de Inglaterra ningún sermón como el de este predicador: sermones a los reyes, sermones a los campesinos y sermones a las clases intermedias. Es inútil que John Bull, o cualquiera de sus primos, se haga el sordo, fingiendo no oírlos. La naturaleza no se cansará pronto de repetirlos. Como es obvio, hay palabras menos verdaderas, probablemente más verdaderas para las épocas que escuchan, pero ningunas tan insoportables como para que esta época no pueda oírlos. ¡Qué penetrante cimitarra fue ese *Pasado y Presente*, que pasó por montones de telas de seda, y de manera holgada por los cuellos de los hombres, sin que lo supieran, sin dejar rastro! Carlyle posee la gravedad de un profeta. En una época de pedantería y diletantismo, no hay ni una pizca de eso en su escritura. Seguramente, no hay en ninguna otra parte, en un inglés reciente que sea legible, o en otros libros, una enseñanza tan directa y eficaz, reprobatoria, alentadora y estimulante, llena de gravedad y vehemencia, casi como la de Mahoma o como la de Lutero. Carlyle no mira detrás de él para ver a qué se parecerá su *Opera Omnia*, sino hacia delante con el fin de que su otra obra sea realizada. Sus escritos son un evangelio para los jóvenes de su generación; ellos han de escuchar su viril y fraternal discurso con correspondiente alegría, avanzando hacia evangelio más antiguos o nuevos.

Omitiríamos el principal atractivo de esos libros si no habláramos de su humor. Esa indispensable señal de cordura, a falta de un incentivo para empujar al pensador oscuro a sospechar de misticismo, fanatismo o locura, sobreabunda en Carlyle. La filosofía trascendental necesita, sobre todo, el incentivo del humor para hacerla un asunto ligero y digerible. En sus últimas obras de mayor alcance se aprecia cierto acompañamiento fiel que retumba a través de las páginas y los capítulos, sostenido a lo largo del tiempo sin esfuerzo. La puntuación, las itálicas, las comillas, los espacios vacíos y los guiones, las mayúsculas, todos y cada uno de ellos desempeñan su propia función.

Cada hombre tiene sus reservas, de las que queda excluido el más inocente humor consciente, pero su humor se extiende en proporción a la altura que ocupa el escritor entre sus contemporáneos. Para el pensador, todas las instituciones de los hombres, como toda imperfección, con la perspectiva de la ecuanimidad, son objetos legítimos de humor. Lo que no resulta necesario, sin importar lo triste o personal o universal de su molestia, es una chanza más o menos sublime.

El humor de Carlyle es vigoroso y titánico, y tiene más sentido que la soberbia filosofía de muchos otros. No es necesario utilizarlo como una diversión; es demasiado serio para eso: solo se reirán quienes no se vean afectados por él. Para los que aman los chistes pesados parece ser una especie de diversión extraña, o una broma demasiado práctica, si es que la entienden. El humor placentero que el público ama son, en comparación, las bromas inocentes del salón de baile, el indefenso fluir de espíritus animales, el peso liviano de los afelpados zapatos de charol del dandy. Pero cuando un elefante se dedica a pisar vuestro maíz, no os sentiréis afortunados al sentaros en lo alto o llevar puesto algo de cuero. Su humor está subordinado siempre a un propósito serio, aunque con frecuencia el auténtico atractivo para el lector no reside tanto en el progreso esencial y el resultado final del capítulo como indirecta y secundariamente en esa ilustración de cada matiz. Primero esboza, con un firme y práctico pincel inglés, los rasgos esenciales en términos generales, en negro sobre blanco, con mayor fe de la que Dryasdust habría tenido, y nos dice sabiamente a quién o qué marcar, para ahorrar tiempo, y después con un cepillo de pelo de camello, o a veces con un hisopo limpio, aplica los tonos brillantes y sensibles de su humor por todas partes. Estábamos resueltos a hacer un trabajo serio, que se sepa, sobre el que no quepa bromear, pero cualquier otra cosa bajo el cielo, a su derecha y a su izquierda, es por el momento blanco de las burlas. Para nosotros

ese humor no es pesado como casi cualquier otro. Rabelais, por ejemplo, es intolerable; un capítulo suyo es mejor que un volumen; su humor será divertido para él, pero para nosotros es la muerte. De hecho, el simple humorista es un hombre más infeliz y sus lectores son también más infelices.

El humor no es una cualidad inequívoca como, para los propósitos de la crítica, lo es la facultad más divina normalmente considerada y unida a cada hombre. Si se analizara la conversación familiar y alegre sobre cada aspecto del hogar, se vería endulzada por ese principio. No solo encontramos en ella un humor incesante, agradable y serio, que comprende los asuntos domésticos, la cena y las reprimendas, sino también una tendencia constante hacia los vecinos, la Iglesia y el Estado; con el fin de cuidar y mantener esto, en gran medida, el fuego sigue ardiendo y la cena sigue siendo servida. Habrá vecinos, partícipes de una genuina e incluso romántica amistad, cuyo manifiesto saludo y relaciones, al margen de las habituales expresiones de cordialidad, el estrechamiento de manos o las despedidas afectadas, estriban en un juego e intercambio mutuo de genial y sano humor, que no excluye ninguna nada, ni siquiera a ellos mismos, en su marco ilícito. Si le dejáis, el niño jugará continuamente, y su vida es una especie de humor práctico de una clase demasiado pura, de una naturaleza a menudo refinada y etérea en la que sus padres, sus tíos y sus primos no son capaces de participar con prudencia, sino que han de mantenerse al margen con silenciosa admiración e incluso reverencia. Cuanto más silenciosa, tanto más profunda es. Se ha visto que incluso la naturaleza tiene sus propios humores o aspectos juguetones, de los que el hombre parece ser a veces su entretenimiento.

Con todo, podríamos prescindir del humor, aunque esté incuestionablemente en la sangre, si lo reemplazáramos por la gravedad de este autor. No deberíamos aplicarle a él mismo, sin ninguna cualificación, sus comentarios sobre el humor de Richter.

Con más reposo en su ser interior, su humor sería más genial y apacible. El humor implica por naturaleza una satisfacción a medias. En su hora más agradable y genial, el hombre sonrío cuando el mundo sonrío, y también las obras de la naturaleza. Los frutos *secos* están maduros, y por más que nos deleitemos con algunos de ellos en su estado inmaduro y carnoso, los amontonamos para nuestro almacén de invierno, no por ellos, sino por las crujientes cosechas del otoño. Aunque nunca nos cansamos de ese ingenio vivaz al examinar su obra, sin embargo, cuando lo recordamos desde lejos, algunas veces nos sentimos frustrados y decepcionados, y echamos de menos la seguridad, la simplicidad y la franqueza, e incluso la magnanimidad ocasional de reconocida estupidez y torpeza. Su inagotable éxito y su brillante talento se han convertido en un reproche. Para el lector más práctico, el humor es una cualidad demasiado obvia y constante. Cuando hemos de tratar con alguien, apreciamos la buena fe y el valor de la sobriedad y la gravedad. Hay una exposición más conmovedora que condice con esas comparaciones victoriosas. Además, el humor no dura demasiado. Por lo general se dice a menudo que un chiste no se presta a repetirse. El humor profundo no se mantiene. El humor no circula, sino que se estanca o circula parcialmente. En la literatura más antigua, en la hebrea, la hindú, la persa, la china, es extraño que sobreviva incluso el humor más divino, pero no en los pensamientos más soberbios y reservados, alegres y dolorosos, esas máximas del deber, con los que la vida del hombre se relaciona. Una vez que el tiempo examina la literatura de un pueblo, solo queda su ESCRITURA, que resulta su ESCRITURA *par excellence*.<sup>23</sup> Se trata de algo tan cierto de los poetas como de los filósofos y los moralistas de profesión, puesto que lo único que está asentado en cualquiera de ellos es lo moral, a fin de volver a aparecer como tierra seca en una época remota.

---

<sup>23</sup> ESCRITURA traduce «SCRIPTURE»; «ESCRITURA» traduce «WRITING».

Hemos de confesar que el humor de Carlyle es rico, profundo y abigarrado, y se mantiene en comunicación directa con la columna vertebral y los risibles músculos de la tierra, y no hay nada como esto. Pero por más que nos deleitemos con esa manera jovial, rápida y diluviana de transmitir las opiniones e impresiones de uno, mientras seguimos sin conversar, aunque meditando, suplicamos por una edición exclusiva de su pensamiento, sin aclaraciones a color en el margen, ni peces, dragones, unicornios o tinta roja y azul, pero con sus iniciales escritas en una letra *skeleton* visible, y el resto esencialmente reducido y condensado para que el tiempo no trabaje demasiado. Solo sabemos que inmigraremos en seguida, y estaríamos dispuestos a llevar con nosotros todos los tesoros del este, y cualquier tipo de caldo *en polvo*, transportable en latitas de hojalata, que contenga las quejas de los pastores ingleses en ebullición, será bien recibido.

La diferencia entre esta brillante e irregular escritura y la filosofía pura es la misma que hay entre el fuego y la luz. El fuego emite su propia luz, pero al acercarnos para contemplarlo, lamentamos que el calor y el humo nos incomoden. Pero el sol, viejo platónico, se esconde en el cielo y solo nos alcanzan el genuino calor del verano y la inefable luz del día. Sin embargo, muchas veces, hemos de confesar, nos alegra olvidar la luz del sol en invierno y calentarnos con ese fuego prometeico. Desde luego, Carlyle debería declararse culpable del cargo de manierismo. No solo posee su propio genio, sino también su particular forma de trabajar con él. Tiene un estilo que podría ser imitado y a veces se imita a sí mismo. En todo hombre, aunque nacido y criado en la metrópolis del mundo, sigue adherido cierto provincianismo, pero si su propósito es sencillo y serio, se acerca en seguida a los hombres más antiguos y modernos. No hay manierismo en las Escrituras. El estilo de los proverbios, y de todas las *máximas*, medido por frases o capítulos, si ha de decirse que hay un estilo, es el mismo y, como expresión de una

voz, es una mera explicación del asunto por el testigo más reciente. Los hombres de ciencia gozan de la ventaja de usar fórmulas universales. El lenguaje corriente y el sentido común de la humanidad no suelen encontrarse en el individuo. Sin embargo, la libertad de pensamiento y expresión solo es libertad para pensar el pensamiento universal y hablar la lengua universal de los hombres, en lugar de estar esclavizados por un modo particular. De ese discurso universal apenas hay algo. Es equitativo y seguro; brota de la hondura en el hombre, más allá de la educación y el prejuicio.

Desde luego, en ninguna parte hay un crítico que añada algo más a lo que aportan los escritos de Carlyle al respecto, que citamos tanto por su mérito implícito como por su carácter pertinente. «Es verdad –afirma sobre Richter– que el camino trillado de la literatura lleva con seguridad a la meta, y el talento que más nos agrada nos obliga a brillar con nueva elegancia a través de las viejas formas. El hombre más especial y noble no resulta lo suficientemente especial o noble cuando trabaja para las leyes prescritas; Sófocles, Shakespeare, Cervantes y, en la época de Richter, Goethe, hicieron pocas innovaciones en la forma de la composición y muchas en el espíritu que se respiraba en ellas. En la medida en que todo esto es verdad Richter ha perdido nuestra estima.» De nuevo, en el capítulo sobre Goethe: «Hemos leído a Goethe durante años sin saber en qué consistía lo característico de su entendimiento, de su disposición e incluso de su manera de escribir. Parece un estilo bastante sencillo [¿el suyo?], admirable sobre todo por su tranquilidad, su transparencia, en resumen, su vulgaridad y, sin embargo, es el estilo menos común de todos». A lo que hay que añadir esto que ha sido traducido para nosotros de la pluma de Schiller, la cual se corresponde no solo con la forma exterior de sus obras, sino también con su forma interior y su esencia. Hablando del artista, comenta:

Que alguna divinidad benévola lo rapte, mientras mama del pecho de su madre, y lo alimente con la leche de una mejor época, de manera que crezca todo lo que pueda bajo un distante cielo griego. Tras alcanzar la madurez, que regrese, con extraña figura, a su propio siglo, no para deleitarlo con su horrible presencia, sino para purificarlo con su espantoso aspecto, como hizo el hijo de Agamenón. Extraerá el contenido de sus obras del presente, pero obtendrá su forma de una noble época, más allá de cualquier época, más allá de la unidad absoluta e inmutable de su propia naturaleza.

Pero basta con esto. Nuestras quejas no se corresponden con nuestro descontento.

Es verdad que las obras de Carlyle no poseen el estereotipado éxito que llamamos clásico. Son un rico, pero barato entretenimiento ante el que no nos preocupa que el anfitrión se propase o empobrezca para alimentar a sus invitados. No se trata de la palabra más duradera, ni de la sabiduría más elevada, sino de la última palabra que ha llegado. En cuanto a su genio, estaba reservado para expresar los pensamientos que palpitaban en una gran cantidad de pechos. Había arrancado el fruto más maduro del jardín público, pero un fruto que no importaba tanto como el árbol que lo engendró, y que seguía perfeccionando su brote a los pies del pecíolo de su hoja. Sus obras no han de ser estudiadas, sino leídas con rápida satisfacción. Su sabor y su gusto son como lo que los poetas dicen de la espuma del vino, que solo puede saborearse una vez y rápidamente. En una reseña no encontramos las páginas que hemos leído. La primera impresión es la más auténtica y profunda, y no hay reimpresión, ni *doublé entendre*, por así decirlo, para el lector atento. Sin embargo, en cierto modo son los verdaderos productos naturales a este respecto. Las cosas se dan una vez y no se repiten. Los primeros destellos de la mañana, que doran las cimas de las mon-

tañas, la nubes teñidas de pálido fósforo y azufre, nos llevan rápidamente a la mañana de la creación; pero ¿qué importancia tendrá para ella seguir hacia el este o volver a ver las cosas una hora después? Nosotros mismos deberíamos alejarnos en nuestro día, remontando nuestro meridiano. Esas obras fueron diseñadas para alcanzar un éxito tan consumado que solo sirven para una ocasión en particular. Es el lujo del arte que su instrumento se fabrique para un uso particular y presente. El cuchillo que rebana el pan de Júpiter deja de ser un cuchillo cuando ha prestado su servicio.

Sin embargo, Carlyle es obstinada y pertinazmente injusto, incluso grosero, maleducado, poco caballeroso; nos llama «imbéciles», «diletantes», «filisteos», lo que en ocasiones implica que lo que dice no suena bien. Pero si adoptara el estilo de los periódicos y se retractara de esos duros insultos, ¿dónde estaría el lector que no obtiene ningún beneficio de esos epítetos cuando se los aplica a sí mismo? No penséis que cada vez que los repite hay una nueva sobreabundancia de bilis, ¡oh no! Tal vez ninguna en absoluto en la primera ocasión, solo cierta fidelidad, habiendo encontrado el nombre adecuado, en aplicarlo («Son los mismos a los que nos referíamos antes»), expresado con frecuencia con una simpatía y aliento genuinos. De hecho, en todos sus escritos aflora cierta simpatía cordial con la adversidad y la desgracia, en modo alguno tibia o niveladora. Quienes sospechan de un Mefistófeles o de un diablo burlón y satírico que subyace a todo no se han dado cuenta del secreto del verdadero humor, que simpatiza con los dioses a la vista de sus criaturas grotescas, medio acabadas.

En realidad es el más prudente, y no el menos imparcial, de los reseñadores. Se aparta de su propio camino a fin de hacer justicia a los libertinos y farsantes. Incluso en un sentido extraño y particular, encontramos algo un tanto cristiano en su frater-

nidad universal, en su sencilla e infantil resistencia, en su serio y honrado esfuerzo por simpatizar con sus semejantes. No es insignificante el hecho de que sea casi el único autor de biografías, o de vidas de hombres, en los tiempos modernos. No puede esperarse, ni es necesario, un nuevo tributo al genio de Burns tan amable y generoso. Le honramos por su noble reverencia de Lutero y su paciente, casi reverente estudio del genio de Goethe, ansioso por que ninguna sombra del significado de su autor se escape por falta de una sincera atención. No hay en ninguna otra parte, seguramente, un amor tan determinado y generoso de todo cuanto es viril en la historia. Su justa apreciación de cualquier talento, incluso del inferior, en especial de la sinceridad, cualquiera que sea su aspecto, y de todos los hombres emprendedores, habrá impresionado a todos los lectores. Son testimonio de ello los capítulos sobre Werner, Heine, incluso Cagliostro y otros. No es probable que se equivoque con nadie. Nos sorprende encontrarnos con un discriminador de cualidades regias en estos días republicanos y democráticos, con esa genuina lealtad diseminada por el mundo.

Carlyle es, para adoptar su propia clasificación, el héroe entendido como hombre de letras.<sup>24</sup> No hay un trabajador más notable en Inglaterra, Manchester, Birmingham o las minas de los alrededores. No sabemos las horas que trabaja al día, ni el sueldo que recibe con exactitud, pero conocemos los resultados para nosotros. Oímos a través de la niebla y el humo de Londres la firme sístole y diástole, la vibración de las «Obras de alguien»; las «Obras impresas», dicen unos; «las «Químicas», dicen otros, donde se manufactura algo, en cualquier caso, que recordamos haber visto en el mercado. Ese es el lugar, entonces. La literatura se ha convertido, a oídos de los trabajadores, en algo simplemente

---

<sup>24</sup> Thoreau alude a *Los héroes* (1841). *Hombres representativos* (1850) sería la respuesta emersoniana.

ocioso, artero y bonito porque noventa y nueve de cada cien escriben por fama o por diversión. Pero igual que el trabajador trabaja y con el sudor de su frente se gana el pan de su cuerpo, ese hombre *trabaja* ansiosa y tristemente para ganarse el pan de la vida y disponer de él. Lo mejor que podemos hacer es citar su propia consideración del trabajo en *Sartor Resartus*:

Honro a dos hombres, y no hay un tercero. Primero, el artesano rendido por la fatiga que con utensilios hechos con la tierra conquista laboriosamente la tierra y se la entrega al hombre. Venerable para mí es la mano dura; retorcida, ruda, en la que, sin embargo, reside una virtud llena de recursos, indefectiblemente regia, como el cetro de este planeta. Venerable, también, es el rostro arrugado, atezado por el clima, moreno, con su ruda inteligencia, pues es el rostro de un hombre que vive virilmente. Oh ¡cuánto más venerable por tu rudeza, agobiado hermano! Por nosotros se comba tu espalda, por nosotros tus miembros y dedos se deforman; tú eras nuestro conscripto, en quien recayó la suerte, y fuiste echado a perder luchando en nuestras batallas. También en ti hay una forma creada por Dios, pero no se ha desarrollado; ha de estar incrustada con las duras adherencias y erosiones del trabajo, y tu cuerpo, como tu alma, no debía conocer la libertad. Sigue trabajando; *tú* eres tu deber, esté fuera de él quien pueda; tú trabajas por lo absolutamente indispensable, por el pan de cada día.

Honro a un segundo hombre, y aún más, a aquel a quien se ve afanarse por lo espiritualmente indispensable; no el pan de cada día, sino el pan de la vida. ¿No cumple también él con su deber, esforzándose por una armonía interior, revelándola, por hecho o por palabra, en todas sus empresas exteriores, sean elevadas o bajas? Es la más elevada cuando la exterior y la interior son la misma, cuando podemos llamarlo Artista, no solo artesano terrenal, sino pensador inspirado, aquel que con uten-

silios hechos con el cielo conquista el cielo para nosotros. Si el pobre y humilde trabaja para que tengamos alimento, ¿no debe a cambio el alto y glorioso trabajar para él para que tengamos luz, guía, libertad, inmortalidad? Honro a estos dos en sus grados; todo lo demás es barato y polvo, y que el viento sople dondequiera.

Indiciblemente conmovedor es, sin embargo, encontrarlos a los dos unidos, y el que debe trabajar externamente para las necesidades inferiores del hombre trabaja también interiormente para las más elevadas. No conozco nada más sublime en este mundo que un santo campesino, aunque no pueda encontrar a ninguno. Ese te devolverá a Nazareth; verás el esplendor del cielo brotar de las más humildes honduras de la tierra, como un resplandor que brilla en la gran oscuridad.

A pesar de las genuinas, admirables y leales alabanzas a Burns, Schiller, Goethe y otros, Carlyle no es un crítico de poesía. En el libro de los héroes, Shakespeare, el héroe entendido como poeta, tiene más bien un éxito escaso. Su simpatía, como dijimos, es para los hombres de esfuerzo, y no se sirve de lo que la vida le proporciona, sino que se la gana valientemente. «De hecho —como dice de Cromwell—, en todas partes estamos obligados a dar cuenta del decisivo *ojo* práctico de ese hombre, del modo en que se dirige a lo práctico y lo practicable, con verdadera agudeza para lo que *es* el hecho.» Debéis tener unas piernas muy corpulentas para que no se dé cuenta de vosotros. Es completamente inglés en su amor a los hombres prácticos y en su aversión a las cabezas inclinadas, ardientes y entusiastas que no se mueven apoyadas sobre piernas. Las derribaría amablemente para que recobraran algo de vigor a través del contacto con la madre tierra. A menudo nos asombramos de cómo ha descubierto a Burns, y sigue debiendo buena parte de su deleite con él a la vecindad y la asociación temprana. Si Lcidas y Como

aparecieran en *Blackwood's Magazine*, probablemente no los leería ni le llevarían a anhelar un paraíso perdido. La condición de la cuestión de Inglaterra es práctica. La condición de Inglaterra exige un héroe, no un poeta. Otras cosas exigen un poeta; el poeta responde a otras exigencias. En Londres, con esa cuestión apremiándole, Carlyle no ve ocasión para trovadores y rapsodas. Los reyes podrían contar con sus propios bardos, si hubiera reyes. *Seguramente* Homero fue a mendigar allí. Pero Carlyle vive en Chelsea, no en las llanuras del Indostán, ni en las praderas del oeste, donde los colonizadores brillan por su ausencia, y todos los hombres han de acudir *silbando* a él.

Todo lo que Carlyle dice sobre poesía es fácil de pronunciar y nos induce a pensar, antes que a desarrollar deliberadamente otra empresa. Responde a vuestra pregunta sobre qué es la poesía escribiendo un poema especial, como el poema escandinavo, por ejemplo, en el libro de los héroes, al mismo tiempo salvaje y original; responde a vuestra pregunta sobre qué es la luz encendiendo un deslumbrante fuego que hace palidecer al sol y la luna, y no como un campesino al abrir un postigo. Diréis que el mayor de los poemas no podría contestar a esa pregunta; sin embargo, Carlyle no tiene el aliento tan corto ni es tan estúpido para dar la respuesta más deliberada y universal que los hados arrancan de los analfabetos e insensatos. Carlyle responde como Thor, con un golpe de su martillo, cuya abolladura forma un valle en la superficie de la tierra.

Carlyle no es un *vidente*, sino un espectador y *reseñador* valiente. No es el observador más libre y católico de los hombres y los acontecimientos, que probablemente lo encontrarán preocupado, sino alguien inesperadamente libre y católico cuando se ponen delante de su vista. No vive en la hora presente, ni lee en los hombres y los libros en función de la materia que tratan, sino que después de haberlos escogido, encamina su atención a ese fin.

Pero si nos proporciona argumentos e ilustraciones contra sí mismo, recordemos que tal vez seamos convictos de error por el mismo motivo: por caminar con los elevados zancos de este reseñador tan lejos de los verdes pastos alrededor. Si leyéramos de nuevo sus páginas, optaríamos por retractarnos un tanto de lo que hemos dicho. Un genuino sentimiento poético surge a menudo a través de ellas, como la textura de la tierra que se ve a través de la hierba y las hojas muertas en primavera. Al fin y al cabo, su *Historia de la Revolución francesa* es un poema traducido en prosa, una *Iliada*, como él mismo lo llama, «la cólera destructiva del sansculotismo de la que hablamos, al carecer desgraciadamente de voz para cantar».

No estaría de más mejorar este cuadro, como sucede en la mayoría de las epopeyas, dejando que el sol penetrara en él con la mayor frecuencia. No aparece muy a menudo, pero supone toda una revolución, la vieja forma en que la vida humana da un giro, de manera que cuando al cabo nos recuerdan que en *El embarque de Brest*, una colonia de Santo Domingo, no hay nadie que piense en poseer plantaciones, sino solo en cavar la tierra, y que ahora, unos años después de esa revolución, se ha producido una caída en la importación de azúcar, sentimos una extraña sorpresa. ¿No endulzaron entonces su agua con la revolución? Sería bueno que hubiera varios capítulos con los títulos de «Trabajo para un mes» –incluido el trabajo de la revolución, desde luego–, «Altitud del sol», «Estado de las cosechas y los mercados», «Observaciones meteorológicas», «Industria atractiva» o «Día de trabajo», con el fin de recordarle al lector que el campesinado francés hizo algo más que andar sin pantalones, quemar castillos feudales, preparar cuerdas atadas, abrazarse y estrangularse unos a otros por turnos.<sup>25</sup> Son cosas que a veces se insinúan, pero que merecen más atención por la importancia

---

<sup>25</sup> Thoreau alude a *The French Revolution* (1837) de Carlyle.

que tienen. No solo necesitamos un fondo para el cuadro, sino también un suelo bajo los pies. En ocasiones hemos observado también el hábito poco filosófico, y muy común en la *Historia de la Europa moderna* de Alison, por ejemplo, de sugerir, sin duda alguna, consecuentemente, que si la paja no hubiera caído de este u otro modo, por qué entonces habría de ser tan fácil en filosofía que los reinos se elevaran y cayeran como la paja. El viejo adagio que dice que un hombre vale una milla aprovecha a nuestro propósito. ¿Quién que no haya sido abatido podrá decir lo cerca que está el hombre de ser abatido? Si no hubiera caído una manzana no habríamos oído hablar de Newton y la ley de la gravedad, como si no hubieran contribuido a que caigan también las peras.

El poeta es animado y alegre como la naturaleza. Carlyle no tiene la salud homérica de Wordsworth, ni la deliberada disposición filosófica de Coleridge, ni el gusto escolástico de Landor, sino la enferma y limitada vitalidad constitucional de uno de sus viejos héroes escandinavos que sigue luchando sensacionalmente con los Jötuns, luchando por derribar a la anciana que «simbolizaba el tiempo», luchando por alzar a un enorme felino que simbolizaba «la gran serpiente del mundo que, con la cola en la boca, rodea y sostiene al mundo creado». Aunque el herrero sea robusto y musculoso, no he de considerarlo el hombre más sano del mundo. Pasa demasiado tiempo en el taller, con altas temperaturas de frío y calor, dando martillazos y golpes sobre el yunque sin cesar. Sin embargo, el henificador transpira verdaderamente con el sol, debido al elevado calor del verano, y está familiarizado con las ráfagas del céfiro, aunque no con el fuelle de la fragua. Conocemos la naturaleza de la tristeza de ese hombre, pero no conocemos la naturaleza de su alegría. Allí se sienta el Toro todo el año, con su áspera tos y su bramido de descontento —no un perro cruzado, sino un hábito canino que algunos opinan que se acerca a la locura—, separado de los es-

tremecidos viajeros por la empalizada, u oído a lo lejos en el horizonte, melodioso a esa distancia, aullando a la luna por las noches, *aullando al sol de día*, con su boca de mastín. No persigue a las vacas, ni se tumba al sol, ni juega con los niños. Os ruego que le deis una soga, dioses, o le dejéis ir y no vuelva a rumiar nunca más.

El poeta ha de mantener la serenidad a pesar de las decepciones. Esperamos de él que conserve una perspectiva sana y desinteresada del mundo a lo largo de su vida. *Philosophia practica est eruditionis meta*, la filosofía práctica es la meta del aprendizaje, y en cuanto a esta otra máxima: *Oratoris est celare artem*, podríamos leer *Herois est celare pugnam*, el héroe ha de ocultar sus luchas. La poesía es la única vida lograda, el único trabajo hecho, el único producto puro y el trabajo libre del hombre, desempeñados al haber sometido al mundo y conquistado al último de sus enemigos.

Carlyle habla en gran medida de la naturaleza con cierto *pathos* inconsciente. La naturaleza es para él un esplendor lejano pero memorable, que proyecta una luz reflejada sobre su propio paisaje. Cuando leemos sus libros en Nueva Inglaterra, donde hay suficientes patatas y cada hombre puede ganarse la vida de manera pacífica y alegre como hacen los pájaros y las abejas, sin pensar en nada más, nos parece como si al hablar del mundo se estuviera refiriendo a Londres, al frente de las corrientes del Támesis, el lugar más arduo sobre la faz de la tierra, la gran ciudadela del conservadurismo. Tal vez una aldea sudafricana podría proporcionar una audiencia más esperanzada y exigente o, en el silencio del bosque y del desierto pueda dirigirse por completo a su verdadera posteridad.

En sus escritos, de un modo más ilustre que nadie, y sin apenas ninguna simpatía manifiesta o consciente, representa a la clase reformista, lo que es mejor porque no se muestra como el reconocido líder de nadie. Para él su queja universal es la más

firme, implacable y grave. No encontrará reposo en el regazo de la naturaleza ni en la soledad de la ciencia y la literatura, hasta que hayan rectificado una gran cantidad de quejas firmadas y anónimas. Al prever esto, ha acelerado la crisis en los asuntos de Inglaterra, y ha resultado tan bueno como los muchos años que se añaden a su historia.

Como hemos dicho, no tenemos una palabra suya adecuada para los poetas (Homero, Shakespeare) ni menos, podríamos añadir, para los santos (Jesús), los filósofos (Sócrates, Platón) y los místicos (Swedenborg). No ha desarrollado su simpatía por ellos. Odín, Mahoma, Cromwell obtendrán justicia en sus manos y dejaremos que escriba los elogios de los gigantes de la voluntad, pero no se muestra inclinado a apoyarse sobre o señalar a los reyes de los hombres, cuyos reinos se encuentran en los corazones de sus súbditos, la grandeza moral y estrictamente trascendente, lo más elevado y digno en el carácter. A fin de hacerse a sí mismo justicia y corregir a algunos de sus lectores, debería proporcionarnos un héroe trascendental que gobernara a sus semidioses y titanes, y probablemente revelar su reservada y silenciosa reverencia hacia Cristo, evitando dirigirse únicamente al público de Londres o la Iglesia de Inglaterra. *No* dejemos eternamente que «un silencio sagrado reflexione sobre esa cuestión sagrada». Hagamos un discurso sagrado y una escritura sagrada al respecto. La verdadera reverencia no es necesariamente muda, sino que con frecuencia es afable e hilarante como los niños en primavera.

Cada uno ha de incluir en su lista de personas ilustres a quien mejor represente. Carlyle y nuestro compatriota Emerson, por cuya posición e influencia deberían obtener un reconocimiento más notable, se complementan, hasta cierto punto, el uno al otro. La época que no se entienda con uno de ellos no se entenderá con ninguno de los dos. A fin de realizar una distinción tosca y amplia, que convenga a nuestro propósito ac-

tual, mientras que el primero trata con los hombres de acción, como Mahoma, Lutero o Cromwell, el segundo trata con los pensadores, como Platón, Shakespeare o Goethe, y aunque ambos han escrito sobre Goethe, no se reconocen en él. Uno siente más simpatía por los héroes y el otro, por los observadores y los filósofos. Poned a todos sus próceres juntos y obtendréis una justa representación de la humanidad, salvo una o más excepciones memorables. Al no decir nada de Cristo, que aún espera una justa apreciación en la literatura, el héroe práctico más pacífico, al que Colón pudo representar, ha sido evidentemente despreciado, pero, sobre todo, es obvio que nadie se ha dirigido hasta ahora a la condición del hombre de la época, que ha llegado a llamarse obrero, ya que el orador no es de su condición. Hay poesía y profecía que lo halagan y consejo de la cabeza y el corazón para las manos, pero hemos de confesar que no una cooperación memorable desde la era cristiana o más bien desde que Prometeo lo intentó. Es incluso un hecho notable que el hombre se sigue dirigiendo a sí mismo y que lo que hace y es solo puede urgir a otro a que lo haga y llegue a serlo. Lo semejante llama a lo semejante, el trabajo al trabajo, la filosofía a la filosofía, la crítica a la crítica, la poesía a la poesía, etc. La literatura sigue dirigiéndose demasiado al pasado y poco al futuro, demasiado al este y poco al oeste:

En el este se gana la fama,  
En el oeste se hacen las cosas.

Un mérito más de Carlyle, cualquiera que sea la cuestión, es la libertad de perspectiva que proporciona, la ausencia de hipocresía y dogma. Se deshace de un gran cargamento de basura y abre un ancho camino. Sus escritos están expeditos ante el futuro y lo posible. No se atraviesa en los pasajes de sus libros de modo que nadie pueda salirse de ellos, sino que se sitúa a la en-

trada, invitando a todos a entrar y salir. Sin trampas, ni redes ni estacas que detengan al lector librepensador. En muchos libros supuestamente filosóficos, nos encontramos yendo de aquí para allá, azacaneados, indecisos a veces entre demarcaciones imaginarias que, en nuestra clarividencia, no habíamos visto, aunque, por fortuna, sin consecuencias fatales como les ocurre a los pájaros que chocan contra un muro blanqueado que confunden con el aire fluido. Conforme avanzamos, el desastre de ese dogmático tejido llega a nuestros órganos de percepción, como las telarañas en los hocicos de los perros de caza en las mañanas cuajadas de rocío. Si tratamos de ver con los ojos que esos autores nos prestan no veremos el cielo, sino un bajo techo de bálago o tejas, como si estuviéramos bajo un sombrero en el que ningún destello de la luz del cielo nos permite ver el azul.

Aunque Carlyle dirige sin querer nuestros ojos hacia el cielo abierto, sin embargo, nos deja pasear por debajo y nos muestra nuestros ojos reflejados en numerosos estanques y lagos. Ocasionalmente sugiere una posible ciencia astronómica y la revelación de los arcanos celestiales, pero hasta ahora nada definido.

Esos volúmenes no contienen una sabiduría elevada, sino una demasiado practicable que nos sobresalta y provoca en lugar de informarnos. Carlyle no nos obliga a pensar, porque ya hemos pensado lo suficiente para él, sino que nos fuerza a actuar. Le acompañamos rápidamente a través de una interminable galería de cuadros y gloriosas reminiscencias de las experiencias desmejoradas. «¿No habéis oído a Moisés y los profetas? No os convencerían aunque volvieran de la muerte.» No hay en ello una filosofía pacífica de la vida como la que podríais poner al final del almanaque y colgar del fogón del granjero, diciendo cómo deberían vivir los hombres en los días de invierno y de verano. Propiamente hablando, no hay tampoco una filosofía del amor, de la amistad, de la religión, de la política, de la edu-

cación, de la naturaleza o del espíritu, sino tal vez más una aproximación a una filosofía de la monarquía y de la posición del hombre de letras que otra cosa. Es un predicador extraño, provisto de la oración, el salmo, el sermón y la bendición, pero no de la contemplación de la vida humana desde un sereno terreno oriental ni desde el agitado occidente. No hay ningún sermón de acción de gracias para los días de fiesta o las vacaciones de Pascua, cuando los hombres se dedican a flotar en la corriente de la vida. Cuando vemos con qué espíritu, aunque carezca de heroísmo, los leñadores, los pastores y los aprendices se aferran a la vida y se pasan el día jugando, tomando el sol y a la sombra, comiendo, bebiendo y durmiendo, creemos que la filosofía escrita de su vida está al mismo nivel que el *Calendario del jardinero* y las obras de los primeros botánicos, inconcebiblemente primitivas para llegar a conclusiones prácticas: sus premisas se disipan antes de la primera luz de la mañana, antes de que el brezo se introdujera en las Islas Británicas, y no hay inferencias que extraer al mediodía ni cuando las sombras de la tarde empiezan a caer.

No hay aquí filosofía para filósofos, salvo en la medida en que cada uno tiene su propia filosofía. No hay sistema, sino el hombre en sí mismo y, de hecho, lo bastante firme. Tampoco hay progreso más allá de la primera afirmación y desafío, por decirlo así, del soplo de la trompeta. Lo cierto es que haríamos mejor en hacer algo en serio de ahora en adelante: esa es una filosofía indispensable. Carlyle traduce el antaño imposible precepto «Conócete a ti mismo» en el parcialmente posible «Averigua en qué puedes trabajar». *Sartor Resartus* es, tal vez, la más brillante y filosófica de sus obras, pues es la más autobiográfica, en la que más recurre a la experiencia de su juventud. Pero en todas partes echamos de menos la profundidad en calma, incluso del lago estancado, y debemos someternos a la rapidez y los giros, como si fuéramos sobre patines, de cada hábil

y vergonzoso movimiento, remando, deslizándonos y tallando poncheras y anillos, adelante y atrás. El talento es casi idéntico al genio. A veces sería preferible vadear lentamente el pantano Serbonio y percibir los jugos de la pradera. Podríamos decir que Carlyle no ha especulado tanto, sino fielmente, poniendo su vida en ello. Insiste en las máximas más elementales e iniciales, introductorias a la filosofía. Es la experiencia de un hombre religioso. Se detiene en citas como estas: «Solo renunciando a esa vida, propiamente hablando, podemos empezar», o «Ninguna duda puede ser removida sin acción», o «Cumple con tu deber más cercano». Los capítulos titulados «El no eterno» y «El sí eterno» contienen lo que podríamos llamar la experiencia religiosa de su héroe. En el último, le asigna estas breves palabras, más significativas que ninguna otra que recordemos de su autor: «Una BIBLIA conozco, de cuya plena inspiración no se puede dudar, pues he visto la mano de Dios escribiéndola con mis propios ojos: las otras biblias no son más que hojas suyas». Esto pertenece a 'El sí eterno'; sin embargo, se demora inexplicablemente en 'El no eterno', en el polo negativo. «¡Verdad! —exclama con Teufelsdröckh—, aunque los cielos me aplasten por seguirla: ¡ni una sola falsedad!, aunque una Lubberland celestial sea el precio de la apostasía.» De nuevo: «Vivir sin Dios en el mundo: no estaba por completo despojado de la luz de Dios; aunque mis ojos aún cerrados, con su indecible anhelo, no pudieran verlo, estaría presente en mi corazón y Su ley, escrita en el cielo, sería legible y sagrada allí». De nuevo: «Desde entonces [*desde la época de su protesta*], el tenor de mi miseria había cambiado: ya no era temor ni un pesar quejumbroso, sino indignación y un desafío fiero, ceñudo». En «Centro de indiferencia», como editor, observa que «ya no era una inquietud sin esperanza», y luego sigue, aunque no con su mejor estilo: «Pues el alma que ha pasado por su bautismo de fuego, tocada y golpeada por el trueno, siente ahí su libertad, cuyo sentimiento es un bautismo maho-

metano: ha tomado al asalto la ciudadela de su reino y la mantiene inexpugnable; en el exterior, conquistará y pacificará el resto de los dominios, aunque no sin duras batallas».

Al lado de otros filósofos de amplias miras, Carlyle es como un chico honesto y casi desesperado que se aferra a los detalles de sus sistemas del mundo. La filosofía es, sin duda, un relato de las verdades, los fragmentos y las partes insignificantes de lo que el hombre hace en este taller; verdades infinitas en armonía con la infinitud, en virtud de las cuales los objetivos y los fines del llamado filósofo práctico son meras proposiciones como las demás. No sería un reproche para el filósofo el hecho de conocer mejor el futuro que el pasado, o incluso que el presente. Es lo que más vale la pena saber. Habrá de profetizar, dirá lo que ha de ser o, en otras palabras, lo que está bajo las apariencias, mientras apenas pone énfasis en la olla que hierve, o en la condición de la cuestión de Inglaterra. No tiene más relación con la condición de Inglaterra que con su deuda nacional, que ninguna generación vigorosa habría de heredar. La concepción de las cosas elaborada por el filósofo es más verdadera que la de los demás, y su filosofía subordinará las circunstancias de la vida. Vivir como un filósofo es vivir, no estúpidamente, como los demás, sino con sabiduría y de acuerdo con leyes universales. Por este sentido, que es el antiguo, pensamos que no ha habido filósofos en la época moderna. Los hombres más sabios y prácticos de la historia reciente, a quienes se ha aplicado apresuradamente ese epíteto, han vivido en comparación vidas mezquinas, de acuerdo con la conformidad y la tradición, como se las habían transmitido sus padres. Un hombre solo puede vivir según su estilo. Si sigue el consejo del temor y la prudencia, fracasará. Quien creyera, por su propia constitución, en una verdad que pudiera expresarse con pocas palabras, haría una revolución que este mundo no olvidaría, pues solo hace falta una fracción de verdad para fundar casas e imperios.

Sin embargo, distintivos como los de poeta o filósofo no nos ayudan en nuestra estimación definitiva de un hombre; no insistiremos en ello. «Un hombre es un hombre a pesar de todo».<sup>26</sup> Si Carlyle no diera dos pasos adelante en la filosofía, ¿habría alguien que diera tres? La filosofía, tras arrastrarse hasta ahora agarrándose a las rocas, sondea en vano muchos caminos. Sería difícil sorprender a Carlyle con el relato de una experiencia humana importante, pero en algún rincón o esquina de sus obras descubriréis que su filosofía también había soñado a veces con eso.

A fin de resumir nuestras objeciones más serias en unas cuantas palabras, debemos afirmar que Calyle señala una profundidad –y no queremos decir implícitamente, sino inequívocamente– que se niega a sondear. Queremos saber más sobre lo que también él quiere saber. Si hay alguna estrella luminosa, o nebulosa indisoluble, que sea visible desde su posición, pero no desde la nuestra, los intereses de la ciencia exigen que nos sea comunicado. El universo espera que cada uno cumpla con su deber desde su paralelo de latitud. Queremos saber más de su vida interior; más de su himno y su plegaria y menos de su elegía y su elogio; que hable más por su carácter y menos por su talento; que se comunique centralmente con sus lectores y no lateralmente; que diga lo que cree sin sospechar que los hombres no le creerán por su naturaleza no incomprendida. Homero y Shakespeare nos hablan directa y confiadamente. La confianza implícita en el tono carente de suspicacia de los más dignos del mundo es algo grandioso y alentador. Excava la tierra sobre la que te apoyas y muéstralo. Si nos entregara religiosamente los magros resultados de su experiencia, su estilo sería menos pintoresco y variado, pero más atractivo y conmovedor. Su genio es capaz de cubrir la tierra con hermosos palacios, pero el lector

---

<sup>26</sup> Frase atribuida a Robert Burns que Carlyle solía citar.

no habita en ellos, sino que arma su tienda de campaña en el desierto y sobre la cima de una montaña.

Cuando buscamos algo que citar, como el tipo de hombre más hermoso, hemos de confesar que trabajamos con una dificultad insólita, porque su filosofía es poco proverbial y sentenciosa y se nos muestra de manera tan gradual, mientras se eleva insensiblemente desde el nivel del reseñador y desarrolla su pensamiento por entero y en detalle, que buscamos en vano su sentido y contraste en los pasajes más brillantes, y acabamos citando sus obras por entero. Lo que en un escritor menor supondría la proposición que habría limitado su discurso, su columna de la victoria, su Columna de Hércules, y *ne plus ultra*, es con frecuencia en Carlyle el mismo pensamiento desplegado, no la Columna de Hércules, sino una notable perspectiva, desde el norte hasta el sur, a lo largo de la costa del Atlántico. Hay otras columnas de Hércules, como las balizas y los faros, mucho más aún lejanos en el horizonte, hacia la Atlántida, erigidos por unos pocos viajeros antiguos y modernos, pero, por donde este viajero va, despeja y coloniza todo a su paso, y la población de Londres que sobra es destinada allí de inmediato. Lo que hemos citado ha sido, de hecho, su vivacidad, y no una sabiduría o sentido en particular, un sentido que es sinónimo de sentencia (*sententia*), como sucede con sus contemporáneos Coleridge, Landor y Wordsworth.

No hemos intentado discriminar entre sus obras, sino que las hemos considerado como una única obra, como sucede con el hombre mismo. Las hemos examinado menos que recordado. Hacerlo de otro modo habría requerido escribir una reseña más indiferente y, tal vez, incluso menos justa que la presente. Recibimos agradecidamente los capítulos conforme llegaban y ahora nos parece imposible decir cuál era el mejor; tal vez lo fuera cada uno a su manera. No requieren que los recordemos como capítulos —eso es un mérito—, sino como una serie bien conocida

que revive de vez en vez cuando casi había fallecido y nos inspira empresas más dignas y persistentes.

En su última obra, *Cartas y discursos de Oliver Cromwell*, Carlyle ha añadido un capítulo a la historia de Inglaterra; ha escrito realmente un capítulo de su historia, en comparación con el cual no parece haber otro: este y los treinta mil o trescientos mil panfletos del Museo Británico, eso es todo. Este libro es un comentario práctico de la historia universal. ¡Si hubiera un Museo Británico en Atenas y Babilonia y en ciudades sin nombre! Arroja luz sobre la historia de la Ilíada y los trabajos de Pisístrato. La historia es, así, un relato de acontecimientos memorables que han transpirado alguna vez, y no una fábula increíble y confusa, recintos de eruditos nada más o un gimnasio de poetas y oradores. Podríamos decir que ha excavado a un héroe, enterrado vivo en su campo de batalla, extrayéndolo de su hito, sobre el que cada uno que pasaba arrojaba un panfleto. Habíamos oído que habían excavado Arturos antes de estar seguros de que estaban allí y es seguro que estaban allí, sus huesos, siete pies de ellos, pero hubo que enterrarlos de nuevo. Otros han contribuido a que Shakespeare, Milton, Herbert, sean conocidos, a dar un nombre a los tesoros que poseíamos, pero, en este caso, no se ha devuelto solo un personaje a nuestra imaginación, sino un cuerpo palpablemente vivo, por así decirlo, para nuestros sentidos, que visten y soportan nuestra imaginación. Su restauración de Cromwell, si Inglaterra lee fielmente, también se dirige a Nueva Inglaterra. Cada lector la aplicará a su modo.

Hablando deliberadamente, pensamos que, en este caso, el rumor vago y la historia vaga se han sometido por primera vez a un estricto escrutinio y el grano se ha separado de la paja con una fidelidad renovada. En primer lugar, las cartas y los discursos de Cromwell, por primera vez leídos o legibles y casi tan completos como los hados lo permiten; luego, los hechos, que

componen una vida imperfecta y fragmentaria, que puede haberse inventado probablemente, y después, el editor ha restaurado, con toda su habilidad, lo que quedaba de ese antiguo retrato, retirándole las manchas que lo embadurnaban y tratando de captar el espíritu del artista. No la peor, ni siquiera la posible, sino por una vez la reconstrucción más favorable ha puesto de manifiesto la vida de un hombre, y el resultado es un retrato del Cromwell ideal, la perfección del arte del pintor. Posiblemente fuera así el hombre. En cualquier caso, solo ese retrato alberga al héroe. Confesamos que, cuando leemos estas cartas y discursos, indudablemente de Cromwell, con disposición y confianza, atisbamos destellos ocasionales de una grandeza y heroísmo que ni siquiera su autor ha proclamado. Sus discursos nos hacen olvidar a los oradores modernos y podrían incluirse en la próxima edición del Antiguo Testamento sin alteraciones. Cromwell *era* un hombre distinto de lo que *nosotros* suponíamos. Esas cartas y discursos nos han dado la clave perdida de su carácter. Un soldado distinto a Bonaparte, que se regocijaba con el triunfo de un salmo, para quien los salmos eran la Carta Magna y el libro del heraldo y cuyas victorias eran «misericordias coronadas». No tenía rival en cuanto a seriedad, antigüedad y práctica de la religión desde los judíos en la línea de los reyes. Un viejo guerrero hebreo y mano derecha del Señor de los Ejércitos, que ha soplado su cuerno ante Jericó. Sin embargo, a un admirable sentido común y una generosidad inesperada se unía una locura tan divina, aunque con rasgos vastos y sublimes, como la de los plantadores de judías de la Colina de San Jorge de los que Carlyle nos habla.<sup>27</sup> Sigue oyendo antiguos y extintos oráculos. Aunque sus acciones no siempre sean las que

---

<sup>27</sup> El 16 de abril de 1649, un grupo de treinta campesinos que formaban parte de los *Diggers* (Cavadores) tomó la colina de San Jorge en el condado de Surrey con la esperanza de hacer de la tierra «un tesoro común».

enseñan el cristianismo o la filosofía más genuina, no dejan de impresionarnos por su nobleza, y, por violentas que sean, serán perdonadas por la gran intención y la sinceridad de ese hombre. Su incuestionable rudeza, por no decir tozudez, que no prevalece por la verdad absoluta ni la grandeza de carácter, sino que trata de inclinar las cosas honradamente a su voluntad, es digna de ser tenida en cuenta en esta o en cualquier época. Como dice John Maidstone: «Era un hombre fuerte en los peligros más oscuros de la guerra; en los lugares elevados del campo, la esperanza brilla en él como un pilar de fuego cuando se apaga en los demás». No podemos eludir el testimonio final de Milton, que cantó:

Nuestros hombres destacados,  
Guiados por la fe y una fortaleza sin par.<sup>28</sup>

Nadie se había dirigido antes a Cromwell ni le había enviado una palabra de aliento a través de los siglos; no el «¡Atención!, ¡atención!» de los parlamentos modernos, sino las congratulaciones y simpatía de un alma fraterna. Las cartas y discursos no le deben poco a las «interpolaciones» y «anotaciones» del «último de los comentaristas». El lector tardará en olvidar que, como un mercader feliz en medio de la multitud que escucha a su orador favorito, está alerta, lleno de simpatía, codeándose con sus vecinos, inmerso en su palabra responsable e interrogativa. Todo es bueno, lo que puede oír y lo que no. Carlyle no solo le hace hablar en voz alta, sino que obliga a todos los partidos a escucharle, Inglaterra entera alrededor, y nos da en sus comentarios «gruñidos», o «rubor», o «asentimiento»; se consiente a veces maliciosas y triunfantes aplicaciones a la actualidad cuando alcanza un hito palpable, aportando el aspecto y la

---

<sup>28</sup> 'To the Lord General Cromwell' (1652).

actitud del orador, el tono de su voz, rescatando incluso su pensamiento no pronunciado, perdido o sumergido, pues ese orador empieza a hablar cuando el inicio está a la vista y deja de hacerlo cuando la conclusión es visible. Nuestro mercader atiende, inquieto, mientras tanto, alentando a sus compañeros cuando el discurso se apaga y felicitándolos calurosamente cuando se eleva; en el soliloquio conmovedor exclama: «¡Pobre Oliver, noble Oliver!», «¡Valor, soldado mío!».

Entre las cartas y los discursos, como los lectores recordarán, Carlyle ha introducido el aire fresco de la mañana para conjurar a los espíritus de entonces, y los hombres atraviesan Inglaterra, no como esqueletos, sino con músculos firmes, elásticos, y el clamor de la armadura en sus muslos, si llevan espada, y el tañido de los salmos y cánticos en sus labios. Su directo «¿Quién eres tú?», planteado a los sombríos fantasmas de la historia, hace que se desvanezcan en una oscuridad más profunda que nunca. Vívidas imágenes fantasmagóricas de lo que transpiraba entonces en Inglaterra, son mejores que si hubiéramos estado allí para verlas.

Todas sus obras podrían abarcarse con el título de una de ellas, o en un bloque ideal: *Sobre los héroes, el culto del héroe y lo heroico en la historia*. En este apartado, Carlyle es el catedrático de la universidad del mundo, dejando atrás incluso a Plutarco. Esa simpatía íntima y viva, fiel y generosa, por los héroes de la historia, y no por alguno en una época concreta, sino por cuarenta en cuarenta épocas distintas, con una incomparable reseña y cumplido a las cosas valiosas del pasado, seguramente con excepciones —pero las excepciones eran la regla antes—, han hecho realmente de esta la época de la escritura de reseñas, como si un periodo de la historia humana se completara a sí mismo, arreglando sus propias cuentas. Este soldado ha contado historias con un nuevo énfasis y será un memorable transmisor de fama para la posteridad. ¡Con qué sabia discriminación ha se-

leccionado a sus hombres en referencia tanto a su propio genio como al de ellos! Mahoma, Dante, Cromwell, Voltaire, Johnson, Burns, Goethe, Richter, Schiller, Mirabeu, ¿podría prescindirse de alguno? Necesitábamos oír hablar de ellos. No solemos disponer tanto no solo del juicio calculador y refinado del erudito y el crítico, sino de algo más humano y afectuoso. Sus elogios poseen el ardor y el entusiasmo de la amistad. Muestra su simpatía, no por la fama y las cosas amorfas e increíbles, sino por los hombres afines con los que no ha caminado de un modo pasajero, sino a lo largo de su vida.

La actitud de algunos, en relación con el amor de Carlyle por los héroes y los hombres de espada, nos recuerda el proceder de las reuniones antiesclavistas, en las que alguien, alarmado, empieza a hablar con más mansedumbre de lo habitual de la Biblia o la Iglesia para que almas prudentes y devotas le acompañen en la plegaria, como suele decirse; es decir, propone de repente una plegaria común para solemnizar la ocasión y despedir a la concurrencia, lo que con frecuencia es una interrupción de una verdadera plegaria del modo más gratuitamente profano. Pero nos alegra saber que el resorte de esa trampa se ha oxidado y no es tan fiable como antes.

No hay duda de que, si alguno de los próceres de Carlyle regresara a la tierra, abusaría desagradablemente de su buena conducta para alimentar su carácter, pero si Carlyle lograra que la vida del hombre regresara a nuestras manos más perfecta de lo que era en el momento de su muerte, cumpliendo así los designios de su autor, no tendríamos motivo para quejarnos. No queremos un daguerrotipo que se le parezca. Toda biografía es la vida de Adán —un hombre de gran experiencia— y el tiempo aparta de la historia de cada individuo los rasgos parciales, de modo que el historiador pueda reemplazarlo con un rasgo general. Si esas virtudes no estaban en ese hombre, tal vez estén en su biógrafo. No es un error fatal. En realidad, no acudimos

nunca, ni queremos acudir, al hombre histórico, en ningún otro sentido, a menos que sea porque hayamos profanado su tumba, que es lo más cerca que habremos estado de él. Entonces ¿por qué ha muerto? *Él* está con sus huesos, desde luego.

No hay duda de que Carlyle tiende a *exagerar* lo heroico en la historia, es decir, nos crea, sobre todo, un héroe ideal cuyo material posee en gran parte. Es algo que admitimos en toda su extensión, aunque en un sentido más limitado no sea conveniente. Sin embargo, ¿qué habría sido de la historia si no la hubiera exagerado? ¿Por qué la historia no espera que se produzcan los hechos, sino que alguien los escriba? Los siglos no seguirán olvidando los hechos, pues Carlyle puede recordar dos hechos por cada uno olvidado. El registro obsoleto de la historia, como en el caso de las catacumbas, contiene los restos mortales, pero en el corazón del genio están embalsamadas las almas de los héroes. En esto hay muy poco de lo que llamamos crítica, pero el amor y la reverencia no tratan con las grandes cualidades relativamente, sino de una manera absolutamente grandiosa, porque todo lo que es admirable en el hombre es algo infinito que no acepta límites. Estos sentimientos dejan morir lo mortal y sobrevivir lo inmortal y divino. Algo anticuado, incluso en su estilo de tratar su asunto, nos recuerda que los héroes y los semidioses, los hados y las furias siguen existiendo; el hombre ordinario no es nada para él, pero tras su muerte el héroe es deificado y tiene un lugar en el cielo, como en la religión de los griegos.

¡Exageración! ¿Alguna vez se ha atribuido una virtud al hombre sin exageración? ¿Alguna vez ha habido un vicio sin una exageración infinita? ¿No exageramos con nosotros mismos, o nos reconocemos como los verdaderos hombres que somos? ¿No somos todos grandes hombres? Sin embargo, ¿qué somos en realidad, por decir algo? Vivimos con exageración. ¿Qué otra cosa podríamos anticipar que nos hiciera disfrutar más? El relám-

pago es la exageración de la luz. La historia exagerada es poesía y verdad sometida a un nuevo criterio. Para el hombre pequeño lo superior resulta una exageración. Quien no puede exagerar no está capacitado para decir la verdad. Pensamos que nunca se había expresado la verdad con esa suerte de énfasis, pues por el momento no parecía haber otra verdad. Por otra parte, deberíais hablar alto a quienes son duros de oído y adquirir así el hábito de gritar a quienes no lo son. Por una inmensa exageración, apreciamos nuestra poesía y filosofía griegas, y las ruinas egipcias; nuestro Shakespeare y Milton, y nuestra libertad y cristianismo. Atribuimos más importancia a esta hora que a todas las demás. No vivimos por la justicia, sino por la gracia. Como la clase de justicia que nos importa en nuestro trato cotidiano no es la que administra el juez, así la justicia histórica que apreciamos no ha llegado a valorar adecuadamente la prueba. Para apreciar a cualquiera, incluso al hombre más humilde, deberíamos adoptar antes un sentimiento de admiración e incluso de reverencia por él, y nunca ha habido nadie que exagerara tanto. La simple admiración por un héroe vuelve un veredicto más justo que la crítica más sabia, que necesariamente degrada lo elevado hasta su nivel. No hay peligro en cantar demasiadas alabanzas de nadie, si podemos cantar las alabanzas de otro aún mejor. Si, exagerando, alguien crea un héroe para nosotros donde no había más que huesos resecos, se lo agradecemos, y que Dryasdust administre la justicia histórica.<sup>29</sup> Así es como empieza verdaderamente la historia, cuando surge un genio que puede convertir los huesos resecos y polvorientos en poesía. Podríamos decir, mirando al futuro, que lo mejor es lo más verdadero, y, en cierto sentido podríamos decir lo mismo mirando al pasado, pues el

---

<sup>29</sup> Dryasdust es el nombre que Walter Scott le dio a un crítico imaginario de sus obras. Carlyle empezaba sus *Cartas y discursos de Oliver Cromwell* con un capítulo llamado 'Anti-Dryasdust'.

único pasado al que podemos mirar debe ser también futuro para nosotros. El mayor peligro no reside en la excesiva parcialidad o simpatía por uno, sino en una justicia superficial para muchos en la que, al cabo, nadie tiene lo que se merece. ¿Quién no ha experimentado que la alabanza es más sincera que la justicia desnuda? Como si el hombre tuviera que ser juzgado por sus semejantes y debiera reprimir su simpatía naciente por el prisionero del estrado en consideración a los muchos hombres honrados que están fuera y a los que nunca ha mirado a la cara.

A fin de juzgarlo según la regla alemana por la que se somete a un autor a su propio criterio, citaremos los siguientes comentarios de Carlyle sobre la historia, dejando que el lector valore hasta qué punto su práctica y su teoría han sido consecuentes. «De hecho, si la historia es la filosofía que enseña la experiencia, el escritor adecuado para componer historia es hasta ahora un desconocido. La experiencia requiere todo el conocimiento para registrarla, y sería necesaria toda la sabiduría para interpretar esa filosofía. Sería mejor que los historiadores mundanos redujeran esas pretensiones, más propias de la omnisciencia que de la ciencia humana, y, aspirando a dibujar un cuadro de las cosas que se han hecho, un cuadro que a lo sumo sería una pobre aproximación, abandonaran su impenetrable sentido por un conocido secreto, o, a lo sumo, con una fe reverente, muy distinta de esa enseñanza de la filosofía, se detuvieran en los misteriosos vestigios de Aquel, cuyo camino transita por la gran profundidad del tiempo, a quien la historia revelará con claridad, aunque solo toda la historia y en la eternidad».

¿Quién vive en Londres para explicar a esta generación quiénes han sido los grandes hombres de nuestra raza? Hemos leído que en un lugar descubierto de la ciudad de Ginebra han puesto un indicador de latón para que lo usen los viajeros, con los nombres de las cumbres de las montañas marcados en él, «de

manera que, al mirar por el indicador, pueden distinguirse de inmediato. No confundiréis el Mont Blanc si lo veis, pero hasta que no os acostumbréis al paisaje, podríais confundir a alguien de su corte con el rey». Hay allí un silencioso trozo de latón que, sin embargo, parece conocer el vecindario en el que está, y tal vez siga allí cuando la nación que lo ha puesto desaparezca, aún en armonía con las montañas, discriminando en el desierto.

Así, diríamos, se yergue ese hombre, señalando mientras vive, en obediencia a un magnetismo espiritual, las cumbres en el horizonte histórico como guía para sus semejantes.

De hecho, nuestras mayores bendiciones resultan muy baratas. Tenemos nuestro rayo de sol sin pagar por él, sin ningún impuesto; tenemos a nuestro poeta allí en Inglaterra, para entretenernos y, lo que es mejor, provocarnos, año tras año, a lo largo de nuestras vidas, para que el mundo nos parezca más rico, la época más respetable y la vida más digna de vivir, sin esperar siquiera reconocimiento, silenciosamente aceptado por el este, como la luz de la mañana, como algo normal.



## DESOBEDIENCIA CIVIL

Acepto cordialmente el lema de que «el mejor gobierno es el que menos gobierna», y me gustaría verlo actualizado más rápida y sistemáticamente. En la práctica, lleva a otro en el que también creo: «El mejor gobierno es el que no gobierna en absoluto», y cuando los hombres estén preparados para ello, será la clase de gobierno que tengan. En el mejor de los casos, el gobierno no es sino un medio, pero la mayoría de gobiernos suele ser inconveniente y todos los gobiernos lo son en ocasiones. Las objeciones que se han formulado contra un ejército permanente, muchas y poderosas, y que merecen prevalecer, también se pueden formular contra un gobierno permanente. El ejército permanente solo es un brazo del gobierno permanente. El gobierno, que solo es la forma que el pueblo ha elegido para ejercer su voluntad, es asimismo susceptible de abuso y perversión antes de que el pueblo pueda obrar en consecuencia. Lo atestigua la actual guerra con México, obra de relativamente pocos individuos que utilizan el gobierno permanente como su instrumento, pues, en principio, el pueblo no habría consentido esa medida.

Este gobierno americano, ¿qué es sino una tradición que, aunque reciente, trata de transmitirse intacta a la posteridad y que va perdiendo algo de su integridad a cada instante? No tiene ni la vitalidad ni la fuerza de un solo hombre vivo, pues un solo

hombre puede doblegarlo a su voluntad. Es una especie de pistola de madera para el pueblo, que se resquebrajaría si la utilizara en serio contra otro. Pero ello no la hace menos necesaria, ya que el pueblo ha de tener alguna maquinaria compleja y oír su estruendo para satisfacer la idea que tiene del gobierno. Los gobiernos demuestran así cómo imponerse a los hombres, incluso a sí mismos, en su propio beneficio. Concedamos que sea excelente; sin embargo, este gobierno no ha fomentado nunca ninguna iniciativa, salvo por la presteza con la que se aparta del camino. *El gobierno* no mantiene el país libre. No consolida el oeste. No educa. El carácter inherente al pueblo americano ha hecho todo cuanto se ha logrado, y habría hecho más si el gobierno no se hubiera interpuesto a veces en su camino. El gobierno es un medio con el que los hombres deberían prosperar al dejarse en paz unos a otros y, como se ha dicho, es más útil cuando deja en paz a los gobernados. Si no estuvieran hechos de caucho de la India, la industria y el comercio no habrían podido sortear los obstáculos que los legisladores ponen continuamente en su camino, y si juzgáramos por completo a esos hombres por los efectos de sus acciones, no parcialmente por sus intenciones, merecerían que se les clasificara y castigara junto a los malhechores que obstruyen el ferrocarril.

Pero, para hablar de una manera práctica y como ciudadano, a diferencia de aquellos que se llaman a sí mismos hombres sin gobierno, no pido que no haya gobierno de inmediato, sino un gobierno mejor *de inmediato*. Que cada uno sepa qué clase de gobierno merecería su respeto y habrá dado un paso para obtenerlo.

Al fin y al cabo, la razón práctica por la que, cuando el poder está una vez en manos del pueblo, se permite a una mayoría gobernar, y seguir haciéndolo por un periodo largo de tiempo, no es que haya más probabilidad de que sea justa, ni que le parezca más apropiado a la minoría, sino que físicamente

es más fuerte. Pero un gobierno en el que la mayoría gobierna en todos los casos no puede estar basado en la justicia, ni siquiera hasta donde los hombres la entiendan. ¿No podría haber un gobierno en el que no fueran las mayorías, sino la conciencia, lo que decidiera virtualmente qué es justo e injusto; en el que las mayorías decidieran solo en aquellas cuestiones en las que fuera aplicable la norma de la conveniencia? ¿Ha de ceder el ciudadano su conciencia, un momento tan solo o en el menor grado, al legislador? ¿Por qué, entonces, tienen los hombres conciencia? Creo que deberíamos ser primero hombres y después súbditos. No es conveniente cultivar más respeto a la ley que a lo justo. La única obligación que tengo derecho a asumir es la de hacer en cada momento lo que creo justo. Es bastante acertado decir que una corporación no tiene conciencia, pero una corporación de hombres conscientes es una corporación *con* conciencia. La ley nunca ha hecho a los hombres más justos, y, al respetarla, incluso los más dispuestos se convierten a diario en agentes de la injusticia. El resultado habitual y natural del respeto indebido a la ley es que veamos un desfile de soldados: el coronel, el capitán, el cabo, los soldados rasos, los artilleros y los demás, marchando a la batalla en admirable orden por colinas y valles, contra sus voluntades, ay, contra su sentido común y sus conciencias, lo cual hace la marcha muy escarpada y produce una palpitación en el corazón. No dudan de estar involucrados en un asunto detestable; todos quieren la paz. Ahora bien, ¿qué son? ¿Hombres o pequeños fuertes y polvorines en movimiento al servicio de unos cuantos hombres sin escrúpulos en el poder? Visitad el arsenal naval y contemplad al soldado de marina, el tipo de hombre que el gobierno americano puede hacer, el tipo de hombre que puede hacer con su magia negra, mera sombra y reminiscencia de la humanidad, un hombre amortajado vivo y en pie, y ya, podríamos decir, sepultado bajo las armas con acompañamientos fúnebres, que podrían ser estos:

No se oían tambores ni notas fúnebres  
Cuando llevamos su cadáver al baluarte;  
Ningún soldado disparó una salva de despedida  
Sobre la tumba donde sepultamos a nuestro héroe.<sup>30</sup>

De este modo, la masa de hombres no sirve al Estado esencialmente como hombres, sino como máquinas, con sus cuerpos. Son el ejército permanente y la milicia, carceleros, guardianes, *posse comitatus*, etc. En la mayoría de los casos no se da el libre ejercicio del juicio ni del sentido moral, sino que se equiparan a la madera y la tierra y las piedras, y tal vez podrían fabricarse hombres de madera que fueran igual de útiles. No imponen más respeto que hombres de paja o un pedazo de barro. Tienen el mismo valor que caballos y perros. Sin embargo, suele estimárseles como buenos ciudadanos. Otros, como la mayoría de legisladores, políticos, abogados, ministros y funcionarios, sirven al Estado principalmente con sus cabezas y, como rara vez hacen distinciones morales, es tan probable que sirvan al diablo, sin proponérselo, como a Dios. Muy pocos, los héroes, patriotas, mártires, reformistas en sentido amplio, y *hombres*, sirven al Estado también con sus conciencias y, por ello, en la mayoría de ocasiones se resisten necesariamente y se les suele tratar como a enemigos. Un hombre sabio solo será útil como hombre y no tolerará ser «arcilla» ni «tapar el agujero para detener el viento»,<sup>31</sup> sino que dejará que otros se ocupen de esa función:

Nací en muy alta cuna para ser mercancía,  
Para ser segundo en el poder,  
O útil servidor e instrumento  
De ningún Estado soberano en el mundo.<sup>32</sup>

---

<sup>30</sup> De *The Burial of Sir John Moore at Corunna* (1817), de Charles Wolfe.

<sup>31</sup> De *Hamlet* (V, I, 214).

<sup>32</sup> De *El rey Juan* (V, II, 79-82), de Shakespeare.

Les parece inútil y egoísta el que se entrega por completo al prójimo, pero declaran benefactor y filántropo al que se entrega parcialmente.

¿Cómo se puede llegar a ser un hombre y portarse bien con este gobierno actual? Respondo que no se puede sin la desgracia de asociarse con él. Ni por un instante podría reconocer esa organización política como *mi* gobierno, que también es el gobierno del *esclavo*.

Todos los hombres reconocen el derecho a la revolución, es decir, el derecho a retirar la adhesión y resistirse al gobierno cuando su tiranía o su ineficacia son grandes e insoportables. Pero la mayoría dice que ese no es el caso ahora. Sin embargo, piensan que lo fue en la Revolución del 75. Si alguien me dijera que aquel era un mal gobierno porque gravó algunas de las mercancías extranjeras que llegaban a sus puertos, probablemente no le daría importancia, puesto que puedo pasar sin ellas. Todas las maquinarias tienen su fricción, y posiblemente esa produzca el bien suficiente para contrarrestar el mal. En cualquier caso, es un mal grande para que cause impresión. Pero cuando la fricción llega a tener su maquinaria, y la opresión y el bandidaje se organizan, lo que digo es que no usemos esa maquinaria. En otras palabras, cuando una sexta parte de la población de una nación que se ha propuesto ser el refugio de la libertad se compone de esclavos, y un ejército extranjero invade y conquista todo un país y lo somete a la ley marcial, no creo que sea demasiado pronto para que las personas honradas se rebelen y revolucionen. Lo que hace que este deber sea más urgente es el hecho de que el país invadido de ese modo no sea el nuestro, pero lo es el ejército invasor.

Paley, una autoridad corriente entre otras en cuestiones morales, en su capítulo sobre «El deber de sumisión al gobierno civil» resuelve toda obligación civil en la conveniencia y dice que, «mientras lo requiera el interés de la sociedad en su con-

junto, es decir, mientras no se pueda resistir al gobierno establecido ni cambiarlo sin inconvenientes públicos, la voluntad de Dios es que se obedezca al gobierno establecido, pero no más tiempo... Admitido este principio, la justicia de cada caso particular de resistencia se reduce al cómputo de la cantidad de peligro y agravio por una parte y a la probabilidad y el coste de indemnización por la otra». Dice que cada hombre juzgará al respecto por sí mismo. Pero no parece que Paley haya tenido en cuenta aquellos casos a los que no se aplica la regla de la conveniencia, en los que tanto el pueblo como el individuo han de hacer justicia cueste lo que cueste. Si le quito injustamente una tabla a alguien que se está ahogando, tengo que devolvérsela aunque me ahogue. Según Paley, sería inconveniente. Pero, en ese caso, quien quiera salvar su vida la perderá. Este pueblo debe dejar de tener esclavos, y de hacerle la guerra a México, aunque le cueste su existencia como pueblo.<sup>33</sup>

En sus prácticas, las naciones coinciden con Paley, pero ¿alguien cree que Massachusetts hace estrictamente lo correcto en la crisis actual?

Una ramera de Estado, una furcia vestida de plata,  
Para que su cola alce el vuelo y su alma se arrastre por el fango.<sup>34</sup>

Hablando en un sentido práctico, los oponentes a una reforma en Massachusetts no son cien mil políticos del sur, sino cien mil comerciantes y granjeros de aquí, más interesados en el comercio y la agricultura que en la humanidad y que no están dispuestos a hacer justicia al esclavo ni a México *cueste lo que cueste*. No lucho con enemigos lejanos, sino con los que, cerca de

---

<sup>33</sup> Thoreau alude a *The Principles of Moral and Political Philosophy* (1806), de William Paley.

<sup>34</sup> De *The Revenger's Tragedy* (1607), de Cyril Tourneur.

casa, cooperan y cumplen órdenes de quienes están lejos y sin los cuales serían inofensivos. Solemos decir que la masa de hombres no está preparada, pero la mejora es lenta, porque la minoría no es sensiblemente más sabia o mejor que la mayoría. Lo importante no es que la mayoría sea tan buena como tú, sino que haya una bondad absoluta en alguna parte que lo fermente todo. Hay miles que *en opinión* se oponen a la esclavitud y la guerra, aunque en realidad no hagan nada para ponerles fin; que, considerándose hijos de Washington y Franklin, se sientan con las manos en los bolsillos y dicen que no saben qué hacer, y no hacen nada; que incluso aplazan la cuestión de la libertad por la cuestión del libre comercio, y leen tranquilamente la lista de precios vigentes junto a las últimas noticias de México, después de cenar, y se quedan dormidos sobre ambas cosas. ¿Cuál es el precio vigente de un hombre honrado y patriota? Vacilan y se lamentan, y a veces elevan peticiones, pero no hacen nada serio y con resultados. Esperaran, bien dispuestos, a que otros remedien el mal para no tener que lamentarlo. A lo sumo, conceden a lo justo un voto mezquino, un consentimiento débil y una bendición al paso. Hay novecientos noventa y nueve años de la virtud por cada hombre virtuoso, pero es más fácil tratar con el verdadero dueño de una cosa que con su guardián temporal.

Toda votación es una especie de entretenimiento, como las damas o el *backgammon*, con un leve matiz moral, un juego con lo justo y lo injusto, con las cuestiones morales, y, como es natural, acompañado de apuestas. El carácter de los votantes no está en juego. Doy mi voto, tal vez, como creo justo, pero no me concierne vitalmente que lo justo prevalezca. Estoy dispuesto a dejarlo en manos de la mayoría. Su obligación, por tanto, no va más allá de lo conveniente. Ni siquiera al votar *por lo justo se hace* algo por ello. Solo expresa débilmente a los demás nuestro deseo de que prevalezca. Un hombre sabio no dejará lo justo a merced del azar ni querrá que prevalezca mediante el poder de

la mayoría. Hay poca virtud en la acción de masas de hombres. Cuando la mayoría vote al fin por la abolición de la esclavitud, será porque la esclavitud le resulte indiferente o porque haya poca esclavitud que abolir con su voto. Los únicos esclavos serán *ellos*. Solo quien afirma su libertad con *su* voto puede precipitar la abolición de la esclavitud.

Al oír que se celebrará una convención en Baltimore, o en otro lugar, para escoger a un candidato a la presidencia, compuesta por editores de prensa y políticos de profesión, me pregunto: ¿qué le importarán a cualquier persona inteligente, independiente y respetable las decisiones que tomen si no contamos con la ventaja de su sabiduría y honradez? ¿No podemos contar con algunos votos independientes? ¿No hay muchos individuos en el país que no acuden a convenciones? Pero no: encuentro que el llamado «hombre respetable» abandona su posición de inmediato y desespera de su país, cuando su país tiene más razones para desesperar de él. Adopta en seguida a uno de los candidatos escogidos como si fuera el único *disponible*, demostrando así que él mismo está *disponible* para los propósitos del demagogo. Su voto no tiene más valor que el de un extranjero sin principios o el de un mercenario nativo que haya sido comprado. ¡Oh, un hombre es un *hombre* y, como diría mi vecino, tiene un hueso en su espalda por el que no puedes pasar la mano! Nuestras estadísticas fallan: la población se ha vuelto demasiado densa. ¿Cuántos *hombres* hay en mil millas cuadradas en este país? Apenas uno. ¿No ofrece América ningún aliciente para que los hombres se establezcan aquí? El americano ha degenerado en un excedente, al que se puede conocer por el desarrollo de su órgano gregario y una manifiesta carencia de intelecto y jovial confianza en sí mismo, cuya primera y principal preocupación, al venir al mundo, es comprobar que los hospicios están en buen estado y, antes de ponerse legalmente la toga viril, recaudar fondos para ayudar a viudas y huérfanos; al-

guien que, en pocas palabras, se aventura a vivir solo de las ayudas de las compañías de seguros, que han prometido enterrarle decentemente.

Por naturaleza, el deber de un hombre no consiste en entregarse a la erradicación del mal, ni siquiera del más extendido: podría tener otros asuntos que lo ocuparan adecuadamente; pero su deber es, al menos, desentenderse de ello y, si ya no le dedica más pensamientos, no ofrecerle su apoyo en la práctica. Si me entrego a otras ocupaciones y consideraciones, primero tendré que comprobar que, al menos, no lo hago a costa de otro hombre. Antes tendré que aliviarlo, para que también él pueda dedicarse a sus pensamientos. Fijaos qué burda incongruencia se tolera. He oído a algunos de mis conciudadanos decir: «Me gustaría que me enviaran a sofocar una insurrección de esclavos o marchar a México, ya veríamos si iría»; sin embargo, todos ellos, directamente con su adhesión, o indirectamente, al menos, con su dinero, han ofrecido un sustituto. Quienes no rehúsan mantener al gobierno injusto que hace la guerra aplauden al soldado que rehúsa servir en una guerra injusta; lo aplauden aquellos cuyas acciones y autoridad ese mismo soldado desprecia y tiene en nada, como si el Estado fuera un penitente que alquila a uno para flagelarlo mientras peca, aunque no hasta el punto de dejar de pecar en ningún momento. De este modo, con el nombre de orden y gobierno civil, todos rendimos homenaje y apoyamos nuestra propia mezquindad. Tras el primer rubor del pecado viene la indiferencia y, por así decirlo, lo inmoral se convierte en amoral, y no del todo innecesario para la vida que llevamos.

Sostener el error más extendido y prevalente requiere la virtud más desinteresada. Lo más probable es que lo noble incurra en el ligero reproche que suele hacerse a la virtud del patriotismo. Aquellos que, aunque desapruében el carácter y las medidas del gobierno, le brindan su adhesión y apoyo, son sin duda sus más firmes partidarios y, con frecuencia, los obstáculos

los más serios para reformarlo. Algunos exigen al Estado que disuelva la Unión para desacatar las demandas del presidente. ¿Por qué no la disuelven ellos mismos –la unión entre ellos mismos y el Estado– y rehúsan pagar su cuota al tesoro? ¿No tienen ellos la misma relación con el Estado que el Estado con la Unión? ¿No son las mismas razones que impiden al Estado oponerse a la Unión las que les impiden a ellos oponerse al Estado?

¿Cómo puede nadie estar satisfecho con albergar solo una opinión y disfrutar de *ella*? ¿Habría algún goce en ella si su opinión es que ha sido ofendido? Si tu vecino te estafa un solo dólar, no quedas satisfecho con saber que te ha estafado ni con decirle que te ha estafado, ni siquiera con exigirle que te pague lo que te debe, sino que tomas medidas efectivas para obtener la cantidad íntegra y procuras que no te vuelva a estafar. La acción basada en principios, la percepción y ejecución de lo justo, cambian las cosas y las relaciones; es algo esencialmente revolucionario, y no consiste del todo en algo que haya sido ya. No solo divide Estados e Iglesias, divide familias, ¡ay!, divide al *individuo*, separando lo diabólico que hay en él de lo divino.

Hay leyes injustas: ¿nos contentaremos con obedecerlas o intentaremos enmendarlas, obedeciéndolas hasta que lo hayamos logrado, o las transgrediremos en seguida? Por lo general, los hombres, bajo un gobierno como este, creen que han de esperar hasta haber persuadido a la mayoría para cambiarlas. Creen que, si se resisten, el remedio será peor que la enfermedad. Pero el remedio *es* peor que la enfermedad por culpa del gobierno. Es *él* quien lo empeora. ¿Por qué no es más ágil para anticiparse y reformar? ¿Por qué no aprecia a su sabia minoría? ¿Por qué se lamenta y resiste antes de salir perjudicado? ¿Por qué no anima a sus ciudadanos a estar alertas para señalar sus fallos y *hacerlo* mejor que él? ¿Por qué siempre crucifica a Cristo, excomulga a Copérnico y a Lutero y declara rebeldes a Washington y Franklin?

Podríamos pensar que el único delito que el gobierno no tiene en cuenta es la negación deliberada y práctica de su autoridad; si no, ¿por qué no ha fijado una pena definitiva, adecuada y proporcionada para él? Si alguien sin propiedades se niega a ganar nueve chelines para el Estado, será encarcelado durante un periodo indefinido de tiempo por una ley que conozco, que solo la discreción de quienes lo han encerrado allí definirá, pero si roba noventa veces nueve chelines al Estado se le dejará pronto en libertad.

Si la injusticia es parte de la fricción necesaria de la maquinaria del gobierno, dejadla, dejadla; tal vez se desgaste, sin duda, la máquina se estropeará. Si la injusticia tiene un resorte, o una polea, o un cable, o una manivela exclusivamente para ella, tal vez tengamos que pensar si el remedio no será peor que la enfermedad; pero si es de tal naturaleza que exige que seamos el agente de la injusticia para los demás, entonces lo que digo es que quebrantemos la ley. Que nuestra vida sea la contrafricción que detenga la máquina. Lo que tengo que hacer es comprobar, en cualquier caso, que no me presto al mal que condeno.

En cuanto a aceptar los medios que el Estado proporciona para curar la enfermedad, no conozco esos medios. Llevan demasiado tiempo, y la vida del hombre habrá pasado. Tengo otros asuntos que atender. No he venido a este mundo con la finalidad de convertirlo en un buen lugar en el que vivir, sino para vivir en él, sea bueno o malo. Nadie tiene que hacerlo todo, sino algo, y puesto que no puede hacerlo *todo*, no es necesario que haga *nada* mal. No me corresponde hacer más peticiones al gobernador o la cámara legislativa de lo que les corresponde a ellos hacérmelas a mí, y si ellos no atienden las mías, ¿qué debo hacer entonces? En este caso, el Estado no ha previsto ningún medio: su Constitución misma es la enfermedad. Esto puede parecer rudo y terco y poco conciliador, pero es tratar con la mayor amabilidad y consideración al único espíritu que puede apreciarlo o

merecerlo. Así es todo cambio a mejor, como el nacimiento y la muerte que convulsionan el cuerpo.

No vacilo al afirmar que aquellos que se llaman a sí mismos abolicionistas deberían retirar efectivamente su apoyo personal y económico al gobierno de Massachusetts, sin esperar a constituir una mayoría, antes de darle el derecho a prevalecer sobre ellos. Creo que es suficiente con tener a Dios de su parte, sin esperar a nadie más. Además, un hombre más justo que sus vecinos constituye una mayoría de uno.

Solo me encuentro con este gobierno americano, o con su representante, el gobierno del Estado, directamente, cara a cara, una vez al año, no más, en la persona del recaudador de impuestos; es el único modo en que un hombre en mi situación se relaciona necesariamente con él, y es entonces cuando el gobierno dice claramente: «Reconóceme», y el modo más simple, efectivo y, en el estado actual de los asuntos, indispensable para tratar con él, de expresarle tu poca satisfacción y afecto, es rechazarlo. Mi vecino civil, el recaudador de impuestos, es el hombre real con el que tengo que tratar –al fin y al cabo, lucho con hombres, no con pergaminos–, y él ha elegido voluntariamente ser un agente del gobierno. ¿Cómo sabrá realmente qué es y qué hace como funcionario del gobierno, o como hombre, hasta que no lo obliguen a considerar si me trata a mí, su vecino, al que respeta, como vecino y hombre bien dispuesto, o como un maníaco y perturbador de la paz, y compruebe si logra superar ese obstáculo a su vecindad sin ningún pensamiento o discurso más rudos o impetuosos de los que se correspondan con su acción? Sé bien que si a mil, a cien, a diez hombres a los cuales podría nombrar –solo a diez hombres *honrados*–, ¡ay!, si a *un* hombre HONRADO, en este Estado de Massachusetts, *por dejar de tener esclavos*, le retiraran su coparticipación y lo metieran en la cárcel del condado, eso supondría la abolición de la esclavitud en América. No importa lo pequeño que pueda parecer el principio: lo

que se hace bien una vez, se hace bien para siempre. Pero preferimos hablar de ello: decimos que es nuestra misión. La reforma tiene muchos titulares de periódico a su servicio, pero ningún hombre. Si mi estimado vecino, el embajador del Estado, que dedicará sus días a zanjar la cuestión de los derechos humanos en la cámara del consejo, en lugar de ser amenazado con las prisiones de Carolina, mandara sentarse al carcelero de Massachusetts, ese Estado tan ansioso por endosar el pecado de la esclavitud a su hermana —aunque en el presente solo podrá descubrir que el motivo de su riña con ella fue un acto de inhospitalidad—, la cámara legislativa no aplazaría el asunto al próximo invierno.

Bajo un gobierno legítimo que encarcela injustamente, el verdadero lugar para el hombre justo también es la cárcel. El lugar adecuado hoy, el único lugar que Massachusetts ha previsto para sus liberadores y espíritus menos abatidos son sus cárceles, donde el Estado los excluye y encarcela por sus actos, como ya lo fueron por sus principios. Es allí donde se encuentran el esclavo fugitivo, el prisionero mexicano en libertad condicional y el indio que viene a excusar los males de su raza; están apartados, pero sobre un suelo más libre y honorable, en el que el Estado sitúa a aquellos que no están *con* él, sino *contra* él: la única casa en un Estado esclavista en la que un hombre libre puede habitar con honor. Si creen que allí perderán su influencia y que sus voces dejarán de afligir los oídos del Estado, que dentro de sus muros no se les considerará enemigos, no saben hasta qué punto la verdad es más fuerte que el error, ni con cuanta elocuencia y efectividad pueden combatir la injusticia que han experimentado en su propia persona. No solo deis vuestro voto a través de una papeleta, sino también con toda vuestra influencia. Una minoría no tiene poder mientras se somete a la mayoría, puesto que ni siquiera es una minoría, pero es imposible resistirla cuando se moviliza con todo su peso. Si la alter-

nativa fuera mantener a todos los hombres justos en prisión, o abandonar la guerra y la esclavitud, el Estado no vacilaría en qué elegir. Si mil hombres no pagaran sus impuestos este año, no sería una medida violenta o sangrienta, como lo sería pagarlos y posibilitar al Estado para que cometa actos violentos y derrame sangre inocente. Esa es, de hecho, la definición de revolución pacífica, si algo así es posible. Si el recaudador de impuestos o algún otro funcionario público me preguntara, como ya ha ocurrido, «¿Qué puedo hacer?», mi respuesta sería: «Si realmente deseas hacer algo, renuncia a tu cargo». Cuando el ciudadano ha negado su adhesión y el funcionario ha renunciado a su cargo, la revolución se lleva a cabo. Pero aún así, suponed que la sangre fluyera. ¿No se derrama un tipo de sangre cuando se hiere la conciencia? Por esa herida escapa la verdadera virilidad e inmortalidad del hombre, y se desangra en una muerte eterna. Veo esta sangre salir ahora.

He presenciado el encarcelamiento de transgresores, en lugar del embargo de sus bienes –aunque ambas medidas sirven al mismo propósito–, porque quienes imponen la justicia más pura, y en consecuencia, son los más peligrosos en un Estado corrompido, no emplean mucho tiempo acumulando propiedades. En ese caso, el Estado presta poco servicio, y un impuesto bajo suele parecer exorbitante, especialmente a los que están obligados a ganarlo con el trabajo particular de sus manos. Si hubiera alguien que viviera sin usar dinero, el Estado vacilaría al exigirselo. Pero el hombre rico –para no hacer comparaciones odiosas– siempre se vende a la institución que lo hace rico. Hablando en términos absolutos, cuanto más dinero, menos virtud, pues el dinero se interpone entre un hombre y sus objetivos, y a través de él los obtiene, y obtenerlo no es una gran virtud. El dinero zanja muchas cuestiones que, de otra manera, tendría que responder, mientras que solo plantea una nueva cuestión difícil, pero superflua: cómo gastarlo. De este modo, el terreno

moral se abre bajo sus pies. Las oportunidades de vivir disminuyen en proporción al incremento de lo que llamamos «medios». Cuando un hombre se hace rico, lo mejor que puede hacer por su cultura es intentar aplicar los planes que albergaba cuando era pobre. Cristo respondió a los fariseos según su condición: «Mostradme la moneda del tributo», dijo, y alguien sacó una moneda del bolsillo. Si usáis monedas con la imagen del César, que él ha puesto en circulación y a las que ha dado valor, es decir, *si sois hombres de Estado* y disfrutáis alegremente de las ventajas del gobierno del César, devolvedle parte de lo suyo cuando os lo pida, «dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», lo que no les hizo más sabios que antes al respecto, pues no querían saber.

Cuando converso con los más libres de mis vecinos, observo que, digan lo digan de la magnitud y la gravedad de la cuestión, y sea cual sea su respeto por la tranquilidad pública, la cuestión es que no pueden prescindir de la protección del gobierno existente y temen las consecuencias de la desobediencia para su propiedad y sus familias. Por mi parte, no me gustaría pensar que haya confiado alguna vez en la protección del Estado. Pero, si niego la autoridad del Estado cuando presenta su impuesto, pronto se apropiará de todos mis bienes y los malgastará, y nos hostigará sin fin a mis hijos y a mí. Es duro. Hace imposible que un hombre viva al mismo tiempo de forma honrada y confortable en los aspectos materiales. No merecerá la pena acumular propiedades; volverá a pasar. Tendréis que arrendar u ocupar algún lugar, y cultivar un pequeño huerto, y comer cuanto antes de él. Debéis vivir con vosotros mismos y depender de vosotros mismos, siempre remangados y dispuestos a empezar, sin meteros en muchos asuntos. Un hombre podría enriquecerse incluso en Turquía si fuera en todos los aspectos un buen súbdito del gobierno turco. Confucio dijo: «Si los principios de la razón gobiernan un Estado, la pobreza y la miseria serán objeto de vergüenza, si los principios de

la razón no gobiernan un Estado, las riquezas y los honores serán objeto de vergüenza». <sup>35</sup> No: mientras no necesite que la protección de Massachusetts me alcance en un puerto distante del sur, donde mi libertad esté en peligro, ni me incline solo a levantar una hacienda en casa por medios pacíficos, podré rehusar la adhesión a Massachusetts y su derecho a mi propiedad y mi vida. Me cuesta menos en cualquier sentido incurrir en el castigo por desobediencia al Estado de lo que me cuesta obedecerlo. Me sentiría menos digno en ese caso.

Hace algunos años, el Estado me interpeló en nombre de la Iglesia, y me exigió que pagara cierta suma para sostener al clérigo a cuyos sermones asistía mi padre, no yo. «Págala –decía– o serás encarcelado.» Me negué a pagar. Pero, por desgracia, otra persona creyó conveniente pagarla. No entendía por qué el maestro de escuela debía pagar impuestos para sostener al sacerdote, y no el sacerdote al maestro de escuela, pues yo no era maestro del Estado, sino que me sostenía por suscripción voluntaria. No entendía por qué el Liceo no presentaba sus impuestos, con el respaldo del Estado, igual que la Iglesia. Sin embargo, a petición del consejo de administración, condescendí a escribir un alegato como este: «Por la presente, que todos sepan que yo, Henry Thoreau, no deseo que se me considere miembro de ninguna asociación a la que no me haya unido». Se la di al secretario del consistorio y él es quien la tiene. El Estado, habiéndose enterado de que no quería que me considerara miembro de esa Iglesia, no me ha vuelto a exigir nada parecido desde entonces, aunque dijera que debía mantener su petición original. Si hubiera sabido cómo se llamaban, me habría borrado una a una de todas las sociedades a las que nunca me había apuntado, pero no sabía dónde encontrar una lista completa.

---

<sup>35</sup> Thoreau traduce aquí un pasaje de JEAN-PIERRE-GUILLAUME PAUTHIER, *Confucius et Mencius ou les quatre livres de philosophie moral et politique de la Chine* (1841).

No he pagado el impuesto al sufragio desde hace seis años. En una ocasión, fui encarcelado durante una noche por ese motivo y, mientras contemplaba los muros de piedra maciza de dos o tres pies de grosor, la puerta de madera y hierro de un pie de grosor, y la reja de hierro que tamizaba la luz, no pude evitar que me conmoviera la locura de esa institución que me trataba como si no fuera más que carne, sangre y huesos para encarcelarme. Me sorprendió que hubiera decidido que ese era al fin el mejor uso que podía darme y que no hubiera pensado nunca en disponer de mis servicios de algún modo. Comprendí que, si había un muro de piedra entre mis conciudadanos y yo, había otro aún más difícil de franquear o atravesar, antes de que fueran tan libres como yo. En ningún momento me sentí confinado, y las paredes parecían un gran derroche de piedra y mortero. Me sentí como si yo solo entre todos mis conciudadanos hubiera pagado mi impuesto. Sencillamente, no sabían cómo tratarme, pues se comportaron como personas sin educación. En cada amenaza y en cada cumplido había un error, pues creían que mi mayor deseo era estar al otro lado de aquel muro de piedra. No podía sino sonreír al observar cómo echaban laboriosamente el cerrojo a mis meditaciones, que se sucedían sin estorbo ni obstáculo: *ellos* eran el verdadero peligro. Como no podían alcanzarme, decidieron castigar mi cuerpo; como muchachos que, si no pueden llegar hasta la persona a la que guardan rencor, maltratan a su perro. Comprendí que el Estado era necio, tímido como una mujer solitaria con sus cucharas de plata, y que no sabía distinguir a sus amigos de sus enemigos, y perdí todo el respeto que me quedaba hacia él y lo compadecí.

De este modo, el Estado no se enfrenta intencionadamente al sentido intelectual o moral del hombre, sino solo a su cuerpo, a sus sentidos. No está armado con ingenio superior u honradez, sino con una fuerza física superior. No he nacido para ser forzado. Respiraré a mi manera. Veamos quién es más fuerte. ¿Qué fuerza

tiene una multitud? Solo pueden obligarme quienes obedecen a una ley superior a la que yo obedezco. Me obligan a convertirme en uno de ellos. No he oído hablar de *hombres* que hayan sido *forzados* a vivir de esta o aquella manera por masas de hombres. ¿Qué clase de vida sería esa? Cuando me encuentro con un gobierno que me dice: «El dinero o la vida», ¿por qué habría de apresurarme a darle mi dinero? Tal vez esté en apuros y no sepa lo que hacer: no puedo evitarlo. Ha de ayudarse a sí mismo; hacer lo que yo hago. No merece la pena gimotear al respecto. No soy responsable del buen funcionamiento de la maquinaria de la sociedad. No soy el hijo del ingeniero. He observado que, cuando una bellota y una castaña caen una al lado de otra, una no se queda inerte para dejar paso a la otra, sino que ambas obedecen sus propias leyes, y brotan y crecen y florecen como mejor pueden hacerlo, hasta que tal vez una eclipse y destruya a la otra. Si una planta no puede vivir según su naturaleza, muere, y el hombre también.

La noche en prisión fue novedosa y bastante interesante. Cuando entré, los prisioneros, en mangas de camisa, disfrutaban de la charla y la brisa del anochecer en el umbral. Pero el carcelero dijo: «Vamos, muchachos, es hora de cerrar», y se dispersaron, y oí el sonido de sus pasos volviendo a los compartimentos vacíos. El carcelero me presentó a mi compañero de cuarto como «un tipo magnífico y un hombre inteligente.» Cuando la puerta se cerró, me indicó dónde colgar mi sombrero y cómo se las arreglaba allí. Las celdas se enjalbegaban una vez al mes y este era, al menos, el apartamento más blanco, el más sencillamente amueblado y, probablemente, el más limpio de la ciudad. Naturalmente, quería saber de dónde venía yo y qué me había traído allí, y una vez se lo hube contado, le pregunté cómo había llegado allí, suponiendo que era un hombre honrado, desde luego, y, según marcha el mundo, creo que lo

era. «Porque –dijo– me acusaron de quemar un granero, pero no lo hice.» Hasta donde pude descubrir, probablemente había ido borracho a pasar la noche a un granero, y allí fumó su pipa, y así es como ardió el granero. Tenía reputación de ser un hombre inteligente. Había pasado tres meses esperando que se celebrara su juicio, y habría de esperar mucho más, pero estaba domesticado y satisfecho, puesto que conseguía comida a cambio de nada y se consideraba bien tratado.

Ocupó una ventana y yo la otra, y comprendí que, si uno pasaba allí mucho tiempo, su principal ocupación consistía en mirar por la ventana. Pronto había leído todos los panfletos que dejaban allí y examinado por dónde habían escapado antiguos prisioneros, dónde habían serrado las rejas y oído la historia de los distintos ocupantes de esa celda, pues me di cuenta de que, incluso allí, había historias y rumores que nunca circularían más allá de los muros de la prisión. Probablemente es el único lugar de la ciudad donde se componen versos, que luego se imprimen circularmente, pero no se publican. Me enseñaron una larga lista de versos que habían compuesto jóvenes descubiertos en un intento de fuga y que se vengaron cantándolos.

Sonsaqué toda la información que pude a mi compañero por temor a no volver a verlo nunca más, hasta que, al fin, me indicó cuál era mi cama y dejó que apagara la lámpara.

Pasar allí una noche fue como viajar a un país lejano que no esperaba contemplar. Me pareció que nunca había oído dar la hora al reloj del ayuntamiento, ni los sonidos de la ciudad al atardecer, pues dormimos con las ventanas abiertas, ya que estaban dentro de las rejas. Fue como ver mi ciudad natal a la luz de la Edad Media, y nuestro Concord transformado en la corriente del Rin, y pasaron ante mí visiones de caballeros y castillos. Oí en las calles las voces de los antiguos burgueses. Fui un espectador y oyente involuntario de todo lo que se decía

y hacía en la cocina de la taberna de al lado, una experiencia totalmente nueva y extraña para mí. Fue una perspectiva más íntima de mi ciudad natal. Me adentré en ella verdaderamente. Nunca antes había visto sus instituciones. Esta es una de sus instituciones peculiares, pues es la sede del condado. Empecé a comprender lo que eran sus habitantes.

Por la mañana, nuestros desayunos nos llegaron a través del agujero de la puerta, en pequeñas tazas de hojalata en forma rectangular, hechas para que encajaran, y contenían una pinta de chocolate, pan moreno y una cuchara de hierro. Cuando avisaron para devolver los recipientes, aún estaba yo lo suficientemente verde como para devolver el pan que me había sobrado; pero mi camarada lo cogió y dijo que debía guardarlo para la comida o la cena. Poco después, se fue a trabajar a un campo de heno cercano, donde iba todos los días y de donde no estaría de vuelta hasta mediodía; así que me deseó un buen día, diciendo que no sabía si volvería a verme.

Cuando salí de la prisión —pues alguien medió y pagó el impuesto—, no percibí que hubieran tenido lugar grandes cambios en general, como lo observa el que entra joven y sale siendo un hombre tambaleante de cabeza canosa; sin embargo, a mis ojos se había producido un cambio en el paisaje —la ciudad, el Estado, el país—, mayor que el que podría producir el mero paso del tiempo. Comprendí con más claridad el Estado en que vivía. Comprendí hasta qué punto podía confiar en las personas con las que vivía como si fueran buenos vecinos y amigos; que su amistad solo era para el verano; que no se proponían en gran medida hacer lo justo; que eran una raza distinta a la mía por sus prejuicios y supersticiones, como los chinos y los malayos; que, en sus sacrificios a la humanidad, no corrían riesgos, ni siquiera con sus propiedades; que, al fin y al cabo, no eran tan nobles, puesto que trataban al ladrón como él les había tratado a ellos y esperaban, por algunas cos-

tumbres superficiales y unas cuantas plegarias, y por caminar de vez en cuando por un sendero peculiarmente firme aunque inútil, salvar sus almas. Tal vez juzgue a mis vecinos con dureza, pero creo que la mayoría no es consciente de tener una institución como la cárcel en su ciudad.

Era costumbre en nuestra ciudad, cuando un pobre deudor salía de la cárcel, que sus conocidos le saludaran mirándole a través de los dedos cruzados para representar la reja de la ventana de la cárcel: «¿Cómo te va?» Mis vecinos no me saludaron así, sino que primero me miraron, y luego se miraron unos a otros, como si hubiera vuelto de un largo viaje. Fui encarcelado cuando iba al zapatero a recoger un zapato. Cuando me liberaron a la mañana siguiente, fui a acabar mis recados, y habiéndome puesto mi zapato remendado, me uní a una partida de gente en busca de arándanos, impaciente por secundar mi conducta y, en media hora —pues el caballo fue enjaezado en seguida—, estaba en medio de un campo de arándanos, en una de nuestras colinas más altas, a dos millas, y no vimos al Estado por ninguna parte.

Esta es la historia completa de «Mis prisiones».<sup>36</sup>

Nunca he rehusado pagar el impuesto de circulación, porque deseo ser tan buen vecino como mal súbdito, y, en cuanto a mantener las escuelas, estoy haciendo mi parte para educar ahora a mis conciudadanos. No es por una cuestión en particular del impuesto por lo que me niego a pagarlo. Simplemente quiero rehusar la adhesión al Estado, apartarme y mantenerme distante de él de una manera eficaz. Aunque pudiera, no me preocuparía por seguir el rastro de mi dólar hasta que compra a un hombre o un mosquete con el que disparar —el dólar es inocente—, sino que me concierne seguir el rastro de los efectos de

---

<sup>36</sup> Alusión a *Le mie prigioni*, de Silvio Pellico, traducidas al inglés en 1836.

mi adhesión. De hecho, declaro tranquilamente la guerra al Estado, a mi manera, aunque aún lo utilizaré y me beneficiaré de él en lo que pueda, como es usual en estos casos.

Si otros pagan el impuesto que se me pide, por simpatía con el Estado, solo hacen lo que ya han hecho en su caso, o más bien incitan a la injusticia en mayor grado de lo que el Estado requiere. Si pagan el impuesto por un interés erróneo en el individuo censado, para salvar su propiedad o impedir que vaya a la cárcel, es porque no han considerado sensatamente hasta dónde dejan que sus sentimientos privados interfieran con el bien público.

Por tanto, esta es mi posición actual. Pero, en un caso así, nadie puede estar demasiado en guardia, a menos que su acción se tuerza por obstinación o un respeto indebido por las opiniones de los hombres. Que cada uno haga lo que le corresponde a él mismo y a su hora.

A veces pienso, vaya, esta gente tiene buenas intenciones; no son más que ignorantes, lo harían mejor si supieran. ¿Por qué causar a tus vecinos la molestia de tratarte como no quieren? Pero, sigo pensando, esa no es una razón para que yo haga lo mismo que ellos ni para que les deje causar una molestia distinta mucho mayor. De nuevo, a veces me digo: si muchos millones de personas, sin encono, sin mala voluntad, sin ningún tipo de resentimiento personal, te piden solo unos cuantos cheques sin la posibilidad, esa es su constitución, de retractarse o alterar su demanda, y sin la posibilidad por tu parte de apelar a otros tantos millones, ¿por qué te expones a esa abrumadora fuerza bruta? No resistes el frío y el hambre, los vientos y las olas con esa obstinación; te sometes tranquilamente a mil necesidades parecidas. No metes la cabeza en el fuego. Pero precisamente porque no la considero una fuerza bruta, sino parcialmente una fuerza humana, y considerando que tengo tanta relación con esos millones como con muchos millones de

hombres, creo que es posible apelar, en primera instancia y en seguida, a su Hacedor, y después a ellos mismos. Pero si metiera deliberadamente la cabeza en el fuego, no podría apelar al fuego ni al hacedor del fuego, y yo sería el único responsable. Si pudiera convencerme de que tengo derecho a contentarme con los hombres según son, y a tratarlos en consecuencia, y no de acuerdo, en algunos aspectos, con mis requisitos y expectativas de lo que ellos y yo deberíamos ser, entonces, como un buen musulmán y fatalista, trataría de contentarme con las cosas según son y decir que es la voluntad de Dios. Sobre todo, hay una diferencia entre resistirse a esto y a una fuerza puramente brutal o natural: que puedo resistirme a ello con algún efecto, pero no puedo esperar, como Orfeo, que cambie la naturaleza de las rocas y de los árboles y de las bestias.

No deseo luchar con ningún hombre ni nación. No querría quedarme en lo trivial, hacer distinciones sutiles ni presumir de ser mejor que mis vecinos. Podría decir, incluso, que busco una excusa para conformarme con las leyes del país. Estoy más que dispuesto a conformarme con ellas. De hecho, tengo motivos para sospechar de mí mismo en este asunto, y cada año, cuando el recaudador de impuestos se acerca, me encuentro dispuesto a examinar las actuaciones y la posición de los gobiernos general y estatal, y el espíritu del pueblo, para descubrir un pretexto para la conformidad.

Hemos de querer a nuestro país como a nuestros padres  
 Y, si en algún momento, no dejamos  
 Que nuestro amor y esfuerzo lo honren,  
 Tendremos que atenernos a las consecuencias y enseñar al alma  
 Las cosas de la conciencia y la religión,  
 Sin desear mando ni beneficio.<sup>37</sup>

---

<sup>37</sup> De *The Battle of Alcazar* (1594), de George Peele.

Creo que el Estado pronto se podrá quedar con todo este trabajo de mis manos, y entonces no seré mejor patriota que mis conciudadanos. Desde un punto de vista inferior, la Constitución, con todos sus fallos, es muy buena; la ley y los tribunales son muy respetables; incluso este Estado y este gobierno americano son, en muchos aspectos, admirables y excepcionales, por lo que hay que estar agradecido, como muchos grandes hombres los han descrito. Pero, desde un punto de vista un poco más elevado, son como los he descrito yo; desde un punto de vista aún más elevado, y supremo, ¿quién diría lo que son ni si merece la pena contemplarlos o pensar en ellos?

Sin embargo, el gobierno no me concierne demasiado y pensaré en él lo menos que pueda. No son muchos los momentos en los que vivo bajo un gobierno, ni siquiera en este mundo. Si un hombre es libre de pensamiento, libre de fantasía, libre de imaginación, de modo que *lo que no es* no le parezca *ser* nunca demasiado tiempo, los legisladores o reformistas insensatos no podrán interrumpirlo fatalmente.

Sé que la mayoría piensa de forma diferente a la mía, pero aquellos cuyas vidas están dedicadas por profesión al estudio de estos asuntos o parecidos me satisfacen tan poco como los demás. Los hombres de Estado y los legisladores, metidos tan de lleno en la institución, no la contemplan nunca de manera clara y manifiesta. Hablan de cambiar la sociedad, pero no tienen un lugar de descanso sin ella. Tal vez sean hombres con cierta experiencia y criterio, y, sin duda, habrán inventado sistemas ingeniosos e incluso útiles, que sinceramente les agradecemos; pero todo su ingenio y utilidad cabe en el interior de ciertos límites no demasiado amplios. Suelen olvidar que el mundo no está gobernado por la política ni la conveniencia. Webster nunca se aparta del gobierno y, por ello, no puede hablar con autoridad de él. Sus palabras son sabiduría para aquellos legisladores que no se proponen una reforma esencial en el gobierno existente, pero

para los pensadores, y los que legislan para todas las épocas, no va derecho al asunto. Conozco las serenas y sabias especulaciones sobre este tema de uno de ellos que pronto revelan los límites del alcance y la hospitalidad de su mente. Sin embargo, comparadas con las baratas declaraciones de la mayoría de los reformistas, y las todavía más baratas sabiduría y elocuencia de los políticos en general, sus palabras son casi las únicas sensatas y valiosas, y damos gracias a Dios por él. Por comparación, es siempre fuerte, original, y sobre todo, práctico. Sin embargo, su cualidad no es la sabiduría, sino la prudencia. La verdad del legislador no es la Verdad, sino la coherencia, o una conveniencia coherente. La Verdad está siempre en armonía consigo misma, y no le concierne especialmente poner de manifiesto que la justicia puede ser compatible con la maldad. Merece que lo llamen, como ya lo han llamado, el defensor de la Constitución. En realidad, no ha dado más que golpes defensivos. No es un líder, sino un seguidor. Sus líderes son los hombres del ochenta y siete. «Nunca he intentado –dice–, ni me propongo intentarlo, nunca he pensado en intentar, ni me propongo pensar en intentarlo, truncar el acuerdo original por el que varios Estados se convirtieron en la Unión». Sin embargo, pensando en la sanción que la Constitución da a la esclavitud, dice: «Puesto que fue una parte del contrato original, dejémoslo así». A pesar de su especial perspicacia y habilidad, es incapaz de extraer un hecho de sus relaciones meramente políticas y contemplarlo a disposición absoluta del intelecto –por ejemplo, qué le incumbe hacer a una persona aquí, en América, hoy, respecto a la esclavitud–, sino que se aventura, o se ve forzado, a dar respuestas tan desesperadas como la siguiente, mientras pretende hablar con firmeza y desde un punto de vista privado (¿de qué nuevo y singular código de deberes sociales podría inferirla?): «La manera –dice– en que regulen la esclavitud los gobiernos de aquellos Estados donde existe depende de su propia consideración, bajo la responsabilidad con sus vo-

tantes, de las leyes generales de la propiedad, la humanidad y la justicia, y de Dios. Las asociaciones formadas en otra parte, surgidas del sentimiento de humanidad o de cualquier otra causa, no tienen nada que ver con ella. Nunca han recibido mi apoyo y nunca lo recibirán».<sup>38</sup>

Los que no conocen fuentes más puras de la verdad, ni han remontado más alto su corriente, están, y están sensatamente, junto a la Biblia y la Constitución, y beben de ellas con reverencia y humildad, pero, quienes contemplan de dónde se apresura hasta este lago o aquel estanque, se ciñen la cintura una vez más y continúan su peregrinación hasta su manantial.

En América no ha aparecido ningún hombre de genio para la legislación. Son raros en la historia del mundo. Hay miles de oradores, políticos y hombres elocuentes, pero no ha abierto la boca para hablar el orador capaz de resolver las cuestiones más desagradables del día. Amamos la elocuencia por sí misma, no por la verdad que pueda emitir ni el heroísmo que pueda inspirar. Nuestros legisladores no han aprendido el valor relativo del libre comercio y de la libertad, de la unión, y de la rectitud, para una nación. No tienen genio ni talento para las relativamente modestas cuestiones de impuestos y finanzas, comercio, industria y agricultura. Si hubiéramos dejado que nos dirigiera el prolijo ingenio de los legisladores en el congreso, sin que lo hubieran corregido la experiencia oportuna y las eficaces reclamaciones del pueblo, América no habría mantenido mucho tiempo su rango entre las naciones. El Nuevo Testamento, aunque tal vez no tenga derecho a decirlo, se escribió para mil ochocientos años; sin embargo, ¿dónde está el legislador que tenga sabiduría y talento práctico suficientes para aprovechar la luz que arroja sobre la ciencia de la legislación?

---

<sup>38</sup> Estos extractos se insertaron después de pronunciar la conferencia. [Nota de Thoreau.]

La autoridad del gobierno, a la que estaría dispuesto a someterme —pues obedeceré con mucho gusto a los que sepan y puedan hacerlo mejor que yo y, en muchas cosas, incluso a quienes no sepan ni puedan hacerlo tan bien—, aún es impura: para ser estrictamente justa, ha de tener la sanción y el consentimiento de los gobernados. No puede tener un derecho más justo sobre mi persona y propiedad que el que yo le concedo. El progreso de una monarquía absoluta a una monarquía limitada, de una monarquía limitada a una democracia, es un progreso hacia un verdadero respeto por el individuo. ¿Es la democracia, según la conocemos, la última mejora posible en el gobierno? ¿No es posible dar un paso más hacia el reconocimiento y la organización de los derechos del hombre? No habrá nunca un Estado realmente libre e ilustrado hasta que el Estado reconozca al individuo como un poder más elevado e independiente, del que derivan todo su poder y autoridad, y lo trate en consecuencia. Me complazco imaginando un Estado que se atreva a ser justo con todos los hombres y trate al individuo con respeto como vecino, que no crea incompatible con su tranquilidad que unos cuantos vivan lejos de él, sin mezclarse con él, ni abrazarlos, que cumpla todos los deberes de vecinos y prójimos. Un Estado que diera ese fruto, y dejara que cayera tan pronto como madurara, despejaría el camino para un Estado aún más perfecto y glorioso, que también imagino, aunque no lo haya visto en ninguna parte.



## ESCLAVITUD EN MASSACHUSETTS

Hace poco asistí a una reunión de los ciudadanos de Concord con la esperanza de hablar de la esclavitud en Massachusetts como uno más de ellos, pero me sorprendió y me decepcionó descubrir que lo que había congregado a mis conciudadanos era el destino de Nebraska, no el de Massachusetts, y que lo que yo tenía que decir estaba completamente fuera de lugar. Pensaba que se quemaba la casa, no la pradera, pero, aunque varios ciudadanos de Massachusetts están ahora en prisión por intentar rescatar a un esclavo de sus garras, ninguno de los oradores de la reunión expresó su pesar por ello ni hizo referencia alguna. Parecía como si solo estuvieran interesados en unas tierras salvajes a cientos de millas a lo lejos. Los habitantes de Concord no están preparados para pasar por ninguno de sus puentes, sino que hablan solo de tomar una posición en las montañas más allá del río Yellowstone. Nuestros Buttrick, Davis y Homer se han retirado allí, pero me temo que no han dejado ningún Lexington Common entre ellos y el enemigo.<sup>39</sup> No hay ningún esclavo en Nebraska; tal vez haya un millón de esclavos en Massachusetts.

---

<sup>39</sup> El 19 de abril de 1775, en el North Bridge de Concord, John Buttrick dio orden a la milicia de Massachusetts de disparar contra las tropas inglesas, que habían matado a Isaac Davis y Abner Hosmer.

Quienes se han criado en la escuela de la política no han afrontado ahora ni nunca los hechos. Sus medidas solo son improvisaciones y medias tintas. Posponen indefinidamente el día de liquidación y, entretanto, la deuda se acumula. Aunque la Ley de Esclavos Fugitivos no fuera en esa ocasión el objeto de discusión, mis conciudadanos habían resuelto en una reunión que, por lo que sé, acabó por suspenderse, que, habiendo rechazado una de las partes el compromiso de 1820, «la Ley de Esclavos Fugitivos debe ser, por tanto, revocada». Pero esa no es una razón para revocar una ley inicua. El hecho que los políticos afrontan es, simplemente, que hay menos honor entre ladrones de lo que suponían, no el hecho de que sean ladrones.

Como no tuve la oportunidad de expresar mis pensamientos en esa reunión, ¿me permitiréis que lo haga aquí?

Lo que sucede de nuevo es que el tribunal de Boston está lleno de hombres armados que retienen prisionero y juzgan a un HOMBRE para averiguar si es un ESCLAVO. ¿Alguien cree que la justicia o Dios esperan la decisión del señor Loring?<sup>40</sup> Para él, estar allí sentado mientras toma una decisión, cuando el asunto ya está decidido desde hace una eternidad, y el esclavo analfabeto y la multitud que lo rodea han oído y confirmado la decisión desde hace tiempo, es sencillamente hacer el ridículo. Podría tentarnos la idea de preguntar quién le ha encargado esa comisión y quién es él para aceptarla, a qué nuevos estatutos

---

<sup>40</sup> La Ley de Esclavos Fugitivos databa de 1793 y facultaba a los dueños de esclavos para reclamar ante los tribunales a los esclavos fugitivos que habían encontrado asilo en los Estados no esclavistas, como Massachusetts. En virtud del Compromiso de 1820, Missouri había sido admitido en la Unión como Estado esclavista, mientras se prohibía la esclavitud en el resto del Territorio de Luisiana. El Decreto de Kansas-Nebraska derogaría esa prohibición en 1854 (cuando Thoreau escribió este texto y publicó *Walden*). En mayo de ese año, Anthony Burns, esclavo fugitivo de Virginia, fue detenido en Boston. Los abolicionistas trataron de rescatarlo a la fuerza, lo que motivó que el presidente Franklin Pierce enviara tropas federales para custodiarlo. Wendell Phillips, entre otros, fue acusado de asalto. El juez Edward G. Loring presidió el tribunal que dictaminó que Burns debía ser devuelto a sus dueños.

obedece y qué precedentes considera de autoridad. La existencia de un árbitro semejante es una impertinencia. No le pedimos que decida, sino que se vaya.

Estoy atento a la voz del gobernador, comandante en jefe de las fuerzas de Massachussets, pero solo percibo el chirrido de los grillos y el zumbido de los insectos que llenan el aire estival. La proeza del gobernador reside en pasar revista a las tropas en los días de asamblea. Lo he visto a caballo, destocado, mientras escuchaba la oración del capellán. Eso es todo lo que he visto de un gobernador. Creo que podría arreglármelas muy bien sin él. Si *él* no es útil para impedir que me secuestren, decidme, ¿de qué me sirve? Cuando más en peligro está la libertad, habita en la oscuridad más profunda. Un distinguido clérigo me dijo que había escogido su profesión de clérigo porque le permitía dedicar más tiempo a propósitos literarios. Yo le recomendaría la profesión de gobernador.

Hace tres años, cuando tuvo lugar la tragedia de Simm, me dije a mí mismo: tenemos un funcionario, aunque no sea un hombre, como gobernador de Massachusetts. ¿A qué se ha dedicado en los últimos quince días? ¿Ha hecho cuanto ha podido por mantener la protección durante este terremoto moral? Me dio la impresión de que no se podría haber dirigido una sátira más aguda ni un insulto más hiriente a ese hombre que los propios acontecimientos: la ausencia de toda investigación sobre su persona en medio de semejante crisis.<sup>41</sup> Lo peor y casi todo lo que sé de él es que ha desaprovechado la oportunidad de darse a conocer, de ser conocido dignamente. Al menos podría haber *renunciado* a sí mismo por la fama. Parecía haberse olvidado que hubo semejante hombre o funcionario. Sin embargo, no hay duda de que trató de ocupar la silla de gobernador todo el tiempo. No era mi gobernador. No me gobernaba.

---

<sup>41</sup> Thoreau se refiere a dos gobernadores, Emory Wasburhn, gobernador en 1854, y George Sewall Boutwell, gobernador en 1851, cuando el esclavo fugitivo Thomas Simm fue detenido y devuelto a la esclavitud en Savannah.

Pero, al menos, en este caso hemos oído hablar del gobernador. Una vez que él y el gobierno de los Estados Unidos han tenido un éxito perfecto en robar a un pobre hombre negro inocente su libertad para vivir y, hasta donde han podido, la semejanza con su creador en su corazón, se ha dirigido a sus cómplices ¡en una cena de felicitación!

He leído que una ley reciente de este Estado obliga a «todo funcionario de la Comunidad» a «detener, o ayudar en la... detención», en cualquier lugar dentro de sus límites, «de cualquier persona que sea reclamada como esclavo fugitivo». Era notorio que cualquier auto de reivindicación para reclamar a un esclavo de la custodia de la policía de los Estados Unidos no servía por falta de fuerza suficiente para ayudar al funcionario.

Pensaba que el gobernador era, en cierto sentido, el poder ejecutivo del Estado, que su tarea como gobernador era comprobar que se ejecutaban las leyes del Estado, mientras que, como hombre, se preocupaba de que, con ello no se quebrantaran las leyes de la humanidad. Sin embargo, cuando ha surgido algo importante en lo que puede ser de utilidad, es inútil o peor que inútil, y deja que las leyes del Estado no se cumplan. Tal vez yo no sepa cuáles son los deberes de un gobernador, pero si para ser gobernador es necesario someterse irremediamente a esa ignominia, si significa que debo restringir mi humanidad, no me preocuparé nunca por ser gobernador de Massachusetts. No he leído tanto los estatutos de esta Comunidad. No resulta una lectura provechosa. No siempre dicen la verdad, ni quieren decir siempre lo que dicen. Lo que me preocupa es saber que la influencia y la autoridad de ese hombre están del lado del esclavista y no del esclavo, del culpable y no del inocente, de la injusticia y no de la justicia. Nunca he visto a la persona de la que estoy hablando; de hecho, no sabía que era gobernador hasta que ha sucedido esto. He oído hablar de él y de Anthony Burns al mismo tiempo, como, sin duda, le ha sucedido a la mayoría.

Tan lejos estoy de que me gobierne. No me refiero a que hubiera algo en su descrédito que yo no hubiera oído, sino que lo había oído. Lo peor que podría decir de él es que no ha demostrado ser mejor de lo que probablemente demostraría la mayoría de sus electores. En mi opinión, no ha estado a la altura de las circunstancias.

El conjunto de las fuerzas militares del Estado sirve a un tal señor Suttle, esclavista de Virginia, para que pueda capturar a un hombre que considera de su propiedad, ¡mientras que ningún soldado se ofrece a salvar del secuestro a un ciudadano de Massachusetts! ¿Es esto lo que todos esos soldados y todo ese *adiestramiento* han conseguido durante los últimos setenta y nueve años? ¿Han sido adiestrados solo para robar en México y devolver a los esclavos fugitivos a sus amos?

Esas mismas noches oí el sonido del tambor en nuestras calles. Había hombres que seguían *adiestrándose*, pero ¿para qué? Con esfuerzo podría perdonar el continuo cacareo de los gallos de Concord, pues tal vez no habían sido golpeados esa mañana, pero no disculpar el rataplán de los «instructores». Precisamente hombres como esos, es decir, el soldado, del que lo mejor que podríamos decir en relación con esto es que se trata de un idiota que destaca por su chaqueta pintada, han devuelto al esclavo.

Hace también tres años, justo una semana después de que las autoridades de Boston se reunieran para devolver a un hombre completamente inocente a la esclavitud, sabiendo que era inocente, los habitantes de Concord tocaron las campanas y dispararon los cañones para celebrar su libertad y el valor y el amor a la libertad de sus antepasados que habían luchado en el puente de Concord. Es como si *esos* tres millones hubieran luchado por el derecho a ser libres, pero manteniendo en la esclavitud a otros tres millones. Hoy en día los hombres llevan un sombrero de cascabeles y lo llaman el sombrero de la libertad. Conozco a unos cuantos que, si fueran atados a un poste para ser flagelados,

y logaran soltarse una mano, la usarían para tocar las campanas y disparar los cañones con el fin de celebrar su libertad. Así es como algunos de mis conciudadanos han llegado a llamar a rebato y disparar; ese ha sido el alcance de su libertad, y cuando el sonido de las campanas se desvanece, su libertad se desvanece también; cuando la pólvora se gasta, su libertad se esfuma con el humo.

La broma pudo no haber ido más lejos si los reclusos de las prisiones hubieran contribuido a que la pólvora se utilizara en esas salvas y se contratara a los carceleros para disparar y tocar a rebato para ellos, mientras ellos disfrutaban entre rejas.

Esto es lo que pienso de mis vecinos.

Cada uno de los habitantes humanos e inteligentes de Concord, cuando él o ella oyeron esas campanas y cañones, no pensaron con orgullo en lo sucedido el 19 de abril de 1775, sino con vergüenza en lo sucedido el 12 de abril de 1851. Pero ahora hemos semienterrado esa vieja vergüenza bajo una nueva.

Massachusetts se ha sentado a esperar la decisión del señor Loring, como si pudiera afectar de algún modo a su propia criminalidad. Su crimen, el más conspicuo y fatal de todos los crímenes, ha sido permitirle que fuera el árbitro en un caso como este. En realidad es un juicio a Massachusetts. Cada vez que ha vacilado en liberar a ese hombre, cada vez que vacila en expiar su crimen, se condena a sí misma. En su caso, el comisario es Dios; no Edward G. God, sino simplemente Dios.

Me gustaría que mis compatriotas tuvieran en cuenta que ningún individuo o nación, cualquiera que sea la ley humana, pueden cometer el menor acto de injusticia contra el más oscuro de los individuos sin pagar una pena por ello. Un gobierno que actúa deliberadamente con injusticia, y persiste en ello, se acabará convirtiendo en el hazmerreír del mundo.

Se han dicho muchas cosas de la esclavitud americana, pero creo que ni siquiera nos hemos dado cuenta de lo que es la

esclavitud. Si le propusiera formalmente al Congreso convertir a la humanidad en salchichas, no tendría ninguna duda de que la mayoría de sus miembros sonreiría ante mi proposición, y aunque alguno creyera que iba en serio, pensarían que proponía algo mucho peor de lo que el Congreso haya hecho nunca. Pero si alguno de ellos me dijera que convertir a un hombre en salchicha sería mucho peor, peor que convertirlo en esclavo, peor que aprobar la Ley de Esclavos Fugitivos, entonces le acusaría de estupidez, de incapacidad intelectual y de establecer una distinción indiferentemente. La primera es una proposición tan sensata como la segunda.

He oído decir muchas cosas de aplastar esa ley con los pies. Bueno, no es preciso que nadie se aparte de su camino para hacerlo. Esa ley no llega a la altura de la cabeza ni la razón; su hábitat natural es el estiércol. Ha nacido, se ha criado y ha pasado su vida en el polvo y el fango, a la altura de los pies, y el que camina con libertad, y no evita con misericordia hindú pisar los reptiles venenosos, la pisará y la aplastará inevitablemente con sus pies, y a Webster, su hacedor, con ella, como a un asqueroso bicho con su cría.

Los recientes acontecimientos resultarán valiosos como una crítica a la administración de la justicia entre nosotros o, más bien, como una muestra de los verdaderos recursos de la justicia en cualquier comunidad. Los amigos de la libertad, los amigos del esclavo, se han estremecido al comprender que su destino ha quedado a merced de los tribunales legales del país. Los hombres libres no tienen fe en que la justicia salga victoriosa en este caso; el juez podría decidirse por una parte u otra: a lo sumo, es una especie de accidente. Es evidente que no es una autoridad competente en un caso tan importante. No es momento, por tanto, de juzgar según los precedentes, sino de establecer precedente para el futuro. Prefiero confiar en el sentimiento de la gente. En su voto encontraréis algo de valor,

al menos, por pequeño que sea; en otro caso solo el enmarañado juicio de un individuo, sin importancia, sea cual sea.

Que la gente se vea obligada a prescindir de los tribunales es, en cierto modo, fatal para ellos. No me gustaría creer que los tribunales se hicieron para el buen tiempo y solo para casos civiles, sino que pienso en dejar que cualquier tribunal del país decida si más de tres millones de personas, en este caso, la sexta parte de la población de una nación, ¡tienen derecho o no a ser libres! Pero se le ha dejado a los llamados tribunales de *justicia*, al Tribunal Supremo del país, y, como todos sabéis, sin reconocer otra autoridad que la Constitución, se ha decidido que esos tres millones de personas son, y deben continuar siendo, esclavos. Jueces como esos solo son inspectores de la ganzúa y las herramientas del asesino, a quien dicen si están en buenas condiciones o no, creyendo que su responsabilidad acaba ahí. Hubo un caso anterior en el archivo que, como jueces designados por Dios, no tenían derecho a evitar y que, al haberse resuelto justamente, los habría salvado de esta humillación. Se trataba del caso del propio asesino.

La ley no hará libres a los hombres; son los hombres los que han de hacer libre a la ley. Son los amantes de la ley y el orden quienes observan la ley cuando el gobierno la quebranta.

Entre los seres humanos, el juez que sella el destino del hombre más allá de la eternidad no es solo el que pronuncia el veredicto de la ley, sino el que, quienquiera que sea, por amor a la verdad y sin los prejuicios de la costumbre o la aprobación de los hombres, da una opinión verdadera o *sentencia* sobre el hombre. Es él quien lo *sentencia*. El que discierne la verdad recibe su cargo de una fuente superior que la justicia más principal del mundo, que solo discierne la ley. Se constituye en juez del juez. Es extraño que sea necesario afirmar verdades tan elementales.

Cada vez estoy más convencido, en lo referente a los asuntos públicos, de que lo más importante es saber lo que piensa el

campo y no la ciudad. La ciudad no *piensa* mucho. Preferiría tener en cuenta la opinión de Boxboro sobre cualquier asunto moral que la de Boston y Nueva York juntas. Cuando Boxboro habla, siento como si alguien *hubiera* hablado, como si todavía quedara *humanidad* y un ser razonable hubiera afirmado sus derechos, como si unos cuantos hombres sin prejuicios en las colinas del campo hubieran vuelto al cabo su atención al asunto y redimido la reputación de la raza con unas cuantas palabras sensatas. Cuando, en un oscuro pueblo, los granjeros se reúnen en la asamblea municipal con carácter extraordinario para expresar su opinión sobre algún asunto que perturba al país, creo que son el verdadero Congreso y el más respetable que se haya reunido en los Estados Unidos.

Es evidente que hay al menos dos partidos cada vez más diferenciados en esta Comunidad: el partido de la ciudad y el partido del campo. Sé que el campo es pobre, pero me alegra creer que existe una ligera diferencia a su favor. Hasta ahora tiene, si los tiene, pocos órganos de expresión. Los editoriales que lee, como las noticias, provienen de la costa. Cultivemos, habitantes del campo, el respeto por nosotros mismos. No vayamos a la ciudad en busca de algo más esencial que nuestros paños y tiendas o, si leemos las opiniones de la ciudad, alberguemos también nuestras opiniones.

Entre las medidas que habría que adoptar sugeriría asaltar la prensa seria y vigorosamente, como se ha hecho eficazmente con la Iglesia. La Iglesia ha mejorado mucho en pocos años, pero la prensa está, casi sin excepción, corrompida. Creo que, en este país, la prensa ejerce una influencia mayor y más perniciosa que la que Iglesia ejerció en sus peores tiempos. No somos un pueblo religioso, sino una nación de políticos. No nos importa la Biblia, sino el periódico. ¡Qué impertinente sería citar la Biblia en una reunión de políticos como la que tuvo lugar en Concord la otra tarde, por ejemplo! ¡Qué pertinente sería citar el

periódico o la Constitución! El periódico es una Biblia que leemos todas las mañanas y tardes, de pie y sentados, montando a caballo y caminando. Es una Biblia que todo hombre lleva en su bolsillo, que se encuentra en toda mesa o ventanilla y que el correo, y miles de misioneros, distribuyen continuamente. En resumen, se trata del único libro impreso y leído en América. Así de amplia es su influencia. El editor es un predicador que mantenemos voluntariamente. El impuesto que pagáis es, por lo común, de un centavo al día y su costo no significa nada para el banco alquilado de la Iglesia. Pero ¿cuántos de esos predicadores predicán la verdad? Repito el testimonio de muchos extranjeros inteligentes, así como mis propias convicciones, al decir que probablemente nunca ha habido un país gobernado por una clase de tiranos tan mediocre, con algunas nobles excepciones, como los editores de la prensa periódica en *este* país. Como viven y gobiernan por medio de su servilismo, sin apelar a la mejor naturaleza del hombre, sino a la peor, la gente que los lee se encuentra en la situación del perro que vuelve a su vómito.

El *Liberator* y el *Commonwealth* fueron los únicos periódicos de Boston, hasta donde yo sé, que se hicieron oír para condenar la cobardía y la vileza que las autoridades de esa ciudad exhibieron en 1851. Los otros periódicos, casi sin excepción, insultaron cuando menos el sentido común del país con su modo de referirse y hablar de la Ley de Esclavos Fugitivos y la devolución del esclavo Simms. En la mayoría de las ocasiones se diría que lo hicieron porque pensaban asegurarse así la aprobación de sus patronos, sin ser conscientes de que un sentimiento más profundo prevalecía hasta cierto punto en el corazón de la Comunidad. Me han dicho que algunos de ellos han mejorado últimamente, aunque siguen siendo esencialmente oportunistas. Ese es el carácter que han adquirido.

Pero, afortunadamente, ese predicador puede ser más vulnerable al ataque del reformista que el sacerdote cobarde. Los

hombres libres de Nueva Inglaterra solo tienen que abstenerse de comprar y leer esas hojas, solo tienen que guardar su dinero, para matar una veintena de ellas a la vez. Alguien a quien respeto me dijo que había comprado el *Citizen* de Mitchell en el tren y luego lo había arrojado por la ventana. Pero ¿no habría expresado con más fatalidad su desprecio si no lo hubiera comprado?

¿Son americanos? ¿Son de Nueva Inglaterra? ¿Son habitantes de Lexington, Concord y Framingham quienes leen y sustentan el *Post*, el *Mail*, el *Journal*, el *Advertiser*, el *Courier* y el *Times* de Boston? ¿Son esas las banderas de nuestra Unión? No soy un lector de periódicos, y puedo omitir nombrar a los peores.

¿Podría la esclavitud sugerir un servilismo más completo que el que exhiben algunos de esos periódicos? ¿Seguirán moriendo el polvo con su conducta y haciéndose más asquerosos con su baba? No sé si sigue existiendo el *Herald* de Boston, aunque recuerdo haberlo visto por las calles cuando Simms fue detenido. ¿No interpretó bien su papel, sirviendo fielmente a su amo? ¿Podría haberse bajado más los pantalones? ¿Cómo puede un hombre rebajarse más de lo que ya se ha rebajado? ¿Poniendo sus extremidades en el lugar de su cabeza y haciendo de su cabeza su extremidad inferior? Cuando cogí ese periódico con mis puños arremangados, oí el gorgoteo de la cloaca en cada columna que leía. Me parecía que estaba manejando un periódico sacado de las alcantarillas públicas, una hoja del evangelio de las casas de juego, el salón y el burdel, que armonizaba con el evangelio de la Cámara de Comercio.

La mayoría de los hombres del norte y el sur, del este y el oeste, carece de principios. Si votan, no envían a sus representantes al Congreso con un recado de humanidad, sino que, mientras sus hermanos y hermanas son azotados y ahorcados por amor a la libertad —podría insertar aquí lo que la esclavitud implica y es—, a ellos les preocupa la mala administración de la madera y el hierro, de la piedra y el oro. ¡Haz lo que quieras, go-

bierno, con mi esposa e hijos, mi madre y mi hermano, mi padre y mi hermana, que yo obedeceré tus órdenes al pie de la letra! Me apenaría que los lastimaras y los entregaras a los capataces para que fueran perseguidos por los sabuesos o asesinados a latigazos; sin embargo, me dedico pacíficamente a mi vocación predilecta en esta hermosa tierra, hasta que llegue el día en que, tras lamentar la muerte de todos ellos, te haya persuadido para que te ablandes. Esa es la actitud y el discurso de Massachusetts.

Al preferir no actuar de este modo, no necesito decir qué resorte tocaría ni qué sistema trataría de explotar, pero como amo mi vida, me alinearé con la luz y dejaré que la oscura tierra se mueva bajo mis pies, llamando a mi madre y mi hermano para que me sigan.

Me gustaría recordarles a mis compatriotas que primero han de ser hombres y solo a última hora, cuando sea conveniente, americanos. No importa el valor que posea la ley que protege vuestra propiedad o mantiene unidos el cuerpo y el alma, si no os mantiene unidos a la humanidad.

Lamento decir que dudo que exista un juez en Massachusetts dispuesto a renunciar a su cargo, y ganarse inocentemente la vida, cuando se le pida que dicte sentencia bajo una ley contraria a la ley de Dios. Estoy obligado a señalar que se ponen a este respecto, que lo están más bien por su carácter, exactamente a la altura del soldado que descarga su mosquete en la dirección que le ordenan. Son tanto herramientas como hombrecillos. No resultan, desde luego, más dignos de respeto porque sus amos esclavicen sus entendimientos y conciencias en lugar de sus cuerpos.

Los jueces y abogados —quiero decir como tales—, y todos los hombres de conveniencia, tratan este caso de un modo burdo e incompetente. No consideran si la Ley de Esclavos Fugitivos es justa, sino si es lo que ellos llaman *constitucional*. ¿Es la virtud constitucional o el vicio? ¿Es la equidad constitucional o la iniquidad? En asuntos morales y vitales tan importantes como

este es tan impertinente preguntar si una ley es constitucional o no como si es beneficiosa. Persisten en servir a lo peor que hay en el hombre sin servir a la humanidad. La cuestión no es si tú o tu abuelo, hace setenta años, llegasteis a un acuerdo para servir al diablo y, por tanto, ahora debéis cumplirlo, sino si serviréis a Dios de una vez por todas, a pesar de vuestra pasada deslealtad o la de vuestros antepasados, obedeciendo la única CONSTITUCIÓN eterna que Él, no Jefferson ni Adams, ha escrito en vuestro ser.

El resultado es que, si la mayoría vota que el diablo sea Dios, la minoría vivirá y se comportará en consecuencia y obedecerá al candidato vencedor, confiando tal vez en poder reinstaurar a Dios, en un momento u otro, por medio del voto decisivo de algún orador. Ese es el principio supremo que concibo o imagino para mis vecinos. Esos hombres actúan como si creyeran que pueden deslizarse con seguridad colina abajo un poco, o de buena manera, y llegar a algún lugar desde el que puedan empezar a remontar la colina. Es una cuestión de conveniencia o de escoger el camino que ofrece menor resistencia a los pies, es decir, cuesta abajo. Pero no hay ninguna posibilidad de lograr una reforma justa mediante el uso de la «conveniencia». No hay ninguna posibilidad de deslizarse cuesta arriba. En la moral, los únicos deslizamientos son hacia abajo.

Por lo regular, adoramos a Mamón, así como a la escuela, el Estado y la Iglesia, y el séptimo día maldecimos a Dios de modo escandaloso a lo largo de la Unión.

¿No aprenderá nunca la humanidad que la política no es moralidad, que no asegura ningún derecho moral, sino que solo tiene en cuenta lo conveniente? La política escoge al candidato disponible, que invariablemente es el diablo. ¿Qué derecho tienen sus electores a sorprenderse de que el diablo no se comporte como un ángel de luz? No hacen falta políticos, sino hombres honrados que reconozcan una ley superior a la

Constitución o la decisión de la mayoría. El destino del país no depende de nuestra manera de votar en las elecciones –un juego en el que el peor es tan fuerte como el mejor–, ni de la clase de papel que dejamos caer en las urnas una vez al año, sino de la clase de hombre que dejamos caer del dormitorio en la calle cada mañana.

Lo que debería preocupar a Massachusetts no es la Ley de Nebraska, ni la Ley de Esclavos Fugitivos, sino su propia esclavitud y servilismo. Que el Estado disuelva su unión con el esclavista. Massachusetts puede retorcerse y vacilar y pedir permiso para leer la Constitución una vez más, pero no encontrará una ley respetable ni precedente alguno que sancione la continuidad de esa Unión por un instante.

Que cada habitante del Estado disuelva su unión con él cada vez que el Estado se retrase en cumplir con su deber.

Los acontecimientos del mes pasado me han enseñado a desconfiar de la fama. Creo que no discrimina sutilmente, sino que aclama groseramente. Considera el heroísmo de una acción solo cuando está vinculado a sus aparentes consecuencias. ¡Alaba las gratuitas proezas del Motín del Té de Boston hasta enronquecer, pero guarda relativo silencio sobre el ataque al Tribunal de Boston más valiente y desinteresadamente heroico que se ha perpetrado, simplemente porque no tuvo éxito!

Cubierto de desgracia, el Estado se sienta a juzgar fríamente las vidas y las libertades de los hombres que han intentado cumplir con el deber que le correspondía a él. ¡Y a eso lo llaman *justicia*! Quienes hayan demostrado que pueden comportarse bien tal vez sean puestos bajo fianza por *su buen comportamiento*. Quienes ahora se hayan declarado culpables en honor a la verdad son, de modo eminente, inocentes entre todos los habitantes del Estado. Mientras el gobernador, el alcalde y los innumerables oficiales de la Comunidad campan a sus anchas, los campeones de la libertad están en la cárcel.

Solo serán absueltos quienes cometan el crimen de desacato a ese tribunal. Entonces a todos les tocará ocuparse de poner su influencia del lado de la justicia, dejando que los tribunales representen su propia comedia. En ese caso, mis simpatías están completamente de parte del acusado y en contra de los acusadores y sus jueces. La justicia es dulce y musical, pero la injusticia es áspera y discordante. El juez sigue tocando el organillo sin producir música alguna, mientras nosotros escuchamos el sonido del manubrio. Él cree que la música reside en el manubrio, y la multitud le arrojará su calderilla como siempre.

¿Os imagináis que el Massachusetts que hace esas cosas—que vacila en coronar a esos hombres cuyos abogados, e incluso jueces, podrían valerse de algún pobre subterfugio a fin de que no ultrajaran por completo su sentido instintivo de la justicia— es otra cosa que un Estado ruin y servil? ¿Es acaso el campeón de la libertad?

Mostradme un Estado libre, y un verdadero tribunal de justicia, y lucharé por ellos si es necesario, pero mostradme a Massachusetts y rechazaré mi alianza con él y expresaré mi desprecio por sus tribunales.

El efecto de un buen gobierno es una vida más valiosa, y el de un mal gobierno una vida menos valiosa. Podemos permitirnos que el ferrocarril, y todas las reservas meramente materiales, pierdan parte de su valor, pues eso nos obligaría a vivir con mayor sencillez y economía, pero ¡suponed que el valor de la vida misma disminuyera! ¿Cómo podríamos exigir menos de los hombres y de la naturaleza, cómo viviríamos con más economía respecto a la virtud y las nobles cualidades de lo que lo hacemos? Durante el último mes he vivido con la sensación de haber sufrido una vasta e indefinida pérdida, y creo que cualquier hombre en Massachusetts capaz de algún sentimiento de patriotismo debe haber tenido una experiencia similar. Al principio no sabía qué me afligía. Al final ocurrió que lo que había

perdido era un país. Nunca he respetado el gobierno que tenía cerca, pero pensaba absurdamente que me las arreglaría para vivir aquí mientras me ocupaba de mis propios asuntos, hasta olvidarme de él. Por mi parte, no sería capaz de decir en qué medida mis viejos y más dignos propósitos han perdido su atractivo para mí, y siento que cuanto he invertido en la vida en este lugar no vale mucho más desde que Massachusetts devolvió deliberadamente a un hombre inocente, Anthony Burns, a la esclavitud. Tal vez vivía con la ilusión de que mi vida transcurría en algún lugar *entre* el cielo y el infierno, pero ahora no acabo de convencerme a mí mismo de no vivir *completamente dentro* del infierno. El lugar de esa organización política que se llama Massachusetts está para mí moralmente cubierto de escorias y resoldos volcánicos, como Milton lo describe en las regiones infernales. Si existe un infierno dotado de menos principios que nuestros gobernantes y nosotros los gobernados, tengo curiosidad por verlo. Cuando la vida misma tiene menos valor, aquello que nos facilita las cosas tiene también menos valor. Suponed que tenéis una pequeña biblioteca, con cuadros que adornan sus paredes y un jardín que la rodea, y pensáis en alguna empresa científica y literaria, y al mismo tiempo descubrís que vuestra casa, con todo lo que contiene, se encuentra en el infierno y que el juez de paz tiene las pezuñas hendidas y la cola bífida. ¿No perderían de repente esas cosas su valor a vuestros ojos?

Me parece que, hasta cierto punto, el Estado ha interferido fatalmente en mis asuntos legales. No solo ha interrumpido mi paso por Court Street en recados de comercio, sino que me ha interrumpido a mí y también a cada hombre en su camino progresivo y ascendente por el que confiaba en dejar pronto atrás Court Street. ¿Qué derecho tenía a recordarme Court Street? He descubierto el hoyo que incluso yo tenía por terreno sólido.

Me sorprende ver que los hombres se ocupen de sus asuntos como si no hubiera sucedido nada. Me digo a mí mismo:

«¡Desgraciados!» No han oído las noticias. Me sorprende que el hombre al que acababa de encontrarme a caballo se tomara en serio la tarea de alcanzar las vacas que había comprado recientemente y se habían escapado —puesto que toda propiedad es incierta—, y que si no se escapan de nuevo, puede que se las quiten en cuanto las tenga. ¡Necio! ¿No sabe que su maíz para sembrar vale menos este año y que las cosechas benéficas fracasaran al aproximarse al imperio del infierno? El hombre prudente no construirá una casa de piedra en esas circunstancias ni se comprometerá a ninguna empresa pacífica a largo plazo. El arte es tan largo como siempre, pero la vida se ve interrumpida con mayor frecuencia y está menos disponible para los propósitos del hombre. No es una época de reposo. Hemos agotado nuestra libertad heredada. Para salvar nuestras vidas hemos de luchar por ellas.

Me marchó hacia una de nuestras lagunas, pero ¿qué significa la belleza de la naturaleza cuando los hombres son viles? Vamos a los lagos a contemplar nuestra serenidad reflejada en ellos; cuando no estamos serenos, no vamos. ¿Quién podría conservar la serenidad en un país donde los gobernantes y los gobernados carecen de principios? El recuerdo de mi país malogra mi paseo. Para el Estado mis pensamientos son asesinos que conspiran involuntariamente contra él.

Pero el otro día ocurrió que aspiré el olor de un nenúfar blanco y que había llegado la estación que esperaba. El nenúfar es el emblema de la pureza. Se abre tan puro y hermoso a la vista, y tan dulce al olfato, que parece mostrarnos la pureza y la dulzura que residen en el barro y el estiércol de la tierra y que podrían extraerse de ellos. Creo que cogí el primero que se había abierto en una milla. ¡La confirmación de nuestras esperanzas está en la fragancia del nenúfar! A pesar de la esclavitud, la cobardía y la falta de principios de los norteros, no desesperaré del mundo tan pronto. Esa fragancia sugiere qué clase de leyes

han prevalecido y seguirán prevaleciendo, y la llegada de un tiempo en que los actos del hombre sean igual de dulces. Ese es el aroma que emite la planta. Si la naturaleza puede componer esa fragancia todos los años, seguiré creyendo en su juventud llena de fuerza, en su integridad e incomparable genio y en que hay virtud incluso en el hombre, capaz de percibirla y amarla. Me recuerda que la naturaleza no está asociada a ningún Compromiso de Missouri. Tampoco lo huelo en la fragancia del lirio. No es una *Nymphaeae Douglassii*. Lo dulce, puro e inocente en él están completamente separados de lo obscuro y ominoso. No huelo en esto la irresolución oportunista de ningún gobernador de Massachusetts o alcalde de Boston. Lo que supone que el olor de vuestros actos pueda aumentar la dulzura general de la atmósfera, y cuando contemplemos o aspiremos el aroma de una flor, no haga falta que nos recuerden cuán incoherentes resultan vuestros actos con ello, pues el olor nos advierte de una cualidad moral y, si no se llevara a cabo ninguna acción justa, el nenúfar no olería dulcemente. El fango contaminado representa la pereza y el vicio del hombre, la decadencia de la humanidad, mientras que la fragante flor que brota de él representa una pureza y coraje inmortales.

La esclavitud y el servilismo no han producido ninguna flor perfumada anualmente que encante los sentidos del hombre, pues no tienen auténtica vida: son decadencia y muerte, que ofenden cualquier nariz sana. Nosotros no nos quejamos de que *vivan*, sino de que no sean *enterrados*. Que los entierren los vivos; incluso ellos servirán de abono.

## DEFENSA DEL CAPITÁN JOHN BROWN<sup>42</sup>

Confío en que me perdonéis por estar aquí. No deseo someteros a mis pensamientos, pero me siento obligado a hacerlo. Por lo poco que sé del capitán Brown, estoy dispuesto a hacer lo que me corresponde para corregir el tono y las afirmaciones de los periódicos, y de mis compatriotas en general, respecto a su carácter y acciones. No nos cuesta nada ser justos. Al menos expresaremos nuestra simpatía y admiración por él y por sus compañeros, que es lo que ahora me propongo hacer.

En primer lugar, su historia.

Trataré de omitir, en la medida de lo posible, lo que ya habéis leído. No necesito describiros su personalidad, porque probablemente la mayoría de vosotros lo ha visto y no lo olvidará fácilmente. Me han dicho que su abuelo, John Brown, fue oficial en la Revolución; que él mismo nació en Connecticut a principios de este siglo y que en seguida se trasladó con su padre a Ohio. Le oí decir que su padre fue un contratista que aprovi-

---

<sup>42</sup> El 16 de octubre de 1859, John Brown asaltó el arsenal federal de Harper's Ferry, en Virginia, con la intención de usar las armas para liberar esclavos. En la refriega posterior murieron varios de los seguidores de Brown —entre ellos algunos de sus hijos— y Brown fue capturado, juzgado y condenado a muerte por traición. Fue ahorcado el 2 de diciembre de 1859. El gobernador Henry A. Wise confirmó la sentencia. Brown había participado en las luchas contra la esclavitud en Kansas, donde se había ganado el título de capitán.

sionó de carne fresca al ejército allí, durante la guerra de 1812; que le acompañaba al campamento y le ayudaba en el trabajo, y que había visto una buena porción de vida militar, tal vez más que si hubiera sido soldado, ya que solía asistir a las reuniones de oficiales. Había aprendido por experiencia cómo se aprovisionan y mantienen los ejércitos en el campo, un trabajo que, como pudo observar, requiere al menos tanta experiencia y habilidad como llevarlos a la batalla. Decía que pocas personas se hacían una idea del coste, ni siquiera del coste pecuniario, de disparar una sola bala en la guerra. En cualquier caso, vio lo bastante como para que le disgustara tanto la vida militar, incluso para aborrecerla por completo, que no solo rechazó la oferta, aunque tentadora, de un pequeño empleo en el ejército cuando tenía dieciocho años, sino que también rehusó adiestrarse cuando le llamaron a filas, y le multaron por ello. Entonces decidió que nunca tendría nada que ver con ninguna guerra, a menos que fuera una guerra por la libertad.

Cuando comenzaron las revueltas en Kansas, envió allí a varios de sus hijos para reforzar al partido del Estado Libre, dotándoles con las armas que tenía, y les dijo que si los problemas crecían y le necesitaban, les seguiría para ayudarles con sus manos y consejo. Lo que, como todos sabéis, no tardaría en hacer, y gracias a su intervención, mucho mayor que la de otros, Kansas fue libre.

Trabajó como agrimensor durante parte de su vida y, en cierta ocasión, se dedicó a la cría de ganado lanar, y viajó a Europa como agente de negocios. Allí, como en todas partes, se mantuvo atento e hizo muchas observaciones originales. Dijo, por ejemplo, que había comprobado por qué la tierra es tan fértil en Inglaterra y en Alemania (creo recordar) tan pobre, y había pensado en escribir sobre ello a algunas cabezas coronadas. Se debía a que, en Inglaterra, los campesinos vivían en las tierras que cultivaban, mientras que en Alemania se reunían por la

noche en las ciudades. Es una lástima que no compusiera un libro con sus observaciones.

Yo diría que se trataba de un hombre chapado a la antigua en su respeto por la Constitución y su fe en la permanencia de esta Unión. Consideraba que ambas se oponían completamente a la esclavitud, de la que sería su resuelto enemigo.

Por su nacimiento y descendencia fue un granjero de Nueva Inglaterra, un hombre de gran sentido común, deliberado y práctico como los de su clase, y diez veces más. Fue el mejor de los que estuvieron en Concord Bridge, en Lexington Common y en Bunker Hill, el único con principios más firmes y superiores que los de cualquier otro que yo haya tenido noticia de haber estado allí. Ningún conferenciante abolicionista le convirtió. Podemos compararlo en ciertos aspectos con Ethan Allen y Stark, exploradores en un campo inferior y menos significativo, capaces de enfrentarse con valentía a los enemigos de su país, aunque él tenía el coraje de enfrentarse a su propio país cuando el país se equivocaba. Un escritor del oeste dice, al contar cómo había escapado a tantos peligros, que se ocultaba tras una «apariencia rural», como si en esa tierra de praderas el héroe solo tuviera derecho a vestir como un ciudadano.

No fue a esa universidad llamada Harvard, antigua y excelente *alma mater* como es. No se alimentó de la papilla que se elabora allí. Solía decir: «No sé más gramática que vuestros becerros». Pero fue a la gran universidad del oeste, en la que acometió con diligencia el estudio de la libertad, por la que pronto manifestaría su afecto y, tras haberse graduado sobradamente, empezó por fin a practicar públicamente la humanidad en Kansas, como todos sabéis. Esas fueron sus *humanidades*, y no el estudio de la gramática. Podía dejar caer mal un acento griego y levantar a un hombre caído.

Pertenecía a esa clase de la que hemos oído decir muchas cosas, pero que en su mayor parte no hemos visto en absoluto:

los puritanos. No serviría de nada asesinarlo. Hace mucho que murió en la época de Cromwell, y ahora ha reaparecido aquí. ¿Por qué no? Se dice que algunos de la cepa puritana vinieron para establecerse en Nueva Inglaterra. Formaban una clase que hacía algo más que celebrar el día de sus antepasados y comer maíz tostado en conmemoración de esa fecha. No eran demócratas ni republicanos, sino hombres de hábitos sencillos, rectos y devotos, que no pensaban mucho en los gobernantes que no temieran a Dios, ni se comprometían demasiado, ni buscaban candidatos disponibles.

«En su campamento –como ha escrito alguien recientemente y yo mismo le he oído decir a él– no permitía profanación alguna; no se permitía a nadie cuya moral fuera disoluta que se quedara allí, salvo como prisionero de guerra. Prefiero –decía– acoger en mi campamento a la viruela, la fiebre amarilla y el cólera al mismo tiempo, antes que a un hombre sin principios... Es un error, señor, que nuestro pueblo piense que los matones son los mejores combatientes o los hombres idóneos para oponerse a esos sureños. ¡Dadme hombres de buenos principios, temerosos de Dios, que se respeten a sí mismos, y con una docena de ellos me enfrentaré a otros cien de la calaña de esos rufianes de Buford!». Dijo que si alguien se ofrecía como soldado a sus órdenes, y daba un paso al frente para decir lo que haría o sería capaz de hacer cuando fijara su vista en el enemigo, confiaría poco en él.

Nunca fue capaz de reclutar a más de una veintena de hombres más o menos que considerara aceptables, y solo una docena, entre los que se encontraban sus hijos, en los que tuviera una fe absoluta. Hace unos años estuvo aquí y enseñó a unos cuantos un pequeño libro manuscrito –creo que lo llamaba su «libro de ordenanzas»–, que contenía los nombres de los miembros de su compañía en Kansas y las reglas que se habían comprometido a cumplir, y declaró que algunos de ellos ya habían

sellado el pacto con su sangre. Cuando alguien señaló que, con un capellán, sería una tropa perfectamente cromwelliana, observó que le habría alegrado añadir un capellán a la lista si hubiera encontrado alguno que desempeñara dignamente su oficio. Es muy fácil encontrar a uno para el ejército de los Estados Unidos. Sin embargo, creo que en su campamento había oraciones mañana y tarde.

Fue un hombre de hábitos espartanos que, a los sesenta años, seguía una escrupulosa dieta en la mesa y se disculpaba diciendo que debía comer frugalmente y llevar, como corresponde a un soldado o a quien se prepara para empresas difíciles, una vida expuesta.

Fue un hombre de raro sentido común y franqueza, tanto en su expresión como en sus actos; sobre todo, un trascendentalista, un hombre de ideas y principios: eso era lo que le distinguía. No cedía ante ningún capricho o impulso pasajero, sino que cumplía el propósito de una vida. Me he dado cuenta de que no exageraba en nada, sino que hablaba siempre con sentido. Recuerdo particularmente el momento en que, durante el discurso que pronunció aquí, se refirió al sufrimiento que había vivido su familia en Kansas, sin descargar en lo más mínimo su contenido ardor. Se trataba de un volcán con el tiro ordinario de una chimenea. Asimismo, en referencia a los actos de ciertos rufianes de frontera, dijo, reduciendo rápidamente su discurso, como un soldado experimentado al que le quedara una reserva de fuerzas e intenciones, que «tenían perfecto derecho a ser ahorcados». No era en absoluto retórico, sin hablar para Buncombe ni para sus electores en ninguna parte, sin necesidad de inventar nada, sino que decía la pura verdad y comunicaba su propia decisión, por lo que parecía incomparablemente fuerte. En mi opinión, podemos descontar la elocuencia del Congreso y de cualquier otro lugar. Sería como comparar los discursos de Cromwell con los de un rey ordinario.

En cuanto a su tacto y prudencia, solo diré que, cuando apenas había un hombre de los Estados Libres capaz de llegar a Kansas por un camino directo, al menos sin tener que deponer sus armas, él, cargado de pistolas defectuosas y otras armas que pudo reunir, llevó expedita y lentamente un carro de bueyes a través de Missouri, aparentemente en calidad de agrimensor, con su teodolito a la vista, y pasó inadvertido y tuvo ocasión de averiguar los planes del enemigo. Tras su llegada siguió ejerciendo la misma profesión por algún tiempo. Por ejemplo, cuando observaba en la pradera a un puñado de rufianes discutiendo, por supuesto, el tópico que entonces les ocupaba, es posible que cogiera su teodolito y a uno de sus hijos y trazara una línea imaginaria en el mismo lugar donde se había reunido aquel cónclave y, en cuanto se acercara a ellos, se detuviera con naturalidad y entablara conversación a fin de conocer a la perfección las noticias y los planes que tenían; habiendo completado así su verdadero estudio, recobraba el imaginario y seguía su camino hasta perderse de vista.

Cuando expresé mi sorpresa ante el hecho de que viviera en Kansas, con la cabeza puesta a precio y un gran número de personas, incluyendo a las autoridades, exasperadas contra él, contestó que «se sobrentiende que no me atraparían». Durante algunos años pasó mucho tiempo oculto en los pantanos, sufriendo la pobreza y la enfermedad, consecuencia de su exposición, con la sola amistad de los indios y unos cuantos blancos. Aunque se sabía que permanecía al acecho en un pantano concreto, a sus enemigos no solía preocuparles perseguirlo. Podía llegar incluso a una ciudad donde había más rufianes de frontera que partidarios de los Estados Libres, y llevar a cabo ciertos negocios, sin quedarse demasiado tiempo ni ser molestado. Decía que «un simple puñado de hombres no estaba dispuesto a apresarlo y no era posible reunir a tiempo un grupo mayor».

En cuanto a su reciente fracaso, no conocemos los hechos. Como es evidente, estuvo lejos de ser un intento salvaje y deses-

perado. Su enemigo, el señor Vallandigham, se ha visto obligado a decir que «fue una de las conspiraciones mejor planeadas y ejecutadas que haya fracasado».

Sin mencionar sus éxitos, ¿fue un fracaso o mostró una falta de preparación librar del cautiverio a una docena de seres humanos y llevarlos a plena luz del día, durante semanas, si no meses, a paso lento, de un Estado a otro, por todo el norte, a la vista de todos los partidos, con la cabeza puesta a precio, deteniéndose en un tribunal para contar lo que había hecho y convencer así a Missouri de que no resultaba beneficioso tratar de tener esclavos en su vecindad? No porque los lacayos del gobierno fueran indulgentes, sino porque le temían.

Sin embargo, no atribuía su éxito estúpidamente a «su estrella» ni a magia alguna. Decía sinceramente que la razón de que un gran número de personas se acobardara ante a él era, como uno de sus prisioneros había confesado, que *les faltaba una causa*, una especie de armadura de la que él y su partido no carecían. Llegado el momento, solo unos pocos estaban dispuestos a dar sus vidas en defensa de lo que sabían que estaba mal; no les gustaba que ese fuera su último acto en este mundo.

Pero pasemos en seguida a *su* última acción y a sus efectos.

Parece que los periódicos no conocen, o tal vez lo ignoren de verdad, el hecho de no haya más de dos o tres individuos en cada ciudad del norte que piensen como quien os habla sobre él y su empresa. No vacilo en decir que constituyen un importante y creciente partido. Aspiramos a ser algo más que estúpidos y tímidos esclavos que fingen leer la historia y nuestras biblias, pero profanan cada casa y cada día en los que respiran. Tal vez algunos ansiosos políticos puedan demostrar que solo a diecisiete blancos y cinco negros les importaba su última empresa, pero esa misma ansiedad por probarlo podría sugerirles que aún queda algo por decir. ¿Por qué siguen eludiendo la verdad? Están ansiosos por la oscura conciencia del hecho, que no distinguen con claridad, de

que al menos un millón de habitantes libres se alegraría si tuviera éxito. Critican a lo sumo la táctica. Aunque no llevemos crespón, pensar en el probable destino y la posición en la que se encuentra ese hombre está malogrando, por varias razones, los días de muchos hombres del norte. Si cualquiera que lo haya visto aquí pudiera seguir con éxito otro hilo de pensamiento, no sabría decir de qué está hecho. Si hay alguien que disponga de su habitual asignación de sueño, le garantizo que aumentará con facilidad en cualquier circunstancia que no afecte a su cuerpo o bolsa. Yo ponía un trozo de papel y un lápiz bajo mi almohada y, cuando no conseguía dormir, escribía en la oscuridad.

En conjunto, mi respeto por mis conciudadanos, salvo por uno que vale por un millón, no ha aumentado en estos días. He visto la sangre fría con la que los periodistas y los hombres en general hablan de este acontecimiento, como si hubiera sido capturado un malhechor común, aunque de insólitas «agallas» —como, según se dice, declaró el gobernador de Virginia, utilizando el lenguaje de las peleas de gallos, «la pieza más brava que haya visto»—, y estuviera a punto de ser colgado. Pero él no soñaba con sus enemigos mientras al gobernador le parecía tan valiente. Invierte la dulzura que tengo que hostigar y oír en los comentarios de algunos de mis vecinos. Al principio, cuando oímos que había muerto, uno de mis conciudadanos dijo que «ha muerto como un idiota», lo que por un instante me sugirió cierta semejanza, perdonadme, entre el muerto y mi vecino vivo. Otros de espíritu cobarde dijeron despectivamente que había «desperdiciado su vida» por haberse resistido al gobierno. Decidme, ¿cómo han desperdiciado entonces ellos *sus* vidas? Habrían elogiado a cualquiera que hubiera atacado en solitario a una banda corriente de ladrones y asesinos. Oí que otro preguntaba como un yanqui: «¿Qué ha ganado con ello?», como si el capitán Brown esperara llenarse sus bolsillos con su empresa. Aquel tipo no tenía otra idea de ganancia que no tenga ese sen-

tido terrenal. Si no le lleva a una fiesta «sorpresa», si no consigue un nuevo par de botas o un voto de agradecimiento, entonces será un fracaso. «Pero no ganará nada con ello.» Bueno, no creo que gane cuatro chelines y seis peniques al día durante todo un año por ser ahorcado, aunque tiene la oportunidad de salvar una considerable parte de su alma —¡y *qué* alma!—, mientras que *vosotros* no. No dudo de que obtendréis más en vuestro mercado por un cuarto de leche que por un cuarto de sangre, pero ese no es el mercado al que los héroes llevan su sangre.

Esos no saben que el fruto es como la semilla y que, en el mundo moral, si la semilla plantada es buena, el buen fruto será inevitable, y no dependerá de nuestro riego y cultivo; que si plantamos o enterramos a un héroe en su campo, brotará una cosecha de héroes. Es una semilla de tal fuerza y vitalidad que no necesita nuestro permiso para germinar.

El poeta laureado ha celebrado suficientemente la efímera carga de Balaclava, en obediencia a una orden errónea que demuestra que el soldado es una máquina perfecta, pero la carga regular y, en su mayor parte, lograda de este hombre durante años contra las legiones de la esclavitud, en obediencia a una orden infinitamente superior, es mucho más memorable que aquella, igual que un hombre inteligente y consciente es superior una máquina. ¿Creéis que no habrá canciones en su honor?

«Bien merecido», «un hombre peligroso», «está loco, sin duda». Así siguen viviendo sus vidas cuerdas, sensatas y en conjunto admirables, mientras leen brevemente a su Plutarco, deteniéndose, sobre todo, ante la hazaña de Putnam, que cayó en la guarida de un lobo, y de ese modo se alimentan de actos valientes y patrióticos por algún tiempo. La *Tract Society* se puede permitir publicar la historia de Putnam.<sup>43</sup> Podrías inaugurar el

---

<sup>43</sup> La *Tract Society* era una sociedad filantrópica. Israel Putnam, héroe de la revolución, había librado a Connecticut de la presencia de una loba temible.

curso de la escuela pública con su lectura, puesto que no incluye nada sobre la esclavitud ni la Iglesia, a menos que al lector se le ocurra que algunos pastores son *lobos* con piel de cordero. Incluso la Junta Americana de Delegados para Misiones Extranjeras se atrevería a protestar contra *ese* lobo. He oído hablar de juntas, y de juntas americanas, pero hasta hace poco no había oído hablar de esa madera.<sup>44</sup> Sin embargo, he oído hablar de nortños, hombres, mujeres y niños, familias que han adquirido su condición de «miembros vitalicios» de esas sociedades. ¡Miembros vitalicios en la tumba! Hay modos más baratos de ser enterrados.

Nuestros enemigos están entre nosotros y a nuestro alrededor. No hay una sola casa que no esté dividida, pues nuestro enemigo no es sino la universal rigidez de la cabeza y el corazón, la falta de vitalidad en el hombre como efecto de nuestros vicios; de ahí provienen el miedo, la superstición, la intolerancia, la persecución y la esclavitud de toda especie. Solo somos mascarones de proa en el casco de un barco, con pulmones en lugar de corazón. La adoración de los ídolos es la maldición que convierte al adorador en una imagen de piedra, y el habitante de Nueva Inglaterra es tan idolatra como el hindú. Ese hombre ha sido una excepción, pues ni siquiera ha erigido una imagen política entre su Dios y él.

¡Una Iglesia que nunca ha tenido nada que ver con excomulgar a Cristo! ¡Fuera con vuestras iglesias anchas y bajas, con vuestras iglesias estrechas y altas! ¡Dad un paso adelante e inventad un nuevo estilo de retrete! Inventad una sal que os salve y no ofenda nuestras narices.

El cristiano moderno es alguien que se presta a recitar todas las oraciones de la liturgia, con tal de que luego le dejemos ir directamente a la cama y dormir en paz. Sus oraciones comienzan

---

<sup>44</sup> «Board» significa tanto «junta» como «tablero de madera».

con un «ahora me acuesto a dormir», deseando que llegue el momento de partir a su «*eterno* descanso». También, siguiendo la costumbre, se presta a llevar a cabo algunas antiguas obras de caridad, aunque no quiere oír hablar de las nuevas; no desea añadir nuevas cláusulas a su contrato para adecuarlo al presente. Pone los ojos en blanco en el *sabbath* y en negro el resto de la semana. El mal no es solo un estancamiento de la sangre, sino un estancamiento del espíritu. Sin duda, muchos tienen una buena disposición, pero son perezosos por constitución y hábitos, y no conciben que nadie obre por motivos superiores a los suyos. Por tanto, declaran que ese hombre está loco, pues saben que *ellos* nunca habrían obrado como él mientras fueran ellos mismos.

Soñamos con países extranjeros, con otras épocas y razas de hombres, y los situamos a cierta distancia en la historia o el espacio, pero dejad que un acontecimiento significativo como este tenga lugar entre nosotros y descubriremos de repente esa distancia y extrañeza entre nosotros y nuestros vecinos más cercanos. *Ellos* son nuestras Austrias, Chinas e Islas de los Mares del Sur. Nuestra poblada sociedad se espaciará en seguida, limpia y hermosa a la vista, una ciudad de magníficas distancias. Descubriremos por qué no habíamos ido antes más allá de los cumplidos y superficies; seremos conscientes de que hay tantas veredas de distancia entre nosotros y ellos como las que hay entre el tártaro errante y una ciudad china. El hombre meditabundo se convierte en un ermitaño a su paso por el mercado. Mares infranqueables se elevan de inmediato hasta nosotros, silenciosas estepas se extienden a nuestro alrededor. Es la diferencia de constitución, de inteligencia y fe, y no las corrientes ni las montañas, lo que marca los auténticos e infranqueables límites entre los individuos y entre los Estados. Solo alguien de mentalidad parecida podría ser embajador plenipotenciario en nuestra corte.

He leído todos los periódicos que he podido conseguir en la semana posterior a este acontecimiento, y no recuerdo una

sola expresión de simpatía por esos hombres. Desde entonces solo he encontrado un noble comentario en un periódico de Boston, no editorial. Algunos voluminosos periodicuchos han decidido no publicar el informe completo con las palabras de Brown para no excluir otros asuntos. Es como si un editor rechazara el manuscrito del Nuevo Testamento y publicara el último discurso de Wilson.<sup>45</sup> El mismo periódico que había publicado esas embarazosas noticias estaba lleno, en columnas paralelas, de informes de las convenciones políticas que estaban teniendo lugar. Pero era un descenso demasiado pronunciado. Deberían haber prescindido de ese contraste y publicado al menos un número extra. ¡Pasar de las voces y actos de hombres serios al *cacareo* de las convenciones políticas! ¡Aspirantes a cargos públicos y oradores, que ni siquiera han puesto honradamente un huevo, pero llevan sus pechos desnudos sobre un huevo de tiza! Su mejor juego es el de las pajas, o más bien el juego universal y aborigen del plato en el que los indios gritaban *¡hub, hub!* Excluid los informes de las convenciones religiosas y políticas, y publicad las palabras de un hombre vivo.

Pero no me quejo tanto de lo que han omitido como de lo que han incluido. Incluso el *Liberator* lo ha llamado «un esfuerzo errado, salvaje y aparentemente alocado». En cuanto a la horda de periódicos y revistas, no conozco a ningún editor del país que haya publicado deliberadamente algo que supiera que, en última instancia y de manera permanente, reduzca el número de sus suscriptores. No creen que sea conveniente. ¿Cómo pueden, entonces, imprimir la verdad? Si no decimos cosas agradables, argumentan, nadie nos hará caso. Así que obran como ciertos vendedores ambulantes, que cantan canciones obscenas para atraer a la multitud a su alrededor. Obligados a tener sus frases listas para la edición matutina, y acostumbrados a mirarlo

---

<sup>45</sup> Henry Wilson (1812-1875) era senador por Massachusetts y abolicionista.

todo al trasluz de la política, los editores republicanos no expresan admiración, ni verdadero pesar, pero los llaman «fanáticos engañados», «descarriados», «locos» o «dementes». Eso sugiere la clase de editores «cuerdos», *no* «errados», con los que nos han bendecido: al menos saben bien qué lado de la tostada untar con mantequilla.

Alguien lleva a cabo un acto valiente y humano y en seguida oímos decir por todas partes a la gente y a los partidos: «Yo no he sido, ni *le* he animado a hacerlo en absoluto. No puede deducirse con justicia de mi pasado». A mí no me interesa conocer vuestra posición. Que yo sepa, no me ha interesado nunca ni creo que me interese. Pienso que se trata de mero egoísmo o de impertinencia en este momento. No hace falta que os toméis tantas molestias en lavaros las manos con él. Ningún hombre inteligente se dejará convencer de que era vuestra criatura. Él mismo nos informa de que iba y venía «bajo los auspicios de John Brown y de nadie más». El partido republicano no se da cuenta de la cantidad de personas que, gracias a su *fracaso*, votarán mejor que ellos. Han contado los votos de Pensilvania y compañía, pero no han contado correctamente el voto del capitán Brown. Mientras él les cortaba el viento —el poco viento que tenían—, ellos capeaban el temporal como podían.

¡Qué importa que no fuera de vuestra pandilla! Aunque no aprobarais su método ni sus principios, reconoced su magnanimidad. ¿No os gustaría reivindicar cierto parentesco con él, aunque no se pareciera a vosotros probablemente en ninguna otra cosa? ¿Creéis que perderíais de ese modo vuestra reputación? Lo que perdisteis en el tapón lo ganaréis en la piqueta.

Si no quisieran esto, no dirían la verdad, digan lo que quieran. Simplemente siguen con sus viejos trucos.

«Siempre —dice uno que lo considera un demente— fue tenido por un hombre concienzudo, muy modesto en su comportamiento y aparentemente inofensivo, hasta que surgió el

asunto de la esclavitud y exhibió un incomparable sentimiento de indignación».

Un barco negrero está de camino, repleto de víctimas moribundas; nuevos cargamentos se añaden en medio del océano; una pequeña tripulación de esclavistas, con la aprobación de una gran parte de los pasajeros, se dedica a ahogar a cuatro millones de personas bajo las escotillas, y, sin embargo, los políticos afirman que la única manera apropiada de liberarlos es por medio de «la divulgación pacífica de los sentimientos de humanidad», sin ninguna «insurrección». Como si los sentimientos de humanidad no estuvieran acompañados de sus actos y pudierais dispersarlos, todo en orden, como una mera mercancía, como una regadera con el agua, asentando así el polvo. ¿Qué es lo que oigo que arrojan por la borda? Se trata de los cuerpos de los muertos que han encontrado la libertad. Así es como «divulgamos» la humanidad y sus sentimientos con ella.

Los editores distinguidos e influyentes, acostumbrados a tratar con políticos –hombres de un grado infinitamente inferior–, afirman con ignorancia que reaccionó «por venganza». Pero no conocen a ese hombre. Han de ampliar sus miras para concebirlo. No dudo de que llegue el momento en que empezarán a verlo como era. Tendrán que considerarlo un hombre de fe y de principios religiosos, no un político ni un indio; alguien que no esperaría a que interfirieran personalmente ni le amenazaran en ciertos asuntos inofensivos para entregar su vida por la causa de los oprimidos.

Si es posible considerar a Walker el representante del sur, querría decir que Brown era el representante del norte. Era un hombre superior. No valoraba su vida corporal en comparación con los ideales. No reconocía leyes humanas injustas, sino que se resistía a ellas cuando era necesario. Por primera vez nos elevamos de la trivialidad y el polvo de la política a la región de la verdad y la humanidad. Nadie en América había resultado tan

perseverante y eficaz en la lucha por la dignidad de la naturaleza humana, reconociéndose como un hombre igual a cualquier gobierno. En ese sentido, ha sido el más americano de todos nosotros. No necesitaba que un abogado charlatán lo defendiera con falsas declaraciones. Resultaba más que un rival para todos los jueces que los votantes americanos o los funcionarios de cualquier grado pudieran crear. Sus pares no podían formar un jurado para juzgarlo porque no tenía pares. Un hombre que se alza serenamente contra la condena y la venganza de la humanidad, elevándose literalmente por encima de ella *por un cuerpo entero* –aunque fuera el peor de los más viles asesinos, en conformidad con su propia decisión–, resulta un espectáculo sublime y, en comparación, nosotros nos convertimos en criminales. ¿No lo sabíais, vosotros, Liberadores, Tribunos, Republicanos? Honraos a vosotros mismos reconociéndolo. Él no necesita vuestro respeto.

En cuanto a los periódicos demócratas, no son lo suficiente humanos como para afectarme en absoluto. No me indigna nada de lo que digan.

Soy consciente de haberme anticipado un poco, de que, según el último informe, sigue vivo en manos de sus enemigos, pero, aunque ese sea el caso, me descubro a mí mismo pensando y hablando de él como si estuviera físicamente muerto.

No creo en erigir estatuas a quienes siguen vivos en nuestros corazones y cuyos huesos no se han desintegrado aún en la tierra a nuestro alrededor, pero preferiría ver la estatua del capitán Brown en el patio del capitolio de Massachusetts a la de cualquier otro hombre conocido. Me alegra estar vivo en esta época y ser contemporáneo suyo.

¡Menudo contraste cuando nos volvemos hacia ese partido político tan ansioso de apartar de su camino a Brown y su trama, que mira a su alrededor en busca de un esclavista disponible para ser su candidato, o al menos a alguien que ejecute la

Ley de Esclavos Fugitivos y las demás leyes injustas contra las que se alzó en armas para anularlas!

¡Loco! ¡Un hombre y seis hijos, y un yerno y varios hombres más –casi tantos como doce discípulos–, atacados de locura al mismo tiempo, mientras que un cuerdo tirano mantiene más que nunca con mano firme a sus cuatro millones de esclavos y mil editores cuerdos, sus instigadores, salvan a su país y su sustento! Sus esfuerzos en Kansas fueron también una locura. Preguntadle al tirano quién es su peor enemigo, el cuerdo o el loco. ¿Lo consideran un loco las miles de personas que mejor lo conocen y que se han alegrado de sus actos en Kansas, proporcionándole ayuda material en ese lugar? El uso de esta palabra es un mero tropo en la mayoría que insiste en usarla, y no me cabe duda de que muchos otros ya se han retractado en silencio de sus palabras.

Leed la admirable respuesta que dio a Mason y a los demás. ¡El contraste los ha menoscabado y derrotado! Por una parte, preguntas medio embrutecidas y medio tímidas; por otra, la verdad, clara como el relámpago, estrellándose contra sus obscenos templos. Han sido hechos para aliarse con Pilatos, Gessler y la Inquisición. ¡Qué ineficaces resultan sus discursos y sus acciones! ¡Qué vano su silencio! Solo son herramientas inútiles en esta gran obra. Ningún poder humano los ha reunido en torno a este predicador.

¿Para qué han enviado Massachusetts y el norte unos cuantos representantes *cuerdos* al Congreso en los últimos años? ¿Qué clase de sentimientos pretendían manifestar? Todos sus discursos reunidos y evaporados –probablemente ellos mismos lo confiesen– no están a la altura en franqueza y fuerza, ni en la sencilla verdad, de unos cuantos comentarios ocasionales del loco de John Brown en la sala de máquinas de Harper's Ferry, de ese hombre a quien estáis a punto de ahorcar y enviar al otro mundo, aunque no como *vuestro* representante. No, no ha sido

nuestro representante en absoluto. Era un ejemplar demasiado valioso del hombre para representarnos. ¿Quiénes *eran* entonces sus electores? Si leéis sus palabras atentamente, lo descubriréis. En su caso, no hay elocuencia ociosa, ni discurso elaborado o inaugural, ni cumplidos a los opresores. La verdad es su inspiración y la seriedad pule sus frases. Podía permitirse perder sus rifles Sharps mientras tuviera la facultad de hablar, un rifle Sharps de alcance infinitamente más seguro y mayor.

¡Y el *Herald* de New York informa *verbatim* de la conversación! Desconoce las palabras inmortales de las que se ha convertido en vehículo.

No siento ningún respeto por la perspicacia de nadie que lea el relato de esa conversación y siga considerando que lo esencial en él es una locura. Tiene el tono de una cordura más sensata que la disciplina ordinaria y los hábitos de la vida, que una organización ordinaria. Tomad una frase: «Cualquier pregunta que pueda responder honradamente, y de ningún otro modo, la responderé. En lo que me concierne, siempre he hablado sinceramente. Yo valoro mis palabras, señor». Las pocas personas que han hablado de su espíritu reivindicativo, aunque admirasen su heroísmo, carecen de criterio para detectar a un hombre noble, de amalgama que combinar con su oro puro. Lo mezclan con su propia escoria.

Es un alivio pasar de esas calumnias al testimonio más verídico, aunque atemorizado, de sus carceleros y verdugos. El gobernador Wise habla con mucha más justicia y aprecio de él que ningún editor, político o personaje público del norte a los que yo haya oído hablar. Sé que soportaréis oírlo de nuevo al respecto. Dice: «Quienes lo toman por un loco se equivocan... Es frío, tranquilo e indómito, pero es justo decir que era humanitario con sus prisioneros... Me inspiró una gran confianza en su integridad como un hombre sincero. Es un fanático, vanidoso y gárrulo —aquí me aparto del señor Wise—, pero firme,

veraz e inteligente. Sus hombres, los que han sobrevivido, son como él... El coronel Washington dice que fue el hombre más frío y firme que haya visto a la hora de desafiar el peligro y la muerte. Con un hijo muerto a su lado y otro atravesado por un disparo, tomó el pulso de su hijo moribundo con una mano y el rifle con la otra, dando órdenes a sus hombres con el mayor aplomo, animándoles a mantenerse firmes y vender sus vidas tan caro como pudieran. Sería difícil decir cuál de los tres prisioneros blancos –Brown, Stevens y Coppoc– se mantuvo más firme».

¡Casi los primeros hombres del norte en ganarse el respeto de los esclavistas!

El testimonio del señor Vallandigham, aunque menos valioso, sigue la misma línea: «Es inútil subestimarle a él o a su conspiración... Está lo más lejos posible del rufián común, el fanático o el loco».

Los periódicos dicen: «Todo está tranquilo en Harper's Ferry». Pero ¿a qué clase de tranquilidad se refieren cuando siguen prevaleciendo la ley y el esclavista? Considero que ese incidente es la piedra de toque que manifiesta el carácter de este gobierno con evidente claridad. Era necesario que nos ayudaran a verlo a la luz de la historia. Tenía que verse a sí mismo. Cuando un gobierno emplea su fuerza a favor de la injusticia, como el nuestro para mantener la esclavitud y matar a los libertadores de esclavos, se revela simplemente como una fuerza bruta o, peor, demoníaca. Se pone a la cabeza de los matones. Está más claro que nunca que gobierna la tiranía. Veo a este gobierno aliado efectivamente con Francia y Austria para oprimir a la humanidad. Ahí está sentado el tirano que mantiene encadenados a cuatro millones de esclavos y aquí llega su heroico libertador. El más hipócrita y diabólico de los gobiernos levanta la vista de su asiento sobre esos jadeantes cuatro millones y pregunta con aire de inocencia: «¿Por qué me atacáis? ¿No soy un hombre

honrado? Que acabe la agitación por este asunto u os convertiré en esclavos también u os ahorcaré».

Hablamos de un gobierno *representativo*, pero ¿qué monstruo de gobierno es aquel en el que las facultades más nobles del espíritu, y *todo* el corazón, no están *representados*? Es como un tigre o un buey semihumanos merodeando por la tierra, a los que hubieran arrancado el corazón y con los sesos fuera. Los héroes luchan perfectamente sobre sus muñones con las piernas cercenadas, pero no he oído nunca que un gobierno como ese haya hecho nada bueno.

El único gobierno que reconozco –sin importarme los pocos que puedan estar a su cabeza o lo pequeño que sea su ejército– es el poder que establece la justicia en la tierra, no el que establece la injusticia. ¿Qué pensaremos del gobierno para el que todos los hombres verdaderamente justos y valientes son enemigos, que se alzan entre él y aquellos a quienes oprime? ¿Un gobierno que finge ser cristiano mientras crucifica a millones de Cristos cada día!

¡Traición! Pero ¿de dónde surge esa traición? No puedo evitar pensar en vosotros como os merecéis, gobiernos. ¿Podrías agotar la fuente del pensamiento? La alta traición, cuando es resistencia a la tiranía aquí abajo, tiene su origen y la comete primero el poder que hace y recrea eternamente al hombre. Cuando hayáis capturado y ahorcado a todos esos rebeldes humanos, no habréis logrado con ello sino vuestra propia culpa, pues no habréis secado el manantial. Presumís de luchar contra un enemigo al que los cadetes de West Point y el cañón de los rifles no *apuntan*. ¿Podría el arte del fundidor de cañones tentar a la materia a volverse contra su hacedor? ¿Es la forma que el fundidor piensa darle más esencial que la constitución de la materia y la suya propia?

Los Estados Unidos poseen una caravana de cuatro millones de esclavos. Están decididos a mantenerlos en esta situa-

ción y Massachusetts es uno de los supervisores confederados para impedir su fuga. No todos los habitantes de Massachusetts, sino los que gobiernan y son obedecidos. Fue tanto Massachusetts como Virginia la que sofocó la insurrección de Harper's Ferry. Envío allí a los marines y ahora tiene que cumplir el castigo por su pecado.

Imaginemos una sociedad en este Estado que, de su propio bolsillo y magnanimidad, salva a todos los esclavos fugitivos que corran hasta nosotros y proteja a nuestros conciudadanos de color, dejando el resto del trabajo al supuesto gobierno. ¿No perdería rápidamente ese gobierno su ocupación, haciéndose despreciable para la humanidad? Si los ciudadanos se ven obligados a desempeñar los oficios del gobierno para proteger a los débiles y administrar justicia, el gobierno se convierte en un asalariado o empleado para tareas serviles o indiferentes. Desde luego, un gobierno que necesita para existir un comité de vigilancia no es sino la sombra de un gobierno. ¿Qué podríamos pensar del cadí oriental, detrás del cual trabajaba en secreto un comité de vigilancia? Ese es el carácter de nuestros Estados del norte: cada uno tiene su comité de vigilancia. Hasta cierto punto, esos gobiernos enloquecidos reconocen y aceptan esa relación. Dicen virtualmente: «Nos alegraría trabajar por vosotros en esas condiciones, pero no alborotéis al respecto». Entonces, el gobierno se retira a la trastienda con su salario seguro, llevando la constitución consigo y dedicando la mayor parte de su trabajo a repararla. Cuando, ocasionalmente, lo oigo trabajar, me recuerda a lo sumo a esos granjeros que, en invierno, tratan de obtener un penique metiéndose en el negocio de la tonelería. Pero ¿para qué clase de licor se han hecho sus barriles? Especulan con las acciones y perforan las montañas, pero ni siquiera son competentes para trazar una carretera decente. El comité de vigilancia posee y mantiene el único camino *libre*: el Ferrocarril

Subterráneo.<sup>46</sup> *Han abierto* un túnel a lo largo de la tierra. Que ese gobierno está perdiendo su poder y respetabilidad es tan seguro como que el agua se escurre de un recipiente agujerado y se conserva en el que puede mantenerla.

Oigo a muchos condenar a esos hombres por ser tan pocos. ¿Cuándo han estado en mayoría los buenos y los valientes? ¿Le habríais hecho esperar hasta entonces, hasta que vosotros y yo nos uniéramos a él? El mismo hecho de que no le rodeara ninguna canalla o tropa de mercenarios le distingue personalmente del héroe ordinario. De hecho, su compañía era pequeña porque muy pocos eran dignos de ser aceptados. Quien daba su vida por los pobres y los oprimidos era escogido y llamado entre miles, si no millones, de individuos; aparentemente un hombre de principios, de extraño coraje y humanidad devota, dispuesto a sacrificar su vida en cualquier momento por el bien de su prójimo. A ese respecto, podríamos dudar de que hubiera muchos más que sus iguales en todo el país —solo hablo de sus seguidores, puesto que su líder, sin duda, recorrió la tierra a lo largo y a lo ancho, tratando de engrosar su tropa. Solo ellos estuvieron dispuestos a interponerse entre los opresores y los oprimidos. Seguramente eran los mejores que podrías seleccionar para ser colgados. Ese era el mejor cumplido que este país podía hacerles. Estaban maduros para la horca. Lo ha intentado durante mucho tiempo, ha colgado a muchos, pero no había encontrado a la persona adecuada.

Cuando pienso en él, en sus seis hijos y en su yerno —sin contar a los demás—, alistados para esta lucha, dispuestos fría, reverente, humanamente a trabajar, durante meses, si no años; dormidos y despiertos; veraneando e invernando en su pensamiento, sin esperar otra recompensa que una buena conciencia,

---

<sup>46</sup> «Underground Railroad» era el nombre que se le daba a la red que permitía a los esclavos llegar al Canadá. El *Vigilant Committee* era una de las organizaciones que se dedicaban a ayudar a escapar a los esclavos.

mientras casi toda América se alineaba al otro lado, repito que me afecta como un espectáculo sublime. Si hubiera tenido un periódico que defendiera *su causa*, un órgano, como se suele decir, que repitiera monótona y aburridamente la vieja tonada, y luego pasara el sombrero, habría sido fatal para su eficacia. Si hubiera actuado de tal modo que el gobierno lo hubiese dejado en paz, podría haber parecido sospechoso. El hecho de que el tirano le diera cabida, o más bien él al tirano, es lo que lo distingue de los actuales reformistas que conozco.

Su doctrina peculiar era que cualquier hombre tiene perfecto derecho a interponerse por la fuerza en el camino del esclavista para rescatar al esclavo. Estoy de acuerdo con él. Aquellos a quienes conmueve la esclavitud tienen derecho a conmovirse por la muerte violenta del esclavista, pero no los demás. Les conmueve aún más su vida que su muerte. No diré que considero equivocado el método de quien libera con rapidez y éxito al esclavo. Hablo por el esclavo al decir que prefiero la filantropía del capitán Brown a la filantropía que ni me dispara ni me libera. En cualquier caso, no creo que sea demasiado sensato que alguien se pase la vida hablando o escribiendo sobre este asunto, a menos que esté continuamente inspirado, y yo no me siento así. Tenemos que atender otros asuntos. No quiero matar ni que me maten, pero preveo circunstancias en las que ambas cosas serían inevitables para mí. Preservamos la supuesta «paz» de nuestra comunidad por medio de pequeños actos de violencia cotidiana. ¡Mirad la porra y las esposas del policía! ¡Mirad la cárcel! ¡Mirad la horca! ¡Mirad al capellán del regimiento! Esperamos vivir con seguridad en las afueras de *ese* ejército provisional. Así nos defendemos a nosotros mismos y nuestros gallineros, y mantenemos la esclavitud. Sé que la mayoría de mis compatriotas piensa que el único uso correcto que podemos hacer de los rifles Sharps y los revólveres es batirnos en duelo con ellos cuando otras naciones nos insultan, o cazar

indios, o disparar a los esclavos fugitivos y cosas parecidas. Creo que, por una vez, los rifles Sharps y los revólveres se han empleado para una causa justa. Las herramientas estaban en manos de quien sabía usarlas.

La misma indignación que se dice que limpió el templo una vez lo limpiará de nuevo. No se trata de armas, sino del espíritu con que las usemos. Hasta ahora no había aparecido nadie en América que amara tanto a su prójimo y lo tratara con tanta ternura. Se desvivía por él. Tomó su vida y la dio por él. ¿Qué clase de violencia es esa que no alientan los soldados, sino ciudadanos pacíficos; no los laicos, sino los ministros del evangelio; no las sectas combativas, sino los cuáqueros, y no tanto los cuáqueros varones como las mujeres cuáqueras?

Este acontecimiento me advierte del hecho de la muerte, de la posibilidad de la muerte de un hombre. Parece como si nadie hubiera muerto antes en América, puesto que para morir primero hay que haber vivido. No creo en los coches fúnebres ni en los ataúdes o funerales que han tenido. No había muerte en ese caso, porque no había habido vida; simplemente se descomponían o pudrían, como si se hubieran descompuesto o podrido durante mucho tiempo. El velo del templo no se había rasgado; solo había un agujero en alguna parte. Que los muertos entierren a los muertos. Los mejores se quedaron sin cuerda como un reloj. Franklin, Washington se libraron de la muerte; simplemente desaparecieron un día. Oigo a muchos fingir que se están muriendo o que han muerto de algo que no conozco. ¡Tonterías! Les desafío a que lo hagan. No hay suficiente vida en ellos. Se licuarán como hongos y pondrán a sus aduladores a fregar el suelo donde dejen escapar sus fluidos. Solo ha muerto media docena más o menos desde el comienzo del mundo. ¿Cree usted que se va a morir, señor? ¡No! No hay esperanza para usted. No ha aprendido aún la lección. Tendrá que quedarse en clase después de la escuela. Armamos un alboroto

innecesario por la pena de muerte, que quita la vida, como si hubiera vida que quitar. *Memento mori!* No entendemos esa frase sublime que algunas personas dignas grabaron en sus lápidas. La interpretamos de un modo triste y servil. Se nos ha olvidado cómo morir.

Sin embargo, estad seguros de que moriréis. Haced vuestro trabajo y acabadlo. Si sabéis cómo empezar, sabréis cuándo acabar.

Al enseñarnos cómo morir, esos hombres nos han enseñado al mismo tiempo cómo vivir. Si los actos y palabras de ese hombre no dan lugar a un renacimiento, serán la sátira más severa de los actos y las palabras que lo hagan. Son las mejores noticias que América haya oído. Ya han acelerado el débil pulso del norte e infundido más sangre generosa a sus venas y corazón de la que podrían infundir años de supuesta prosperidad comercial y política. ¡Cuántos hombres que habían pensado en el suicidio tienen ahora algo por lo que vivir!

Un escritor dice que la peculiar monomanía de Brown ha hecho que «los de Missouri le teman como a un ser sobrenatural». En efecto, un héroe entre cobardes como nosotros siempre es temido. Eso es, precisamente. Ha demostrado ser superior a la naturaleza. Se aprecia cierto resplandor divino en él.

¡Qué pobre es el hombre  
Si no se eleva sobre sí mismo!<sup>47</sup>

Los editores de periódicos argumentan también que es una prueba de su *locura* que pensara que había sido designado para hacer lo que hizo, ¡lo que él no sospechó ni por un momento! Hablan como si fuera imposible que un hombre sea «designado por la divinidad» en estos días para llevar a cabo una tarea

---

<sup>47</sup> SAMUEL DANIEL, 'To the Lady Margaret, Countess of Cumberland' (1600).

cualquiera, como si los votos y la religión estuvieran anticuados en relación con el trabajo cotidiano de los hombres, como si el agente para abolir la esclavitud solo pudiera ser nombrado por el presidente o por un partido político. Hablan como si la muerte de un hombre fuera un fracaso y la prolongación de su vida, como quiera que fuera, un éxito.

Cuando reflexiono en la causa a la que este hombre dedicó religiosamente su vida, y luego en la causa a la que se dedican sus jueces y todos cuantos le han condenado con tanta furia y elocuencia, advierto que están tan separadas como el cielo de la tierra.

El resultado es que *nuestros líderes* pertenecen a una clase inofensiva de gente y saben *de sobra* que *no* han sido designados por la divinidad, sino elegidos por los votos de su partido.

¿Quién es aquel cuya seguridad requiere que el capitán Brown sea ahorcado? ¿Es indispensable para alguna persona del norte? ¿No hay otro recurso que arrojar a estos hombres al Minotauro? Si no queréis, decidlo claramente. Mientras suceden estas cosas, la belleza está velada y la música es una mentira estridente. ¡Pensad en él, en sus raras cualidades! Alguien que lleva siglos crear y siglos comprender; no un héroe falso ni el representante de un partido. Un hombre que el sol no volverá a iluminar en esta tierra ensombrecida. Alguien en cuya creación se han empleado los materiales más costosos, el diamante más puro, enviado para ser el redentor de los cautivos. ¡Solo os ha servido para ponerlo en el extremo de una soga! Vosotros, que fingís preocuparos por Cristo crucificado, medita en lo que estáis a punto de hacer con el que se ha ofrecido como salvador de cuatro millones de hombres.

Todo hombre sabe cuándo está justificado, y todo el ingenio del mundo no puede ilustrarnos al respecto. El asesino sabe siempre que su castigo es justo, pero cuando el gobierno se lleva la vida de un hombre sin el consentimiento de su con-

ciencia, es un gobierno descarado, que da un paso hacia su disolución. ¿No es posible que un individuo esté en lo cierto y el gobierno equivocado? ¿Hay que aplicar las leyes simplemente porque se han promulgado o porque unos cuantos dicen que son buenas, aunque *no* lo sean? ¿Es necesario hacer del hombre una herramienta para que haga lo que su verdadera naturaleza desaprueba? ¿Es la intención de los legisladores ahorcar siempre a los *buenos*? ¿Han de interpretar los jueces la ley según la letra y no el espíritu? ¿Qué derecho *tenéis* a cerrar un pacto con vosotros mismos por el que *haréis* cualquier cosa contraria a la luz que hay dentro de vosotros? ¿Podéis acaso *tomar una decisión* –adoptar una resolución cualquiera– y rechazar las convicciones a las que estáis sujetos y que superarán siempre vuestro entendimiento? No creo en los abogados, en ese modo de atacar o defender al hombre, pues nos rebajan a tratar con el juez en su terreno y, en los casos de mayor importancia, es irrelevante si alguien quebranta o no una ley humana. Que los abogados decidan en casos triviales. Los hombres de negocios se las arreglarán solos. Sería algo distinto si fueran los intérpretes de las leyes eternas que unen con justicia a los hombres. ¡Una fábrica de leyes falsas que tiene un pie en la tierra de los esclavos y otro en la de los hombres libres! ¿Qué clase de leyes para hombres libres esperáis de eso?

Estoy aquí para defender su causa a vuestro lado. No suplico por su vida, sino por su carácter, su vida inmortal, y que se convierta así en vuestra causa por completo, y no solo en la suya. Hace unos dieciocho siglos que Cristo fue crucificado; tal vez esta mañana haya sido ahorcado el capitán Brown. Son los dos extremos de una cadena que no carece de eslabones. Ya no es el viejo Brown; es un ángel de luz.

Ahora me doy cuenta de que era necesario que el hombre más valiente y humano del país fuera colgado. Tal vez se diera cuenta él mismo. *Casi me da miedo* oír que haya sido liberado,

en la duda de si la prolongación de una vida, de *cualquier* vida, podría hacer tanto bien como su muerte.

«¡Descarriado, gárrulo, loco, vengativo!» Eso es lo que habéis escrito desde vuestras cómodas sillas, y así es como él, herido, os ha respondido desde el suelo del Arsenal, despejado como un cielo sin nubes, genuino como la voz de la naturaleza: «Nadie me envió aquí; fue mi propia inspiración y la de mi Hacedor. No reconozco a ningún amo en forma humana».

Dirigiéndose a sus captores, en un tono dulce y noble, mientras ellos le vigilan, sigue: «Pienso, amigos míos, que sois culpables de un gran mal contra Dios y la humanidad, y sería absolutamente justo que alguien interfiriera en vuestros asuntos para liberar a los que mantenéis de manera voluntaria y perversa en la esclavitud».

En referencia a su movimiento: «Se trata, en mi opinión, del mayor servicio que un hombre puede prestar a Dios».

«Compadezco a los pobres esclavos que no tienen a nadie que los ayude. Por eso estoy aquí, no para gratificar una animosidad personal, por venganza o espíritu reivindicativo, sino por simpatía hacia los oprimidos y los agraviados, que son tan buenos como vosotros, e igual de preciosos a la vista de Dios.»

No reconocéis vuestro testamento cuando lo veis.

«Quiero que comprendáis que respeto los derechos de la gente de color más pobre y débil, oprimida por el poder de la esclavitud, del mismo modo que los de la gente de color más rica y poderosa.»

«Me gustaría añadir que la gente del sur como vosotros haría mejor en prepararse para zanjar esa cuestión, que se zanjará antes de que estéis preparados para ello. Cuanto antes estéis preparados, mejor. Podéis disponer de mí fácilmente. Casi lo habéis hecho, pero aún hay que zanjar esta cuestión, la cuestión de los negros, quiero decir; no ha llegado su fin.»

Preveo la época en la que el pintor pinte esta escena, sin tener que ir a Roma en busca de asunto; el poeta la cantará; el historiador la registrará y, con la llegada de los Peregrinos y la Declaración de Independencia, será el adorno de una futura galería nacional, al menos cuando la forma actual de esclavitud desaparezca. Entonces estaremos en libertad para llorar al capitán Brown. Entonces, y solo entonces, la venganza será nuestra.

## MARTIRIO DE JOHN BROWN

Tan universal y ampliamente afín es toda grandeza moral trascendental –prácticamente idéntica a la grandeza de cualquier época y lugar, como una pirámide que se contrae cuanto más nos acercamos a su ápice– que, al ojear mi libro ordinario de poesía, descubro que lo mejor que tiene se puede aplicar continuamente, en parte o por completo, al caso del capitán Brown. Solo lo que es verdadero, fuerte y solemnemente serio es recomendable para nuestro estado de ánimo en este momento. Casi cualquier verso noble podría ser leído como su elegía o elogio, o convertirse en texto de un discurso sobre él. De hecho, discernimos ahora que esas son las partes de una liturgia universal aplicable a los raros casos de héroes y mártires para los que no se ha provisto el ritual de ninguna Iglesia. Esta es la fórmula establecida en lo alto, su funeral, a la que cada uno de los grandes genios ha contribuido con su estrofa o su verso. Como Marvell escribió:

Cuando la espada brilla sobre la cabeza del juez,  
Y el temor ha enmudecido a los eclesiásticos cobardes,  
Llega la hora del poeta, que desenvaina  
Y lucha solo por la olvidada causa de la virtud.  
Cuando la rueda del imperio vuelve a girar,

Y a pesar de que se rompa el eje torcido del mundo,  
Cantará aún sobre los antiguos derechos y las mejores épocas,  
Tratando de sufrir para bien y procesando los crímenes con éxito.<sup>48</sup>

El sentido de la gran poesía, leído a la luz de este acontecimiento, aparece inequívocamente como una escritura invisible al acercarla al fuego:

Todas las cabezas han de ir a parar  
A la fría tumba.  
Solo las acciones del justo  
Huelen dulcemente y florecen en el polvo.<sup>49</sup>

Hemos oído decir que la dama de Boston que visitó hace poco tiempo a nuestro héroe en la prisión lo encontró con la misma ropa que llevaba cuando fue capturado, desgarrada por los sables y las estocadas de la bayoneta, y con la cual había asistido a su juicio, sin sombrero. Pasó su tiempo en prisión remendándole la ropa y, como recuerdo, se llevó a casa un alfiler cubierto de sangre. ¿Qué es la ropa que aguanta?

Las prendas imperecederas  
Son obra de la misericordia con el pobre;  
Ni el herpes, ni el tiempo, ni la polilla  
Raerán su seda ni desgastarán su tejido.<sup>50</sup>

Los conocidos versos de *The Soul's Errand* [El recado del alma], que algunos suponen que fueron escritos por sir Walter Raleigh mientras esperaba ser ejecutado al día siguiente, son al

---

<sup>48</sup> ANDREW MARVELL, 'Tom May's Death' (c. 1650).

<sup>49</sup> JAMES SHIRLEY, 'Contention of Ajax and Ulysses' (1659).

<sup>50</sup> Estos versos son de Thoreau.

menos dignos de un origen como ese e igualmente aplicables al presente caso. Oigámoslos:

Ve, alma, huésped del cuerpo,  
Y da este ingrato mensaje;  
No temas afectar a los mejores,  
La verdad será tu garantía:  
Ve, pues necesariamente he de morir,  
Y desmiente al mundo.

Ve, dile a la corte  
Que brilla como madera podrida;  
Ve, dile a la Iglesia  
Que predica y no hace el bien;  
Si corte e Iglesia replican,  
Entonces desmiéntelas.

Diles a los potentados  
Que viven de lo que otros hacen,  
Pagando por ser amados,  
Con la sola fuerza de sus facciones;  
Si los potentados replican,  
Desmiénteles.

Diles a los hombres de elevada condición,  
Que dirigen los asuntos de Estado,  
Que su objeto es la ambición,  
Y su actitud el odio;  
Y si alguna vez replican,  
Entonces desmiénteles.

Dile al celo que le falta devoción,  
Dile al amor que es lujuria,

Dile al tiempo que es movimiento,  
Dile a la carne que es polvo;  
Y no quieras que no repliquen,  
Pues tienes que desmentirlos.

Dile a la edad que se consume cada día,  
Dile al honor que se altera,  
Dile a la belleza que se marchita,  
Dile al favor que vacila;  
Y, cuando repliquen,  
Desmiéntelos.

Dile a la fortuna que es ciega,  
Dile a la naturaleza que se descompone,  
Dile a la amistad que no es amable,  
Dile a la justicia que tarda;  
Y, si se atreven a replicar,  
Entonces desmiéntelas a todas.

Y cuando hayas terminado tu parloteo,  
Tal y como te he ordenado,  
Aunque por desmentir  
No merezcas sino una puñalada,  
Que te apuñale quien quiera,  
Pues ninguna puñalada acabará con el alma.

«Cuando muera,  
Que ese día no quede escrito»,  
*Ni doblen las campanas.*<sup>51</sup>  
«El amor lo recordará»  
Cuando el odio se enfríe.

---

<sup>51</sup> La ciudad no permitió que doblaran las campanas en esta ocasión. [Nota de Thoreau.]

Tú, Agrícola, no solo eres afortunado porque tu vida fue gloriosa, sino porque tu muerte fue oportuna. Como nos cuentan quienes oyeron tus últimas palabras, aceptaste tu hado inalterable y voluntariamente, como si estuviera en tu poder hacer que el emperador pareciera inocente. Pero, a la amargura por haber perdido a un padre, se suma a nuestra aflicción que no nos dejaran cuidar de tu salud... , contemplar tu semblante y recibir tu último abrazo; seguramente podríamos haber recibido palabras y órdenes que habríamos atesorado en lo más profundo de nuestras almas. Ese es nuestro dolor, esa nuestra herida... Te enterraron con pocas lágrimas y, con la última luz terrenal, tus ojos buscaron algo que no vieron.

Si hay una morada para los espíritus piadosos; si las grandes almas, como los sabios suponen, no se extinguen con el cuerpo, entonces descansa en paz, elevando a tu familia de los débiles lamentos y el llanto femenino a la contemplación de tus virtudes, que no han de lamentarse ni en silencio ni en voz alta. Deja que te honremos con nuestra admiración, antes que con efímeras alabanzas, y, si nos ayuda la naturaleza, te emulemos. Ese es el verdadero honor, la piedad de quien muestra la mayor afinidad contigo. Esto es lo que enseñaría a tu familia, a honrar tu memoria y recordar todas tus palabras y acciones, adoptando tu carácter y la forma de tu alma, antes que tu cuerpo, no porque piense que las estatuas de mármol o bronce merecen ser condenadas, sino porque tanto los rasgos de los hombres como la imagen que nos formamos de ellos, son frágiles y percederos. La forma del alma es eterna y podemos conservarla y expresarla con nuestras vidas, no con un material extraño y arte. Sea lo que sea lo que hayamos amado en Agrícola, sea lo que sea lo que hayamos admirado, perdura y perdurará en el espíritu de los hombres y los anales de la historia, a través de la eternidad de los siglos. Muchos de los antiguos caerán en el olvido como si fueran innobles, sin gloria. Agrícola, descrito y transmitido a la posteridad, sobrevivirá.



## LOS ÚLTIMOS DÍAS DE JOHN BROWN

En las últimas seis semanas, la carrera de John Brown ha sido meteórica e iluminado la oscuridad en la que vivimos. No conozco nada tan milagroso en nuestra historia.

Si alguien, entonces, en una conferencia o conversación, citaba un antiguo ejemplo de heroísmo, como el de Catón, Guillermo Tell o Winkelried, y omitía los últimos actos y palabras de John Brown, cualquier público inteligente de hombres del norte lo consideraba insustancial e inexcusablemente forzado.

Por mi parte, suelo estar más atento a la naturaleza que al hombre, pero cualquier acontecimiento humano conmovedor puede cegar nuestros ojos a los objetos naturales. Estaba tan absorto en Brown que me sorprendía descubrir que la rutina del mundo natural sobrevivía o encontrarme con gente que se ocupaba indiferentemente de sus asuntos. Me parecía extraño que el «zampullín» se sumergiera tranquilamente en el río como antes, lo que me sugería que ese pájaro seguirá sumergiéndose aquí cuando Concord ya no exista.

Sentía como si Brown, prisionero entre sus enemigos y condenado a muerte, pudiera responder con más sensatez que cualquiera de sus compatriotas si le hubieran consultado cuál sería su siguiente paso o proceder. Entendía mejor su posición, la contemplaba con más calma. En comparación, todos los

demás, al norte y al sur, estaban fuera de sí. Nuestros pensamientos no podían recaer en nadie más grande ni más sabio ni mejor con el que compararlos, porque él, en ese momento y en aquel lugar, estaba por encima de todos. El hombre al que este país estaba a punto de colgar parecía el más grande y el mejor.

La revolución de la opinión pública no requería años; en este caso, los días, no, las horas, produjeron notables cambios. Cincuenta hombres dispuestos a declarar que debía ser colgado, con ocasión de nuestra reunión en su honor en Concord, no lo habrían dicho al salir. Tras oír sus palabras en las lecturas y ver los rostros severos de la congregación, tal vez se habrían unido para cantar un himno de alabanza.

La orden de los instructores se invirtió. He oído que un predicador, al principio conmovido y al margen, se sintió obligado al final a hacer de Brown el objeto de un sermón en el que, hasta cierto punto, elogió al hombre, aunque dijo que su acto fue un fracaso. Un influyente profesor juzgó necesario, tras el servicio, decirles a sus alumnos mayores que al principio pensaba como el predicador, pero que ahora pensaba que John Brown tenía razón. Pero se daba por hecho que sus alumnos estaban tan por delante del profesor como él del sacerdote, y sé con certeza que niños muy pequeños han preguntado en casa a sus padres, con un tono de sorpresa, por qué Dios no intervino para salvarle. En cada uno de los casos, los maestros designados solo eran conscientes a medias de que no estaban *dirigiendo*, sino siendo *arrastrados*, con cierta pérdida de tiempo y poder.

Los predicadores más conscientes, los hombres de la Biblia, que hablan de principios y tratan a los demás como queríamos ser tratados, ¿cómo no le reconocieron, el mejor predicador con mucho de todos ellos, con la Biblia en su vida y en sus actos, la encarnación de los principios, aquel que aplicó realmente la regla de oro? Todos aquellos en los que había brotado el sentido moral, que habían recibido una llamada desde lo

alto para predicar, estaban de su parte. ¡Qué confesiones son-sacó a los indiferentes y a los conservadores! Es admirable, aunque en conjunto sea bueno, que no fuera la ocasión para que se formara una nueva secta de *brownianos* entre nosotros.

Quienes, dentro o fuera de la Iglesia, se aferran al espíritu y abandonan la letra, y en consecuencia son considerados infieles, fueron, como siempre, los primeros en reconocerle. Ya se había colgado a algunos en el sur antes por tratar de rescatar a esclavos, y el norte no se había agitado demasiado por ello. ¿De dónde proviene, entonces, esta maravillosa diferencia? No estábamos seguros de *su* devoción a los principios. Habíamos llevado a cabo una sutil distinción, olvidado las leyes humanas y rendido homenaje a una idea. El norte, quiero decir el norte *vivo*, se volvió de repente trascendental. Fue más allá de la ley humana, del fracaso aparente, y reconoció la justicia y la gloria eternas. Los hombres suelen vivir de acuerdo con una fórmula y les basta con que se observe el orden de la ley, pero, en este caso, hasta cierto punto, retomaron las percepciones originales y se produjo un tenue renacimiento de la antigua religión. Se dieron cuenta de que lo que se llamaba orden era confusión, de que lo que se llamaba justicia era injusticia y de que lo mejor era considerado lo peor. Esa actitud sugería un espíritu más inteligente y generoso que el de nuestros antepasados y la posibilidad, en el transcurso de los años, de una revolución a favor de otro pueblo oprimido.

La mayoría de los norteños y unos cuantos sureños se vieron maravillosamente sacudidos por la conducta y las palabras de Brown. Vieron y sintieron que eran heroicas y nobles, y que no había habido nada igual en este país ni en la reciente historia del mundo. Pero la minoría se mostró indiferente hacia ellas. Solo la actitud de sus vecinos les sorprendía y provocaba. Se daban cuenta de que Brown era valiente y creía que había hecho lo correcto, pero no detectaban ninguna otra particularidad en él. Sin la cos-

tumbre de hacer distinciones precisas ni de apreciar la magnanimidad, leyeron su correspondencia y sus discursos como si no los hubieran leído. No eran conscientes de acercarse a una afirmación heroica; no sabían que se *estaban quemando*. No advirtieron que Brown hablaba con autoridad y, en consecuencia, solo se acordaron de que la *ley* debía cumplirse. Recordaban la vieja fórmula, pero no habían oído la nueva revelación. Quien no reconoce en las palabras de Brown sabiduría y nobleza ni, por tanto, una autoridad superior a nuestras leyes, es un demócrata moderno. Esa es la prueba para descubrirlo. No está voluntaria, sino constitucionalmente ciego en este punto, y es consecuente consigo mismo. Así ha sido su vida pasada, no hay duda de ello. De manera parecida, ha leído la historia y su Biblia y la acepta, o parece aceptarla, como una fórmula establecida, no porque esté convencido de ello. No encontraréis sentimientos amables en su libro de lugares comunes, si es que lo tiene.

Cuando se lleva a cabo un acto noble, ¿quién puede apreciarlo? Quienes son nobles en sí mismos. No me sorprendió que algunos de mis vecinos hablaran de John Brown como de un criminal común, pues ¿quiénes son ellos? Tienen demasiada carne, o demasiados cargos, o demasiada tosquedad de alguna clase. No son naturalezas etéreas en modo alguno. Predominan en ellos cualidades ocultas. Algunos son decididamente paquidermos. Lo digo con pena, no con enojo. ¿Cómo podría el hombre contemplar la luz sin disponer de una luz interior correspondiente? Son fieles a su *derecho*, pero cuando miran de esa forma *no ven* nada, están ciegos. Para los hijos de la luz que luchan con ellos es como si hubiera una contienda entre águilas y búhos. Mostradme a cualquiera que hable acerbamente de John Brown y dejadme oír el noble verso que sea capaz de repetir. Se quedará tan callado como si sus labios fueran de piedra.

No todos pueden ser cristianos, ni siquiera moderadamente, cualquiera que sea la educación que les deis. Al fin y al

cabo, es una cuestión de constitución y temperamento. Tendrá que nacer muchas veces. He conocido a muchos hombres que querían ser cristianos, pero era ridículo, porque no tenían genio para serlo. Tampoco todos pueden ser libres.

Durante mucho tiempo, los editores persistieron en afirmar que John Brown estaba loco, pero al final hablaban solo de «un loco plan», y la única prueba de ello era que le había costado la vida. No dudo de que, si hubiera ido con cinco mil hombres, liberado a mil esclavos, matado a cien o doscientos esclavistas, y hubiera tenido muchos más muertos a su lado, pero no hubiera perdido su vida, esos mismos editores le habrían dado un nombre más respetable. Sin embargo, su éxito es mayor que todo eso. Ha liberado a miles de esclavos, tanto al norte como al sur. No parece que sepan lo que significa vivir o morir por un principio. Entonces todos lo llamaban loco; ¿quién lo llama loco ahora?

En medio de la excitación que suscitó su admirable intento y subsiguiente conducta, la cámara legislativa de Massachusetts, que no dio ningún paso en defensa de sus ciudadanos, que probablemente fueran llevados a Virginia como testigos y se expusieran a la violencia de las masas esclavistas, se encontraba completamente absorta en la cuestión del comercio del alcohol, y se complacía en gastar bromas pesadas sobre la palabra «extensión». Los malos espíritus ocupaban sus pensamientos. Estoy seguro de que ningún estadista a la altura de las circunstancias habría atendido en absoluto esa cuestión en ese momento, una cuestión demasiado vulgar a la que atender en ningún momento.

Cuando consulté la liturgia de la Iglesia de Inglaterra, impresa aproximadamente al final del último siglo, para encontrar un servicio aplicable al caso de Brown, descubrí que el único mártir reconocido y propuesto era el rey Carlos I, un eminente bribón. De todos los habitantes de Inglaterra y del mundo, era el único

según esa autoridad a quien la Iglesia había convertido en mártir y santo, y durante más de un siglo se ha celebrado su supuesto martirio con un servicio anual. ¡Menuda sátira sobre la Iglesia!

No vayáis a las cámaras legislativas ni a las Iglesias en busca de guía, ni a cuerpos desalmados, *asociados*, sino a los *inspirados*.<sup>52</sup>

¿De qué sirven todos vuestros logros escolares y erudición, comparados con la sabiduría y la humanidad? Para no hablar del resto de su conducta, fijaos en qué obra escribió en seis semanas ese hombre relativamente inculto y analfabeto. ¿Dónde podríamos encontrar un profesor de *belles lettres*, o de lógica y retórica, que escribiera tan bien? Escribió en prisión, no una historia del mundo, como Raleigh, sino un libro americano que yo creo que perdurará más que ella. No conozco palabras equivalentes, pronunciadas en las mismas circunstancias y, sin embargo, tan ricas, en la historia romana o inglesa. ¡Qué variedad de temas ha tocado en un periodo tan breve de tiempo! Hay palabras en la carta a su esposa, sobre la educación de sus hijas, que merecen ser enmarcadas y colgadas en todas las repisas de chimenea del país. Comparad esa sabiduría severa con la del Pobre Ricardo.<sup>53</sup>

La muerte de Irving, que en otra época habría atraído la atención de todo el mundo, se produjo mientras sucedían estas cosas y pasó prácticamente inadvertida. Tendré que informarme en las biografías de autores.

Los literatos, los editores y los críticos creen que saben cómo escribir porque han estudiado gramática y retórica, pero están egregiamente equivocados. El *arte* de la composición es tan sencillo como el disparo de una bala con un rifle, y sus obras

---

<sup>52</sup> Juego de palabras entre «incorporated», que significa «asociados», en términos comerciales, y que subraya al mismo tiempo su carácter «desalmado» («soulless»).

<sup>53</sup> Benjamin Franklin publicó el *Poor Richard's Almanack* entre 1732 y 1758. A Thoreau le disgustaba profundamente el tono yanqui de Franklin. El primer capítulo de *Walden*, titulado 'Economía', es un ataque en toda regla.

maestras implican una fuerza infinitamente mayor tras ellas. El discurso y la escritura de ese hombre analfabeto muestran un inglés corriente. Ha convertido en americano corriente algunas palabras y frases que se consideraban vulgarismos y americanismos, como «dará beneficio». Lo cual sugiere que la única gran regla de composición —y si yo fuera profesor de retórica, insistiría en ello— es *decir la verdad*. Es lo primero, lo segundo y lo tercero, con guijarros en la boca o no. Exige, sobre todo, seriedad y humanidad.

Parece que se nos ha olvidado que, entre los romanos, la expresión educación *liberal* quería decir originalmente digna de hombres *libres*, mientras que el aprendizaje de los oficios y profesiones con las que ganarnos la vida eran consideradas dignas solo de *esclavos*. Pero, siguiendo un indicio de la palabra, me adelantaré a decir que no es el hombre rico y ocioso, aunque se dedique al arte, la ciencia o la literatura, quien se educa *liberalmente*, sino solo el hombre serio y *libre*. En un país esclavista como este, el Estado no podría tolerar una educación *liberal*, y los eruditos de Francia y Austria que, por instruidos que sean, se conforman con sus tiranías, solo han recibido una educación *servil*.

Sus enemigos no podían hacer otra cosa que redundar en su infinita ventaja, es decir, la ventaja de su causa. No le colgaron de inmediato, sino que esperaron a que les predicara. Entonces se cometió otro error. No colgaron a sus cuatro seguidores con él; pospusieron esa escena, y así su victoria se propagó y completó. Ningún director de teatro habría adaptado las cosas tan sabiamente para darle efecto a su conducta y sus palabras. ¿Quién creéis que *fue* el director? ¿Quién puso a las esclavas y a sus hijos, a los que Brown se inclinó a besar como símbolo, entre su prisión y la horca?

En seguida advertimos, como él advirtió, que nadie lo rescataría ni perdonaría. Habría sido desarmarlo o devolverle un

arma material, un rifle Sharps, cuando ya blandía la espada del espíritu, la espada con la que realmente había ganado sus mayores y más memorables victorias. No ha depuesto la espada del espíritu, porque ahora es puro espíritu y su espada también lo es.

No hizo ni se propuso hacer  
Nada común en esa escena memorable,  
Ni llamó a los dioses de modo malintencionado  
Para reivindicar su indefenso derecho,  
Sino que inclinó su grácil cabeza  
Sobre el lecho.<sup>54</sup>

¡Qué tránsito el de su cuerpo horizontal, solitario, recién descolgado de la horca! Hemos leído que en ese momento pasó por Filadelfia y el sábado por la noche había llegado a Nueva York. ¡Salió disparado como un meteorito a través de la Unión, desde las regiones del sur hacia el norte! Los vagones no habían transportado un cargamento como ese desde que lo llevaron vivo al sur.

Estoy seguro de haber oído que fue *colgado* el día de su traslado, pero no supe lo que significaba eso; no me dio pena, aunque durante un día o dos ni siquiera oí que hubiera *muerto*, y no me lo creí hasta unos días después. De cuantos se dice que han sido contemporáneos míos, John Brown ha sido el único que me parecía que *no había muerto*. No oigo hablar de nadie que se llame Brown —y había oído hablar de muchos a menudo—, ni oigo hablar de nadie extraordinariamente valiente y serio sin que mi primer pensamiento sea para John Brown y para la relación que tenga con él. Me lo encuentro continuamente. Está más vivo que nunca. Se ha ganado la inmortalidad. No está confinado al norte del Elba ni a Kansas. Ya no obra en secreto. Obra en público y a la luz más clara que haya brillado en esta tierra.

---

<sup>54</sup> ANDREW MARVELL, 'An Horatian Ode Upon Cromwell's Return to Ireland' (1650).

## VIDA SIN PRINCIPIO

No hace mucho tiempo, en un liceo, me di cuenta de que el conferenciante había escogido un tema demasiado extraño para sí mismo, por lo que no me interesó tanto como podría haberlo hecho. No describía las cosas desde dentro o cerca de su corazón, sino hacia sus extremidades y superficie. En ese sentido, no hubo un pensamiento verdaderamente central o centralizador en la conferencia. Yo querría que hubiera tratado, como el poeta, de su experiencia más íntima. El mejor cumplido que yo haya recibido fue que alguien me preguntara lo que *pensaba* y esperase mi respuesta. Me sorprende, y complace, que eso suceda, ese raro uso que hace de mí, como si estuviera familiarizado con la herramienta. Por lo general, si la gente quiere algo de mí, es solo para saber cuántos acres mide su tierra –pues soy agrimensor– o, a lo sumo, para saber de qué noticias triviales me he enterado. No pleitearán por el meollo; prefieren la cáscara. Una vez un hombre recorrió una distancia considerable para pedirme que hablara de la esclavitud, pero mientras conversábamos, descubrí que tanto él como su público esperaban que una séptima parte de la conferencia fuera suya, y dejarme a mí la octava, así que decliné la invitación. Cuando me invitan a dar una conferencia en cualquier lugar –una ocupación en la que tengo cierta experiencia–, doy por supuesto

que, aunque sea el mayor loco del país, existe el deseo de escuchar lo que *pienso* sobre algún asunto, y no solo de oírme decir cosas agradables o aquello a lo que el público asentiría, y estoy dispuesto a proporcionarles, por tanto, una fuerte dosis de mí mismo. Han venido a buscarme, se han comprometido a pagarme y, aunque resulte aburrido más allá de todo precedente, me tendrán.

Así es que ahora querría deciros algo similar a vosotros, mis lectores. Como *vosotros* sois mis lectores, y yo no he sido demasiado viajero, no voy a hablar de la gente que está a miles de millas, sino que me mantendré tan cerca de casa como me sea posible. Al disponer de poco tiempo, omitiré cualquier adulación y me quedaré con la crítica.

Consideremos la manera en que pasamos nuestras vidas.

Este mundo es un lugar de negocios. ¡Vaya algarabía sin fin! El jadeo de la locomotora me despierta casi todas las noches. Interrumpe mis sueños. No hay *sabbath*. Sería glorioso observar a la humanidad ociosa por una vez. No hay más que trabajo, trabajo, trabajo. No es fácil comprar un libro en blanco donde escribir mis pensamientos; por lo general están pautados para los dólares y centavos. Un irlandés, al verme tomando notas en el campo, dio por descontado que estaba calculando mi salario. Si un hombre fue arrojado por la ventana cuando era niño, y se quedó inválido de por vida, o los indios le despojaron de juicio, se lamentan sobre todo porque haya quedado incapacitado para ¡los negocios! Creo que no hay nada, ni siquiera el crimen, más opuesto a la poesía, la filosofía y ¡ay! la vida misma que ese negocio incesante.

Un sujeto rudo, violento y hacedor de dinero que vive a las afueras de nuestra ciudad va a construir un muro bajo la colina, a lo largo del límite de su pradera. Las autoridades le han medido esa idea en la cabeza con el fin de evitarle daños y quiere que pase tres semanas cavando allí con él. Tal vez el resultado sea

que atesore un poco más de dinero y deje que sus herederos lo gasten estúpidamente. Si yo hiciera eso, la mayoría me elogiaría como un hombre industrioso y trabajador, pero si prefiero dedicarme a ciertas tareas que reportan más provecho real, pero poco dinero, posiblemente se inclinen a mirarme como a un ocioso. Sin embargo, como no me hace falta que una absurda política de trabajo me regule, y no veo nada en absoluto más elogioso en la tarea de ese tipo que en las diferentes empresas de nuestro gobierno o de gobiernos extranjeros, por muy divertido que pueda ser para él o para ellos, prefiero acabar mi educación en una escuela distinta.

Si alguien pasa la mitad del día caminando por los boques por amor a ellos, corre el riesgo de ser considerado un gandul, pero si pasa todo el día como especulador, talando los bosques y arrasando la tierra antes de tiempo, se le considera un ciudadano industrioso y emprendedor. ¡Como si una ciudad no tuviera otro interés en sus bosques que talarlos!

La mayoría de los hombres se sentiría insultada si le propusieran emplearla para tirar piedras por encima de un muro y después tirarlas en sentido contrario, solo para que pudiera recibir su salario. Pero muchos no tienen un empleo más digno. Por ejemplo, justo antes del amanecer, una mañana de verano, observé que uno de mis vecinos caminaba junto a su yunta, que tiraba lentamente de una pesada piedra tallada que giraba bajo su eje, rodeado de cierta atmósfera de trabajo —había empezado su jornada, su frente comenzaba a sudar, todo un reproche para los holgazanes y ociosos—, mientras se detenía junto a las espaldas de sus bueyes y daba media vuelta con un misericordioso movimiento de látigo, al tiempo que le sacaban cada vez más distancia. Pensé: el Congreso americano existe para proteger esa clase de trabajo, honrado, viril, honrado como la duración del día, que hace más dulce su sustento y mantiene la dulzura de la sociedad, que todos los hombres respetan y han consagrado; una

banda sagrada, que soporta una fatiga necesaria, aunque molesta. De hecho, sentí un ligero reproche por observar esa escena desde la ventana, sin salir al exterior ni afanarme en una empresa similar. Transcurrido el día, al anochecer pasé por el patio de otro vecino que tenía varios sirvientes y gastaba mucho dinero estúpidamente, aunque no añade nada nuevo a la reserva común, y allí vi la piedra de la mañana recostada al lado de la caprichosa estructura que trataba de adornar la mansión de ese lord Timothy Dexter, y la dignidad del trabajo de carretero desapareció en seguida ante mis ojos. En mi opinión, el sol se hizo para iluminar un trabajo más digno que ese. Podría añadir que su patrón ha huido desde entonces, endeudado con buena parte de la ciudad y, tras pasar por la prisión, se ha establecido en alguna otra parte y convertido una vez más en patrón de las artes.

Los modos por los que podemos ganar dinero nos arruinarán casi sin excepción. Haber hecho algo con lo que *solo* hemos ganado dinero es haber estado verdaderamente ociosos o algo peor. Si el trabajador no gana más que el sueldo que le paga su patrón, es engañado, se engaña a sí mismo. Si ganáis dinero como escritores o conferenciantes, tendréis que ser populares, lo que supone bajar perpendicularmente. Los servicios por los que la comunidad está más dispuesta a pagar son los más desagradables de prestar. Os pagan por ser menos que un hombre. El Estado no suele recompensar el genio con más sensatez. Ni siquiera el poeta laureado preferiría celebrar los accidentes de la realeza. Hay que sobornarlo con un tonel de vino, y tal vez otro poeta invoque a su musa para medir ese mismo tonel. En cuanto a mis propios negocios, mis contratantes no quieren el tipo de agrimensura que yo podría hacer con la mayor satisfacción. Preferirían que hiciera mi trabajo burdamente y no demasiado bien, ay, no lo bastante bien. Cuando observo que hay diferentes maneras de medir, mi contratante suele preguntar cuál le proporcionará más tierra, y no cuál es la más correcta. Una vez inventé

una medida para la leña apilada, que intenté introducir en Boston, pero el tasador me dijo que los vendedores no quieren que su madera se mida correctamente, que él ya les parecía demasiado preciso y, por tanto, medían su madera en Charlestown antes de cruzar el puente.

El propósito del trabajador no debería ser ganarse la vida ni conseguir «un buen empleo», sino hacer bien un trabajo; incluso en sentido pecuniario, sería económico para una ciudad pagar a sus trabajadores tan bien que no sintieran que trabajan con fines ínfimos, como la manutención, sino con fines científicos e incluso morales. No contratéis a quien trabaje por dinero, sino a quien lo haga por amor.

Es sorprendente que haya pocos hombres tan bien empleados, en su opinión, que un poco de dinero o fama no compre para librarles de su actual ocupación. Veo anuncios para jóvenes *activos*, como si la actividad fuera todo el capital del hombre joven. Sin embargo, me sorprendió que alguien tuviera la confianza de proponerme, a mí, un hombre adulto, que me embarcara en una de sus empresas, como si no tuviera nada que hacer en absoluto y mi vida hubiera sido un fracaso hasta ahora. ¡Qué dudoso cumplimiento me hizo! ¡Como si me hubiera encontrado en mitad del océano luchando contra el viento, sin rumbo, y me hubiera propuesto que le acompañara! Si lo hubiera hecho, ¿qué creéis que habrían dicho los suscriptores? ¡No, no! No estoy sin empleo en esta etapa del viaje. A decir verdad, vi un anuncio para marineros fuertes y sanos cuando era niño, vagabundeando por mi puerto natal, y tan pronto como llegué a la mayoría de edad me embarqué.

No hay soborno con que la comunidad pueda tentar a un hombre sabio. Podéis recaudar suficientes fondos para hacer un túnel en la montaña, pero no para contratar a un hombre que se ocupa de *sus propios* asuntos. El hombre eficaz y valioso hace lo que puede, le pague por ello o no la comunidad. Los

ineficaces ofrecen su ineficacia al mejor postor, y siempre están esperando obtener un empleo. Podríamos suponer que rara vez han quedado decepcionados.

Tal vez sea más celoso de mi libertad de lo habitual. Creo que mi relación y obligación con la sociedad aún es muy liviana y transitoria. Los trabajos livianos que me proporcionan sustento y me permiten hasta cierto punto ser servicial con mis contemporáneos suelen ser un placer para mí, y no me recuerdan que son una necesidad. Hasta ahora he tenido éxito. Pero preveo que, si mis necesidades aumentaran mucho, el trabajo de satisfacerlas sería fatigoso. Si vendiera mis mañanas y mis tardes a la sociedad, como la mayoría parece hacer, estoy seguro de que no me quedaría nada por lo que valiera la pena vivir. Confío en que no tenga que vender nunca mi primogenitura por un plato de lentejas. Querría sugerir que un hombre puede ser muy industrioso y, sin embargo, no aprovechar bien su tiempo. No hay nadie más fatídicamente desatinado que quien consume la mayor parte de su vida ganándose la vida. Las grandes empresas se mantienen por sí mismas. El poeta, por ejemplo, sostiene su cuerpo con su poesía, como la máquina cepilladora que alimenta sus calderas con las virutas que produce. Deberíamos ganarnos la vida amando. Pero como se dice que noventa y siete de cada cien comerciantes fracasan, la vida de los hombres en general, según esa pauta, es un fracaso, y puede profetizarse la bancarrota con seguridad.

Venir al mundo como mero heredero de una fortuna no es nacer, sino más bien no haber nacido aún. Ser sostenidos por la caridad de los amigos o la pensión del gobierno —en el supuesto de que sigamos respirando—, cualesquiera que sean los hermosos sinónimos con que describáis esas relaciones, es ingresar en un asilo. El pobre deudor que va a la iglesia los domingos para proveerse descubre, por supuesto, que sus gastos han sido mayores que sus ingresos. En la Iglesia católica, en es-

pecial, entran en la sacristía, se confiesan, renuncian a todo y piensan en volver a empezar. Los hombres se tumban boca arriba, hablando de la caída del hombre, y no se esfuerzan por levantarse.

En cuanto a lo que exigen relativamente de la vida, es importante diferenciar entre quienes se conforman con cierto éxito, alcanzando sus metas directamente, y quienes, por mediocre y fracasada que pudiera ser su vida, constantemente elevan su objetivo, aunque en un ángulo menor con el horizonte. Yo preferiría estar entre los últimos, aunque, como dicen los orientales, «la grandeza no se aproxima a quienes siempre miran hacia abajo, y quienes miran hacia arriba no consiguen sino empobrecerse».

Es sorprendente que se recuerde poco o casi nada escrito sobre la cuestión de ganarse la vida: cómo hacer para llevar una vida no solo digna y honrada, sino completamente atractiva y gloriosa, pues si *ganarse* la vida no es eso, entonces no es vida. Podríamos pensar, al examinar la literatura, que esa cuestión no ha perturbado nunca las meditaciones del individuo solitario. ¿Será que a los hombres les disgusta tanto su experiencia que no hablan de ella? Tendemos a omitir la lección de valor que enseña el dinero y que el Autor del universo se ha tomado tantas molestias en enseñarnos. En lo que respecta a los medios de vida, es asombrosa la indiferencia que muestran los hombres de toda clase, incluso los supuestos reformistas, ya sea que hereden, ganen o roben. Creo que la sociedad no ha hecho nada por nosotros al respecto o que, cuando menos, ha deshecho lo que había hecho. El frío y el hambre son más favorables para mi naturaleza que los métodos que los hombres adoptan y aconsejan para combatirlos.

El título de *sabio*, en la mayoría de las ocasiones, se aplica mal. ¿Puede uno ser sabio sin saber mejor que los demás cómo vivir o siendo solo más astuta e intelectualmente sutil? ¿Trabaja

la sabiduría en un molino de rueda o enseña a tener éxito *con su ejemplo*? ¿Hay algo así como una sabiduría no aplicada a la vida? ¿Es solo el molinero que muele la lógica más fina? ¿Sería impertinente preguntar si Platón se ganaba la *vida* mejor o con más éxito que sus contemporáneos, o sucumbía a las dificultades de la vida como los demás? ¿Parecía prevalecer sobre algunos de ellos con indiferencia o adoptando aires de grandeza? ¿O le fue más fácil vivir porque su tía lo recordó en su testamento? Los modos como la mayoría de los hombres se gana la vida, es decir, vive, son temporales y un rechazo del verdadero negocio de la vida, principalmente porque no conocen nada mejor y en parte porque no se lo proponen.

La afluencia a California, por ejemplo, y la actitud, no solo de los comerciantes, sino de los supuestos filósofos y profetas, refleja la mayor desgracia de la humanidad. ¡Hay demasiada gente dispuesta a vivir de la fortuna, y así encuentran el modo de disponer del trabajo de otros menos afortunados, sin aportar ningún valor a la sociedad! ¡A eso lo llaman dedicación! No sé de ningún desarrollo más alarmante de la inmoralidad del comercio y de todos los modos ordinarios de ganarse la vida. La filosofía, la poesía y la religión de una humanidad como esa no son dignas de respirar el polvo del bejín. El cerdo que se gana la vida hozando y removiendo la tierra se avergonzaría de una compañía semejante. Si yo pudiera apoderarme de la riqueza de los mundos levantando un dedo, no pagaría *ese* precio por ella. Incluso Mahoma sabía que Dios no creó este mundo en broma. Dios tendría que ser un caballero adinerado que desparramara un puñado de peniques para ver que la humanidad lucha por ellos. ¡La rifa del mundo! ¡Se rifa la subsistencia en los dominios de la naturaleza! ¡Menudo comentario, vaya sátira de nuestras instituciones! La conclusión será que la humanidad se cuelgue de un árbol. ¿Es eso lo que los preceptos de todas las biblias han enseñado a los hombres? ¿Es la última y más admirable inven-

ción de la raza humana un mejorado rastrillo para estiércol? ¿Es esa la tierra en la que orientales y occidentales se encuentran? ¿Así nos mandó Dios que nos ganáramos la vida, recogiendo donde no hemos sembrado? ¿Acaso nos va a recompensar con terrones de oro?

Dios le ha otorgado al hombre justo un certificado que le da derecho a alimentarse y vestirse, pero el injusto ha descubierto un facsímile en las arcas de Dios y se lo ha quedado, alimentándose y vistiéndose como él. Es uno de los sistemas de falsificación más extendidos del mundo. No sabía que la humanidad sufriera por falta de oro. He visto un poco de oro. Sé que es muy maleable, pero no tan maleable como el ingenio. Un grano de oro dará brillo a una gran superficie, pero no tanto como un grano de sabiduría.

El buscador de oro en los barrancos de las montañas es tan jugador como su colega de los salones de San Francisco. ¿Qué diferencia hay entre que agitéis el polvo y agitéis los dados? Si ganáis, la sociedad es la que pierde. El buscador de oro es el enemigo del trabajador honrado, sin importar los cheques y las compensaciones que pueda haber. No basta con que me digáis que habéis trabajado duro para ganaros vuestro oro. También el diablo trabaja duro. El camino de los transgresores puede ser duro en muchos aspectos. El más humilde espectador que vaya a una mina verá y dirá que buscar oro es una especie de lotería; el oro obtenido así no es lo mismo que el sueldo del trabajo honrado. Pero, en la práctica, olvida lo que ha visto, pues solo ha visto el hecho, no el principio, y entra en el comercio, es decir, compra un boleto en lo que resulta ser otra lotería donde el hecho no es tan obvio.

Una tarde, tras leer el informe de Howitt acerca de los buscadores de oro de Australia, me pasé toda la noche imaginando los numerosos valles con sus ríos, divididos por fétidos pozos de diez a cien metros de profundidad y media docena de pies de

ancho, tan próximos entre sí como podía excavarse y parcialmente llenos de agua; un lugar al que los hombres se precipitan con entusiasmo para probar fortuna, inseguros acerca de dónde abrirse camino, sin saber si el oro está bajo su campamento, y excavando hasta ciento sesenta pies antes de dar con una veta, o perdiéndola luego por un pie, convertidos en demonios en su sed de riqueza, y sin consideración con los derechos de los demás; en todos los valles, precipitadamente agujereados como un panal por los pozos de los mineros, a lo largo de treinta millas, muchos se ahogan y otros, de pie en el agua y cubiertos de lodo y arcilla, trabajan noche y día hasta morir congelados y enfermos.<sup>55</sup> Tras leer esto, y en parte olvidarlo, me puse accidentalmente a pensar en la vida insatisfactoria que yo mismo llevaba, haciendo lo que otros hacen y, con la imagen de esas excavaciones aún delante de mí, me pregunté si *yo* no podría lavar un poco de oro cada día, aunque solo fueran las partículas más finas, si *yo* no podría excavar un pozo en las minas de oro dentro de mí, y trabajar en ellas. *Abí* están vuestras Ballarat y Bendigo, pero ¿qué pasaría si se tratara de Sulky Gully? En cualquier caso, podría seguir un camino, por solitario, angosto y curvado que fuera, por el que caminar con amor y reverencia. Cuando el hombre se separa de la multitud y sigue su camino con ese ánimo, se encuentra, efectivamente, ante una bifurcación, mientras que el viajero ordinario solo podrá ver una brecha en la empalizada. Su solitario camino lleno de cruces resultará el *camino superior* de los dos.

La gente se precipita a California y Australia como si el verdadero oro estuviera en esa dirección, pero se dirigen al extremo opuesto de donde está. Exploran cada vez más lejos del verdadero filón y resultan más desgraciados cuanto más puen-

---

<sup>55</sup> Thoreau alude a WILLIAM HOWITT, *Land, Labour, and Gold; or, Two Years in Victoria* (1855). Howitt menciona, entre otras, las minas de Ballarat, Bendigo y Sulky Gully.

san en el éxito. ¿No es nuestra tierra *natal* aurífera? ¿No fluye un río desde las montañas doradas por nuestro valle natal? ¿No ha estado durante más que eras geológicas derribando partículas brillantes y formando las pepitas para nosotros? Sin embargo, por extraño que sea decirlo, si un buscador de este verdadero oro se escabullera a las soledades inexploradas que nos rodean, no habría peligro de que un perro siguiera sus pasos para tratar de ocupar su lugar. Podría exigir y minar tanto las parcelas cultivadas como no cultivadas de todo el valle y pasar una larga vida en paz, porque nadie le disputaría su derecho. A nadie le molestaría su cuna o su canaleta. No estaría confinado a una propiedad de doce pies cuadrados, como en Ballarat, sino que podría excavar en todas partes y lavar el mundo entero en su canaleta.

Del hombre que encontró la pepita gigante de veintiocho libras de peso en la excavaciones de Bendigo en Australia, Howitt dice que «en seguida comenzó a beber, consiguió un caballo y cabalgaba por los alrededores, por lo general a todo galope, y cuando se encontraba con alguien se paraba a preguntarle si sabía quién era y amablemente le decía que era *el maldito infeliz que había encontrado la pepita*. Al final cabalgó a toda velocidad contra un árbol y casi se abrió la cabeza». Sin embargo, no creo que corriera ese peligro, porque ya se había abierto la cabeza contra la pepita. Howitt añade: «Es un hombre desesperadamente arruinado». Pero es un espécimen de esa clase. Son hombres apresurados. Oíd algunos de los nombres de los lugares donde excavaron: «La llanura del imbécil», «El barranco del cabezota», «El mostrador del asesino». ¿No son nombres satíricos? Que se lleven su mal habida riqueza donde quieran, para mí seguirán siendo, si no «El mostrador del asesino», «La llanura del imbécil» donde vivan.

Nuestro último recurso de energía ha sido la profanación de cementerios en el Istmo de Darién, una empresa que parece

estar en su infancia, pues, según los informes recientes, se ha aprobado en una segunda lectura en la cámara legislativa de Nueva Granada una ley que regula esa clase de minería. Un corresponsal de *The Tribune* escribe: «En la estación seca, cuando el clima permita explorar adecuadamente el país, sin duda se descubrirán otros ricos *guacas* [es decir, cementerios]». A los emigrantes les dice: «No vengáis antes de diciembre; tomad el istmo preferentemente hacia la Boca del Toro; no traigáis equipaje innecesario ni os preocupéis por las tiendas, sino que un buen par de mantas, un pico, una pala y un hacha de buena calidad será casi todo lo que necesitéis». Es un consejo que pudo haber tomado de la *Guía de Burker*.<sup>56</sup> Concluye con esta línea en cursiva y mayúsculas: «*Si os va bien en casa, QUEDAOS ALLÍ*», que puede interpretarse como si quisiera decir: «Si os ganáis bien la vida robando tumbas en casa, quedaos allí».

Pero ¿por qué ir a California por un texto? Es la niña de Nueva Inglaterra, criada en su propia Iglesia y escuela.

Es sorprendente que entre los predicadores haya tan pocos maestros de moral. Los profetas se dedican a disculpar las costumbres de los hombres. La mayoría de los reverendos mayores, los *illuminati* de la época, me recomiendan con una sonrisa amable y admonitoria, entre suspiros y escalofríos, que no me enternezca demasiado con esas cosas, que lo junte todo y haga un terrón de oro con ello. El mejor consejo que oí sobre este asunto fue servil. En resumen, decía: «No vale la pena que tratemos de reformar el mundo al respecto. No preguntéis cómo se amasa vuestro pan; os pondrías enfermos si lo hicierais», y cosas parecidas. Un hombre haría mejor en morirse en seguida de hambre que en perder su inocencia mientras se gana su sus-

---

<sup>56</sup> Thoreau se refiere al asesino William Burke, quien, en compañía de William Hare, vendía los cuerpos de sus víctimas a la Facultad de Medicina de Edimburgo y profanaba las tumbas con el mismo propósito.

tento. Si dentro del hombre sofisticado no hay otro no sofisticado, se convierte en uno de los ángeles del diablo. Al envejecer, vivimos de manera más vulgar, nos relajamos un tanto en nuestras disciplinas y, hasta cierto punto, dejamos de obedecer nuestros instintos más puros. Pero deberíamos ser quisquillosos hasta el extremo de la cordura, sin consideración con las burlas de los que son más desgraciados que nosotros.

Ni siquiera en nuestra ciencia y filosofía suele darse una explicación genuina y absoluta de las cosas. El espíritu de secta e intolerancia ha plantado su pezuña en las estrellas. Solo tenéis que discutir el problema de si las estrellas están habitadas o no para descubrirlo. ¿Por qué deberíamos embadurnar tanto el cielo como la tierra? Que el doctor Kane y sir John Franklin fueran masones fue un descubrimiento desafortunado, pero la sugerencia de que esa pudiera ser la razón por la que el primero fue en busca del segundo es mucho más cruel.<sup>57</sup> No hay una revista popular en este país que se atreva a publicar la opinión de un niño sobre algún asunto importante sin comentario. Debe ser sometido a los doctores en teología. Ojalá se sometiera al paro carbonero.

Venís de asistir al funeral de la humanidad para asistir a un fenómeno natural. Un pequeño pensamiento es el sepulturero de todo el mundo.

No conozco a ningún *intelectual* que sea tan amplia y verdaderamente liberal como para pensar en voz alta en su compañía. La mayoría de las personas con las que tratamos de hablar se resiste a cualquier institución en la que parecen tener acciones, es decir, muestran una forma particular, no universal, de ver las cosas. Presionan continuamente su bajo techo, con su estrecho tragaluz, entre nosotros y el cielo, cuando lo que querría-

---

<sup>57</sup> Elisha Kent Kane fue al Ártico en busca de sir John Franklin, que había perecido en una expedición anterior.

mos ver es el cielo expedito. ¡Os digo que os apartéis del camino con vuestras telarañas y limpiéis vuestras ventanas! En algunos liceos me comentan que han votado para excluir el asunto de la religión. Pero ¿cómo sé cuál es su religión y cuándo estoy cerca o lejos de ella? He pisado esa arena y he hecho todo lo posible por confesar mi experiencia con la religión, y el público nunca sospechó de qué se trataba. Para ellos la conferencia fue tan inofensiva como el brillo de la luna. Pero si les hubiera leído la biografía de los grandes pícaros de la historia, posiblemente habrían pensado que había escrito las vidas de los diáconos de su Iglesia. Normalmente me preguntan de dónde vengo o adónde voy, pero una vez oí que uno de mis oyentes le planteaba a otro una pregunta más pertinente: «¿De qué va su conferencia?», y me temblaron las piernas.

Para hablar imparcialmente, los mejores hombres que conozco no son serenos, un mundo en sí mismos. En su mayoría, viven en las formas y adulan y estudian su efecto con mayor cuidado que el resto. Seleccionamos el granito para apuntalar nuestras casas y establos, construimos cercas de piedra, pero no nos apoyamos sobre los cimientos de la verdad granítica, la roca más primitiva. Nuestros dinteles están podridos. ¿De qué material está hecho el hombre que no coexiste en nuestro pensamiento con la verdad más pura y sutil? Suelo acusar a mis amistades más íntimas de una inmensa frivolidad, porque mientras haya modales y cumplidos que no conozcamos, no aprenderemos unos de otros la lección de honradez y sinceridad que los animales enseñan, ni la de firmeza y solidez de las rocas. Sin embargo, la culpa suele ser mutua, ya que habitualmente no exigimos nada más unos de otros.

¡Fijaos en la característica, pero superficial excitación en torno a Kossuth! Solo era otra especie de política o baile. Los hombres le dedicaron discursos por todo el país, pero cada uno expresaba el pensamiento o la falta de pensamiento de la mul-

titud. Nadie se apoyó en la verdad. Se asociaron como de costumbre, confiando unos en otros, mientras todos juntos no confiaban en nadie, como los hindúes que cargaban el mundo sobre un elefante, el elefante sobre una tortuga, la tortuga sobre una serpiente y no tenían nada que poner bajo la serpiente. Como fruto de ese esfuerzo tenemos el sombrero de Kossuth.

Igual de hueca e ineficaz es, en gran medida, nuestra conversación ordinaria. La superficie encuentra la superficie. Cuando nuestra vida deja de ser interior y privada, la conversación degenera en charlatanería. Rara vez encontramos a alguien que nos cuente una noticia que no ha leído en el periódico o sabido por su vecino, y casi siempre la única diferencia entre nosotros y nuestro prójimo es que él ha leído el periódico, o ido por té, y nosotros no. A medida que fracasa nuestra vida interior, vamos con más constancia y desesperación a la oficina de correos. Podéis estar seguros de que el pobre diablo que se va con el mayor número de cartas, orgulloso de su extensa correspondencia, no ha sabido nada de sí mismo en todo ese tiempo.

Solo sé que la lectura de un periódico a la semana resulta excesiva. Lo intenté hace poco y durante mucho tiempo me pareció que no había vivido en mi región natal. El sol, las nubes, la nieve y los árboles no me decían tanto. No podéis servir a dos amos. Se requiere más que la dedicación de un día para conocer y poseer su riqueza.

Nos avergonzaría comentar lo que hemos leído u oído durante el día. No sé por qué mis noticias deberían ser triviales, teniendo en cuenta cuáles son nuestros sueños y expectativas, ni por qué los resultados deberían ser tan mezquinos. La mayoría de las noticias que escuchamos no es nueva para nuestro genio. Son viejas repeticiones. A menudo nos vemos tentados de preguntar por qué se pone tanto énfasis en una experiencia en particular que ya hemos vivido, si después de veinticinco años nos encontramos a Hobbins, el Registrador de Sucesos, de nuevo

por la acera. ¿No hemos avanzado ni una pulgada? Esas son las noticias cotidianas. Sus hechos parecen flotar en la atmósfera, insignificantes como las esporas de los hongos, e impactar contra algún descuidado *thallus*, o crecer como parásitos en la base que proporciona la superficie de nuestras cabezas. Deberíamos estar limpios de noticias como esas. ¿Cuáles serían las consecuencias de que nuestro planeta explotara si no hubiera nadie envuelto en la explosión? No tenemos la menor curiosidad por esos acontecimientos estando sanos. No vivimos para una diversión ociosa. No daría la vuelta a la esquina para ver al mundo estallar.

Tal vez durante todo el verano, y hasta muy avanzado el otoño, os hayáis dejado llevar inconscientemente por los periódicos y las noticias, y ahora os habéis dado cuenta de que era porque la mañana y la tarde estaban llenas de noticias para vosotros. Vuestros paseos estuvieron llenos de incidentes. No estabais atentos a los asuntos de Europa, sino a vuestros propios asuntos en los campos de Massachusetts. Si tuvierais que vivir, andar y existir dentro de ese fino estrato en el que suceden los acontecimientos que constituyen las noticias —más fino que el papel en el que están impresas—, esas cosas llenarían el mundo para vosotros, pero si os elevarais o profundizarais en ese plano, no podríais recordarlas ni ser recordados por ellas. En realidad, al ver salir y ponerse el sol cada día, y relacionarnos con un hecho universal, nos mantendríamos sanos para siempre. ¡Naciones! ¿Qué son las naciones? ¡Tártaros, hunos y chinos! Pululan como insectos. El historiador se esfuerza en vano por que sean memorables. Por falta de un hombre hay demasiados hombres. Son los individuos los que pueblan el mundo. El hombre que piensa podría decir con el espíritu de Lodin:

Contemplo desde lo alto las naciones  
Y se convierten en cenizas ante mí.

Tranquila es mi morada en las nubes,  
Amenos son los campos de mi reposo.<sup>58</sup>

Vivamos sin perros que tiren de nosotros al estilo de los esquimales, despellejándose por colinas y valles y mordiendo las orejas unos a los otros.

No sin un leve estremecimiento ante el peligro, a menudo advierto lo cerca que he estado de admitir los detalles de algún asunto trivial o noticia callejera, y me asombro al observar la manera en que los hombres están dispuestos a llenar sus cabezas con esa basura, permitiendo que los rumores ociosos y los incidentes más insignificantes se inmiscuyan en un terreno que debería ser sagrado para el pensamiento. ¿Podría ser el pensamiento una arena pública en la que discutir los asuntos callejeros y los chismes de la mesa de té, o un cuartel del cielo mismo, un templo hiperetéreo consagrado al servicio de los dioses? Me parece tan difícil disponer de unos cuantos hechos significativos para mí, que vacilo en prestar atención a los que resultan insignificantes y solo una inteligencia divina podría ilustrar. Así es la mayoría de las noticias en los periódicos y la conversación. Es importante conservar la castidad mental al respecto. Pensar en admitir los detalles de uno de los casos del tribunal penal en nuestro pensamiento, a fin de caminar por su propio *sanctum sanctorum* durante una hora, ¡ah durante muchas horas! y profanarlo, convirtiendo el apartamento interior del pensamiento en un bar, como si el polvo de la calle, o la propia calle con su tráfico y bullicio, hubieran habitado en nosotros durante demasiado tiempo y la suciedad penetrado en el altar de nuestros pensamientos, ¿no sería un suicido intelectual y moral? Cuando he tenido que sentarme en un tribunal como observador y oyente durante horas, y he visto que mis vecinos, que no tenían

---

<sup>58</sup> El espíritu de Lodin se invoca en *Ossian* de James MacPherson.

que hacerlo, entraban a hurtadillas de vez en cuando, con sus manos y caras limpias, me pareció que, al quitarse sus sombreros, sus orejas se expandían de repente en grandes tolvas auditivas, comprimiendo sus estrechas cabezas. Como las aspas de los molinos de viento, captan las amplias aunque leves ondas sonoras que, tras unos cuantos giros haciendo cosquillas a sus dentados cerebros, pasan hacia el otro lado. Me pregunto si, al llegar a casa, se lavarán sus oídos con tanto cuidado como sus manos y caras. Entonces me pareció que los oyentes y los testigos, el jurado y el abogado, el juez y el criminal en el banquillo –presumiendo que sea culpable antes de ser condenado– eran criminales por igual y podía esperarse que cayera un rayo y les consumiera a todos juntos.

Mediante toda clase de trampas y letreros, amenazando con el terrible castigo de la ley divina, excludid a esos transgresores de la única tierra que podría ser sagrada para vosotros. ¡Resulta tan difícil olvidar lo que es más que inútil recordar! Si yo tuviera que ser una vía pública, preferiría serlo de los arroyos de montaña o las corrientes del Párnaso, y no de las cloacas de la ciudad. Hay inspiración, esa charla que llega a los oídos atentos desde las cortes del cielo. Están la antigua revelación profana de la cantina y la comisaría. Un mismo oído sirve para recibir ambas comunicaciones, pero solo el carácter del oyente determina lo que se debe oír. Creo que podría profanarnos eternamente el hábito de atender a asuntos triviales, de manera que todos nuestros pensamientos quedaran teñidos de trivialidad. Nuestro intelecto necesita, por decirlo así, ser asfaltado, sus cimientos rotos en fragmentos para que las ruedas de viaje pasen por encima, y si quisiéramos saber cómo construir un pavimento más duradero y superior a los cantos rodados, bloques de abeto y asfalto, solo tendríamos que mirar examinarnos tras haber sido sometidos a un trato como ese tanto tiempo.

Si nos hemos desacralizado –¿y quién no lo ha hecho?–, el remedio estará en la cautela y la devoción por consagrarnos de nuevo y hacer una vez más un templo del pensamiento. Deberíamos tratar nuestros pensamientos, es decir, a nosotros mismos, como a niños inocentes e ingenuos de los que somos guardianes, con cuidado de no confiar nuestra atención a cualquier sujeto y objeto. No leáis el tiempo. Leed la eternidad.<sup>59</sup> Los convencionalismos son al cabo tan malos como las impurezas. Incluso los hechos de la ciencia podrían secar el cerebro con su sequía, a menos que se borrarán cada mañana o los fertilizara el rocío de una nueva y viva verdad. El conocimiento no se nos muestra en los detalles, sino en los destellos de luz celestial. Sí, cada pensamiento que penetra en nosotros contribuye a vestirnos y a despojarnos, y a profundizar los surcos que, como en las calles de Pompeya, dan cuenta de cuánto se han usado. ¡Hay muchas cosas sobre las que podríamos deliberar si las conociéramos mejor, si hubiéramos conducido sus carros de venta ambulante, incluso a un paso o trote ligero, por ese puente de luz gloriosa que confiamos en atravesar al final desde el más lejano abismo del tiempo hasta la orilla más cercana de la eternidad! ¿No tenemos otra cultura, otro refinamiento que la habilidad para vivir groseramente y servir al diablo? ¿Para adquirir un poco de riqueza, fama o libertad terrenal, y crear una falsa apariencia con ello, como si fuéramos solo cáscara y caparazón, sin una médula tierna y viva? ¿Han de ser nuestras instituciones como esas castañas que contienen nueces abortivas perfectas para pincharnos los dedos?

Dicen que América es la arena donde ha de ser librada la batalla por la libertad, pero seguramente no puede tratarse solo de la libertad en un sentido político. Aunque admitiéramos que

---

<sup>59</sup> «Read not the Times. Read the Eternities», juego de palabras con el significado del periódico inglés *The Times*.

los americanos se han liberado de un tirano político, seguirían siendo esclavos de un tirano económico y moral. Ahora que la república —la *res publica*— se ha establecido, es hora de atender a la *res privata* —la condición privada— para que, como el Senado romano mandó a sus cónsules, *ne quid res-privata detrimenti caperet*, que la condición *privada* no sufra detrimento.

¿Llamamos a esta tierra la tierra de la libertad? ¿Qué sentido tiene estar libres del rey Jorge y seguir siendo esclavos del rey Prejuicio? ¿Qué sentido tiene nacer libres y no vivir libremente? ¿Cuál es el valor de la libertad política sino el de medio para la libertad moral? ¿Nos jactamos de nuestra libertad para ser esclavos o para ser libres? Somos una nación de políticos, preocupados solo por la defensa exterior de la libertad. Puede que los hijos de nuestros hijos sean realmente libres. Nos imponemos una carga injustamente. Una parte de nosotros no está representada. Se trata de impuestos sin representación. Alojamos tropas, locos y reses de cualquier clase con nosotros. Alojamos nuestros groseros cuerpos en nuestras pobres almas, hasta que devoran toda su sustancia.

Respecto a la verdadera cultura y humanidad, seguimos siendo esencialmente provincianos, no metropolitanos: meros Jonathan.<sup>60</sup> Somos provincianos porque no encontramos en casa nuestros modelos; porque no adoramos la verdad, sino el reflejo de la verdad; porque una dedicación exclusiva a los negocios y el comercio, las fábricas y la agricultura, que son solo medios, y no el fin, nos ha pervertido y limitado.

También el Parlamento inglés es provinciano. Como pa-lurdos de pueblo, se traicionan a sí mismos cuando no surge

---

<sup>60</sup> «Jonathan» era el apodo corriente del americano en el siglo XIX. El último párrafo de *Walden* decía: «No digo que John o Jonathan se den cuenta de todo esto, pero ese es el carácter de la mañana que el mero paso del tiempo no puede hacer que amanezca. La luz que deslumbra nuestros ojos es oscuridad para nosotros. Solo amanece el día para el que estamos despiertos. Queda más día por amanecer. El sol no es sino una estrella matutina».

para ellos ninguna cuestión más importante que resolver que la cuestión irlandesa, por ejemplo. ¿Por qué no habré dicho la cuestión inglesa? Sus naturalezas están sometidas a su trabajo. Su «buena crianza» solo respeta los objetos secundarios. Los modales más refinados del mundo, en contraste con una inteligencia superior, se convierten en torpeza y fatuidad. Parecen seguir la moda del pasado: cortesía, pantalones ajustados a la rodilla y ropa ceñida anticuados. Es el vicio, no la excelencia de sus modales, lo que deja sin amparo su carácter; son ropas o cáscaras desechadas que exigen el respeto que perteneció a la criatura viviente. Nos dan la concha en lugar del mejillón, y no es excusa que, en algunos casos, las conchas valgan más que el mejillón. Quien me impone sus modales se comporta como si quisiera meterme en su gabinete de curiosidades cuando yo quería verlo a él. No fue en ese sentido como el poeta Decker llamó a Cristo «el primer caballero verdadero que haya existido».<sup>61</sup> Repito que, en este sentido, la corte más espléndida de la cristiandad es provinciana, y solo tiene autoridad para consultar sobre intereses transalpinos, no sobre los asuntos de Roma. Un pretor o prócsul bastaría para resolver las cuestiones que absorben la atención del Parlamento inglés y el Congreso americano.

¡Gobierno y legislación! Creía que eran profesiones respetables. Hemos oído hablar, en la historia del mundo, de Numas, Licurgos y Solones nacidos del cielo, cuyos *nombres* al menos podían representar a legisladores ideales, pero pensad en ¡una legislación que *regule* la crianza de esclavos o la exportación de tabaco! ¿Qué tienen que ver los legisladores divinos con la exportación o la importación de tabaco? ¿Y los legisladores humanos con la crianza de esclavos? Suponed que tuvierais que someter la cuestión a un hijo cualquiera de Dios. ¿No tendrá hijos en el siglo XIX? ¿Es una familia en extinción? ¿En qué con-

---

<sup>61</sup> THOMAS DEKKER y THOMAS MIDDLETON, *The Honest Whore* (1604), I, 1, 12.

dición la encontraréis de nuevo? ¿Qué dirá de sí mismo un Estado como Virginia el último día, si su principal materia prima ha sido esa? ¿Qué razón hay para el patriotismo en un Estado como ese? He obtenido mis datos de las tablas estadísticas que los Estados mismos han publicado.

¡Se trata de un comercio que blanquea los mares en busca de nueces y pasas, y convierte en esclavos a sus marineros con ese propósito! El otro día vi un barco naufragado y muchas vidas perdidas, con su cargamento de harapos, bayas de enebro y almendras amargas esparcido por la orilla. No me pareció que valiera la pena tentar los peligros del mar entre Leghorn y Nueva York por un cargamento de bayas de enebro y almendras amargas. ¡América envía al Viejo Mundo sus frutos amargos! ¿No es bastante amargo naufragar en ese mar salado como para hundir la copa de la vida en él? Sin embargo, así se jacta en gran medida nuestro comercio, y quienes se tildan a sí mismos de estadistas y filósofos están demasiado ciegos para pensar que el progreso y la civilización dependen precisamente de esa clase de intercambio y actividad: la actividad de las moscas alrededor de los barriles de melaza. Sería estupendo, observó uno, que los hombres fueran ostras. Sería estupendo, respondo yo, que fueran mosquitos.

El teniente Herndorn, enviado por nuestro gobierno a explorar el Amazonas, según dicen, para extender el área de la esclavitud, comentó que allí era necesaria «una población industrial y activa que supiera cuáles son las comodidades de la vida, y tuviera necesidades artificiales para extraer los grandes recursos del país». <sup>62</sup> Pero ¿cuáles son las «necesidades artificiales» que han de fomentarse? Creo que no es el amor a lujos como el tabaco y los esclavos de su Virginia natal ni el hielo, el granito

---

<sup>62</sup> WILLIAM L. HERNDORN y LARDNER GIBBON, *Exploration of the Valley of the Amazon, made Under the Direction of the Navy Department* (1853-1854).

y otras riquezas materiales de nuestra Nueva Inglaterra natal ni «los grandes recursos del país» que la fertilidad o la esterilidad de la tierra producen. La principal necesidad en los Estados que he visitado era un propósito elevado y más serio en sus habitantes. Solo eso extrae «los grandes recursos» de la naturaleza y, al menos, la tasa más allá de sus recursos, pues el hombre naturalmente se extingue con ella. Cuando anhelamos cultura más que patatas e iluminación más que confites, entonces los grandes recursos del mundo se tasan y extraen, y el resultado, o la principal materia prima, no son los esclavos ni los obreros, sino los hombres, esos raros frutos llamados héroes, santos, poetas, filósofos y redentores.

En resumen, como el banco de nieve que se forma cuando deja de soplar el viento, así, diríamos, cuando deja de soplar la verdad surge una institución. Pero la verdad sopla justo sobre ella y al final la derriba.

Lo que se llama política es algo relativamente tan superficial e inhumano que, en la práctica, nunca he reconocido que me importara en absoluto. Me doy cuenta de que los periódicos dedican sin cargo algunas de sus columnas especialmente a la política y el gobierno, y podríamos decir que eso los salva; pero, como amo la literatura y, hasta cierto punto, también la verdad, no leo esas columnas en ningún caso. No deseo embotar tanto mi sentido de la justicia. No tengo que responder por haber leído un solo mensaje del presidente. ¡Qué extraña época del mundo, en la que los imperios, los reinos y las repúblicas imploran a la puerta de cualquiera y pronuncian sus quejas al oído! No puedo coger un periódico sin encontrar que un desgraciado gobierno u otro, apremiado y en las últimas, está intercediendo conmigo, el lector, para que le vote, más inoportuno que un mendigo italiano. Si tuviera ganas de leer su certificado, redactado tal vez por el empleado de algún comerciante benévolo, o el patrón del barco que lo trajo, pues no puede hablar una pa-

labra de inglés, puede que me enterara de la erupción de algún Vesubio o del desbordamiento de algún Po, verdaderos o fingidos, que lo ha dejado en esa situación. No vacilaría, en ese caso, en sugerir el trabajo o el asilo. ¿Por qué no guardar su castillo en silencio como yo suelo hacer? Pobre presidente, que con preservar su popularidad y cumplir su deber está completamente confundido. Los periódicos son el poder gobernante. Ningún otro gobierno se reduce a unos pocos marines en Fort Independence. Si alguien descuida su lectura del *Daily Times*, el gobierno se arrodillará ante él, pues esa es la única traición en estos días.

Las cosas que más atraen ahora la atención de los hombres, como la política y la rutina diaria, son, es cierto, funciones vitales de la sociedad humana, pero deberían practicarse inconscientemente, como las correspondientes funciones físicas del cuerpo. Son *infrahumanas*, una especie de vegetación. A veces me despierto semiconsciente y siguen a mi alrededor, como alguien que fuera consciente de ciertos procesos de digestión en un estado mórbido, y tener lo que se llama dispepsia. Es como si un pensador se sometiera a ser restregado por la gran molleja de la creación. La política es, por decirlo así, la molleja de la sociedad, llena de arena y gravilla, y los dos partidos políticos son sus dos mitades opuestas, a veces divididas en cuatro partes, posiblemente a fin de sacar provecho entre sí. No solo los individuos, sino también los Estados, sufren de una dispepsia confirmada, y ya os podéis imaginar la elocuencia de su expresión. De este modo, nuestra vida no es del todo olvido, sino también ¡ay!, hasta cierto punto, un recuerdo de aquello de lo que nunca deberíamos haber sido conscientes, desde luego no mientras estamos despiertos. ¿Por qué no habríamos de reunirnos, no siempre como dispépticos, para contarnos nuestros malos sueños, sino a veces como *eupépticos*, para congratularnos unos a otros por una mañana siempre gloriosa? Seguramente no exijo nada exorbitante.

**Escritos sobre la vida civilizada** recoge once textos de Henry David Thoreau que abarcan desde 1840 hasta su muerte en 1862. En general, suele dividirse la lectura de Thoreau en dos grandes categorías implícitas en su obra maestra *Walden* (1854): la de los escritos sobre la naturaleza o «lo salvaje», que se han convertido en el documento de partida de la ecología, y los escritos que, alrededor del ensayo «Desobediencia civil», han recibido desde el principio el nombre de «reformistas». Editarlos y traducirlos ahora con el título de *Escritos sobre la vida civilizada* obliga a pensar de nuevo en los límites que separan las supuestas categorías de lectura de Thoreau: la peculiar *horistiké* thoreauviana es mucho más precisa de lo que se imagina. Como pauta de interpretación, «vida civilizada» es tanto la hipótesis inicial como la meta de la escritura constitucional de Thoreau.

 **IN ITINERE**  
Editorial Digital



Seminario de  
Historia Constitucional  
Martínez Marina

ediuno



Ediciones de  
la Universidad  
de Oviedo